

*¿Qué harías si un día descubrieras...
que no eres quien crees ser?*

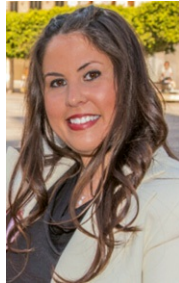
LA **T**TIERRA...
A LA QUE LLAMO
HOGAR
DO PONS RUIZ

RESTART

LA TIERRA... A LA QUE LLAMO HOGAR

Do Pons Ruiz

DO PONS RUIZ



Joven escritora de 38 años, afincada en Alfafar, una entrañable población valenciana.

Desde muy joven hereda de su madre, una lectora voraz, sus dos grandes pasiones: la lectura y la escritura.

Es entonces cuando comienza a inventar cuentos que aún hoy sigue plasmando en papel.

Creativa, soñadora y autodidacta.

Casada y madre de dos niñas, compagina la escritura con el cuidado de su familia.



doponsruizautora.blogspot.com

Dedico este libro a mis padres, Vicente y Amparo.
Por la educación y los valores que lograsteis transmitirnos
y también por vuestro apoyo incondicional.
Mamá, como tantas veces nos dices,
sé que estás ahí para cuanto necesitemos.
Y papá, porque allá donde estés, sé que nos cuidas y nos guías.
OS QUIERO.

PRÓLOGO

Desde que su memoria alcanzaba a recordar, la desdicha se había ocupado, día tras día, de recordarle que todo aquello por lo que había luchado con ahínco en su vida, nunca iba a poder ser de su propiedad.

Siempre deseó ser el mejor de ambos en todos los aspectos: el más apuesto, el mejor guerrero, el hijo predilecto, el que destacase entre los De Sunx.

Para ello, cuidó con sumo esmero su aspecto físico, luchó a muerte en diferentes campos de batalla y se afanó en complacer a su progenitor en todos los ámbitos posibles.

Sin embargo, pese a todo esto, siempre hubo de conformarse con las migajas que su hermano Donald, siete años mayor que él, desechaba una tras otra.

Experimentado guerrero donde los hubiera, este se había consagrado como predilecto de su padre al recibir, por parte del rey, un reconocimiento por su buen juicio y su valía; y se había ganado los favores de la mujer más dulce, virtuosa y hermosa que jamás conocieran sus ojos.

¡Maldita una y mil veces su suerte!

Se había dicho a sí mismo que algún día cambiaría su destino, que sería él quien quedara primero ante todo y ante todos, que su valía sería reconocida por toda Inglaterra y que el legado de su familia sería alabado y coreado con su nombre: “Alex De Sunx”.

Ahora... el día de la revancha, por fin había llegado.

PARTE 1:
DULCE JUVENTUD

I

EL PARTO

Corría por aquel entonces el mes de abril del memorable año de gracia de 1106, el más lluvioso de cuantos habían sufrido hasta entonces las vastas y estériles tierras londinenses.

Aquellos eran malos tiempos para Inglaterra. Si bien era cierto que hacía ya algunos años que las monedas escaseaban en la corona, ahora también comenzaban a disminuir todo tipo de víveres y suministros necesarios para sobrevivir a infames penurias.

Para tormento de todos, la población contaba ya con demasiadas bajas, tanto entre los guerreros de Lord De Sunx, encargados de la guardia y custodia de sus mayores bienes, como entre los campesinos que, dispersos, habitaban sus tierras.

Durante varios meses consecutivos, truenos ensordecedores habían ido acompañando persistentemente a los rayos que, de forma tétrica, se habían encargado de iluminar un cielo colmado de nubarrones negros. Este ingrato temporal había sembrado pavor y hecho nacer todo tipo de supersticiones entre los habitantes de la región. De hecho, los reverendos que peinaban el lugar, en busca de pecadores arrepentidos, solían decir que había sido una maldición.

La tempestad no tenía piedad con nadie, mucho menos con los campesinos más pobres cuyas cosechas, tierras, incluso familia habían perecido en el intento. Sin duda estaban siendo atormentados por un clima devastador y catastrófico.

La población, formada en su mayoría por mujeres, al haber seguido casi todos los hombres a su rey para la recuperación del ducado de Normandía, anhelaba el éxito de estos ya que ello ayudaría a poner fin a la falta de los recursos necesarios para la corona.

El pueblo, antes grande y fastuoso, ahora se encontraba casi en la penumbra. Las mujeres que vivían en él, lo hacían en cabañas de madera o en casas de piedra. Las demás pertenecían al séquito de su señora. Este último sector era notoriamente envidiado, no solo por vivir en el castillo y encontrarse bajo

cierto amparo sino también por tener cerca a Lady Rona, a la que adoraban y veneraban. Aun así, todas ellas tenían algo en común, poco a poco habían aprendido a hacer todo lo necesario para subsistir.

Lord De Sunx, requerido por su rey para una nueva contienda, encontraba algo extraño en lo referente a la subida al trono de Enrique I de Inglaterra tras la muerte de su padre, Guillermo I “El Conquistador”.

Durante muchos años, basándose en sus grandes logros, había apoyado con convicción la futura sucesión del primogénito de este, Guillermo II “El Rojo”, pues como tantos otros, opinaba que sería un buen representante de la política llevada a cabo por su padre hasta el día mismo de su fallecimiento.

Sin embargo, seis años antes de la coronación del actual rey, la muerte del heredero, cuyas sospechas recaían sobre él, dejaban como sucesor al segundo en la línea, el príncipe Roberto.

Unos derechos que Enrique obvió, aprovechándose de su ausencia y convirtiéndose en el nuevo soberano de Inglaterra a mitad de ese mismo año. Eso sí, previa firma de un tratado mediante el cual respetaba los bienes de nobleza y clero.

Ni el retorno de las cruzadas de Roberto, un año más tarde, supuso una amenaza para su reinado. Este desistió de hacer prevalecer sus derechos ante la falta de apoyo de los nobles y tras enmascarar su voluntad bajo las condiciones del Tratado de Alton. Un tratado cuyo reconocimiento a su rey le reportaría una pensión de cinco mil marcos.

Así las cosas, a Lord De Sunx no le había quedado más remedio que jurar lealtad absoluta a su impuesto rey.

Justo en lo alto de la colina, se alzaba el castillo, ahora empobrecido y poco atractivo. El tiempo y la lluvia habían hecho estragos en él. Ya no era la fortaleza, testigo de grandes bodas, que había resistido a importantes ataques enemigos.

En su interior, en una espaciosa alcoba del segundo piso, decorada con tapices en tonos cálidos, una señora casi inconsciente yacía sobre una enorme cama, ocupada únicamente en el centro. No era una habitación excesivamente lujosa pero sí acogedora, gracias a la lumbre siempre encendida.

Alrededor de Lady Rona se hallaban tres de sus damas. Dos de ellas criadas y una tercera, la vieja comadrona. Se encontraba en la recta final de su embarazo y a Gea, la anciana partera, no le gustaban las dimensiones que su señora había adquirido durante el mismo. Además, aunque Lady Rona nunca

antes había estado enferma, las gripes y fiebres, que la habían sometido en los últimos meses, la habían dejado excesivamente débil. Ello, ayudado por la falta de apetito, agudizaba el problema.

Gea era una comadrona experimentada, no en vano había traído al mundo a casi todos los niños del pueblo. Esa misma experiencia era de la que se servía para adivinar que el abultado vientre de su señora no solo portaba un hijo sino dos, lo cual dificultaba todavía más las posibilidades de salvarlos a todos.

La fiebre, que previamente la había hecho delirar, ahora la mantenía inconsciente. Era por ello que Violante, la doncella de origen español, no dejaba de darle palmadas intentando que volviera en sí y pudiera enfrentarse al parto mientras Patty, la más joven de todas, no dejaba de gimotear.

Gea pidió a esta última que subiera una jarra de agua y varios trapos para intentar bajarle la fiebre, a lo que ella no dudó un solo instante en obedecer. Cerró la puerta tras de sí y, tal cual se le había requerido, se dirigió inmediatamente a la cocina.

La vieja comadrona volvió a reconocer a Lady Rona y, tras murmurar para sí misma, decidió que el asunto no podía demorarse más, el momento del parto había llegado. Apartó a Violante dispuesta a despertarla ella misma, pidió perdón por lo que estaba a punto de hacer y golpeó enérgicamente el blanquecino rostro de la parturienta.

Súbitamente, la señora abrió los ojos sin fuerza alguna.

Gea no dejó que hablara, tendría mucho que explicarle cuando se encontrara fuera de peligro y con los hijos de Lord De Sunx en su regazo.

—Lady Rona, debéis hacer un esfuerzo —la instó.

Ella asintió aún adormecida.

Gea se volvió para prepararlo todo y fue en ese preciso instante cuando tuvo la primera contracción estando consciente. La futura madre apretó los párpados y gritó con las pocas fuerzas que le asistían. Violante tomó su mano tan rápidamente como pudo y Patty, que ya estaba junto a ella, se dispuso a ayudar a la vieja comadrona. La había visto asistir en muchísimas ocasiones y algo había aprendido.

—¡Por Dios! Tranquilizaos, señora. Todo es normal —dijo Gea al verla tan asustada.

—No os preocupéis, señora. Violante y yo estamos aquí para ayudaros. — Patty sentía verdadera pena al ver el aspecto de su señora. La Rona que

estaba ante ellas distaba mucho de la que estaban acostumbradas. Su bello rostro rosáceo, ahora se encontraba pálido y ojeroso; sus labios, rojos y carnosos, presentaban entonces un color blanquecino; su hermoso cabello negro, siempre peinado y cuidadosamente recogido, en ese momento no era más que una espesa maraña; y lo más importante, la vitalidad de la que constantemente había hecho gala... parecía haber desaparecido por completo, posiblemente para siempre.

Otro grito siguió a este, y luego otro, y otro. Había llegado el momento de recibir a aquellas indefensas criaturas.

—Señora, ya habéis dilatado lo suficiente, el bebé está a punto de llegar. — Omitió deliberadamente su presentimiento para no asustarla—. Sé que estáis muy débil, pero ahora debéis empujar con todas vuestras fuerzas...

Rona, consumida como estaba, hizo todo cuanto pudo por ayudar.

—¡Vamos! ¡Un poco más! ¡Ya casi está! —la animó—. ¡Empujad, señora! ¡Empujad! —Gea se calmó ligeramente al ver que todo se desarrollaba como debía—. ¡Ya puedo verlo, señora! ¡Tengo su cabecita! ¡Empujad una última vez! ¡Muy bien! ¡Ya está, ya está!

—¡Es un niño, Lady Rona! ¡Un niño precioso! —Sonrió Patty al ver al pequeño en las manos de la partera.

La nueva madre intentó sonreír también aunque solo fue capaz de dibujar una leve mueca.

—¡Ah! —Volvió a gritar de repente—. ¿Qué sucede? Los dolores... ¡Ah! Los dolores no cesan.

—¡Dios del cielo, otro! ¡Viene otro! —Violante confirmó la sospecha de Gea.

—Sí, me lo temía —dijo esta, visiblemente preocupada al ver lo exhausta que se encontraba la parturienta.

—¡Oh, Dios! —Patty se inquietó al percibir la gravedad en el rostro de Gea.

—Vamos, Lady Rona. Viene otro. Veréis que en esta ocasión va a ser mucho más rápido. ¡Confíad en mí! —Quiso tranquilizarla una vez más.

—No puedo. No me quedan fuerzas —dijo con voz tenue y pausada.

—¡Debéis hacerlo, señora! ¡Debéis hacerlo! —Su súplica sonó enérgica.

Tras unos momentos de intenso dolor, otra cabeza comenzó a asomar. Con firmeza, Gea la tomó entre sus manos y sostuvo al bebé que salió con mayor facilidad que el anterior.

La comadrona, entonces, quedó estupefacta al ver lo que tenía ante ella.

—¡No puede ser! ¡Son tres! —murmuró—. Señora, por el amor de Dios, debéis hacerlo una vez más.

—¡No puedo! —Exhausta como estaba, no le parecía que le quedaran fuerzas para nada más.

—Milady. Vuestro hijo quiere nacer.

—Gea —insistió Rona—. No puedo más. Esto es demasiado.

—No os dejéis vencer, señora —la animó Violante, que desde hacía tiempo no era capaz de pronunciar una palabra.

—Lo siento... yo... —dijo casi sin poder respirar.

—¡Calmaos, por favor! El tercer bebé ya viene, queráis o no. Así pues, por Dios bendito, empujad con fuerza.

—Gea... ¡ayúdame! —suplicó.

—Sí, señora. No dudéis que lo haré —dijo, introduciendo parte de su mano en el interior de la señora—. ¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —la tranquilizó, extrayéndolo ella misma—. ¡Es una niña preciosa!

—¡Ah! Lady Rona... ¡qué alegría! —Patty mostró felicidad.

Gea limpió, desinfectó y suturó las heridas que la parturienta había sufrido y, seguidamente, reconoció a los niños uno por uno mientras las doncellas aseaban a su señora. La partera, además, habilitó con una pila de colchones una gran cuna en la estancia contigua. Por su parte estaba todo hecho, ya solo restaba encomendarse al altísimo y que se hiciera su santa voluntad.

—Ahora... descansad —dijo Violante, pensando que lo peor ya había pasado.

La anciana, con una amarga sonrisa, asintió dando por buena la proposición de la muchacha.

—Gea, estoy muy débil —murmuró Rona, prácticamente agonizando—. Yo lo sé... y tú también lo sabes.

—No... señora —dijo Patty, reteniendo las lágrimas en sus ojos—. Os pondréis bien.

—Necesito que hagas algo por mí —solicitó, sabiendo que se le acababa el tiempo de un momento a otro—. Debes decirle a mi esposo, cuando regrese del campo de batalla, que cuide de ellos como...

—Señora... —La interrumpió mientras, en su arrugado rostro, quedaba patente la profunda pena que la invadía mientras contemplaba cómo se le escapaba la vida a aquella que un día vio nacer.

—No sigas Gea... no me hagas malgastar las pocas fuerzas que me quedan.

—Rona, ignorando los nuevos acontecimientos, pensó que de nuevo iba a intentar convencerla de lo bien que marchaba todo.

—Es Lord De Sunx. —Movi6 lentamente la cabeza hacia uno y otro lado, entendiendo que si tambi6n ella iba a marcharse... ten6a derecho a conocer la dura realidad. De este modo podr6a tomar decisiones acerca del futuro de sus hijos, dejando instrucciones respecto a su cuidado.

El instinto de Rona, sin embargo, no quiso entender aquello que la anciana intentaba decir sin articular palabra alguna. Por el contrario, permaneci6 inm6vil e impasible mientras estudiaba el avejentado rostro de la mujer, intentando hallar alguna otra posible explicaci6n a tan triste mirada.

—Ha ca6do en el campo de batalla, mi se6ora —sentenci6 finalmente—. Vuestro cu6nado vino a comunicaros la triste noticia cuando estabais inconsciente.

Durante un instante, que pareci6 eterno, el silencio se hizo en la estancia. Rona, totalmente absorta, hab6a bajado la mirada. El pesar y la incompresi6n se convirtieron en el yugo de su sufrimiento, la tristeza y el dolor atenazaron con fuerza su coraz6n y la impotencia invadi6 su alma y su raz6n. ¿Pod6a ser tan caprichosa la naturaleza como para dar o quitar vida a su antojo?

Violante, consciente del sufrimiento al que se enfrentaba su se6ora, acarici6 su antebrazo en se6al de apoyo. Ello hizo que esta, de alguna manera, regresara de su trance y en la medida de lo posible tomara las riendas de aquella triste y dram6tica situaci6n.

—Quiero que cuid6is bien de ellos —dijo, alzando la mirada hacia las tres mujeres—, que vosotras se6ais lo que ni su padre ni yo podremos ser ya... que les deis todo el cari6n y el amor que me hubiese gustado darles a m6... y que hag6is de ellos personas loables y bondadosas. —Descans6 lo justo para hinchar sus pulmones de aire y continu6—. Quiero que el cari6n entre ellos sea el m6s importante de sus sentimientos... que nada ni nadie mancille la uni6n que un d6a se gesti6 en mi vientre... y que sus fraternales lazos hagan de la suya... una fuerte alianza que perdure en el tiempo... pese a todo y pese a todos.

—Lady Rona... —suplic6 Gea con los ojos ba6ados en l6grimas.

—Debes promet6rmelo —expres6 casi sin aliento—. Mis padres murieron hace ya mucho tiempo, por lo tanto, el 6nico pariente que les queda es el hermano de mi marido. Por desgracia... 6l no conoce el significado de la palabra amor, 6l tan solo se limitar6 a atenderlos econ6micamente... Os hago

responsables del resto a vosotras.

—Vos misma podréis hacerlo, señora —dijo Patty, queriendo convencerse a sí misma.

—Tranquila pequeña. —Sonrió sin fuerzas—. No debes estar triste. Yo ya he aceptado mi destino... no hay más remedio. Lo único importante ahora es el bienestar de los bebés. Y ellos... ellos están sanos, ¿no es así, Gea?

—Señora, son los bebés más sanos que jamás han visto mis ojos —mintió la anciana, pues temía que la vida de los pequeños acabase tan pronto como la de su madre. Lo sustancial en aquel momento, pensó, era tranquilizarla a ella.

—Ellos serán el orgullo de la casa De Sunx. —De nuevo hizo una breve pausa y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, continuó—. Hay algo que quiero mostraros, está en ese pequeño cofre. —Alargó el dedo, indicando una vieja arquilla de madera de nogal, mientras clavaba sus ojos brillantes en el rostro de Gea.

—Inmediatamente. —La mujer entendió el deseo de la señora y se levantó para dirigirse hacia la pequeña mesita que había en el extremo derecho de la cama. Cogió el cofre y, como si de un tesoro se tratase, lo condujo de nuevo hasta ella.

—Ábrelo por favor —le indicó—. Violante... —se dirigió en este caso a la doncella—. Dentro de una pequeña bolsa de terciopelo, verás un medallón de oro con una inscripción. Léelo.

Violante era la única de sus damas que sabía leer y escribir con claridad. Sus padres le habían enseñado de pequeña cuando aún residían en España. Además, tenía una gran capacidad para las lenguas, lo había demostrado cuando su padre fue destinado a servir bajo las órdenes de Donald De Sunx. Esta misma capacidad era de lo que se había servido para trabajar con Lady Rona.

—“La fuerza y el valor están en tu corazón” —leyó con soltura—. ¿Qué significa, señora?

—Es el lema que ha guiado siempre a la familia de mi marido. Debe llevarlo el primogénito de la familia. Gea, por favor, tú sabes cuál de ellos ha nacido primero.

La comadrona se dirigió hacia los niños y le colocó el medallón a uno de ellos, tal como había requerido la madre.

—Cuando crezcan y sean mayores, explicadles su significado... Allá donde quiera que se encuentre este distintivo, hará saber a todo el mundo cuál es su

linaje... Violante, quiero que seas tú quien se haga cargo de la educación de mis hijos... Eres la más cualificada para ello. Sé que su padre y yo estaremos orgullosos de tu trabajo... ¡Todavía no puedo creer que él ya no esté! —se lamentó mientras intentaba en vano incorporarse—. Ahora... ahora me resta una sola cosa... conocer a mis hijos —dijo con tristeza.

—Patty, trae a los niños —ordenó la anciana, sin dejar de mirar a la mujer.

La doncella, sumisa y complaciente, transportó a los bebés, uno tras otro, hasta la enorme cama donde la orgullosa madre aguardaba impaciente.

—Aquí tenéis al primero, al segundo y, por último, a la niña.

Inmediatamente, el contacto con sus pequeños inundó el débil corazón de Rona con una oleada de ternura y amor que alborotó todas sus emociones. Estudió detenidamente los diminutos y hermosos rasgos de cada uno de sus hijos, comprendiendo cuán maravillosa podía ser la vida.

Los tres eran realmente pequeños, las venitas eran perfectamente visibles a través de su finísima piel y todos ellos mostraban un aspecto ligeramente amoratado.

—¡Dios mío! —imploró una Rona conmovida, al sentirse invadida por una ola de amor puro.

—Sí. Son ciertamente preciosos, señora. —Sonrió Gea, entendiéndola.

—Siento no poder permanecer mucho más tiempo junto a vosotros, hijos míos... —decía mientras rozaba sus diminutas manitas—, pero habéis de saber que allá donde vaya... os llevaré a cada uno de vosotros conmigo... Os amo pequeños míos. Os amo...

Lady Rona no fue capaz de concluir la frase. Con esas palabras, exhaló su último aliento.

—¡No! —gritó Gea.

—¡Señora! —El gesto de Patty mostraba cómo la invadía el más absoluto dolor—. Despertaos, despertaos... por favor.

—Es tarde. Lady Rona De Sunx ha muerto —sentenció la comadrona con voz solemne.

Durante un breve pero desgarrador espacio de tiempo, las tres mujeres permanecieron en silencio en un intento por no desfallecer ante los duros acontecimientos.

Los tres niños, que parecían comprender lo que iba a suceder a partir de ese mismo instante, habían comenzado a llorar a pleno pulmón.

Gea inspiró hondo, hizo acopio de toda su fuerza y los depositó sobre la cuna,

colocando a la niña entre los dos varones. Su deseo, a partir de ese momento, sería hacer prevalecer entre los niños la protección a su hermana frente a cualquier peligro. Exactamente, tal y como había deseado su madre.

—Informaré a Lord De Sunx.

Gea salió de la estancia para dirigirse a la alcoba de Alex De Sunx. Llamó despacio y este le dio paso. Ella entró, permaneció en pie ante él y esperó a que le permitiera hablar. Las relaciones entre ambos no eran especialmente buenas, por tanto Gea se mantuvo cauta.

—¿Sí? ¿Qué pasa? ¿Está todo bien? —preguntó mientras, echado en su cama, depositaba sus ojos negros sobre ella.

—No. En absoluto, señor.

—¿Qué ocurre?

—Señor, Lady Rona... —La voz se le quebró—. Acaba de fallecer.

El rostro del hombre se desfiguró por la sorpresa para dar paso, seguidamente, a una frágil sonrisa que Gea percibió con cierta facilidad. Divagó en silencio e intentó hallar el origen de aquella extraña respuesta. Como bien había expresado su señora, Alex De Sunx no era un dechado de alegría, cariño o amor, pero sonreír ante tal desconsuelo... eso era demasiado para ella.

Para Alex, sin embargo, no era sino la culminación a su gran falacia. Se había anticipado, lanzando el bulo de la muerte de su hermano con la esperanza de sembrar el caos antes de llevar a Rona y a su vástago a la muerte, después de tantos meses de envenenamiento por parte de su cómplice.

Entre ellos, el ambiente se tornó entonces cortante e insostenible, tanto fue así que Gea decidió marcharse sin aguardar respuesta alguna.

—Pero eso es una tragedia. —Disimuló deliberadamente antes de permitirle abandonar la estancia.

—Sin duda, señor. —Ella frenó en seco, alzó la mirada y respondió sin girarse si quiera—. Una gran tragedia.

—Haré llamar al sacerdote, de inmediato.

—Decidle pues... que traiga suficiente agua bendita. Nos va a hacer falta.

Avanzó un paso más hacia la puerta, aumentando de este modo la distancia entre ellos.

—No entiendo. —Se levantó rápidamente, preocupado.

—Habrán de celebrarse dos sacramentos en el día de hoy, señor —dijo girándose, ahora sí, para estudiar su reacción—. Además del funeral, también

habremos de celebrar el sacramento bautismal.

—¿Acaso el bebé llegó a nacer? —preguntó, temiendo que ello arruinara sus planes.

—Los bebés, milord. Ellos nacieron con dificultad pero ahora están estables.

—¿Los...? —Incrédulo, no pudo terminar la pregunta.

—Son tres, señor. Lady Rona tuvo dos niños y una niña antes de morir.

Alex De Sunx quedó perplejo ante semejante noticia. Necesitó de algún tiempo para digerir aquello y ordenar sus ideas. Podría desprenderse fácilmente de uno acaso, pero de tres... ¿Cómo demonios se deshacía de tres niños sin levantar sospechas?

En un intento por salir del paso lo más airoso posible, vislumbró un atisbo de sosiego: lo dejaría en manos de otros. Mientras, él sencillamente se limitaría a representar su obra. Decidido a ello, salió por la puerta y se dirigió hacia la capilla.

El cura se sentó junto a Lady Rona y comenzó a orar una plegaria por su alma en la que todos participaron de forma voluntaria.

—Es una verdadera lástima que falleciese tan pronto. —Una vez hubo acabado, Patty necesitó una explicación del párroco para tan difícil e injusta situación.

—Sí que lo es. Era muy joven y tenía toda la vida por delante —representó Alex—, del mismo modo que también la tenía mi hermano. —Su cinismo parecía no tener límites.

—¿Qué es lo que debería saber? —Aquellas palabras no pasaron desapercibidas para el párroco que inmediatamente quiso conocer qué era aquello que todavía desconocía.

—Mi hermano ha caído en el campo de batalla. —Alex no tuvo reparo alguno en dar la triste noticia a bocajarro.

—¡Dios santo! —El cura no daba crédito.

—Sí, esto ha sido una gran desdicha —enfaticó Alex.

—Supongo que ahora vos os haréis cargo de los niños.

Al escuchar esto, Gea estudió la respuesta en el rostro del tío de los niños, sin depositar mucha confianza en él.

—Sois su único pariente —añadió el cura.

—Me temo que eso no va ser posible. Salgo hacia Escocia mañana mismo —se excusó—, pero te tienen a ti, Gea. Tú mejor que nadie puedes cuidar de ellos —dijo a la anciana.

—Sí, pero...

—Aquí en casa estarán mucho mejor. —Quiso hacer ver que solo velaba por ellos.

—Creo que debo darle la razón, Gea —expuso el párroco con convicción—. Por el momento estarán mejor aquí con nosotros. ¿No crees? —A la mujer no le quedó más remedio que asentir, dadas las circunstancias.

Tanto ella como las doncellas habían dado su palabra de proteger y educar a los pequeños y por supuesto así lo harían pero, a efectos legales, necesitaban un tutor que velara por ellos y por su patrimonio. ¿Por qué entonces no podían viajar con él? ¿De tal manera iba a ignorar a sus tres sobrinos aquel ser desprovisto de sentimientos?

—Creo que lo más conveniente será que bauticemos a los bebés. Necesitan descansar —zanjó Alex De Sunx.

—¿Qué nombres pensáis ponerles? —preguntó el párroco apenado.

—Lo acertado sería llamar a la niña como su madre, Rona, a uno de los niños como su padre, Donald, y al otro... —dijo Gea pensando en el primogénito—. Al otro podríamos llamarlo como a su abuelo paterno, Guillermo.

—Estoy de acuerdo. —Alex asintió con demasiada rapidez. Al fin y al cabo... ¿qué demonios importaba cómo se llamaran esos críos?

—Bien, que así sea. Recibid los nombres de Rona, Donald, y Guillermo De Sunx en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Espero que vuestras vidas sean por siempre placenteras en compañía de los seres que os aman, que vuestros progenitores velen por vuestra alma y que vuestra educación se ampare bajo los dictados del Evangelio.

Acto seguido y bajo expresa petición de su cuñado, que parecía querer acabar con todo cuanto antes, engalanaron el inerte cuerpo de Lady Rona De Sunx y lo llevaron al cementerio para darle sagrada sepultura, en un momento en que la lluvia parecía haberles concedido una tregua en honor a la difunta.

Era noche cerrada. Desde el interior del castillo se podía escuchar perfectamente el sonido del silencio, ahogado por la incesante lluvia del exterior. Desgastadas antorchas iluminaban débilmente los pedregosos pasillos que unían unas alcobas con otras. Alcobas, todas, ocupadas por sus respectivos dueños salvo la de Violante que había quedado al cuidado de los pequeños.

Ante la imposibilidad de conciliar el sueño, Gea se revolvía en su catre, presa

de los quebraderos de cabeza. Había sido un día realmente duro. La noticia de la muerte del señor, el posterior fallecimiento de la señora, la incertidumbre del futuro de los pequeños, la ignorancia del último de los De Sunx respecto a todo y todos. El castillo iba a resultar un lugar inhóspito para unos niños sin padres y bajo la tutela de un tío al que no importaban nada en absoluto.

Con los ojos cerrados, intentó dejar la mente en blanco en una lucha a la desesperada por conseguir un descanso que verdaderamente necesitaba.

De repente creyó escuchar algo, agudizó el oído y adivinó unos pasos.

Una horrible corazonada la alertó, algo grave podría estar ocurriendo. Saltó del catre e, influenciada por sus sospechas, se dirigió hacia la alcoba de los niños.

Al ver a Violante inconsciente en el suelo y la cuna vacía, la tierra se abrió a sus pies. La mujer hubo de hacer acopio de toda su fortaleza para no desfallecer al instante. ¿Dónde estaban los hijos de Lady Rona? ¡Por Dios! ¿Dónde se los habían llevado? Y sobre todo... ¿qué pensaban hacer con ellos?

De repente, escuchó tras de sí una puerta cerrarse de golpe. Se giró y rápidamente se dirigió hacia el lugar de donde había venido aquel ruido. En el portalón de salida, consiguió ver unas sombras y corrió tras ellas. La avanzada edad de Gea no le impidió correr como alma en pena. Alcanzó a ver a un hombre, vestido de negro, que portaba una gran canasta. En ella sin duda estarían los bebés. Gea reconoció a aquel ser miserable.

—¡Detente! —clamó—. No puedes... —Una daga en su espalda impidió que dijera nada más.

—Pero... ¿pero por qué has hecho eso, Guiric? —gritó realmente enfadado el hombre de negro—. Nadie debía morir, ese era el acuerdo.

—Te ha reconocido, cretino. Se te dijo que cogieras a los niños, te los llevaras y los mataras. ¡Hazlo pues, maldito estúpido! —rugió.

Sin mediar palabra... el hombre salió, se dirigió hacia su caballo y, una vez hubo asegurado la cesta de los bebés a su corcel, lo montó y se marchó a galope tendido.

—¡Ayuda! ¡A mí, ayuda! —gritó Guiric, representando su papel.

Sus gritos hicieron que todos, uno tras otro, salieran de sus aposentos.

—¡Oh, Dios! —Patty corrió hacia la anciana, al verla tendida en el suelo.

—Pero... ¿qué ha ocurrido? —Alex mostró su sorpresa.

—Alguien ha secuestrado a los niños —respondió Guiric, dejando claro que

era el primer sorprendido.

La doncella arrodillada junto a Gea cubrió su rostro, horrorizada.

—¿Quién ha sido? ¿Has podido verlo? —preguntó el tío.

El guerrero negó con un parpadeo acompañado de un triste mohín.

—¿Pudiste ver por dónde huyó? —insistió de manera enérgica.

De nuevo la respuesta fue negativa.

—¿Algún detalle que nos ayude, al menos?

La misma respuesta.

—¡Inepto! —bramó ante su incompetencia mientras lo abofeteaba.

Una vez hubo representado su rol de tío afligido ante los sirvientes, decidió dar el tema por zanjado de una vez por todas. Había hecho uso aquel día de tanta hipocresía que estaba completamente saciado.

—Retira a la anciana de aquí. Ya no podemos hacer nada por ella. Los demás... ¡vamos! Cada uno a su alcoba, todo ha terminado —ordenó con extrema dureza para que todos se dispersaran.

—¿Todavía pensáis marcharos mañana, señor? —Quiso saber Patty, destrozada.

—Por supuesto. Es mi deber.

—¿Y qué pasa con los bebés?

—A estas alturas, probablemente ya estén muertos.

El horror y la indignación quedaron patentes en los ojos de la muchacha. ¿Cómo era posible que un guerrero como Alex De Sunx obviara un hecho como el secuestro de sus tres sobrinos?

—Pero...

—Hazte un favor a ti misma —le espetó—. Deja de entrometerte en asuntos que no son de tu incumbencia —zanjó de una vez por todas.

Al ver la reacción del hombre, la joven doncella obedeció, temiendo por su vida.

Alex, con cierta sensación de triunfo, regresó a sus aposentos. Todo había resultado mucho más fácil de lo que había pensado a priori. Se había deshecho de los tres pequeños que tanto se interponían en sus planes y de la suspicaz anciana, todo al mismo tiempo.

Llegados a ese punto, solo interfería su hermano entre su objetivo y él. Quizá Donald sería el más difícil de eliminar si quería ser coherente. Aun así, no se amilanó en absoluto, aquello solo acababa de empezar. No tenía prisa, no necesariamente había de ser entonces. Tranquilamente podría elaborar un

plan que acabase con él en alguna de sus muchas contiendas.

Dado que ya amanecía, lo dispuso todo para partir cuanto antes y atender la llamada de su rey. Ya llegaría el momento de volver a casa y reclamar todo aquello que por derecho le correspondía.

Las cosas así, no volvió la mirada atrás ni una sola vez. Aquel triste castillo, que acababa de abandonar, renacería bajo su mandato cuando regresara exitoso de su nueva contienda.

II

NUEVO HOGAR

Habiendo transcurrido ya una semana desde que tuvieron lugar los tristes acontecimientos que sumirían a la casa De Sunx en la más absoluta melancolía, no había habido nadie con la suficiente autoridad que pudiera asumir, en todo ese tiempo, la dirección del castillo y mucho menos de las tierras anexas a este. Sin duda, la apresurada partida del último de los De Sunx los había abandonado a todos a su suerte. Una suerte que, dadas las circunstancias, no se auguraba demasiado favorable.

Así las cosas... las doncellas de Lady Rona, desamparadas tras el fallecimiento de su señora, no encontraban consuelo al asumir que habían faltado a su promesa. Una promesa que solo habían podido mantener durante un breve espacio de tiempo.

De repente, se escuchó el movimiento de las cadenas que abrían la puerta del castillo y daban acceso a este a través del puente. Aplausos y vítores jaleaban algún acontecimiento inesperado para los habitantes del interior de las murallas. Instintivamente, Violante se asomó a la gran ventana de la estancia en la que se hallaba, pero tan solo consiguió ver a la muchedumbre que se agolpaba alrededor de la puerta. Con el corazón en un puño, y pensando que quizá pudiera tener algo que ver con los pequeños, corrió escaleras abajo. Sin embargo, quedó totalmente conmocionada cuando, al entrar en el gran salón, pudo contemplar la apuesta figura de Lord Donald De Sunx.

—¡Milord! —Acertó a decir con una voz estrangulada por la sorpresa.

—¿Qué ocurre, Violante? —Sin duda percibió el asombro de ella.

—Yo...

—¡Responde! —rugió el guerrero.

—No esperábamos vuestra llegada, señor —omitió por el momento que le creían muerto.

—Entiendo —dijo sin más—. Avisa a la señora de mi llegada.

—Veréis, milord... —titubeó sin saber cómo dar tan triste noticia.

—¿Se puede saber qué te ocurre muchacha? ¡Obedece!

—Lady Rona...

—¿Sí? —preguntó, clavando sus grandes ojos color gris en la muchacha. La doncella tragó saliva y continuó.

—Milord, lamentablemente, hubieron complicaciones durante el parto. Lady Rona no pudo superarlo.

—¿Pero... qué estás diciendo? —Rápidamente se aproximó a ella y la cogió por ambos hombros con furia mientras, detenidamente, estudiaba su reacción—. ¡Trae a la comadrona ante mí de inmediato! —gritó enérgico mientras la soltaba y se dirigía hacia la ventana, dándole la espalda.

—Gea también ha muerto, señor.

Incrédulo, giró sobre sí mismo.

—¿Debo entender que la ausencia de la partera es lo que desencadenó el malogrado parto? —Pese a la dureza de su tono, los brillantes ojos de aquel gran hombre mostraban un profundo dolor.

—No, mi señor. Gea murió después de Lady Rona. Estuvo atendiendo el parto en todo momento. Gracias a ella, vuestros hijos nacieron sin complicación.

—¿Mis hijos? Acaso... —Cuando lo creía todo perdido, la sorpresa fue mayúscula.

—Nacieron tres preciosos bebés, mi señor. Dos varones y una hembra.

Poco a poco, Violante fue relatándole al afligido caballero cómo se habían ido sucediendo las desgracias una tras otra, mientras... el angustiado noble entendía su futuro destrozado para siempre, debido a la marcha de su amada.

—¿Hay sospechas de quién pudo llevarse a los bebés?

—Guiric tan solo pudo ver a un hombre que vestía de negro.

—¡Traedlo ante mí de inmediato! —gritó dirigiéndose a los guardias que aguardaban en la entrada.

—Será mejor que me retire, milord.

—No te muevas de donde estás.

Violante hizo una reverencia y permaneció inmóvil.

—Lord De Sunx. —Guiric entró en la sala poco después, al tiempo que presentaba sus respetos con un ligero saludo.

—Según me han informado, viste a la persona que se llevó a mis hijos —dijo, aproximándose a él.

—Sí, señor.

—¿Y por qué demonios no la detuviste? —bramó, realmente enfadado.

—Lo intenté milord, pero no me fue posible —mintió deliberadamente para

salvar su cuello.

—Os dejé a cargo de lo que más quería, y ahora... —dijo, pasándose las manos desesperadamente por la cabeza.

—Sé que os he decepcionado, mi señor.

—Sí, lo has hecho. —Alzó la vista de nuevo para que sus miradas se cruzasen—. No tengas duda alguna al respecto, miserable. Y en absoluto acepto tus mezquinos lamentos. ¡Así pues, dime! ¿Viste, al menos, quién tuvo la osadía de afrentarme de tal modo? —bramó sin control alguno.

—Sí señor, fue Owen. —El noble necesitaba respuestas entendió, así pues, el guerrero utilizó un culpable.

—¿Owen? —preguntó abriendo los ojos como platos.

—Sí, milord. Hemos buscado por toda la región sin suerte alguna —se anticipó, temiendo por su vida.

—¡Dios mío! —exclamó, elevando la vista al cielo desde la ventana—. He entrenado una hueste de ineptos. ¿Qué sería de vosotros en el campo de batalla? —Alzó notablemente la voz mientras lo devoraba con la mirada.

El comandante bajó la mirada avergonzado.

—¡Rápido! —gritó, tomando el mando de la situación—. Reúne a los hombres y comenzad a buscarlos por toda la comarca. No debe quedar un solo rincón por examinar. ¡Un hombre y tres bebés, por todos los Santos! No pueden haber llegado muy lejos.

—De inmediato, señor —dijo, saliendo rápidamente de la estancia.

—¡Maldición! —se lamentó.

Tras varios días cabalgando sin descanso, el agotamiento hizo que Owen detuviera su pura sangre, color azabache, a un lado del fangoso sendero. Se había prometido que no sería un gran descanso, lo justo para reponerse un rato mientras alimentaba a los niños y a sí mismo.

Cobijándose en una especie de saliente, sacó a uno de los bebés de la improvisada capota con la que los guarecía de la lluvia y, sin perder tiempo, se dispuso a alimentarlo con aquellas extrañas vasijas de las que se había provisto para tal menester. Había robado a su paso tanta leche como le había sido posible. De otro modo, los pequeños habrían perecido bajo su custodia. Algo que no iba a permitir.

Absorto como estaba en el grato esfuerzo que suponía, para un hombre rudo como él, alimentar a tres bebés recién nacidos uno tras otro... pudo escuchar cierto número de trotadas aproximándose peligrosamente hacia su posición.

Rápidamente, escondió a los pequeños entre el follaje y a Guerrero Negro tras la arboleda y rezó para que ni los niños ni el caballo lo delatasen ante tal comitiva.

—Estamos llegando a una nueva aldea. —Escuchó una voz a su paso, una voz que sin duda reconoció como la de Guiric—. Buscad a los bebés por todos los rincones. Y recordad que nuestro señor desea para sí mismo el placer de matar a su secuestrador.

—¡Maldito bastardo! —susurró Owen sin dar crédito. ¿No era el propio Alex quien lo había organizado todo? ¿Por qué este despropósito entonces?

Una vez hubo pasado de largo tan desleal séquito, se encaminó hacia donde estaban los tres pequeños. Debía largarse de allí cuanto antes. En la búsqueda de algún plan que les permitiera una mínima posibilidad, decidió que volvería sobre sus pasos pues el camino por el que ya habían pasado Guiric y sus guerreros... parecía ahora el lugar más seguro.

—Ese asqueroso traidor me las pagará todas juntas, y entonces... —murmuraba mientras cargaba al último niño en la cesta—. ¿Qué es esto? —Fue entonces cuando descubrió, en el pecho del primogénito, el medallón de Lord De Sunx. Ello le hizo recapacitar. Aunque había aceptado la orden de Alex de Sunx de secuestrar y matar a los pequeños tan solo para salvarles la vida, comprendió que también estaba obligado a llevar su hazaña mucho más lejos. Debería criarlos y educarlos como su rango requería. Además, había de ofrecerles una vida anónima donde se mantuvieran a salvo, pues ellos eran ahora el único obstáculo existente entre Alex De Sunx y el feudo de su difunto hermano.

Con el firme propósito de enmendarse y ofrecer una vida digna a los pequeños, cabalgó bajo la lluvia durante varios días, en los que hubo de robar a campesinos y pastores tanto leche como comida y agua.

Justo en el límite con tierras escocesas, donde el temporal era un poco más llevadero, se encontraba un pueblo perteneciente al señorío de Lord O'Neill. Decidió que, dada la lejanía, aquel podría ser un buen lugar para instalarse.

—Señor... —dijo, haciendo una reverencia a aquel hombre maduro de barba blanca y apariencia quebrada.

—Me han dicho que querías verme. —A pesar de su aspecto, su voz sonó incisiva—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Mi nombre es Owen —comenzó—. Enviudé hace unos días y he quedado solo al cuidado de mis tres hijos recién nacidos. He hecho un viaje muy largo

buscando dónde instalarme y poder criarlos y vuestras tierras me parecen el lugar perfecto para ello. A cambio puedo hacer cualquier trabajo que se me encomiende, señor. Y, por supuesto, os prometo lealtad absoluta. Soy un hombre de honor.

El caballero dirigió una mirada lánguida hacia su esposa, sentada en su correspondiente sitio a su diestra.

Ella asintió con un ligero parpadeo, extendiendo su silencio.

—Muy bien —consintió, sin demasiado arrojó, el que sería su señor a partir de entonces—. Pareces un hombre muy fuerte. ¿Qué te parece la cría de caballos?

—Me parece bien, mi señor. —Quizá no era a lo que estaba acostumbrado pero no era momento de hacer elecciones.

—Mañana te presentarás ante Gunt, él es quien se encarga de las caballerizas.

—Gracias, milord. Muchísimas gracias. —Tras varias semanas de incertidumbre, por fin vislumbraba un futuro posible.

—Otra cosa... —dijo Lord O'Neill.

—¿Sí, señor?

—Ocupareis la casa que hay junto al bosque. Esos niños necesitan un hogar —añadió con contundencia.

—Muy gentil por vuestra parte, milord. Temía que, de nuevo, hubiéramos de dormir a la intemperie.

—Tus vecinos, los Rouse, son una buena familia —aclaró—, te ayudarán en lo que puedan. Quinland, acompáñalo —se dirigió al guardia.

—Señor... Señora... —agradeció con sendas reverencias.

Ambos salieron del castillo y llegaron, a través de una colina, a las afueras del pueblo. Quinland se detuvo frente a una cabaña, bastante bien cuidada a simple vista. Owen hizo lo propio.

Sin articular palabra, el soldado le indicó que la casa frente a la que se encontraban era la suya. Acto seguido, tiró de la brida de su caballo y volvió sobre sus pisadas.

Owen desmontó, cogió la cesta de los pequeños y se dirigió hacia la entrada.

Una vez dentro, comprobó cuán acogedora era aquella cabaña que parecía lo suficientemente grande para los cuatro. La puerta de la entrada daba acceso a una gran sala de estar con fogones al fondo, junto a la chimenea. La entrada de la letrina pasaba desapercibida entre las paredes de madera. Al fondo había un pequeño corredor que daba a dos estancias. En la más grande había

dos camitas sobre una gran estora. Debido a su tamaño, decidió dedicar ese cuarto a los niños. En la estancia contigua, un poco más pequeña y provista de un cofre a los pies de un gran camastro, se instalaría él.

Colocó la cesta con los bebés sobre el catre y salió al porche.

Paseó la mirada a su alrededor con el fin de conocer cómo era aquel entorno. Observó a su izquierda una hilera de casas como la suya, formando así una estrecha y larga calle. Al parecer, ellos vivirían al final del pueblo ya que a su derecha, a poca distancia, comenzaba el bosque de pinos que sin duda, formaba parte de las tierras de su nuevo señor. Frente a él... se alzaba, imponente y majestuoso, el castillo de Lord O'Neill; un castillo visiblemente más grande que el de Lord De Sunx. Alrededor de todo ello, franqueando el perímetro de forma estratégica, se encontraba la muralla. Quizá no lo suficientemente alta para su gusto.

Una vez reconoció el entorno, miró lo que iba a ser su dominio. Pensó en un huerto junto a la casa así como en una zona de juegos al aire libre para los pequeños.

Que alguien dependiera de él le enorgullecía, nunca se había sentido necesitado y ahora de repente tenía una gran familia a su cargo. Se lo debía a su señor, Donald De Sunx.

El llanto de los niños lo hizo volver a la realidad. Entró en la casa y se dirigió hacia ellos. Durante el trayecto había aprendido a calmarlos, acariciándoles mientras les susurraba dulcemente.

Cambió sus ropitas húmedas por improvisados pañales hechos con retales de su propia ropa, los alimentó con la última vasija de leche que guardaba en su alforja y los dejó balbuceando y jugando con sus propias manitas.

Decidió que la primera noche en su nuevo hogar debía tener todo limpio y decentado y, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo ni por dónde empezar, se puso manos a la obra para acabar cuanto antes.

—¡Perdone! —Escuchó dos golpes secos—. Acabo de enterarme y he querido venir a darles la bienvenida.

Owen quedó estupefacto al comprobar la belleza de aquella muchacha. La profundidad de los ojos marrones de la joven y los hoyuelos, que su sonrisa le mostraban, no habían pasado desapercibidos para él. En ese momento, sintió verdadera preocupación por su apariencia. Todavía vestía la misma ropa, su barba había crecido considerablemente y tenía tanto sueño que sus ojeras se habían instalado en su cara hacía varios días.

—Disculpe mi aspecto —dijo Owen tartamudeando—, pero llevo varios días cabalgando.

—No se preocupe. Me hago cargo —lo tranquilizó la joven.

—Pase por favor. La casa ya está limpia —suspiró.

—Me llamo Mary y vivo aquí al lado con mis padres y mis hermanos... —Instintivamente miró a su alrededor, dejando visible su larga y rojiza trenza.

—Somos los Rouse —concluyó la joven, esperando respuesta.

—Yo soy Owen. Discúlpeme de nuevo —dijo aturdido.

La joven escuchó con facilidad los balbuceos de los bebés e hizo un gesto a modo de pregunta.

—Tengo tres bebés.

—¡Ah! ¿Y su esposa?

—Ella... murió al dar a luz. —Casi no le parecía estar mintiendo, pues al fin y al cabo no todo era falso. Lady Rona había fallecido durante el parto.

—Lo siento. —Hizo un mohín—. ¿Puedo verlos?

—Por supuesto. Pase, están en la alcoba.

—¡Oh! ¡Pero... qué preciosidad! Son deliciosos —afirmó con una sonrisa en los labios, al verlos—. ¿Cómo se llaman?

—Pues... —titubeó, desconociendo que tuvieran nombre—. Este es Allen, el de la izquierda Gabriel y la niña se llama Lori.

—Unos nombres muy bonitos. —Owen sonrió a modo de agradecimiento—. Mi madre... —comenzó a decir la joven— desea saber si cenaría en nuestra casa. Sería un placer para nosotros.

—Oh, se lo agradezco mucho pero los niños...

—Vamos a ver... ¿Tiene algo de comida? —preguntó, arqueando las cejas.

—Lo cierto es que no... —Y además, hacía mucho que no comía un plato de caliente.

—¿Y cómo piensa alimentar a los niños y a usted mismo?

—Los niños tomaron, al llegar, toda la leche que nos quedaba.

—Razón de más. Ahora es padre y ha de pensar en ellos principalmente. —Cogió con cuidado la cesta de los bebés y se encaminó hacia la puerta—. ¡Sígame!

Owen la siguió sin rechistar.

—¡Mamá! Estamos aquí —gritó Mary al cruzar la puerta de su porche.

Desde el fondo de la casa, que aparentemente tenía la misma distribución que la suya, apareció una mujer muy hermosa que no debía tener más de treinta y

cinco años, cargando un pequeño en sus brazos. Al ver que había llegado su invitado, hizo ademán de dejar al niño para saludarlo y, tan pronto como este notó que sus pies tocaban suelo, salió corriendo.

—Este es nuestro nuevo vecino. Owen...

—Hills. —Acabó la frase con el primer apellido que se le ocurrió puesto que él nunca había tenido alguno. Fue uno de los muchos niños abandonados hacía veintidós años, cuando la hambruna asoló su región. Alguien comenzó a llamarle Owen por casualidad y nunca hubo necesidad de más.

—Owen Hills —repitió Mary—. Esta es mi madre, la señora Rouse. Y este es mi padre —dijo señalando hacia la puerta—. Papá, nuestro nuevo vecino, el señor Hills.

El grandullón hizo una seña a modo de saludo y se apresuró a mirar a su mujer. Como ella sonreía, supuso que no había de qué preocuparse.

—Esta es mi hermana pequeña Kate, que ya es toda una mujercita. Y aquí viene el más pequeño, Ryan.

—Encantado de conocerles —dijo Owen agradecido—. Estos son mis tres hijos, Allen, Gabriel y la niña, Lori.

—¿Y su esposa? Estaban todos invitados. —La mujer quiso aclararlo de inmediato.

—Mi esposa falleció al alumbrar los niños —repitió Owen, comenzando a odiar esa historia.

—¡Oh! —se lamentó la señora Rouse, avergonzada—. Yo estoy esperando el cuarto y créame si le digo que lo siento mucho.

—¡Enhorabuena! —Quiso ser amable.

—Muchas gracias, la llegada de un bebé siempre es motivo de alegría. Por cierto, ¿los suyos ya han tomado?

—La verdad es que no... —Aunque no quería aprovecharse, los pequeños eran lo primero.

—Ahora le traigo leche.

—Muy amable. —Owen miró al señor Rouse, que permanecía en silencio.

—Tiene esa mirada porque es un guerrero. —Mary quiso disculpar la actitud de su padre—. Trabaja al servicio de nuestro señor y ha de mostrarse duro, pero dentro de él hay un ser bondadoso —añadió en un susurro para que no pudiese escucharla.

Owen, sin embargo, no la creyó en absoluto. Todos los guerreros que conocía eran despiadados, sin conciencia y, por supuesto, traicioneros y desleales.

Prueba de ello era el infame Guiric.

La mujer le ofreció la leche para los niños y él, agradecido, la tomó y se dirigió hacia ellos de inmediato.

Cuando hubo acabado con los bebés, se sentaron a la mesa.

Arropado por aquella cálida escena, por un momento sintió cierta timidez. Él que había convivido durante tantísimos años con hombres miserables y con mujeres que correteando por el patio de armas se le echaban en los brazos, atraídas por su aspecto. Él que había luchado con audacia, forjándose así una reputación.

Justo al alba, Mary se encaminó hacia la casa de sus nuevos vecinos. No había podido pegar ojo pensando en esos pequeños, cuyo padre sin duda habría de ir a trabajar.

—Señor Hills —Alzó la voz, una vez en el porche.

—Sí, un momento señorita Rouse —respondió Owen.

Ella aguardó tras la puerta.

—Lo siento, estaba aseándome —dijo mientras abría—. Hoy es mi primer día de trabajo y quiero causar buena impresión.

Mary quedó paralizada al contemplar al hombre que tenía ante ella. ¿De verdad era ese el mismo rostro de la noche anterior? La barba, larga y desaliñada, había desaparecido de su cara; las ojeras se mostraban más sutiles después de una buena noche de descanso; y la ropa limpia y de tonos más claros, cedida por su propia madre, mostraba su torso musculado. Todo ello, sin duda, había dado lugar a un fornido y apuesto muchacho.

—¿Qué oficio le ha sido asignado? —En un intento por disimular su asombro, formuló la primera pregunta que le vino a la mente.

—Lord O'Neill me ofreció un puesto en las caballerizas. No es lo que esperaba, pero...

—¿Qué esperaba realmente? —Quiso saber.

—Verá, de donde yo vengo, soy considerado uno de los más valerosos guerreros de la región. No en vano participé con éxito en muchas contiendas.

—¿Y... por qué no informó de esto a nuestro señor?

—No creí que estuviera en disposición de exigir nada. Créame, no podía permitirme el lujo de perder la oportunidad de establecerme.

—Si quiere, yo podría hablar con mi padre. Quizá él pueda hacer algo. No sé... podría informar a nuestro señor de sus cualidades como integrante de la guardia armada. Tendría alguna posibilidad.

—Se lo agradezco de verdad pero no es necesario, señorita Rouse. Ya habrá tiempo más adelante de demostrar mi valía. ¡Pero dígame! —Sonrió, cambiando de tema—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Más bien es al contrario. —Hizo un gracioso mohín—. Soy yo la que puede hacer algo por usted. O mejor dicho, por sus pequeños. No pueden quedarse solos mientras trabaja. Podría ocurrir cualquier cosa.

—¡Oh! Muchas gracias, Mary. —Respiró visiblemente—. Pensaba alimentarlos y asearlos antes de irme, y venir de vez en cuando. Pero si usted los vigila, me voy mucho más tranquilo.

—Claro que sí. No se preocupe por nada.

—Me inquieta mucho su educación, ¿sabe? Estoy solo y conllevan mucho trabajo. Además, quisiera darles un buen futuro, me gustaría que aprendieran incluso a leer y escribir.

—¡Ah! ¡Tranquilo! Eso no será un problema. Llegado el momento, yo misma puedo enseñarles —dijo, visiblemente orgullosa.

—¿Usted? —Owen se sorprendió gratamente.

—Claro, como miembro de la familia que guarda a mis señores, he tenido el privilegio de aprender a leer y a escribir a la perfección. Si quiere puedo ayudarle.

—Muy agradecido, señorita Rouse. —Sonrió pensando que, de este modo, el futuro de esos niños estaría más cerca del que les correspondía por derecho.

Ella sonrió modestamente.

Durante un momento se hizo el silencio entre ambos. ¿Era posible una muchacha tan hermosa, dulce, culta y bondadosa al mismo tiempo?

Gratamente sorprendido, clavó sus ojos verde jade en los de la hermosa joven. Aquel breve pero intenso espacio de tiempo hizo que su corazón se agitara cual caballo desbocado.

Mary sintió un ligero mareo al sentirse observada por aquel apuesto joven que tenía frente a ella. Fue un breve pero agudo instante en el que dentro de sí misma nació algo más de lo que habría cabido esperar la noche anterior.

Sin duda, aquel fue un instante en el que los dos jóvenes sintieron la magia en su interior y en el que ambos supieron que sus caminos se habían encontrado el uno al otro para siempre.

III

ESCOCIA, AÑO 1107

Había pasado ya un año desde que la tragedia y el dolor azotaran con virulencia la vida de Lord Donald De Sunx. Sin embargo, el caballero de triste semblante, como se le había apodado tras los terribles sucesos, no se había rendido en absoluto. Por el contrario, había convertido la recuperación de sus hijos en el motivo de su atormentada existencia. No descansaría pues, hasta cumplir la promesa que había hecho a su ya difunta esposa: devolverlos a casa, sanos y salvos.

En el empeño de tal contienda, había viajado por todo el país extendiendo esto a tierras escocesas, donde algunos nobles le habían ofrecido hacia ya varios meses ayuda incondicional.

En una de sus paradas, visitó las tierras de Laird Wells y su esposa. Un matrimonio amigo de edad madura al que tenía mucho que agradecer, pues Kev y Aída se habían entregado a su causa por completo.

Tras un efusivo y cordial saludo, Kev ofreció asiento a su invitado, al tiempo que le preparaba una copa.

—¿Este es el hijo de tu hermano, Aída? —preguntó Lord De Sunx al ver a un jovencuelo, pecoso y de pelo castaño, entrar en la sala.

—Sí, es mi sobrino Sebastian —respondió la mujer amablemente.

—Ha crecido mucho —observó con una triste sonrisa.

La mujer intuyó el dolor y la nostalgia en el rostro de su apreciado amigo.

—¿No ha habido suerte, Donald?

—No por las tierras bajas, no hay indicio alguno de ellos.

—Nosotros creamos un destacamento para tal empresa, pero tampoco hemos tenido suerte. Lo siento —intervino Kev, ofreciéndole la copa.

—Agradezco vuestra ayuda enormemente —dijo, llevándosela a los labios.

—¿Cuál es el siguiente paso, Donald? Ya has buscado por todos los sitios.

—Seguiré buscando hasta el fin de mis días —se lamentó.

—Querido amigo, no quiero lastimarte pero ya ha pasado un año... ¿has contemplado la posibilidad de...?

El semblante de Lord De Sunx se vino abajo por completo al intuir aquellas

terribles palabras.

—Bueno, no nos pongamos en lo peor. —Kev cambió drásticamente de argumentos al contemplar el dolor de su amigo—. Sabes que mientras nuestros enemigos no perturben nuestras tierras, nuestros guerreros están a tu entera disposición.

—Vamos Kev. Tú no tienes enemigos. Sería algo impensable, conociéndote.

—Tu hermano no necesita grandes afrentas para buscar oponentes, ya lo sabes.

—¿Alex ha vuelto a importunarte?

—Permíteme decirte, Donald, que Alex es una deshonra para vuestro apellido. Ha quebrantado el más absoluto concepto de la palabra honor. Hace todo cuanto puede por asustar a mi gente y a mí mismo. Algo me dice que prevé atacarnos en breve.

—Es muy posible que tengas razón, amigo mío. Fui informado de su vergüenza. Se esconde en algún lugar de estas tierras. Sabe que estoy al tanto de su culpabilidad en cuanto al rapto de mis hijos y aquí se cree a salvo, tras la boda de nuestro rey con Edith de Escocia. Lástima que no se atreva a enfrentarse a algunos de tus aliados aquí en las Highlands, tendríamos un problema menos.

—Si eso sucediera, acabarían con él de inmediato. Créeme, yo mismo lo haría si fuera un poco más joven —dijo, dándose unos golpecitos con su bastón de ébano en la pierna derecha.

—Haré averiguaciones para descubrir su paradero. No me iré hasta hablar con él.

—No lo encontrarás.

—Se esconde bajo tierra como las alimañas —intervino la mujer.

—Aída, por favor. —Kev la reprendió por sus inadecuadas palabras.

—No, tranquilo. Tiene derecho a estar enfadada con él. Y en lo que a mí respecta, haré cuanto esté en mi mano por ayudaros.

—Te lo agradecemos, Donald. Estamos preocupados. Sabemos que ha doblado el número de sus seguidores.

Donald se lamentó en voz alta, dada su consanguinidad con el culpable de los desvelos de su amigo.

—Solo puedo hacerte saber cuánto siento todo esto.

—No te preocupes. Sé que lo único que tienes en común con él es la sangre que corre por vuestras venas —dijo mientras asentía con la cabeza—. Por

cierto, hablando de hermanos... ¿saliste bien parado después de lo sucedido entre tu rey y el suyo?

—Sí, ya sabes que no estoy completamente de acuerdo con las decisiones de Enrique. No creo que encarcelar a su hermano en el castillo de Devizes sea lo mejor. Creo que tanto nobleza como clero se opondrán a semejante actitud.

—Arqueó las cejas.

—Entiendo.

—Si te digo la verdad, no estoy cumpliendo en absoluto con mis obligaciones en la corte. Ahora mismo tengo otras prioridades.

—Sin duda —asintió el anfitrión.

Tras una larga charla cuya protagonista fue la política de Enrique I, Donald De Sunx se despidió de sus amigos y se marchó.

Sebastian, que había sido testigo de toda la conversación, vio a aquel hombre como un fuerte guerrero, capaz de consagrar su vida a una causa. Le había parecido un hombre extremadamente alto, el más alto que había visto en su vida quizás. Entendió que, dado su aspecto y su valentía, a su lado nadie podría correr peligro. Deseó entonces que él hubiera formado parte de la guardia de su tío. Quizá así todos se habrían sentido más seguros. Fue entonces cuando dio rienda suelta a sus delirios, divagó en su futuro y se vio a sí mismo como un fornido guerrero al que todos respetaban. Se armó de valor, tomó aire y compartió sus deseos.

—¿Cuándo podré volver con mis padres, tía Aída?

—Querido Sebastian... sabes que aún no ha llegado el momento.

—Ya tengo ocho años. Debo asumir mis responsabilidades.

—¿Tus responsabilidades? Cariño, tu única responsabilidad es obedecer a tu padre. Y él ha decidido que permanezcas con tío Kev y conmigo hasta que cumplas dieciséis años y puedas tomar tu cargo. Será entonces cuando trates con los hombres de las Highlands.

—Pero...

—Nada de peros —zanjó la tía—. No es decisión tuya, ni mía. Fin de la discusión.

—De acuerdo —protestó, quizá la suya tan solo había sido una efímera ilusión—. Es solo que... echo mucho de menos a mi madre. —Sintió melancolía. Ella era la única que lo comprendía.

—Lo sé, hijo. —La mujer utilizó ahora un tono flexible—. Y estoy segura que ella también te echa de menos a ti, pero ya sabes que le es imposible salir

de sus tierras.

Puede que Sebastian viviera en una magnífica fortaleza en la que no faltaba todo tipo de placeres y satisfacciones y puede también que tanto tía Aída como tío Kev lo trataran como al hijo que nunca tuvieron, pero lo cierto era que añoraba a su madre sobre todas las cosas. Su vida no resultaba fácil sin ella a su lado. Con solo siete años fueron separados, de este modo, el muchacho pronto aceptaría sus obligaciones y llevaría a cabo su deber. Un deber que, por el contrario, desconocía el inocente chico.

Temiendo por el inminente ataque que se cernía sobre ellos, Kev propuso a Aída que se ocultara junto con Sebastian en el refugio que había ordenado construir para tal efecto hacía años al norte de sus tierras. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a marcharse sin él y así se lo hizo saber.

—Querida... yo me reuniré con vosotros en breve. Lo dispondré todo para que se nos abastezca en el refugio y dejaré órdenes de contraataque. En un día, dos a lo sumo, estaré con vosotros. Mientras tanto, necesito saberos a salvo.

De repente un gran alboroto se escuchó desde fuera.

—¡Todos a sus puestos! ¡Nos atacan! —Enérgico, el vigía de la torre dos, situada en el ala derecha de la muralla, daba la voz de alarma. Una hilera de guerreros armados flanqueaba el perímetro de las tierras de Laird Wells.

El caos se cernió inmediatamente sobre los habitantes del interior de la muralla, guerreros y civiles corrían de un lado a otro temerosos. Los primeros para ocupar su estratégica situación frente al ataque y los segundos para refugiarse con sus familias en sus irresolutas casas de madera. Una cosa estaba clara... minimizarían las bajas en la medida en que a cada uno, dado su status, le resultase posible.

Puertas que se cerraban de golpe, carreras a vida o muerte, órdenes de mando, gritos de terror, llantos de niños... la tierra parecía haber abierto sus entrañas, haciendo emerger al mismísimo infierno.

En el exterior, una rápida y loable coordinación de los intrusos, hizo que quedara rellena la pequeña porción del foso que daba a la puerta.

El contraataque no se hizo esperar pues, mientras esquivaban como podían una lluvia de flechas encendidas, los guerreros de Laird Wells armaron sus catapultas de inmediato.

Alex De Sunx había dispuesto dos vanas esperanzas para que el asedio estuviera asegurado. Una de ellas, provista de un enorme ariete, abriría la

puerta de acceso al castillo y la otra formaría una torre humana con el propósito de tomar tan deseada plaza.

Una vez dentro, la masacre arremetió gravemente contra sus apacibles vidas. Atacantes y atacados lucharon en una encarnizada batalla que tiñó de rojo aquellas fértiles tierras.

Laird Kev, acompañado de su esposa y su sobrino, observaba a salvo cómo sus hombres iban cayendo uno tras otro.

De repente, pasó el cinto de su espada alrededor de su cintura y se dirigió hacia la puerta de la estancia en la que se encontraban.

—¡Kev! —La voz de Aída sonó a súplica.

—No puedo quedarme aquí mientras mi pueblo muere, ¿lo entiendes verdad?

—Sabiendo que se dirigía hacia una muerte segura, se despidió de su esposa con una tierna mirada.

—Kev... —Sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¡No! —Aída hubo de sujetar a Sebastian, que se disponía a correr tras su tío.

Una vez hubo llegado al campo de batalla, se topó cara a cara con Alex de Sunx. Sin embargo... dada su edad y el estado de su pierna, en absoluto fue rival para este. Alex acabó con su vida, no sin antes recibir un ineficaz ataque por parte de aquel increíble hombre de honor.

Justo cuando ya parecía todo perdido... otro numeroso grupo de guerreros, encabezado por Donald De Sunx, hizo su aparición en la encarnizada escena.

Ahora, más nivelada la batalla, caían guerreros tanto de un bando como de otro. Así pues, sabiendo que ya no resultaría tan sencillo el asedio, los intrusos supervivientes, entre ellos Alex De Sunx, huyeron tan rápido como se les permitió. Para suerte de este, ambos hermanos no llegaron a encontrarse.

Cuando la calma volvió a reinar entre las murallas, tan solo el llanto se apoderó del triste silencio. El llanto por los caídos, caídos entre los que se encontraba Kev cuyo cuerpo fue inmediatamente arrojado por los suyos.

Habiendo arrancado a Sebastian la promesa de cuidar de su delicada y ahora viuda tía, Lord De Sunx partió hacia su hogar con una terrible sensación de derrota. Eran tres las penas que le angustiaban durante su regreso. Primero... su gran amigo acababa de perder la vida en un ataque sin sentido, segundo... no había sido capaz de encontrarse cara a cara con su hermano, a pesar de ser

consciente de su culpabilidad en aquel asedio, y por último... volvía una vez más a casa sin sus pequeños.

Sebastian, siguiendo las indicaciones de Lord De Sunx, se encargó del cuidado de su tía y tomó el relevo de su tío. Se propuso entonces, en honor a él, hacer de esas tierras las más fructíferas de la región. Puede que su padre pensara que no estaba preparado para tomar el mando pero no iba a ignorar las de sus tíos, el lugar que por aquel entonces era su hogar. Además se había jurado algo a sí mismo, si Alex De Sunx volvía por allí, él mismo haría justicia.

Fueron pasando los años y, una vez alcanzados los catorce, habiendo compatibilizado sus estudios con el cuidado de sus tierras, consiguió que estas fueran lo suficientemente fructíferas como para seguir adelante solas. Nadie habría imaginado que un muchacho de tan corta edad sería capaz de dirigir un feudo tan diestramente.

IV

MIENTRAS TANTO...

Muchos acontecimientos tuvieron lugar en las tierras de Lord O'Neill durante todos esos años.

La vida de Owen había dado un gran giro cuando, valiéndose de su experiencia, dio pautas indispensables tanto sobre las dimensiones que debía tener el muro periférico como de las estrategias a seguir por los destacamentos de su señor; esto le llevó directo a formar parte de su guardia. Así pues, había pasado de ser un simple mozo de cuadra a compañero de armas de su propio suegro, convenciéndole al mismo tiempo de que era una persona digna de su hija. Algo que al principio no parecía tener claro, pues hasta cinco veces fue necesario que Owen pidiera la mano de Mary antes de que este se la concediera de buen grado.

En lo que a la familia respectaba, había resultado verdaderamente complicado criar a tres personitas tan iguales y tan diferentes a la vez. Con Lori lo tenían fácil, era la única niña, pero los chicos... los chicos eran dos gotas de agua.

Los tres tenían el pelo negro como la obsidiana y totalmente lacio y en abundancia; además tenían el mismo color de ojos, gris como la luna llena en una noche sin nubes.

Lori, aun siendo niña, ya era realmente hermosa. No en vano era hija de Lady Rona: carita redondeada, ojos grandes, nariz chatita y labios gruesos, algo esto último característico en los tres hermanos.

Los hombretones, aun teniendo su misma edad, le pasaban al menos en un palmo y medio. Los pómulos bien definidos de los chicos les hacían parecer mayores de lo que realmente eran. Del mismo modo que ocurría con Lori y Lady Rona, Owen no podía sino recordar a Lord De Sunx cada vez que los miraba. Él fue uno de los mejores guerreros de la región e intuía que sus hijos iban a ser exactamente igual a su verdadero padre. Les había enseñado a manejar la espada a los tres. Quizá no estuviera bien visto en una dama pero... ¿quién se atrevía a separarla de sus hermanos?

Allen, el más diestro, sabía defenderse perfectamente hasta de su padre, un guerrero experimentado. Eso lo había convertido en su favorito. Veía futuro

en él. También era buen estudiante pero su problema era que todo lo asociaba a la espada, fue por ello reprendido en numerosas ocasiones. Le inculcaron un lema como prioridad absoluta: no son la lucha y la muerte lo que siempre se necesita para ganar una batalla, sino el honor, la diplomacia y el diálogo.

Gabriel, el más inteligente de todos, era el ojito derecho de Mary porque, como ella, siempre quería saber más acerca de cuanto le rodeaba. Esa era su principal virtud: sus ganas de aprender.

En cuanto a Lori, era una muchacha muy viva, simpática y estudiosa, aunque ni la mitad que su hermano Gabriel. Mary le enseñaba todas esas cosas que se suponía una mujer debía saber hacer: coser, bordar, confeccionar sus propios vestidos...

La muchacha no entendía cómo solo ella estaba obligada a esas insulsas tareas, pues prefería andar por ahí correteando con sus hermanos. Así es como se sentía feliz, haciendo cosas impropias de una niña, como su madre y su abuela siempre le recriminaban. Ella tan solo deseaba ser otro guerrero. En el fondo Owen sabía cuál era su preocupación. Si sus planes salían bien, en poco tiempo habrían de separarse. Ellos pasarían a formar parte de la guardia de Lord O'Neill, asistiendo a diario al castillo, mientras ella se instalaba en él de forma permanente al servicio de su esposa.

De conseguir tal cosa, habría triunfado en su empeño. Ellos se convertirían en los guerreros de honor que siempre debieron haber sido y ella en una selecta dama, tal como su rango requería. De este modo les ayudaba se decía a sí mismo, pues cuando llegara el momento de retornar a sus tierras y reclamar lo que era suyo por derecho de nacimiento, los tres estarían totalmente preparados para ello. Eso, sin duda, facilitaría las cosas notablemente.

Evidentemente, dado el desconocimiento de la verdad, Mary no entendía el empeño de su esposo de darles a sus hijos una educación digna de la nobleza. Owen no le había contado su gran secreto y, aun sabiendo que era un tremendo error ocultárselo, no estuvo seguro al principio de poder confiar en ella por temor a que se lo confiara a su padre y este a su vez a su señor. Pasado el tiempo, cuando la confianza entre ellos era total y absoluta, no encontró el momento oportuno para desvelar tan grave secreto sin que dicha confianza se resquebrajara.

Allen se encontraba en primera línea, presentando armas junto con otros amigos de la infancia como podían serlo Toni, Devon o Lucas. Allí, en la fila, él era el que más destacaba de todos, ahora tenía diecisiete años y había

crecido hasta sobrepasar la estatura de sus compañeros, llevaba el pelo largo hasta los hombros y, por si fuera poco, manejaba la espada mejor que nadie. De eso se habían valido tanto él como Gabriel para entrar a formar parte de la guardia antes de tiempo. De eso y de la escasez de guerreros. Y, aunque aún no había tenido el honor de participar en una batalla, era realmente admirado por las mujeres y envidiado por los hombres.

Gabriel también estaba a las órdenes de su señor, aunque no siempre en las filas. Debido a su gran intelecto, él era quien se encargaba de proponer estrategias de combate. Y si bien compartía con su padre cada una de ellas, poco podía añadir Owen a aquella cabeza pensante en la que había volcado todo su saber y su experiencia.

Lori se había convertido en una mujer muy bella y su cuerpo había cambiado visiblemente. Su busto había crecido de forma considerable y sus caderas se habían acentuado de acuerdo a su edad. Ahora lucía un pelo trenzado, sus ojos grises reflejaban mucho más calor que antes y ya casi había dejado de comportarse como una inconsciente. Hacía ya algunos años que estaba a las órdenes de su señora. Primero como doncella, ayudando en cocina o limpiando, y en los últimos tiempos como acompañante. Lady Violet observó los cuidados modales y la estricta educación de la joven por lo que inmediatamente hizo que su status mejorara en el castillo, aceptándola como una de sus más allegadas damas. A Lori le había costado mucho esfuerzo llegar hasta ahí pero ahora se encontraba perfectamente instalada y feliz, aunque echara de menos a los suyos.

Los tres se habían convertido en excelentes muchachos, tal como Owen se había propuesto a sí mismo. Y, aunque la situación no era la misma para Kim, la hija nacida dentro del matrimonio cuando los trillizos tenían trece años, haría cuanto pudiera también para que su educación le permitiera una vida digna. Aunque no de sangre, no en vano era la hermana de dos señores y una dama.

—¡Mamá! —gritó Lori, haciéndola volver en sí.

—¡Hija! —dijo abrazándola—. ¡Dios! Estás hecha una mujer, cariño.

Mary la echaba mucho de menos. De no haber sido por las travesuras de Kim, la casa habría quedado en un absoluto silencio al marcharse ella.

—No creo haber cambiado mucho en tres semanas.

—Sí has cambiado. —Sonrió.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, y tú... ¿qué tal en el castillo?

—Bien, hay mucho revuelo con la inminente llegada del hijo de Lady Violet

—respondió sin demasiado ímpetu.

—¿Cuándo? —Mary, sin embargo, se mostró interesada ante tal acontecimiento.

—No sé. No han especificado. Es todo muy raro. He venido caminando, madre... necesito agua —Lori dejó claro lo poco que le interesaba el tema.

—¡Ah! Claro, toma —se adelantó Mary—. ¿Cuánto tiempo te quedarás esta vez, hija?

—Solo el fin de semana. —De repente se sintió sola, muy sola en el castillo. Si bien era cierto que a veces se cruzaba con sus hermanos en el patio de armas, el no volver a casa cada día con ellos le resultaba realmente duro.

—¿Tan poco tiempo?

—Sí, Lady Violet dice que me necesita con la llegada de... el visitante. —Terminó diciendo con cierto tono de mofa.

—Espero que no hables así delante de tu padre o tus hermanos, te meterías en problemas.

—Sí, claro —dijo Lori mientras su madre mostraba su enfado ante semejante comportamiento—. No me mires así. Acabo de saber que existe, ni siquiera conozco su nombre.

—Se llama Sebastian, jovencita. Y debes mostrar un mínimo de respeto —zanjó Mary.

—Oh, qué nombre más...

—¿Varonil?

—No —dijo Lori secamente—, estaba pensando en ridículo. —Intuyendo que una vez más se estaba extralimitando y que sería reprendida en breve, de nuevo intentó cambiar de tema—. ¿Dónde está Kim?

—Debe de estar fuera correteando.

—Pero mamá, solo tiene cuatro años, ¿cómo la dejas salir sola por ahí?

—Señorita, he de recordarte que tú hacías exactamente lo mismo.

—Sí, pero eso era diferente, Kim no es como yo. —Mary rio por lo bajo al recordar cuántos inconvenientes había causado Lori de niña—. Además, a mí sí me regañabas —agregó, viendo como su madre cerraba los ojos pidiendo tranquilidad—. Será mejor que salga a buscarla.

—Será mejor. —¿Cómo le gustaba que la compadeciese! ¡Qué Dios los amparase! ¡Qué dicha, tenerla en casa!

Al salir de la cabaña, Lori contempló con cierta nostalgia cómo el cielo, inmensamente azul, se fundía en perfecta armonía con aquellos verdes parajes. Ciertamente sentía añoranza por su vida anterior junto a los suyos, junto a sus hermanos.

Antes de comenzar su búsqueda se acercó a saludar a la que para ella sin duda era su abuela, así pues, tras darle un efusivo achuchón y ponerla al día de todas sus novedades, salió de la casa y retomó su tarea.

Siguió caminando por la vereda sin percibir que alguien la seguía muy de cerca, gritando su nombre. Finalmente se percató y se giró. Vio entonces cómo su amiga de la infancia, corría hacia ella.

—¡Nora! —dijo, abrazándola con alegría.

—¡Lori! —respondió ella casi sin aliento. Atrás había quedado aquella memorable etapa en que las peleas habían sido la nota dominante, ambas aprendieron con el tiempo que era más divertido llevarse bien.

—¿Cómo estás?

—Bien, he oído que venías pero cuando llegué a tu casa ya habías salido. Tu madre me dijo que... —Lori observaba atentamente a su amiga. Tenía una preciosa figura, una cascada de rizos rubios y unos ojos azules tan oscuros como mismo el cielo—. ¿Pero qué miras? —preguntó al percatarse.

—Que no has cambiado nada.

Nora arqueó las cejas con cara de circunstancias.

—Bueno... —rectificó en un susurro—. Tu busto sí.

—Gracias —dijo sin saber exactamente cómo catalogar aquella observación.

—Vanidosa. —Sonrió a su amiga.

Con media sonrisa, Nora fue directa al grano.

—¿Cómo está tu hermano? —Ambas supieron que se refería a Allen.

—No lo he visto todavía. Pero vendrá para la cena. ¿Cuánto tiempo vas a llevarlo en secreto? Yo podría hablar con él.

—No, prometiste que no le dirías nada. Necesito que sea algo real, algo que él sienta por sí mismo.

—Está bien, está bien. No le diré nada.

—Y dime... ¿qué tal por el castillo? —quiso saber Nora.

—Pues con un poco de lío. Esperamos visita. ¿Y a ti...? ¿Cómo te va?

—Como siempre —se lamentó—, cuidando de Francisco, desde que mamá enfermó no tengo alternativa.

—¿Cómo está? —se preocupó por ella.

—El médico teme lo peor.

—¡Oh! Prométeme que me avisarás en caso de...

—Puedes contar con ello —dijo sin dejarle terminar—. Si ocurriera... te necesitaría a mi lado. —Bajó la mirada.

—Estoy buscando a Kim. —Intentó cambiar de tema y que se viniera arriba—. ¿Me acompañas?

—No puedo, debo regresar a casa lo antes posible. Esta noche nos vemos.

Después de cenar, Nora pasaba cada noche por su casa a tomar té cuando su hermano y su madre ya descansaban. Eso le permitía evadirse un poco.

Ensimismada como estaba, mientras paseaba reviviendo aquellos momentos de libertad en los que era feliz correteando con sus hermanos, Lori por fin pudo observar los inconfundibles rizos rojizos de Kim. Por un instante, disfrutó observándola en silencio. La niña jugaba con unos polluelos que habían tomado el camino como propio, pero las pisadas de unos caballos acercándose la asustaron de repente.

—¡Kim! —La niña se giró, quedando así Lori en su campo de visión—. ¡Apártate cariño! ¡Vienen caballos!

Viendo que se le echaban encima y la pequeña no reaccionaba, corrió lo más rápido que pudo. Súbitamente se lanzó contra ella y, cogiéndola por los aires, ambas cayeron rodando por el sendero.

Todos los presentes ahogaron un grito y tres caballos pararon poco después.

Lori ya se levantaba del suelo, revisando que estuviera ilesa, cuando escuchó una voz grave tras de ella.

—¿Está bien? —El caballero le tendió la mano.

Ignorando la oferta, Lori se levantó y observó a aquel hombre que no lucía especialmente bien. Miró sus enormes ojos negros y su rostro tan serio y le dijo...

—¿Se puede saber en qué estaba pensando? ¿Cómo se le ocurre ir tan deprisa por un camino donde hay niños jugando? Si no llego a estar aquí, hubiera atropellado a mi hermana. —La voz de Lori destilaba ira—. Es usted un imprudente. Personas así hacen de estas tierras un hogar inseguro.

Sin dejar que dijese una sola palabra, cogió a su hermana de la mano y se volvió en dirección a su casa.

El caballero, sin habla y con los ojos como platos, no supo reaccionar ante tal rebeldía.

Cuatro manos revoltosas hicieron que Lori despertara sobresaltada. ¡Por fin!

Eran sus hermanos. Al verlos tan guapos, con sus uniformes, se levantó corriendo y se lanzó efusivamente a sus brazos. Tras la fuerte tormenta en la que se había visto envuelta al relatarle lo sucedido con aquel caballero a su madre, se había refugiado en su alcoba a la espera de poder ver a su padre y sus hermanos. Eso sí, no sin antes arrancarle a esta una promesa: no informaría a Owen de su mala conducta. Todos eran conscientes del comportamiento zafio e impropio de una dama del que Lori hacía uso en ocasiones, pero insultar a un caballero iba mucho más allá de un riña en la calle con alguna que otra chica o de una queja a media voz respecto a lo que sus obligaciones concernía.

Una vez se pusieron al día en cuanto a sus respectivos puestos en el castillo, los tres hermanos entraron en la sala con los brazos entrelazados y riendo. Owen, con la pequeña en brazos, levantó la vista. Lori acaparó su mirada. Mary ya le había advertido que había cambiado mucho durante los seis meses que él había permanecido en un campamento, fuera de las murallas. Sin duda se había convertido en una mujer, aunque probablemente... ya lo era antes de su marcha, solo que no lo había percibido hasta ese mismo instante, con ese elegante vestido verde de mangas anchas que resaltaba el talle de la muchacha. Por un momento le pareció estar contemplando a Lady Rona.

Fue consciente en ese momento de cómo había pasado el tiempo. Pronto debería confesarles su gran secreto, eso le disgustaba sobremanera. Quería a esos chicos como suyos y la idea de separarse de ellos comenzaba a atormentarle sin remedio.

—Papá —dijo Lori, alegremente—. He de contarte una cosa.

A pesar de haber conseguido que su madre no le informase, el sentimiento de culpa de Lori hizo que ella misma confesara, algo que Mary tenía claro que ocurriría en cuanto lo tuviera frente a ella.

Tras escuchar su relato, y aun sabiendo que no le faltaba razón por no ser un hecho aislado, Lori fue duramente reprendida tanto por su padre como por sus hermanos, pues no podía arriesgar su buena reputación bajo ningún concepto. No en vano había luchado con ahínco hasta conseguir su puesto, algo que se fundiría como la nieve en primavera de no mantener sus modales a ojos de todos.

Seguidamente todos se sentaron a la mesa, la bendijeron con respeto y comenzaron a degustar el exquisito asado de Mary. Como era de esperar, dado que era la primera vez que coincidían todos desde que Owen regresara,

durante la cena, tanto los muchachos como Lori fueron relatando sus últimas vivencias como parte del castillo. Orgullosa, el improvisado padre, disfrutaba con los relatos de sus hijos.

Era Lori quien relataba una de sus anécdotas cuando se escucharon tres golpes en la puerta.

—Yo abriré —dijo Mary mientras se levantaba.

—Buenas noches, señora Hills.

—Hola Nora. Pasa, has llegado justo a tiempo. Iba a servir el té.

La muchacha, cuyo pelo traía recogido en una gruesa trenza, pasó a la sala y saludó con una leve reverencia.

—Buenas noches Nora, ven, siéntate conmigo. —Lori la invitó a sentarse justo frente a Allen—. Tienes que contarme muchas cosas.

—No puedo quedarme mucho —dijo, acomodándose.

—¿Y tu padre? —Curioseó Lori.

—Hace ya dos semanas que no viene a casa. Ya sabes... mamá está muy enferma, no hay muchas monedas que digamos, Francisco es aún muy pequeño y... bueno... hay muchos problemas.

—Ningún hombre que se precie de serlo abandonaría jamás a su familia, cualquiera que sea el problema —dijo Allen muy seriamente, adelantándose a Lori. Aun sin pretenderlo, estaba enviándole un fuerte y seguro mensaje a la joven, él cuidaría de ella para siempre. Aunque los sentimientos de la joven no fueran correspondidos como hubiera deseado, lo cierto era que la consideraba parte de la familia.

—¿Cómo está tu madre? ¿La ha visto el médico? —se interesó Mary.

—Sí pero no da muchas esperanzas, aunque yo sigo rezando para que se recupere. —Lori pudo ver cómo brillaban sus ojos. Por un momento se sintió estúpida por quejarse de todo, teniendo una vida y una familia como la que tenía.

—¡Silencio! Me ha parecido oír caballos —dijo Owen extrañado.

—¡Han parado aquí! —añadió Mary.

—¡Maldición! —exclamó Lori entre dientes para que ninguno de sus hermanos la escuchara.

Se oyó un golpe en la puerta y Mary se levantó de inmediato. Cuando cerró el porche y volvió al comedor, iba acompañada de uno de los guardias de Lord O'Neill.

—Señorita Wells —se dirigió a Lori con respeto.

Esta se levantó e hizo una leve reverencia, una vez estuvo ante él.

—Lady Violet desea que posponga sus días de descanso, pues la necesita en el castillo mañana.

—Dígale que al alba estaré allí. —Se mostró contundente aunque nada le hubiera gustado más que disfrutar con su familia durante todo el fin de semana, tal como tenía previsto.

—¿Necesita que venga a por usted?

—No será necesario —intervino Allen—. Nosotros la llevaremos.

—Bueno pues... buenas noches. —Se despidió embobado mientras la miraba. Solo cuando Allen se acercó a él, supo que había mirado de más. Fue entonces cuando se dispuso a marcharse.

—Buenas noches —dijo Lori acompañándolo hasta la puerta y cerrando tras de sí. Seguidamente se giró hacia sus hermanos y dijo regodeándose—. Ya os dije que era imprescindible.

Todos se rieron ante su falta de modestia.

—Será mejor que yo también me vaya —dijo Nora, levantándose de la mesa—. Es una lástima que te quedes tan poco, me hubiera gustado verte mañana otro rato.

—Cojo mi capa y te acompaño.

—No es necesario Lori.

—Claro que sí —insistió.

—No, tranquila. Ya la acompaño yo —exigió Allen sin darle importancia.

Lori se conformó demasiado rápido, entendió que su amiga estaría encantada de que fuera él quien la acompañara.

Las dos muchachas se despidieron en la puerta con un cariñoso abrazo.

Nora salió de la casa seguida de Allen. Lori les acompañó hasta el porche y permaneció en él hasta que se perdieron en la oscuridad de la noche.

Se permitió entonces soñar despierta: su hermano... su amiga... ¿Podría el destino ser tan benévolo?

V

EXTRAÑO

Tras una cena en la que el protocolario silencio había sido la nota dominante, Lord y Lady O'Neill, seguidos de su hijo, se habían dirigido al salón.

En él, charlaban con un té, mientras se ponían al corriente.

—¿Por qué retrasaste tanto tu regreso, hijo? —preguntó Lady Violet desde su sillón de terciopelo granate, situado frente a una chimenea sin lumbre.

—Cuando tío Kev fue asesinado, tía Aída quedó totalmente destrozada —se refirió a ella con nostalgia—. Yo entonces prometí permanecer a su lado y cuidar de ella y de sus tierras. Así pues, tomé las riendas de su señorío y con el paso del tiempo me propuse a mí mismo hacer de las suyas, las mejores de la comarca.

—¿Y lo lograste, hijo? —preguntó su madre con muchísima confianza.

—Por supuesto —respondió sin modestia ninguna—. Hoy soy el propietario de uno de los más importantes feudos de la región.

—¿Y no has sufrido ataques de los hombres de las Highlands? —Su padre mostró un tono brusco al percatarse de algo que no le gustó demasiado, para Sebastian su hogar estaba en otras tierras que no eran las suyas.

—Tomé medidas al respecto para evitar enfrentamientos. Propuse numerosos tratados. Son buenos guerreros y no conviene tenerlos en contra. Había de proteger mis tierras de cualquier amenaza.

—Estas son tus tierras —observó finalmente Lord O'Neill.

El joven asintió, tensando la mandíbula. Por el momento no sentía nada hacia aquellos parajes en los que se encontraba. Tal y como su padre ya había adivinado, para él, sus tierras estaban mucho más al norte, donde había crecido feliz, donde se había forjado como hombre, donde una madre que no era la suya había ejercido como tal.

Durante un buen rato, Sebastian respondió una tras otra a cada una de las cuestiones que sus padres le iban formulando. Finalmente Lord O'Neill, satisfecho, se levantó de su asiento.

—Bueno, yo me retiro. Se ha hecho muy tarde.

—Yo me quedo un poco más con Sebastian —dijo Lady Violet, pretendiendo

a partir de ese momento una conversación más cercana.

La mujer esperó a que su esposo cerrase la puerta tras de sí y, una vez dispuso de su hijo para ella sola, comenzó la conversación que para su gusto debió haber sido la primera entre ellos.

—Te he echado mucho de menos, hijo. —Había deseado durante tanto tiempo su regreso que, ahora que lo tenía de nuevo con ella, esas palabras sonaban a gloria.

—También yo he echado todo esto de menos. —La mujer asintió un poco triste, no la había llamado madre todavía, pero lo entendía. Llevaban muchos años separados y eso los convertía en perfectos desconocidos.

Sebastian, gravemente afrentado, se valió de ese momento a solas para informar a su madre de lo ocurrido en el pueblo. Lady Violet, que veneraba a su hijo, intentó averiguar quién podría ser aquella insolente muchacha que su hijo describía como zafia y maleducada pero, dado que ya no estaba al corriente de casi nada que pudiera ocurrir más allá del castillo, no supo de quién podría tratarse.

—Tal vez Lori pueda ayudarte. Ella conoce a todos los aldeanos —sugirió.

—¿Lori?

—Sí, mi mejor doncella.

—¿Podría hablar mañana con ella?

—Más que eso. Precisamente ella ha sido designada para tu atención. Es una joven inteligente y educada. Esta noche te alojarás en la cámara de invitados, junto a la escalera, y mañana será ella quien te acomode en la mejor estancia del castillo.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer, hijo.

La mujer se acercó a él y le sorprendió con un ligero beso en la mejilla. Seguidamente le dio las buenas noches, le informó de cuán dichosa se sentía debido a su llegada y, sin más, salió de la estancia.

Al entrar en su alcoba, Sebastian vio la lumbre encendida. Era la primera vez que veía fuego desde que había llegado a pesar del frío que hacía en aquel lugar. De repente, recordó el tono blanquecino de su madre y lo abrigada que había bajado a cenar, ahora sentía con fuerza sus labios helados sobre su piel. Sin duda todo aquello era debido a Lord O'Neill. A eso sería a lo primero que pondría remedio.

Sus hermanos se habían empeñado en salir de casa al alba para poder

acompañarla y, aunque ella se bastaba para pasear durante el corto trayecto que separaba su casa del castillo, consintió pensando que de este modo disfrutaría un poco más de tan deseada compañía.

Gabriel cogió a Lori por la cintura una vez se despidió de sus padres y hermana y, como si de una pluma se tratara, la depositó sobre su hermoso corcel negro.

—¿Sabéis? —dijo a sus hermanos mientras cabalgaban de forma acompasada—. Tengo una extraña sensación.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Gabriel.

—No sé. Siento como si esta marcha no fuera como las demás. —Sus ojos brillaban ante tal sensación. Allen se percató de ello.

Al llegar a las escaleras principales, los muchachos desmontaron inmediatamente para ayudarla. Dedujeron que su malestar se debía a su anticipada incorporación en sus quehaceres, así pues, intentaron una conversación distendida y bromista que la animara un poco y, sin darle mayor importancia, se despidieron de ella. La muchacha se dirigió directamente a la cocina y ellos al patio de armas, como era habitual cada día.

—Buenos días Ada —saludó a la cocinera—. ¿Qué hay de desayuno?

—Pero... ¿tú no ibas a pasar el fin de semana en casa?

—Mmmm... ha habido cambios —disimuló como pudo su malestar.

Ada conocía perfectamente los cambios a los que se refería Lori, sin embargo, no quiso estropear la sorpresa de Lady Violet y mantuvo la boca cerrada.

—Me serviré un vaso de leche y...

—Unos bizcochos de calabaza que acabo de hornear.

—Tú sí me conoces. —Sonrió, cogiéndole la mano.

—¡Vamos, come! Aprovecha mientras yo preparo los desayunos.

—Gracias —dijo obedeciendo al instante—. ¿Ya se ha despertado la señora?

—Hace un buen rato escuché pasos.

—Bueno, pues voy a ver —dijo, levantándose de inmediato al pensar que podría ser ella—. Ya he acabado Ada, no me mires así —se excusó.

—A su servicio, señorita Lori. —La cocinera utilizó un tono jocoso ante la impaciencia de la chica.

Lori se sacudió el vestido, se ajustó un poco la pequeña capa que llevaba al cuello y, acto seguido, se dirigió hacia el salón. Instintivamente se acercó a la chimenea, por primera vez encendida, y acercó las manos. Sintió una

presencia a su espalda y giró sobre sí misma.

—¡Señora! —saludó con una reverencia.

—Buenos días. Sigue calentándote si quieres.

—¡Oh! Muchas gracias señora, pero ya me siento mucho mejor. —Aunque tenía curiosidad por saber a qué era debido aquel gran cambio, decidió no preguntar al notar a Lady Violet un tanto inquieta.

—Siento haber interrumpido tu descanso.

—No es necesario que os excuséis señora. Soy consciente de la importancia de vuestro requerimiento.

—Gracias —dijo, contemplándola embelesada—. ¡Cada día más hermosa, Lori! La naturaleza es realmente generosa contigo.

La muchacha sonrió complacida.

—Bien —zanjó con semblante recto—, y ahora...

—¿Hay algún problema, señora? ¿Qué ocurre? —Por un momento temió haber cometido algún fallo.

—Tranquila, no te atormentes pequeña, no hay problema alguno —le aclaró, al ver la preocupación en aquellos maravillosos ojos grises—. Todo lo contrario. Verás, es que por fin ayer llegó mi hijo. —Unió las palmas de sus manos y entrelazó los dedos, agradeciendo al altísimo tan buena nueva.

—¿Vuestro hijo ya ha...? —La mujer asintió en silencio mientras la felicidad inundaba su rostro—. Entiendo.

—He hecho llamarte porque quiero que seas tú quien se encargue de atenderlo personalmente. No confío en nadie más para tal menester.

—Señora, pero... ¿qué debo hacer? —preguntó aterrada ante tal responsabilidad.

—Harás cualquier cosa que ayude a mejorar su estancia. Ha pasado los últimos diecisiete años fuera de estas tierras y, teniendo en cuenta que solo tenía siete cuando partió, no conoce nuestras costumbres.

—Contad con ello, mi señora. Haré todo cuanto esté en mi mano.

—No me cabe la menor duda de ello Lori. De otro modo no habría contado contigo. Lo primero que harás será acomodarle en la mejor cámara del castillo, anoche lo alojé en la de invitados pues la sorpresa de su llegada nos pilló desprevenidos y no supe bien dónde se encontraría más cómodo. Estoy segura de que tú enmendarás mi error.

—Me dispondré a ello de inmediato, señora.

—¿Necesito que me digas qué servicio necesitarás para llevar a cabo tu

nuevo puesto?

—Estaba pensando en Nina y Dean, si os parece bien, señora.

—Me parece bien. Confío en ti plenamente. Tu trabajo siempre es impecable.

—Gracias señora. Si no deseáis nada más, iré a prepararlo todo. —Una vez hecha la oportuna reverencia, Lori salió de la estancia y se dirigió hacia la cocina.

—Ada prepárame el desayuno del hijo de Lady Violet —dijo, guiñándole un ojo por su óptima representación de hacía un rato—, yo misma lo serviré. Y avisa a Nina y a Dean. En cuanto baje, quiero verlas aquí en la cocina, perfectamente vestidas y con los delantales puestos.

—Está bien. Pero... ¿qué le pongo para desayunar?

—Lo mismo que a su madre. Probaremos con eso.

Ante el desconocimiento de la rutina de su nuevo señor, se mantuvo fiel a las costumbres de aquel hogar.

Cuando la bandeja del desayuno estuvo preparada, Lori la cogió y, con sumo cuidado de no derramar nada, subió escaleras arriba.

Sebastian casi estaba ya vestido a falta solo de la camisa cuando Lori, visiblemente nerviosa, llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo de espaldas y frente a la chimenea.

—Buenos días, señor. Os traigo el desayuno. —Dejando la bandeja sobre la cama, se volvió hacia él. Observó con detenimiento aquella espalda ancha y musculosa. Alguna que otra herida dejaba patente su presencia en el campo de batalla. Incomprensiblemente sintió cómo sus piernas flaqueaban.

El silencio en ese escaso lapsus de tiempo fue relajante para Lori hasta que Sebastian giró sobre sí mismo, quedando de este modo frente a ella. La muchacha, ciertamente impactada, casi se desmaya al comprobar que aquel hombre era el mismo al que ella había recriminado el día anterior. Sebastian la reconoció y...

—¡Tú!

—¡Milord! —Acertó a decir, haciendo una torpe reverencia.

—¡Tú eres la muchacha de ayer!

—Sí, mi señor. —Su voz sonó angustiada por las posibles represalias que este pudiera tomar. Su padre ya se lo había avisado en numerosas ocasiones, tarde o temprano su carácter impulsivo la metería en problemas.

—¿Y entonces? —dijo Sebastian, cruzándose de brazos y aguardando una respuesta por su parte.

—¿Cómo, milord? —La muchacha no entendía.

—¿No tienes nada que decirme?

—Yo...

—¿Sí? —La apremió con dureza.

—No puedo... —Lori se hacía pequeña por momentos. Él lo percibió.

—Sí, puedes. Puedes y debes, ya que estoy aguardando tu respuesta. Y por tu bien, mide tus palabras. —Pasó un tiempo hasta que Lori pudo volver en sí. Sebastian comenzó a exasperarse, así pues... se dirigió hacia la silla, tomó su camisa color crema, se la puso y, cuando hubo terminado, se apoyó en la chimenea con los brazos cruzados y las facciones marcadas—. ¿Vas a hablar?

—No sé qué decir, mi señor. —Por primera vez en mucho tiempo, Lori se había quedado sin habla.

—Pues podrías empezar por aclararme por qué motivo me insultaste ayer, ante de toda mi guardia.

—Aceptad mis disculpas, señor —solicitó ante un posible desenlace fatal—. Solo puedo decir en mi defensa que temí por mi hermana. —Y añadió una vez puesta—. Si me permitís informaros, os diré que no es la primera vez que ocurre algo así. Los guerreros campan por los caminos a sus anchas y los niños de este pueblo, que no es otro que el vuestro, corren un constante peligro de muerte. Debéis entender que fue el pánico lo que hizo que me comportara de ese modo. Puede que no fuera correcto, soy consciente, pero la familia es lo más importante para mí. —Sebastian recapacitó ante tal observación, pues los miembros de su familia no parecían estar tan considerados dentro de la misma.

—¿Puedes decirme a quién debo el placer de esta oportuna regañina? —La interrumpió, viendo que de nuevo le caía una reprimenda. En esta ocasión, sin embargo, se lo tomó bien, pues entendió que aquella muchacha solo reivindicaba el derecho a lo más sagrado.

—Por supuesto, señor. Mi nombre es Lori Hills.

—¿Lori? —inquirió sorprendido—. ¿Tú eres la misma Lori que Lady Violet cree perfecta?

—No soy perfecta, milord.

—Eso es evidente, pero me pregunto, ¿cómo habrá llegado ella a dicha conclusión?

—Lo ignoro por completo, señor. Pero debo informaros, nunca hasta ahora había tenido problema alguno. —Sebastian sonrió pese a estar enfadado con

ella. Al parecer había sido él el afortunado—. Quizá debamos informar a Lady Violet.

—Lady Violet ya lo sabe —dijo sin ningún tipo de contemplaciones.

Percibió cierto temblor en las manos de la joven. Ciertamente debía tener miedo, pues estaba tan blanca como la cera. Se percató de algo que no le agradó en absoluto. Si él se movía, la muchacha daba un discreto paso atrás. Se acercó entonces a ella, casi rozando su piel. Lori pensó en retroceder pero mantuvo el tipo lo mejor que pudo, aun sabiendo que podría golpearla por su osadía.

El perfume varonil de Sebastian la embriagó al instante. Percibió tristeza en los profundos ojos negros de su señor. Ahora no le parecía el mismo tipo desgarbado, sucio y maloliente del día anterior. Ahora era un señor de pies a cabeza y la incertidumbre de su futuro, respecto de él, la mortificaba sobremanera.

Su mirada era distinta sin duda, él la veía como a una mocosa a la que resultaba imposible mantener la boca cerrada. Por un momento pensó en desterrarla pero rápidamente descartó semejante idea. Si Lady Violet había visto algo bueno en ella... quizá valía la pena darle una segunda oportunidad y no perder así el afecto de su pueblo.

Pasado un breve espacio de tiempo que a Lori le pareció eterno, se apartó de ella, se sentó sobre la cama y comenzó a desayunar como si nada hubiera ocurrido. Lori, tan mortificada como estaba, por fin reunió el coraje necesario.

—¿Qué habéis pensado hacer conmigo, señor? —Ante el silencio de Sebastian, hubo de tranquilizarse y respirar hondo.

Este, entendió que la tortura ya había ido demasiado lejos e intentó apaciguar a la muchacha.

—Creo que lo más conveniente será que olvidemos lo ocurrido. Sin embargo, has de saber muchacha endiablada que no seré tan benévolo la próxima vez. ¡Entendido! —Lori asintió con la cabeza. Se acercó agradecida a él y, al hacer la pertinente reverencia, besó su mano presa de la emoción. Este quedó sorprendido ante tal reacción. Hacía mucho que nadie lo besaba y aquí ya había recibido besos de dos mujeres distintas.

—Milord —De nuevo el desasosiego hizo mella en la joven al pensar en su señora.

—¿Sí?

—Estaba pensando que si Lady Violet ya lo sabe... no podréis impedir que me echen.

—Yo me ocuparé de ello.

—¿Puedo saber cómo lo haréis?

—Ella no sabe que fuiste tú. Le diré que una vez hablé contigo me dijiste que esa joven estaba solo de visita en el pueblo y que hoy mismo se marchaba para siempre. Tú debes seguirme.

—¡Pero señor... eso sería mentirle!

—Tan solo sería una mentira piadosa. A juzgar por cómo habla de ti... creo que le haríamos más daño con la verdad.

Lori asintió en silencio. A partir de ese momento su voluntad sería acatada por ella sin remedio. Se lo había ganado.

Sebastian acabó su desayuno.

—¿Os ha gustado, señor?

—Sí.

—Lo celebro. Lady Violet me ha informado de mis nuevas tareas, milord. Vos seréis mi ocupación a partir de ahora —dijo la muchacha, mostrando una gran sonrisa para disgusto del joven guerrero.

—¿Y por dónde piensas empezar?

—Lo primero será instalaros en una alcoba más grande y confortable. Que además, tenga mejores vistas del pueblo, así podréis divisar todas vuestras tierras. —Se encaminó hacia la ventana sin dudarle. Ahora que todo estaba arreglado entre ellos, debía de ponerle al corriente de todo cuanto aconteciera. Cuando llegó junto a esta, descorrió de un tirón la cortina y dejó entrar la luz en la pequeña alcoba—. Como observaréis... desde aquí las vistas son mínimas. No puede ser el dueño de todo esto sin conocerlo. He puesto a vuestro servicio dos doncellas, Nina y Dean. Nina se encargará de recoger vuestra alcoba y de limpiar vuestras cosas. Dean se encargará de servir os el desayuno. Este os será traído por las mañanas a la cama, y la comida y la cena se servirán en el comedor junto a toda la familia. —El guerrero había quedado atrapado sin remedio en la interminable cháchara de la joven—. Si tenéis algún problema con alguna de las muchachas debéis decírmelo a mí. No es necesario molestar a Lady Violet con cosas que yo misma puedo arreglar. En cuanto hable con ellas, subirán a hacerse cargo de vos y a ayudaros en el traslado.

—Estaba pensando... ¿Sería posible que uno de mis hombres se instalara en

el castillo?

—Por supuesto, milord. ¿De quién se trata?

—Es uno de mis guerreros. Su nombre es Leo.

—Lo dispondré de inmediato, señor. ¿Queréis que le sea asignada alcoba a alguien más?

—Tal vez... —pensó en voz alta— acomodar a Jim y Chat sea lo mejor, son hombres más mayores y necesitan descanso y calor para sus huesos. Seguro que se sentirán agradecidos al contar con estancias más confortables.

—Así se hará, señor. Se alojarán en la planta de abajo, y tendrán una alcoba para cada uno. Creo que Nina y Dean también podrán encargarse de ellos. De lo contrario, ayudaré yo misma. Los demás hombres dormirán en los barracones con los otros caballeros de Lord O'Neill. ¿Cuántos son además?

—Catorce.

—Muy bien. Si necesitáis algo, mi alcoba está al otro lado de la escalera, la primera de la derecha. Podéis contar conmigo en cualquier momento.

—Muy bien, ¿algo más?

—Creo que no —dijo Lori, satisfecha con su trabajo.

—Dime una cosa, muchacha. ¿Por qué no hay lumbre encendida en ninguna estancia del castillo? —preguntó, pese a suponer la respuesta.

—Órdenes de Lord O'Neill.

—De ahora en adelante, las lumbres de las estancias que utilizamos deberán estar siempre encendidas. Ayer hacía mucho frío en este castillo. No creo que estemos tan empobrecidos como para que en una noche así no podamos calentar nuestros cuerpos —pensó en voz alta.

—Muy bien, señor. Así se hará. —Lori hizo la correspondiente reverencia y salió de la alcoba, dejando a Lord Sebastian totalmente anonadado.

—Buenos días. —Ambas doncellas se levantaron de sus respectivas sillas, una vez Lori entró en la cocina.

—Buenos días —respondió Nina mientras Dean agachaba la cabeza en señal de saludo.

—¿Ya habéis acabado vuestras tareas?

Ambas asintieron.

—¡Estupendo! Os he hecho llamar para informaros de algo importante. Lord Sebastian ya ha regresado y yo he sido asignada para su atención. —Comenzó mientras, con la mano, las invitaba a tomar asiento de nuevo—. He decidido que vosotras os hagáis cargo de su estancia privada y de las alcobas

de otros tres guerreros que ha tenido a bien instalar en el castillo. Nina... — se dirigió a la muchacha—. Sobre ti recaerá la responsabilidad de la limpieza y el aseo de su alcoba y sus cosas. Y Dean... —Clavó los ojos en la otra doncella—. Tú te encargarás de servirle. Yo misma supervisaré las tareas, no podemos tener un solo fallo. Es importante que se sienta cómodo. —La joven muchacha pensó que cualquier error, por mínimo que fuera, podría dar al traste con la segunda oportunidad que se le había brindado.

Las chicas no perdían detalle.

—Ahora, subid a la alcoba y retirad la bandeja de su desayuno. Trasladadle de habitación y, una vez esté todo hecho, os pondréis con las otras tres alcobas. Mientras, yo iré a adecuar los barracones.

—¿En qué alcoba lo acomodamos? —pregunto Nina.

—En la del fondo, es la que tiene mejor vistas. A los otros tres los alojaremos en la planta baja para su comodidad.

Las muchachas se levantaron y se dispusieron a ello.

—Lori... ¿algún menú especial? —Quiso saber Ada antes de que saliera de la cocina.

—Creo que lo más oportuno será que prepares ese asado de conejo con guarnición tan rico.

—Bien —aceptó con agrado.

—No escatimes en nada. Cualquier cosa que necesites, avísame y haré que la traigan del huerto de inmediato.

Una vez dadas las pertinentes directrices, Lori se dirigió hacia los barracones.

—¿Podemos pasar? —Nina llamó suavemente a la puerta.

—¡Adelante! —Lord Sebastian, junto a la ventana y con la mirada perdida en el horizonte, se giró hacia las muchachas—. ¿Quiénes sois? —Formuló la pregunta, aun intuyéndolo.

—Yo soy Nina, milord —respondió enseguida la más joven de las dos, que parecía llevar la voz cantante—. Ella es Dean. Nosotras nos ocuparemos de vuestro servicio.

—Muy bien.

Dean se dirigió directamente a la cama y retiró la bandeja, mientras Nina la aireaba y acomodaba sus cosas en un baúl.

—¿Habéis descansado bien, milord? —Quiso ser amable.

—Sí, muy bien Nina, y dime... ¿llevas mucho tiempo aquí en el castillo?

—Bastante, señor —respondió sin dejar de trabajar.

—¿Qué podrías decirme de Lori?

—Ella es mi superior en el castillo, milord.

—Lleva tiempo con Lady Violet, ¿no es cierto?

—Eso creo —asintió.

—Entiendo. —Concluyó la conversación viendo que la joven no estaba demasiado informada—. ¿Dónde está Lady Violet?

—Está en el salón, milord.

—De acuerdo. No te molesto más —resolvió, dejando a la chica sola en la alcoba. Nina respiró con tranquilidad, la primera impresión parecía haber sido buena.

Lady Violet se encontraba bordando al calor de la lumbre cuando Sebastian entró en la estancia. Tan solo era media mañana y hacía un poco de frío. El día había salido oscuro otra vez, ello anunciaba la llegada del invierno.

—Buenos días —dijo Sebastian.

—Buenos días, hijo. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, gracias.

—¿Ya has conocido a Lori?

—Sí. Se está encargando de todo lo que concierne a mis guerreros y a mí mismo. Parece una joven muy elocuente.

—Sí. —Sonrió la mujer, segura de su acierto—. Es una chiquilla muy impulsiva y parlanchina pero educada y buena trabajadora a su vez. Estoy segura de que te gustará. Con ella, todo parece funcionar a la perfección.

Sebastian, obviando su primer y literalmente atropellado encuentro, intentó que su madre tuviera razón.

—Estoy seguro de ello.

—Por cierto... ¿qué hay de la joven insolente de la que me hablaste? ¿Ha averiguado de quién se trata?

Tal como había previsto, Sebastian concedió a su madre una pequeña mentira sin importancia. Ello hizo que el asunto quedara zanjado de inmediato para la mujer que, satisfecha, vio a salvo el honor de su hijo.

—Buenos días a todos, mi nombre es Lori. —Una vez en los barracones se presentó a aquellos que acababan de llegar, por suerte... ninguno de ellos la reconoció. Sencillamente se limitaron a admirar su belleza, tanto los recién llegados como los que ya estaban acostumbrados a verla por el patio—. Quiero dar la bienvenida a todos ustedes en nombre de Lord y Lady O'Neill. Yo misma me ocuparé de que sean atendidos correctamente.

—Buenos días señorita —dijo un hombre bastante mayor de barba encanecida y semblante agradable—. Me llamo Leo, soy uno de los hombres de Lord Sebastian.

—¡Encantada! Espero que hayan desayunado ya.

—Sí, gracias.

—Bien, son dieciséis los hombres que le acompañan.

—Así es.

—Usted es Leo, ¿quiénes son Jim y Chat?

Los dos hombres asomaron sus cabezas de entre los demás.

—Lamento usar sus nombres de pila —se disculpó—, pero desconozco sus apellidos.

—No se preocupe, para nosotros no supone ningún problema. Pero díganos... ¿qué podemos hacer por usted jovencita? —Lori se percató de un detalle curioso. Los tres hombres presentaban la misma poblada y larga barba blanca.

—He dispuesto tres estancias en el castillo.

—Pero no podemos aceptar eso. —El asombro de Chat no se hizo esperar—. ¿Qué diría nuestro señor?

—Fue él quien dio la orden —aclaró la muchacha—. Enviaré alguien a por sus cosas.

—No es necesario —dijo un joven desde el fondo—. Nosotros lo haremos.

—Como quieran —aceptó Lori, agradecida—. Más tarde enviaré doncellas con mantas y sirvientes con leña para que puedan encender lumbre. —Pudo comprobar en ese momento cómo los guerreros de turno de Lord O'Neill abrieron los ojos como platos al comprobar los cambios—. Si necesitan algo más, por favor no duden en avisarme, estoy a su disposición. —Todos quedaron absolutamente satisfechos, no solo era una mujer hermosa, sino que se trataba de alguien inteligente y trabajadora—. La comida se sirve a la una en punto, no se retrasen por favor —se dirigió entonces a los guerreros mayores—. Acompañenme, por favor.

Lori acomodó a cada uno en su respectiva alcoba, dio orden de servicio para ellos, envió ropa de abrigo y leña, sirvió té caliente tanto para los recién llegados como para el resto, supervisó la comida, avivó la lumbre de todas las estancias y dispuso todo cuanto tuvo a bien para hacer que los invitados se sintieran como en casa.

Con tanto trabajo, la mañana se había ido por completo y Lori ultimaba todos

los detalles para el almuerzo. Se había propuesto que las viandas con las que agasajar a los recién llegados fueran selectas y de la última cosecha.

Para ello, salió al corral desde la cocina y, por el angosto pasillo, le pareció ver a sus hermanos en la zona del patio de armas que lindaba con este. Sin dudarle un instante, lo atravesó y se acercó a ellos con la clara intención de confesarse. Punto por punto, contó cada palabra, cada gesto y cada sentimiento de su conversación con Sebastian. Sus hermanos, aunque al principio pusieron el grito en el cielo y la reprendieron duramente, se relajaron en gran medida al conocer que su nuevo señor se había mostrado condescendiente, otorgándole una nueva oportunidad. Rogaron encarecidamente a su hermana que por nada del mundo la desaprovechara y, acto seguido, se despidieron para volver cada uno a su trabajo.

Al regresar, le pareció verlo, observándola desde la ventana de la sala de estar. Temió entonces que él hubiera decidido controlar cada uno de sus movimientos. Intentó desechar esa idea de inmediato pero el remordimiento de sus malos actos la acosaba. Sea como fuere, había de concentrarse en su trabajo o acabarían despidiéndola.

Inmóvil como una estatua, con las manos enlazadas y la mirada fija en cada movimiento, Lori examinaba todo cuanto acontecía en el gran comedor, desde la puerta de acceso a la cocina.

Tea y Yaida, preparaban una mesa que últimamente no dejaba de crecer. Ahora eran tres comensales más los que se sumaban a Lord Sebastian y a su familia.

Lori abandonó su posición en cuanto los tres hombres aparecieron en el comedor, les invitó a tomar asiento en lugares que habitualmente no se ocupaban y les hizo saber que estaba allí para lo que necesitaran. Los ancianos agradecieron su amabilidad mientras la muchacha regresaba a su sitio.

De nuevo repitió la operación, esta vez para acomodar a Lord Sebastian en el mismo lugar ocupado por él la noche anterior, cuya información había solicitado previamente a las sirvientas.

Cuando Lord y Lady O'Neill asomaron por la puerta para ocupar sus puestos en la mesa, los cuatro recién llegados se levantaron en señal de respeto y solo cuando los seis comensales estuvieron acomodados, Lori dio la orden.

En su afán por la perfección, la joven observaba cada detalle, tanto en las sirvientas como en los comensales. Fue entonces cuando advirtió las

vestimentas de los invitados. Los tres hombres más mayores llevaban pantalones de punto en color oscuro y una túnica granate que les llegaba hasta los tobillos. Lord Sebastian, en cambio, llevaba unas mallas más claras y una túnica más corta también granate pero en un tono más claro. Lori supuso que ese era el uniforme que debían vestir en aquellas tierras y que así era como debían distinguirse según su graduación. En deferencia a su señora, se sintió un poco molesta al no verlo con los colores de aquella, su nueva tierra, pero también entendió que era demasiado pronto. Lady Violet iba a tener que armarse de paciencia si quería recuperar a su hijo.

Lori siempre la había admirado, era una mujer de mediana edad a la que la vida había golpeado de forma brutal. Había sufrido en silencio la impuesta ausencia de su hijo mientras lidiaba con la grave enfermedad de su esposo. Sus ojos, azules como el cielo, habían sido enmarcados por cantidad de delgadas líneas que evidenciaban, más que su edad, su sufrimiento.

—Lori —dijo Lady Violet, devolviéndola a la realidad.

—¿Sí, señora? —La joven se acercó a ella.

—¿Por qué no te sientas a comer con nosotros?

—Señora, no debo hacer tal cosa. —Una vez más rehusó tal invitación con una sonrisa.

—¿Y piensas quedarte ahí plantada como cada día?

—No os preocupéis por mí, señora. Yo comeré en la cocina con las demás. Pero gracias por vuestra atención —añadió, zanjando el tema.

Sebastian, que no estaba acostumbrado a tanta familiaridad con la servidumbre, permaneció expectante.

La cena, degustada con admiración por los comensales, fue desarrollándose con toda normalidad hasta que una vez concluida, Lady Violet felicitó a Lori por su excelente trabajo. Felicitación que esta extendió a las sirvientas.

—El servicio ha ido a la perfección, chicas, así que esta noche serviréis a los hombres en el barracón —informó, sabiendo lo que les gustaba asistir a esas fiestas que organizaban cada noche, durante la cena.

—¿En serio? —preguntó Tea, entusiasmada.

—Claro. Todos tenemos derecho a un poco de diversión. Y os lo habéis ganado.

—¿Y quién servirá a los señores?

—Yo misma —aclaró la joven.

—¿Crees que a la señora le parecerá bien?

—No os preocupéis. ¡Disfrutad! Pero mañana al alba, en pie.

—Aquí estaremos —dijo con rotundidad.

Las dos jóvenes abandonaron la cocina entre murmullos y risitas debido a la emoción, mientras... Ada y Lori sonreían al comprobar el éxito de su premio.

—Yo dedicaré un rato a la costura. —La cocinera asintió.

Lori salió de la cocina y se dirigió a la sala de estar, cogió la caja de costuras y se sentó junto a la chimenea.

Estaba tan absorta en sus bordados desde hacía ya rato, que no había oído entrar a Lady Violet.

La mujer tomó asiento frente a ella y, lamentándose de la distancia que su hijo trazaba entre ambos, se confió a Lori abiertamente.

La joven, conmovida por el dolor de su señora, dejó la costura, se acercó a ella y se agachó para quedar a su altura. Como pudo intentó animarla, haciéndole ver que, para su entendimiento, todo aquello entraba dentro de lo normal. Su hijo había estado fuera muchos años, solo necesitaba un poco de tiempo. Le hizo comprender que poco a poco, sería él mismo quien recapacitase y entendiese que no había sido decisión de ella alejarlo. La joven muchacha supo infundirle sutilmente la confianza que su señora necesitaba.

La mujer agradeció su incondicional apoyo. No concebía la vida sin ella a su lado, pues delegaba en Lori mucho más de lo que podía considerarse normal. Dadas las circunstancias, ella no podía lidiar con todo. Las labores de organización en el castillo la superaban de forma considerable, teniendo en cuenta el estado de debilidad emocional al que estaba sometida.

—¿Cómo está hoy el señor? —La muchacha se interesó para darle conversación.

—Ahora está descansando. No sé qué pueda ocurrir, Lori, estoy muy preocupada. He perdido a mi hijo y perder también a mi esposo sería demasiado para mí.

—No penséis es eso. Le daremos todas las atenciones necesarias y su estado no empeorará.

—Gracias Lori —dijo, enjugándose las lágrimas con un pañuelo labrado por la joven. Fue entonces cuando se interesó por sus labores—. Y dime... ¿qué estás haciendo ahora?

—Un bordado para mis hermanos —explicó con una gran sonrisa mientras se lo mostraba.

—¡Es precioso!

—Todavía falta mucho para acabarlo.

—¿Cómo les va a las órdenes de la guardia?

—Muy bien, señora.

—¿Se alojan en los barracones? —La mujer curioseó al ver cómo se le iluminaba la cara al hablar de ellos.

—No —respondió—. Se incorporan cada mañana, salvo las noches que tienen guardia nocturna.

—Formáis una bonita familia. —Consciente de cuán importante eran entre ellos, la señora no pudo menos que sentir cierta envidia por esa gran estirpe unida de la que ella carecía.

—Por cierto, señora. Hablando de los barracones... He dicho a las chicas que esta noche pueden servir a los hombres —informó apresuradamente.

—¡Pero Lori! —exclamó con asombro—. ¿Cómo se te ocurre hacer eso, con mi hijo en la mesa?

—Son jóvenes, señora. Necesitan divertirse. No os preocupéis por la cena, yo misma la serviré.

—De eso nada. Esos quehaceres no son cosa tuya.

—Pero deseo hacerlo, señora. Me gusta complaceros y hoy quiero hacerlo personalmente.

—Está bien, tú ganas. —Como de costumbre, a la mujer le fue imposible negarse a la sonrisa de su doncella predilecta—. ¡Ojalá mi hijo encontrara a una esposa como tú, Lori! Sería la madre más dichosa del mundo —pensó en voz alta.

—Señora, no debéis decir eso. Él está muy por encima de mí. Yo solo puedo aspirar a que mi padre elija bien. —Alzó la mirada en señal de súplica.

Ambas mujeres permanecieron en silencio perdidas en sus propios pensamientos. Sin embargo, la realidad acerca del destino de Lori la haría jugar un importante papel en aquel enrevesado entramado que suponía su vida.

VI

POR FIN, EN CASA

Los días se iban sucediendo uno tras otro. Sebastian no salía prácticamente de su alcoba, del mismo modo que, dado el empeoramiento de Lord O'Neill, tampoco lo hacían los señores.

Aun así, Lori se sentía observada en todo momento. Observada y recluida, ya que desde la llegada de Lord Sebastian no había podido regresar a casa ni un solo día. Únicamente veía a sus hermanos en el patio de forma fugaz y, en alguna que otra ocasión, también a su padre.

Dos golpes secos llamaron a su puerta en el momento justo en que se disponía a irse a la cama.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Sebastian. —Extrañada, Lori se apresuró a abrir la puerta. Ya se había deshecho la trenza y el pelo le caía hasta las caderas.

—Señor, ¿sucede algo?

—Únicamente venía a decirte que mañana me acompañarás a recorrer estas tierras. Lady Violet cree que tú podrías ser mi mejor guía, tanto dentro como fuera del castillo.

—Está bien, señor.

—¿Supongo que sabrás montar a caballo? —Aunque la pregunta pudiera dar a entender que lo daba por hecho, lo cierto es que no puso mucha confianza en ello.

—Suponéis bien —afirmó la joven para asombro del joven lord.

—De acuerdo. Nos encontraremos en las caballerizas después de desayunar.

—Está bien, señor. De ese modo ya habremos regresado para la comida.

—Yo no contaría con ello. —Terminó de decir esto, dando por sentado que volverían tarde, y se marchó.

Lori se vistió con el único traje de montar que tenía. Era de color verde caqui, humilde pero bonito. Se puso unas botas altas negras, se recogió el pelo a media espalda, cogió los guantes gastados de cuero de su madre y salió de su alcoba para dirigirse hacia las caballerizas. No sin antes haber dado un bocado e informado a Lady Violet de las novedades. Primicias que

sorprendieron a esta gratamente.

—Buenos días, señor —dijo al verlo en la entrada de la cuadra, tan solo un instante después de que llegase ella.

—Buenos días, Lori. Dime... ¿has pensado dónde me vas a llevar?

—Había pensado ir hacia el Monte Morel, milord. Desde allí se observa la grandiosidad de vuestras tierras.

Lori sonreía, estaba contenta por ser ella la elegida para tal empresa. Sin duda, su alegría hacía resaltar aún más su belleza. Ello no pasó desapercibido para un Sebastian que la había encontrado deliciosa la noche anterior, con un camisón ancho que apenas escondía su cuerpo y peinada de manera informal con la cabellera cayendo de forma sutil sobre sus senos.

—Mi señor —dijo Lori, devolviéndolo de golpe a la realidad—. ¿Entramos?

—Por supuesto. ¡Adelante! —Caballeroso, le cedió el paso.

—Hola Derek —se dirigió al hombre que se ocupaba de los caballos.

—Hola.

—Imagino que ya conoces a Lord Sebastian. —Al escuchar ese nombre, Dereck permaneció inmóvil, levantó la cabeza y miró hacia donde este se encontraba.

—¡Sebastian! ¡Ya de vuelta! —exclamó con cara de felicidad.

—¿Sebastian? ¿Pero cómo te atreves? ¿Qué clase de confianza es esa? —Lori, alarmada, le reprendió severamente.

—Lo siento. —Consciente de su error, se disculpó—, es que... yo... —No fue capaz de articular palabra.

—¡Dereck! Tú eres el muchacho con el que solía jugar, el que siempre lograba zurrarme. El único que lo ha logrado en realidad. —Lord Sebastian le apuntó con el dedo de forma simpática.

—El mismo, señor —dijo, recordando aquello que Lori le había dicho con anterioridad.

Los dos hombres comenzaron a hablar sin parar ante el asombro de la joven. Era la primera vez que veía relacionarse a su nuevo señor con alguien que no perteneciera a su guardia. Pronto se sintió excluida de la conversación por lo que decidió esperarlo fuera.

Al poco tiempo, ambos salieron acompañados de Lady, una hermosa yegua blanca, y Twister, un pura sangre negro.

—Gracias, Dereck, por ensillarnos los caballos. Tienes buen gusto. —Quiso ser agradecida, en un intento por compensar su falta de tacto anterior.

—En realidad, los eligió Lord Sebastian —dijo con una discreta sonrisa que denotó la ausencia de reproches.

—Pues no cabe duda. Tenéis muy buen gusto, señor. Ni yo misma los habría elegido mejor. Lady es una yegua muy buena y Twister es uno de los mejores caballos que tenemos. Para ser exacta, debería decir que es el mejor de la comarca, muchos caballeros han querido comprarlo pero Lord O’Neill siempre ha rehusado sus ofertas.

—¿Acaso también entiendes de caballos? —preguntó sorprendido.

—Dereck podría decirnos, ya que durante algún tiempo estuve bajo sus órdenes —asintió a la espera de una confirmación por parte del muchacho.

—Es cierto, señor. Lori es una de las mejores amazonas y cuidadoras de caballos que conozco.

—¡Vaya! —dijo sorprendido—. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Pues en realidad muchas cosas, señor —reconoció mientras ambos montaban.

No llevaban mucho trecho cabalgando cuando Sebastian ya había percibido la destreza de la brillante amazona que lo acompañaba. El equilibrio perfecto, la espalda recta, la fusta hacia atrás bajo su brazo, el pelo flotando en el aire al compás del trote de Lady... realmente parecía una dama de alta cuna.

Nora se encaminó hacia las caballerizas. Había aprovechado una visita de Mary para escaparse un rato y poder ver así a Allen.

Una vez en el castillo y, habiendo sido informada de que podría encontrarse en la cuadra, se encaminó hacia ella. Asomó su rubia cabellera por la puerta e inmediatamente pudo verlo sentado junto a un grupo de hombres. ¡Era tan perfecto! Con esos ojos grises y ese cabello largo y negro... Notó que se quedaba sin aliento al contemplarlo y enrojeció al darse cuenta de ello.

Allen, que había percibido su presencia al instante, salió por la otra puerta y se dirigió hacia ella para abordarla por detrás.

Nora, ajena a esto, respiró hondo y volvió a mirar en el interior, sin embargo ya no pudo verlo. De pronto, percibió que había alguien tras ella. Estuvo a punto de gritar cuando notó una mano en su hombro pero, al girarse, pudo comprobar que se trataba de él.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó el joven.

—Me has asustado. —La muchacha le amonestó, volviendo a enrojecer al sentirse descubierta.

—Te lo mereces por observarme en silencio, ahora dime... ¿a qué has

venido?

—He venido a hablar contigo. Sobre mi padre —añadió.

Al oír esas palabras, Allen se tensó de inmediato.

—Me han dicho que ha vuelto por aquí. Y quería saber si era cierto. Ha de saber que mi madre...

—Yo no he tenido noticias de su regreso.

—Estoy asustada, Allen.

—No debes preocuparte, Nora. Nosotros os cuidaremos.

Ante ese derroche de apoyo y protección, Nora sintió deseos de abrazarlo pero, por motivos obvios, se contuvo.

—Has hecho bien en avisarme, estaré pendiente por si hay alguna novedad. Ahora vuelve a casa, no deberías estar aquí.

—Está bien, así lo haré. —La joven se despidió.

Allen no esperó a ver cómo se alejaba. Regresó junto a sus compañeros y tomó asiento al lado de su hermano.

—¿Problemas? —Supuso al ver su cara de preocupación.

—Nora. Le han dicho que su padre puede estar por aquí.

—Habremos de mantener los ojos abiertos. —Ambos hermanos intercambiaron una mirada de complicidad.

Lori y Sebastian llegaron a la cima de la montaña. Desmontaron y ataron a un árbol a sus respectivos caballos.

—Pasando aquella montaña se extiende un hermoso prado verde. —Comenzó a decir Lori—. Allí es donde Albin lleva a pastar a todos nuestros animales. Al principio eran pocos pero con el paso del tiempo hemos llegado a tener una cantidad considerable. Todas las agrupaciones de cabañas se hicieron hace más de cuarenta años, cuando Lord y Lady O'Neill llegaron a estas tierras. Hasta entonces no era más que una pequeña colonia de unas veinte personas, ahora en cambio somos casi doscientos los que vivimos en la región. Desde aquí también podéis ver parte de las caballerizas y el patio de armas y, si os esforzáis un poco, podréis ver la parte de atrás donde está el ganado —expuso, señalándole con la mano y aproximándose a él para guiarlo. Acto seguido, se dio la vuelta y se dirigió hacia el otro lado—. Todos esos campos también son vuestros, señor. Allí es donde cultivamos lo que comemos. Gracias a Dios, no necesitamos a nadie, nos abastecemos solos. Este año las rentas por los víveres han aumentado y vuestro saldo ha crecido considerablemente —dijo Lori, concluyendo su explicación con una sonrisa.

—¿Cómo sabes todo eso? —De donde él venía, una sirvienta se limitaba a tareas propias del castillo como la limpieza, la cocina y demás. ¿Qué pasaba entonces con esa muchacha?

—Desde que era pequeña he estado subiendo a esta colina para observarlo todo con mis hermanos. Incluso a veces me escapaba y subía yo sola. Albin respondía a todas mis preguntas, y puedo decir que no preguntaba poco —dijo, enarcando las cejas—. También Lady Violet me explicó muchas cosas cuando entré a formar parte de su séquito.

Lori permaneció callada un instante sin dejar de mirar hacia el horizonte.

—¿Por qué se le llama Monte Morel si apenas es una colina? —Sebastian rompió aquel silencio.

—Forma parte de una leyenda, ¿se la cuento, señor?

—Por supuesto. —Él, cada vez parecía más cercano. O al menos eso sentía a ella.

—Según cuentan los antiguos escritos... bajo nuestros pies se halla una cueva subterránea en la que vivía un hombre que atemorizaba a toda la población. El hombre, llamado Minal, tenía una mujer muy enferma y una niña pequeña. Un mago le prometió curar a su esposa a cambio de su hija y él aceptó, de forma que cuando esta cumpliera los catorce años se iría a vivir a casa del mago. Leya, que así se llamaba la muchacha, consciente de su destino, huyó hacia el norte de las tierras una vez su madre estuvo curada. Allí, en medio del bosque, conoció a un joven llamado Morel. Minal pensó que el gran mago se enfadaría y mataría a toda la familia, sin embargo y para su sorpresa, eso nunca llegó a ocurrir. Cierta día, pasados los años, Leya salió de casa y se adentró en el bosque. Para su sorpresa, descubrió a su esposo y su padre conversando amigablemente por lo que se escondió a la espera de descubrir qué tramaban. Oyó cómo su padre decía que si ya no la quería, podía devolverla a lo que el esposo respondió que bajo ningún concepto se alejaría de ella. La hechizaría para siempre antes de dejarla marchar. Leya no podía creerlo, ¡su marido era el hechicero! Fue entonces cuando empezó a comprender, su familia habría estado bien siempre y cuando ella permaneciera con él. Esa misma noche, una vez su esposo se hubo dormido, Leya salió de la casa para no regresar nunca más. Varios días después, su madre desapareció. Nadie sabe qué pudo pasar aunque mucha gente dice que ella la rescató. Fue entonces cuando Morel, furioso y afrentado, hechizó a su padre dejándolo atrapado en su aspecto de entonces durante doscientos años

de soledad. Desde entonces, esta colina se llama monte por la magnitud de los hechos y se supone que esa cueva, grande y oscura, sigue encantada.

—Es una extraña leyenda. —Arqueó las cejas.

—¿Acaso no lo son todas, señor?

—Sí, supongo que sí. —Se encogió de hombros.

Allí conversando con él de forma distendida no parecía tan serio, pensó la muchacha. Sencillamente podría pasar por un muchacho más, un chico solo un poco mayor que sus hermanos.

—Y ¿aun así tú venías aquí de pequeña? —Quiso saber él. No parecía temer a nada aquella extraña muchacha.

—Sí. A decir verdad, me hubiera gustado encontrarme con ese hombre. De ese modo, podría haber preguntado cosas que todos desconocían.

—Eres muy curiosa. —Sonrió por vez primera.

—Lo era de pequeña, señor, al menos eso dice mi padre.

Ambos callaron por un momento. Sebastian en un intento por mantener el ritmo ameno de la conversación, le informó de algo personal, aquel día era su cumpleaños.

—¡Oh! ¡Felicidades, milord! No he sido informada. —En vez de tomarlo como un tema más de conversación, Lori asumió tal falta como un reproche.

—Lo imagino. No te preocupes. Tú no eres quien debería haberme felicitado.

—Entiendo que vuestras palabras van dirigidas hacia Lady Violet, señor. Pero quizá no lo haya recordado. Habéis de saber que vuestra madre ha sufrido mucho. No debéis tenérselo en cuenta.

—¿Y lo dices tú que disfrutas de todo su cariño?

Lori se sintió un poco intimidada.

—Tranquila, ya estoy acostumbrado. —Resolvió no contarle nada más acerca de su vida. Quizá se había excedido, mostrándole sus emociones a esa niña malcriada.

Pasaron muchísimo tiempo sentados en el suelo, hasta que decidieron volver al castillo. Durante el viaje de vuelta, ninguno intercambió una sola palabra.

Esa misma noche, durante la cena, se sirvió una tarta en honor a Lord Sebastian. Había sido Lori quien, haciendo ver que era idea de Lady Violet, había dado orden a Ada de prepararla.

La señora aprovechó tal contingencia para ofrecerle a su hijo, una vez a solas, un baúl con todos los regalos adquiridos para él en cada uno de sus cumpleaños. Al ver aquello, Sebastian, el rudo muchacho con aires de gran

señor, se derrumbó de inmediato. Había supuesto tantas veces que ni se acordarían de él, que no supo cómo reaccionar. La mujer le hizo ver entonces cómo lamentaba tantos momentos perdidos, cómo extrañaba su linda sonrisa, cómo sufría su amarga ausencia... Le hizo comprender que no poder disfrutar de su cariño, la había convertido en una vieja amargada, incapaz de llevar su casa. Sebastian, que permanecía inmóvil frente a su madre, comprendió entonces que ella solo había sido otra víctima de su padre. Supo que no aguantaría mucho más tiempo, viendo el rostro de su madre bañado en lágrimas. Por fin tuvo la sensación de estar en casa, así pues, se acercó a ella y rodeándola con sus brazos le susurró al oído...

—Madre, he vuelto.

La escena entonces fue realmente hermosa. El muchacho por fin sentía ese calor que tanto había echado en falta y la mujer deseó detener ese momento para siempre. Por fin tenía a su hijo en sus brazos. Los años perdidos ahora carecían de importancia. El futuro se abría ante ellos, un futuro común.

Tras una larga y cariñosa charla entre madre e hijo, Sebastian salió de la sala dejando sola a una Lady Violet radiante y feliz. Esta se dirigió inmediatamente a la cocina en busca de Lori, la culpable de su felicidad. Se acercó a ella con lágrimas en los ojos y, acariciando su barbilla con ternura, la premió con un delicado beso maternal.

Dean, Ada y la misma Lori abrieron los ojos como platos ante tal despropósito.

La mujer, obviando aquellas caras de incredulidad, prendió sobre el escote de Lori un hermoso broche de oro tallado con el escudo de la familia O'Neill. No halló mejor manera de agradecerle el detalle de la tarta que había propiciado el acercamiento entre su hijo y ella, que regalándole algo de la familia a la que acababa de unir. Sin duda, estaría en deuda con ella para siempre.

Ada cogió a Dean, tiró de ella y ambas salieron al corral. Aquella era una escena en la que sobraban. Fue en ese preciso momento cuando la segunda no pudo disimular más. Lori era un obstáculo constante y permanente para su ansiado ascenso. Siempre pendiente de todo, siempre tan correcta, siempre complaciente y, por supuesto, siempre bajo el amparo de la señora.

En cuanto ambas quedaron en la cocina a solas, Ada informó a Lori de los sentimientos de celos que sentía Dean hacia ella, pues a su parecer Lori debía tomar medidas oportunas y evitar así conflictos posteriores.

La muchacha, sin embargo, no tomó represalia alguna contra la sirvienta. En su defecto, la propuso a la señora para un ascenso. A su modo de ver las cosas, puede que Dean tuviera razón y que la extrema predilección que Lady Violet sentía por ella le impidiera ver más allá, perjudicando así a sus compañeras.

Así pues, siguiendo instrucciones de su doncella una vez más, Lady Violet solicitó la presencia de Dean y esta fue ascendida a ayudante de cámara. Eso sí, bajo expreso deseo de Lori... tal decisión había sido únicamente de Lady Violet. Eso la excluía de parecer débil ante ella.

Aprovechando que su señora estaba entrevistándose con Dean, Lori fue a ver a sus hermanos antes de que se marcharan.

—Hola chicos. Necesito que me ayudéis.

—¿Qué has hecho ahora? —Los muchachos se alarmaron de inmediato.

—Tranquilos, no he hecho absolutamente nada. —La muchacha hizo un mohín. Era increíble la poca confianza que tenían en ella—. Solo quiero saber qué se le puede regalar a un hombre —indicó, dejando en el acto petrificados a sus hermanos.

—¿Perdón? ¿A qué hombre? —preguntó Gabriel preocupadísimo.

—Acaso tú... —Allen no se atrevió a continuar.

—¿Yo qué? —Lori lo miró irritada.

—Tú... —dijo, dándole a entender que temía que hubiera tenido contacto masculino.

—Por supuesto que no. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Bien, bien —dijo Allen calmándose.

—¿Para quién es el regalo? —preguntó Gabriel, yendo al grano.

—Es para Lord Sebastian.

—¿Para Lord Sebastian? —Allen se asombró—. ¿Por qué motivo?

—Porque hoy es su cumpleaños y quiero agradecerle lo que hizo por mí. Además estoy contenta, Lady Violet me ha premiado por mi trabajo al servicio de su hijo. —Eufórica, les mostró el broche—. Además, ya va teniendo más confianza en mí. Hoy le he acompañado a que viese todas sus tierras y...

—¿Pero... pero por qué lo has acompañado tú? —preguntó Gabriel incrédulo—. ¿Acaso no hay hombres en estas tierras, dispuestos a servirle?

—se quejó.

—¡Respondedme y marchaos! O se os hará tarde.

—¿No será que quiere aprovecharse de ti? —Allen no veía aquello muy claro.

—¡Allen! ¿Cómo puedes decir eso?

—¡Una daga! —dijo Gabriel.

—¿Cómo? —preguntó Lori.

—Una daga. Regálale una daga. Así tendrá con qué defenderse como no se porte contigo como un caballero.

—¡Estupendo! —La muchacha ignoró las últimas palabras de su hermano—. ¿Quién puede tener una?

—Pregúntale al herrero.

Dicho esto, desapareció en el acto.

—Quizá nos preocupamos demasiado —dijo Gabriel.

—De eso nada. Me inquieta que haya un hombre en el castillo merodeando a nuestra hermana. Por muy señor nuestro que sea. No lo conozco y no sé de qué pasta está hecho.

Lord Sebastian, habiendo decidido instalarse de forma permanente en su nuevo hogar, informó a su madre de ello. Había enviado ya a sus tierras un emisario para conocer el estado de su gente y traer a las familias de los hombres que lo acompañaban.

Al escuchar aquello, Lady Violet esbozó una sonrisa de felicidad.

Según su hijo no iba a ser mucha gente, pero lo que importaba de verdad era lo que aquello significaba. Tal y como le había augurado Lori, su hijo había decidido lo que parecía tan lejano.

Sebastian solicitó algunas cabañas para los suyos, así como loza y ropa hogar.

—Hijo mío, estás en tu casa. Puedes hacer cuanto te plazca, cuentas con mi apoyo en todo lo que decidas. Pide ayuda a Lori.

Él asintió gustoso, para entonces ya sabía que la muchacha estaría a la altura.

—¿Para cuando dices que los esperas?

—Para dentro de un par semanas, aproximadamente.

—Bien, estaremos preparados.

—También he pensado invitar a Lord Donald De Sunx. A él le debo todo lo que soy y quiero que vea mi nuevo hogar. Creo que lo avisaré hoy mismo.

—¡Donald De Sunx! Me parece una idea excelente. Desde que su mujer falleció y sus hijos desaparecieron no hemos vuelto a verlo. Bien... —Cambió de tema—. Supongo que esta es otra de las tareas que hemos de

encomendar a Lori.

—¿No le pedimos demasiado a esa joven, madre?

—Puede que tengas razón. Pero ella es mi mayor apoyo. Además, cada nuevo cargo supone para ella un gran reto. Nunca ha tolerado que la dejemos al margen de sus tareas por mucho que la sobrecarguemos —dijo Lady Violet, saliendo de la habitación y dejando encargo al mismo Sebastian de informarla.

Leo escuchó toda la conversación en silencio.

—Una chica así es lo que os convendría a vos —murmuró, convencido de que necesitaba de compañía femenina para endulzar su carácter.

—Tal vez sí, pero no para casarme —sentenció, dirigiéndose hacia el salón grande.

Llevaba un rato acostada, cuando llamaron a la puerta. La tisana que había tomado para aliviar su jaqueca la había dejado tan relajada que se había echado sin desvestirse siquiera. Abrió los ojos de inmediato e instintivamente pensó en Sebastian.

—Ya voy —dijo mientras se calzaba—. Ya voy. —Se miró al espejo y comprobó cuán palidecida estaba. Pellizcó un poco sus mejillas para que parecieran un poco más sonrosadas y, acto seguido, abrió la puerta.

—Siento molestarte tan tarde.

—No os preocupéis. Estaba despierta

—Estás un poco pálida —dijo pasándole la mano por su cara.

Aunque había de reconocer que su caricia le había sabido tan dulcemente que hubiera deseado que el tiempo se detuviera para ella, Lori no pudo evitar pensar en sus hermanos. Quizá no andaban tan desencaminados y tenían razón al pensar que Lord Sebastian se tomaba demasiadas confianzas con ella.

Cuando este advirtió los temores de la muchacha, separó su mano lentamente. ¿Cómo es que esa mujer lo perturbaba tanto? Nunca le había dicho a nadie lo que pensaba o no hacer, sin embargo, desde que había llegado a ese lugar se veía haciendo eso mismo una y otra vez. ¿Qué influjo ejercía sobre él? ¿Tendría algo que ver con la forma en que la deseaba en su cama? ¿Con el deseo con el que había posado su mirada en ella al verla en camisón? ¿Con cada momento que había imaginado cada parte de su cuerpo? ¿Serían esos hermosos ojos grises que siempre parecían estar mirándolo con deseo? ¿O tal vez esos jugosos labios rojos que deseaba besar cada día? Sí, efectivamente

esa mujer lo estaba perturbando más que ninguna otra en su vida.

—Venía a comentarte una cosa. —Utilizó un tono seco a modo de coraza—. Dentro de dos semanas a lo sumo, vendrán ocho o nueve familias a vivir dentro del recinto amurallado. De modo que me gustaría que te encargaras de arreglar sus cabañas para que cuando lleguen puedan acomodarse rápidamente. Además, nos visitará también un hombre muy importante al que quiero que se trate como si fuese el mismísimo dueño de estas tierras. No permitiré ningún error por parte de nadie a ese respecto.

—¿Puedo saber de quién se trata, señor?

—No es asunto tuyo. Tú límitate a hacer lo que te he ordenado. —Hizo ademán de marcharse pero Lori lo detuvo.

—Señor... espere.

Entró apresuradamente en su alcoba y, volviendo enseguida, alargó ambos brazos con un pañuelo que contenía algo en su interior.

—Esto para vos. Vuestro regalo de cumpleaños.

—¿Mi regalo de cumpleaños? —Asombrado, lo tomó.

—No creí conveniente dároslo en la cena, ante Lord Bryan y Lady Violet. Ya sé que está fuera de lugar, pero quería agradeceros lo que hicisteis por mí.

—Bien —dijo, marchándose rápidamente antes de hacer nada de lo que pudiera arrepentirse.

Lori, desconociendo los pensamientos de Sebastian, quedó un tanto desconcertada. Puede que no mostrara entusiasmo por el detalle pero... se merecía una simple sonrisa, un gesto al menos.

VII

SENTIMIENTOS

Una vez acabaron de cenar en casa de los Hill y con la pequeña ya acostada, Allen y Gabriel decidieron dar la voz de alarma.

—Hemos de informaros de algo importante —comenzó el segundo con tono serio.

—¿Le ha sucedido algo a Lori? —preguntó Mary, alarmada.

—No, no. Ella está bien —se apresuró a decir Allen—. Se trata de Nora.

—Hemos investigado sobre su padre —aclaró Gabriel—. Por lo que sabemos... ha robado en algunas casas de la colina y ha matado a un hombre. Así pues, hemos de estar atentos, puede que intente ver a su familia.

—¡Dios mío! —dijo Mary—. ¿Lo sabe ella?

—Claro que no. —Gabriel fue rotundo—. Hasta que tengamos la certeza de si está o no aquí, sería preocuparla inútilmente.

—Pero... debería estar alerta. Por su madre, por su hermano y por ella misma. —En ese mismo momento llamaron a la puerta. Sin duda sería la misma Nora.

—Buenas noches —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Claro Nora, pasa. —La invitó Mary amablemente.

—Luego continuaremos la conversación —dijo Owen lo suficientemente bajo como para que ninguna de las mujeres pudiese escucharlo.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Mary.

—Sigue igual. —Su rostro se mostró triste.

—¿Quieres un té? —intervino Owen.

—Sí, gracias. Me lo tomaré rápido.

—Claro —asintió Mary.

—Yo te acompañaré para que no vayas sola. —Acertó a decir Allen que cada día veía a Nora más hermosa. Se estaba convirtiendo en una mujer fascinante. El muchacho estaba realmente impresionado con respecto a sus sentimientos hacia esa joven a la que siempre había conocido. ¿Desde cuándo tenía él esas emociones hacia Nora? ¿Desde cuándo estaba enamorado de ella? ¿Enamorado? No. Él no estaba enamorado, él era Allen. Allen el guerrero.

Pero... ¿por qué se estremecía al verla? ¿Por qué esa necesidad de protegerla a toda costa?

—¡Vaya! Se está convirtiendo en una costumbre —bromeó Gabriel.

Allen volvió de pronto a la realidad. Esa realidad en la que Nora tomaba asiento frente a él para tomar el té.

—¡Cállate Gab! —ordenó Allen.

—No es una costumbre, es lo correcto —dijo Mary para ayudar a Nora con todo aquello.

—¿Sabéis algo de Lori? —preguntó la muchacha.

—Sí —dijo Allen—. No hace mucho que la hemos visto.

—¿Y cómo está?

—Con mucho trabajo —omitió el tema del regalo a Lord Sebastian por temor a que su padre no lo entendiese—. Es cierto que no pueden prescindir de ella.

—¿De verdad?

—Sí —dijo Gabriel—. Tiene a su cargo grandes menesteres, pero ella lo lleva bien. No suele quejarse.

—¿Hablamos de la misma Lori? —ironizó Owen.

—No seáis así, es muy trabajadora —dijo Mary.

Prolongaron aquella amena conversación un rato más hasta que Nora, por fin, decidió que había llegado el momento de volver a casa. Allen, tal como había dicho, la acompañó de buen grado.

Ambos tenían mucho que decirse, sin embargo, ninguno se atrevió a hacerlo en aquel corto trayecto. Al llegar a su casa, la muchacha miró a través de la ventana y, al ver que todo estaba en silencio, se recostó en el poste de la entrada intentando alargar unos instantes más su compañía. Allen se apoyó en la barandilla del porche, muy cerca. Ahí, parado tan solo para ella, lo encontraba aún más atractivo si cabía. Con esa ropa de guerrero color verde, con ese olor tan masculino, con esos ojos grises que la miraban fijamente y con esos labios tan dulces que anhelaba besar.

Nora miró al cielo y observó millones de estrellas en el infinito. Los ojos azules de la joven brillaban en la oscuridad y Allen se perdió en ellos irremediabilmente.

—Gabriel me dijo una vez que las estrellas guían tu camino hacia tu destino final. Me pregunto si será cierto.

—¡Bueno! No deberías hacerle mucho caso.

—¿Por qué no? —dijo mirándolo fijamente—. Tu hermano es inteligente.

Desde pequeño ha sido para mí un hombre muy especial. Me ha ayudado mucho a entender la vida. Gabriel es un hombre al que aprecio de verdad. — Allen se había quedado muy asombrado al oír a Nora hablar así de su hermano.

—¿Le aprecias?

—¿Cómo? —No supo bien a qué se refería.

—¿Qué si le aprecias? —repitió.

—Claro, Allen. Aunque...

—Aunque... ¿qué?

—Nada. —No se atrevió a decir cuáles eran sus sentimientos hacia él. Bueno, sabía que se preocupaba por ella pero... lo hacía como mujer o como amiga. Si descubría que su amor era puramente fraternal, supondría un duro golpe para ella, algo para lo que no estaba preparada. De nuevo se hizo un gran silencio entre ambos.

Allen se incorporó y se colocó frente a ella.

—Allen, tengo miedo —dijo la joven abrazándose a la cintura del muchacho. Necesitaba sentirse segura—. ¿Qué será de nosotros si por los malos actos de mi padre nos destierran a todos? Mi hermano es muy pequeño y mi madre está muy enferma.

—No debes preocuparte. Ya te he dicho que no te ocurrirá nada. Primero he de hablar con mi padre y mi hermano sobre...

—¿Sobre la muerte de ese hombre?

—¡Lo sabes!

—Claro que sí —dijo apartándose—. Siempre habrá alguien que venga a torturarme con chismes. —Los ojos de la muchacha brillaban—. ¿Tú sabes si es verdad?

—Sí lo es, Nora —confirmó él, pensando que lo mejor sería decirle la verdad.

—¡Dios mío! ¡Entonces nos matarán a todos!

—No —bramó con vehemencia—. No lo permitiré. Yo cuidaré de ti.

—¿Y por qué ibas a hacer tal cosa? —preguntó Nora angustiada. Por un instante se avergonzó, se giró y quedó de espaldas a él—. Confieso que me gustaría ser alguien importante para ti, pero no quiero que me veas como una hermana precisamente, eso destruiría mis ilusiones. Te amo Allen, siempre te he amado y siempre te amaré.

¡Dios santo! Sin darse cuenta se había lanzado al vacío. De nuevo giró sobre

sí misma, quedando de este modo frente a él.

Allen la tomó por la cintura, la apretó contra su torso musculado y sus labios cubrieron los de ella tan rápidamente que no tuvo tiempo de reaccionar. No era el primer beso para Allen, pero sí el primer beso de amor. Hizo entreabrir sus labios y su lengua buscó compañera de juegos en la boca de Nora. Ella, presa del ímpetu, rodeó el cuello del joven con sus brazos, gesto que fue agradecido por el muchacho con un gemido de satisfacción. Allen continuaba tomando la cintura de la joven entre sus grandes manos. Con cada soplo de pasión, el beso se prolongaba más y con ello más aumentaba el deseo de ambos. El frenesí poseía sus instintos. El delirio era absoluto. Allen sabía que si no se detenía en ese momento, le sería imposible hacerlo después. Tiernamente se separó de ella, mostrándole respeto. Su respiración era tan rápida y entrecortada como la de él. Ambos supieron en ese mismo instante que sus caminos se habían cruzado de forma irremediable.

—¿Querías hablar conmigo? —dijo Sebastian, aproximándose a Owen.

—Sí, señor. He descubierto que entre nosotros hay un traidor —le informó.

Los resultados a sus pesquisas habían dado frutos.

—¿Un traidor? —Sebastian no podía dar crédito.

—Desapareció hace tiempo, pero se comenta que puede estar merodeando por aquí.

—¿Qué sabes de él? —Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Hay abandonada una familia de la que nunca se ha hecho cargo. Su mujer está muy enferma, debido a los malos tratos infringidos por él. Tiene dos hijos, un chico de seis años y una chica que vive atemorizada, ante la posibilidad de que vos penséis que ella tiene algo que ver con todo esto.

—Explícame en qué te basas para acusarle de traidor.

—Ha robado en varias casas y ha matado a uno de nuestros hombres de la colina, señor. Hay testigos de ello.

—¡Maldición! Quiero que se doble la guardia y que de ahora en adelante se vigile muy bien quién entra o sale de la fortaleza. No voy a permitir algo así entre los míos.

—Señor, ¿qué debo decir a su hija para tranquilizarla?

—Dile que yo cuido de lo que me pertenece. Si de verdad es inocente, no habrá castigo ni para ella ni para su familia.

Sabiendo que se le escapaba la vida a marchas forzadas, la madre de Nora dio instrucciones a esta para cuando ella ya no estuviera. Debía cuidar de su

hermano ya que solo se tendrían el uno al otro, debía alejarse de su padre a toda costa al ser él un salvaje sin honor y debía apoyarse en Mary a la que consideraba una gran amiga.

—En ese cofre... —dijo señalando a los pies de la cama— hay escondidas muchas monedas. ¡Cógelas! —La animó a hacerlo de inmediato—. Mañana ve a llevárselas a Lord Sebastian. Explícale que es el botín que robó tu padre y que quieres devolverlo.

—¿Es cierto eso madre?

—A medias, mi dulce niña, pero tú debes decírselo así.

En ese momento llamaron a la puerta, con más golpes de lo normal.

—¡Madre...! —El terror quedó patente en la cara de la muchacha.

—Nora, escóndelas. ¡Corre!

La muchacha se dirigió hacia su alcoba, abrió el cajón de su ropa femenina y, sacando una bolsa de terciopelo roja, las metió dentro de ella y la volvió a guardar donde estaba.

Los golpes eran cada vez más fuertes. Nora ya se dirigía hacia la puerta cuando oyó la voz de su padre que maldecía una y otra vez.

—¡Nora! Abre la puerta o juro que la arrancaré. ¡Y que dios te proteja entonces!

—¡Madre!

—¡Abre te digo! —repitió el hombre.

Ante el asentimiento de su madre, se dirigió hacia la puerta muy despacio. Notaba cómo su corazón se aceleraba por momentos. Posó la mano sobre el pomo y sintió la fuerza que su padre ejercía desde el otro lado. Levantó el pestillo y, cuando hubo cedido un poco, se abrió de golpe. Inmediatamente sintió la enérgica mano de aquella bestia golpeando su rostro. El hombre, apestando a alcohol, irrumpió en la casa dando bandazos hacia derecha e izquierda.

—¿Dónde está mi botín? —preguntó una vez en el interior de la casa.

—No sé de qué hablas —gritó Nora.

—Del montón de monedas que guardaba esa zorra aquí.

—Padre, no... —La empujó, haciéndole caer de espaldas, mientras él se dirigía hacia la alcoba donde su madre ya agonizaba.

—¡No entres ahí! —gritó Nora desde el suelo.

—¿Qué haces tú aquí? —quiso saber esta, empapada por la fiebre.

—He venido a por lo mío. ¿Dónde está? —La agitó con fuerza.

—No sé dónde está lo tuyo.

—¡Maldita zorra! —La golpeó sin contemplaciones.

—¡No! ¡Déjala ya! —Agarró del brazo a su padre e intentó en vano alejarlo de ella. En un intento por quitarse a la muchacha de encima, la golpeó con el puño tumbándola en el suelo y dejándola sin conocimiento.

—Me siguen. He de marcharme de inmediato y no tengo tiempo para estupideces. ¡Dime donde están de una vez!

—¿Qué le has hecho a mi hija? ¡Bastardo! —se lamentó, intentando en vano moverse para poder verla.

—¿Bastardo? Creo que todavía jugaré un poco contigo antes de marcharme.

—Viéndola tan indefensa, le rasgó el camisón y, apretando uno de sus senos con fiereza, acercó su asqueroso aliento a los labios de la moribunda.

—¡No!

—¡Cállate! —dijo, golpeándola de nuevo una y otra vez hasta que esta exhaló su último aliento.

En ese momento Nora comenzaba a volver en sí. Al ver a su padre sobre su madre, se abalanzó sobre él. Este giró sobre sí mismo y la vio como una alternativa.

—¡Vaya! No sabía que tenía una hija tan bonita. Tu madre ya no me sirve, ahora tú tomarás su lugar.

—¡Eso nunca! —dijo, dándole una fuerte patada en la entrepierna.

Aunque de momento se había librado de él, Nora sintió sus zarpas sobre ella antes de poder llegar a la puerta. De nuevo le propinó un puñetazo y otro más.

Fue en ese momento cuando Gabriel y Allen, alertados por los gritos, aparecieron en escena. Enseguida, el padre de Nora se vio cercado por ambos hermanos. Un puñetazo aterrizó en su cara antes incluso de reaccionar.

Allen, verdaderamente enfurecido, cogió a Nora del suelo.

—¡Mamá, mamá! —La joven se acercó al catre donde yacía el cuerpo de su madre.

—Nora... —dijo Allen tomándola entre sus brazos—. Se ha ido.

—¡No! ¡No! ¡La ha matado, la ha matado! —El desconsuelo de Nora era infinito. Siempre supo que el final de su madre estaba cerca, pero de ese modo...

—Será mejor que la lleves a casa —le aconsejó Gabriel.

—De acuerdo. Les diré que vengan a ayudarte con... —No pudo continuar.

Nora, toda magullada, parecía desfallecer.

—Fran, ven conmigo. —Gabriel lo sacó de la alacena en la que se había escondido y desde donde se le oía gimotear. El pequeño se lanzó a los brazos del muchacho.

Gabriel y Mary regresaron de casa de Nora, al mismo tiempo que Owen volvía de dar parte a la guardia para que encerraran a esa rata inmunda en los calabozos.

En cuanto entraron, la vieron todavía muy nerviosa, tomando una infusión preparada por Allen.

Este, con cuidado, curaba las heridas de la joven.

—¿Dónde está Fran? —preguntó Mary.

—Durmiendo con Kim —respondió Allen.

—Tu padre ha sido apresado. —Owen informó a Nora.

—¡Ese animal no es mi padre! —dijo deshecha por el dolor.

—Viviréis con nosotros por el momento —afirmó Mary, observando el estado de la joven. Seguro que a Owen se le ocurre una manera de distribuirnos a todos.

—Sin duda —consintió, reconfortando a la joven.

—Será mejor que te acuestes, mañana será un día muy duro, cariño —dijo la mujer ayudándola—. Hoy dormirás conmigo.

—La tisana que te he dado te ayudará a descansar. —Allen quiso tranquilizarla.

—Has hecho bien. Ayúdame —comentó Mary, viendo que Nora no se tenía casi en pie. Allen la tomó en sus brazos y cuando llegó a la alcoba de sus padres, la depositó en el catre despacio y la cubrió con las pieles.

—Debí haberlo previsto —se inculpó Allen en cuanto entró de nuevo la sala.

—Sí, debimos haberlo hecho —Gabriel se culpó del mismo modo que su hermano.

—No podíamos prever algo así, después de todo son su familia. —Owen intentó descargar a los chicos—. Lord Sebastian dará buena cuenta de él.

—Si fuera por mí, hoy mismo moriría —sentenció Allen.

—Debimos imaginarlo cuando Nora se retrasaba para tomar el té —apostilló Gabriel.

—De nada sirve lamentarnos ahora. Será mejor que vayamos a descansar. Mañana será un día difícil —ordenó Owen haciendo que ambos jóvenes se marcharan a dormir de inmediato.

Él cogió una manta, un cojín y se acomodó en el catre.

Aún no había amanecido y Nora ya se había levantado. Llorando en silencio, se fue preparando para asistir al entierro de su madre. Una vez estuvo lista, como era demasiado pronto, salió al porche y se sentó en el primer escalón a esperar. Intentó recordar momentos bonitos vividos en familia y se dio cuenta de que no había mucho donde escoger, aquel maldito hombre se había encargado de ello.

Al alba ya estaban todos levantados. Mientras desayunaban, Allen salió al porche, se sentó junto a ella y, pasando su brazo por la espalda de la joven, le ofreció una taza de leche caliente. Nora, tan deshecha como estaba, se sintió arropada al entrar en contacto con él. La notó fría y la invitó a entrar en la casa. En cuanto la muchacha puso un pie en la sala, todos se volcaron en ella. Owen le hizo saber que tras el funeral, se acercaría al castillo a entrevistarse con Lord Sebastian.

—¡Yo también he de ir! Me había olvidado del botín —dijo, corriendo hacia la puerta. Allen la detuvo de inmediato.

—¿Dónde crees que vas? ¿De qué estás hablando?

—Del botín que robó mi padre.

—Dime donde está. Iré yo. —Allen intentó evitarle el trago de encontrarse a su madre de cuerpo presente.

—Está en mi cajón de la ropa, dentro de una bolsa de terciopelo rojo —respondió, agradecida.

El muchacho salió disparado y enseguida estuvo de vuelta.

De nuevo, ella le esperaba en el porche.

—¡Hecho! —Acarició con ternura su mejilla amoratada.

—Bésame, Allen. Te necesito... —No la dejó hablar más, la tomó entre sus brazos y posó sus labios sobre los de ella, obsequiándole con un dulce y delicado beso. Allen sabía que Nora ya le pertenecía, ahora solo había de hacérselo ver a ella.

Por un instante, la muchacha consiguió evadirse de la realidad, se aferró a él con todas sus fuerzas y hundió su cabeza en el cuello del joven. En ese momento, él se giró y vio a su hermano apoyado en el dintel de la puerta. Ambos hermanos sonrieron, conscientes de lo que aquello significaba.

Nina recogía la sala de estar, Ada preparaba los desayunos y Lori, mientras ayudaba a esta, le contaba lo extraña que había sido esa noche al no poder conciliar el sueño. Una rara sensación se lo había impedido.

De pronto, se escuchó un golpe en la puerta. Lori supuso que Nina abriría. Al instante, la doncella volvió corriendo mientras gritaba su nombre. Inmediatamente supo que algo grave ocurría.

—¿Qué...? —preguntó, alarmada.

—Ahí fuera está tu padre —dijo, intentando recuperar el habla—. Viene a hablar con Lord Sebastian, dice que es urgente.

Dicho esto, Lori salió de la cocina como alma que lleva al diablo. Llegó a la puerta y pudo ver a Nora junto a su padre. Temiéndose lo peor, la abrazó con fuerza haciéndose partícipe de su dolor. Nora rompió a llorar al sentir el cariño de su amiga.

Una vez la hubieron puesto al corriente de todo lo ocurrido, la joven no dudó en dar orden de avisar a Lord Sebastian.

Este les hizo pasar de inmediato a la biblioteca, donde se hallaba revisando sus informes.

Owen, seguido muy de cerca por Nora y Lori, se aproximó a su señor, que en ese momento se levantaba y dirigía hacia ellos. Los súbditos, sumidos por el dolor de la tragedia, mostraron sus respetos con una sencilla reverencia a aquel joven Lord que había tomado las riendas.

Dada la gravedad del asunto, Sebastian no sacrificó un solo instante en pos de la justicia y, haciéndoles ver que ya había sido informado de todo por la guardia, les comunicó su decisión de condenar al prisionero a muerte.

Al escuchar aquello, Nora sintió cómo un vertiginoso escalofrío recorría todo su cuerpo. Que el monstruo que había acabado con la vida de su madre fuera eliminado de la faz de la tierra era lo único que podía darle un poco de paz. Además, tanto ella como su hermano quedaron libre de toda sospecha, gracias a la férrea defensa de Owen y tras demostrar su inocencia, devolviendo el botín que su madre le había confiado.

Lori se lamentó en silencio por la actuación de Lord Sebastian. Estaba siendo justo y benévolo con cada una de sus decisiones pero echó en falta una mínima dosis de humanidad hacia aquella muchacha a la que la vida acababa de golpear tan duramente.

Con cierto tono de súplica, exigió que se le relegara de sus obligaciones, alegando que su familia y amiga la necesitaban.

Sebastian, prácticamente a la fuerza, consintió, y si bien se trataba de una escapada fugaz, a Lori le haría bien pasar ese tiempo con los suyos.

VIII

GUERRERO ANTE TODO

Tan solo un día después, Lori ya estaba de regreso en el castillo. Y si bien había sido breve su estancia en casa, a todos les había reconfortado que la familia hubiera pasado aquella complicada noche al completo.

¡Habían compartido tantas cosas! El sufrimiento de Nora, la incomprensión del pequeño, la nueva posición de Lori en el castillo, el temor de sus hermanos en lo referente a Lord Sebastian, el sentimiento emergente entre su amiga y su hermano... En cuanto a esto último, Nora había compartido con ella secretos inconfesables, tales como su encuentro fortuito con Allen en la cocina durante la noche. Le había contado cómo él había intuido la lucha que la joven mantenía consigo misma; cómo acercándose a ella con ternura, había atraído los labios de la joven a los suyos dando lugar a un apasionado beso de amor entre ambos; cómo Nora había alzado los brazos por el torso de Allen y sentido así cada músculo y cada cicatriz de su cuerpo, aventurándose aún más en su camino.

Lori se había escandalizado al ser consciente de cómo su hermano había descubierto el hombro de su amiga, besado su cuello, acariciado su muslo y rozado su pecho, para relajarse inmediatamente después al conocer que también había sido él quien, respetando el honor de la muchacha y haciendo gala de su caballerosidad, había frenado sus propios deseos.

Ahora sin embargo, todo eso quedaba atrás. De nuevo se hallaba ante el portalón del castillo, su jaula de oro. La muchacha entonces se dio de bruces con la realidad. Vio a Tommy hablando con un nuevo guerrero vestido con los colores de Lord Sebastian, al que acompañaba una gran comparsa, compuesta en su mayoría por mujeres y niños. Las previsiones en cuanto a la llegada de los sirvientes de su señor parecían haberse distorsionado, ya que solo habían pasado unos días desde que Lord Sebastian diera orden de habitar las cabañas. Deseó con todas sus fuerzas que todo estuviera listo.

Gursac, como se hacía llamar el recién llegado, había solicitado audiencia con su señor para informarle de terribles acontecimientos. No hizo falta avisar a Sebastian que, al escuchar el bullicio, ya se dirigía hacia ellos.

—¡Gursac, amigo! —exclamó sin reparar en los signos de preocupación que mostraba el joven—. ¿Ya estáis aquí?

—Sí, señor —dijo tácitamente.

—¿Qué ocurre? ¿Ha habido problemas? —Fue entonces cuando advirtió en su voz cierto tono alarmante.

—Sí, señor —repitió—. Anoche, mientras descansábamos junto al río, nos tendieron una emboscada. Han muerto dos mujeres y dos niños.

—¡Maldita sea! ¿Qué mal nacido osa atacar a mujeres y niños indefensos? —rugió ante la perplejidad de Lori.

—Debían ser proscritos señor, no portaban estandarte.

—Reúne a todos los hombres, tanto los de la casa O'Neill como los de la casa Wells. Partimos de inmediato. —Mientras el guerrero trasmitía las órdenes de su señor, este dio a Lori instrucciones precisas acerca de los recién llegados—. Haz que curen a los heridos y condúcelos a sus nuevas casas. Espero que todo esté preparado.

—Lo está, señor. Cada familia dispone de una acogedora cabaña —se aventuró.

—Que les sirvan comida y agua. Y avisa a Leo, Jim, y Chat, sus familias están aquí.

Tras comprobar que los tres ancianos no estaban en sus aposentos, Lori decidió acomodar a sus familias en las casas más cercanas al castillo. Siendo los más mayores, resultaría más cómodo para ellos. Observó que tan solo había un par de chicas de su edad en el grupo. El resto eran niños pequeños en brazos de sus respectivas madres.

—¿Dónde están nuestros maridos? —preguntó una mujer desde el fondo.

—¿Y qué pasa con nuestras cosas? —añadió otra.

—No se preocupen. Les serán llevadas a sus casas —informó Lori, resuelta.

Las mujeres estaban desconcertadas en medio de un entorno ajeno y rodeadas por desconocidos. Sin duda, echaban de menos a sus maridos al haber partido estos junto a su señor, Lord Sebastian O'Neill.

Lori acomodó a los heridos en el castillo y, encabezando al grupo de mujeres, se enfiló hacia las casas que con tanto esmero habían preparado sirvientes y doncellas. Familia a familia las fue alojando en cabañas contiguas para que, de este modo, se sintieran como en casa.

Una vez hubo acabado, regresó al castillo, se encontró con Leo y lo acompañó al que a partir de entonces sería su hogar. Por el camino le explicó

lo sucedido.

—¡Maldición! —se lamentó él—. Voy a perderme la primera batalla.

Fue en ese momento cuando marido y mujer se encontraron por primera vez, después de que él abandonara sus tierras.

—¡Leo, querido! ¡Al fin! —Ambos corrieron a los brazos del otro sin reparar en la presencia de Lori que, discretamente, entendió que había llegado el momento de retirarse y dejarlos a solas.

A galope tendido y precedidos por su señor, los guerreros de ambas casas llegaron al lago. Sebastian desmontó e invitó a sus hombres a que hicieran lo propio. Se mantuvieron al acecho y, ajenos a lo que se les venía encima, los proscritos fueron observados mientras dormían plácidamente, sometidos por el alcohol.

Llegados a ese punto, no tuvo dudas, los agresores eran liderados por Alex De Sunx. La fama de sus guerreros le precedía.

Uno de los malhechores, el más cercano a su posición, se levantó para deleite de Sebastian que desenvainó su espada de inmediato e instó alerta a sus hombres a voz en grito. Al escucharlo, los forajidos rápidamente fueron despertándose los unos a los otros y armándose de cuanto tenían alrededor. Como hombre de honor que era, jamás habría atacado mientras durmieran. Tanto sus hombres como él eran guerreros, no verdugos.

Una vez todos estuvieron despejados y armados... Sebastian dio la orden de ataque. Emitió un grito de guerra que asustaría hasta al mismísimo infierno y todos sus hombres, incluido el esposo y padre de los asesinados, se dispusieron a la lucha.

Espada contra espada, arqueros a discreción, mazas dotadas de pinchos, dagas a corta distancia... Sus hombres hacían gala de su arte con sus respectivas armas. Sebastian dio gracias a semejante grado de ineptitud. Al parecer, aquellos necios no eran capaces más que de luchar contra mujeres y niños.

Fueron dos solo los que pudieron huir hacia las montañas y, aunque merecían morir tanto como los demás, Sebastian los dejó marchar para que informaran a su líder de quién era él y hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Plenamente consciente de que Alex De Sunx anhelaba sus tierras y su castillo, supo que aquella solo había sido la primera embestida.

—Lori, este es Gursac. —Sebastian le presentó a su segundo al mando—. Se instalará en el castillo. Prepárale una habitación cerca de la mía.

—Inmediatamente, milord. Sígame, por favor. —Lori subió al hombre hasta una alcoba contigua a la de su señor y, una vez entraron, se dispuso a explicarle las reglas de vivir dentro del castillo—. Estos serán sus aposentos. Si necesita algo, Dean es la encargada de esta planta.

—¿No puedo llamarte a ti? —El hombre dejó claro que no quería otra doncella que no fuera ella.

—Yo estoy muy ocupada pero Dean estará encantada de ayudarle en todo cuanto necesite. —Definitivamente no le gustaba el tono en el que se regía aquella conversación. La muchacha se sentía importunada por el modo grosero y descarado con que aquel hombre la miraba—. La comida se sirve en el comedor para toda la familia. Sea puntual, Lady Violet no admite retrasos.

Debido al precario estado de su esposo, Lord Bryan, esta había decidido que esa noche él no bajaría al comedor con todos, así pues, ordenó que le sirvieran una taza de sopa caliente en sus aposentos.

Fue la misma Lori quien, cogiendo dicho consomé, se dirigió hacia la alcoba de sus señores. Aprovechando tal circunstancia, informó a Lady Violet de la llegada de las familias de los guerreros y la ausencia de los tres caballeros que esto tendría como consecuencia en la mesa a partir de entonces. Así mismo, se sumaría otro nuevo comensal a ellos, Gursac, un hombre que, para sorpresa de su señora, no se había comportado como debiera con su doncella predilecta. Además, la muchacha había mostrado su malestar ante el trato injusto que este pretendía de la servidumbre.

Durante la cena, Lori se sintió realmente intimidada por el nuevo comensal. Su manera de mirarla la ponía realmente nerviosa y su sonrisa, claramente forzada, no le inspiraba confianza alguna.

Sebastian había echado de menos a Leo por lo que, sabiendo que Adeen había llegado, decidió que tomaría el té con ellos, en la cabaña que Lori les hubiera asignado. Ella misma le haría de guía, dado que él no sabía de cuál se trataba.

—Sebastian, querido niño. —Adeen se alegró al verlo.

—Ya no es un niño, mujer —la corrigió Leo, avergonzado.

—Te hemos echado de menos esta noche en la mesa.

—Lo siento, pero aunque la cocinera es estupenda, mi mujer está aquí y, creedme señor... no hay nada como sus guisos.

—Te entiendo Leo —dijo sonriendo. Lori interpretó ese gesto como un

sentimiento de cariño hacia ese hombre por parte de aquel brusco y joven caballero que tenía por señor.

—Lori... —La mujer le sonrió a modo de saludo—. Lori ha sido muy amable con todos nosotros. —Quiso dejar claro, ante su señor, que el trabajo de la muchacha para con ellos había sido impecable.

—Solo cumplía con mi obligación —respondió la joven agradecida.

—¿La casa es de vuestro agrado? —preguntó, Sebastian.

—Es maravillosa, gracias. —Adeen mostró su satisfacción.

—Lori ha hecho un trabajo excepcional. —Leo se adelantó a Sebastian, la conversación que había tenido con él, días antes sobre ella, le había dejado claro que el orgulloso joven no iba a mover un dedo en alabanzas hacia la muchacha.

—La verdad es que lo dudo. —Había llegado el momento de su revancha—. Inexplicablemente decidió ausentarse de su puesto de trabajo y, por tanto, puede que no esté todo como debiera. De ser así, no tenéis más que decirlo. La tristeza se instaló visiblemente en el rostro de Lori. Tanto como se había esforzado y, al parecer, no había servido para nada.

La mujer percibió su decepción.

—No te preocupes Lori, está todo perfecto. Sebastian tan solo quiere nuestro confort. —Leo quiso ser justo.

—Ya sabes que si por mí fuera, viviríais en el castillo junto a mí —dijo el joven, dejando claro cuánto significaban ambos para él.

—Lo sabemos, pero Adeen necesita sentirse dueña de su espacio.

—Así es —reconoció ella—. Creo que eres muy buena chica, Lori —se dirigió entonces a la doncella para darle una lección de humildad a Sebastian—. Llegarás lejos si sigues así. Veo un futuro venturoso en tu mirada.

—Adeen es capaz de ver el destino más inmediato de las personas —aclaró Leo visiblemente orgulloso, al ver la cara de extrañeza de la muchacha.

—¿En serio? —preguntó asombrada—. Me alegra conocer que mi futuro me depara felicidad.

—Yo no he dicho eso. —Adeen la corrigió—. Dije que veía un futuro venturoso, nunca hablé de felicidad. Aunque has de saber querida niña que tarde o temprano esta llamará a tu puerta —dijo, tocándole la mano.

—Bueno, será mejor que nos vayamos —propuso Sebastian, interrumpiendo aquella interesante conversación.

Sin más, se despidieron unos de otros y ambos jóvenes abandonaron la casa.

—La felicidad le llegará muy tarde —aclaró Adeen a su marido una vez quedaron a solas—. Habrá de sufrir mucho hasta poder alcanzarla.

—No debes hacerle mucho caso a Adeen —le explicó Sebastian de camino al castillo—. A mí me auguró felicidad a mi llegada.

Lori sintió la necesidad de gritarle su falta de respeto hacia todo y hacia todos, en especial hacia ella y su trabajo. ¿Cómo podía comportarse de esa manera tan fría?

Una vez más hubo de morderse la lengua en pro de su bienestar, algo que había aprendido a hacer desde la llegada de aquel endiablado ser con aspecto de ángel.

IX

A CONTRACORRIENTE

Todo el mundo parecía haber perdido la cabeza por la inminente llegada de Lord Donald De Sunx. Algo que traía a Lori de cabeza, con tanto preparativo.

Últimamente aquel castillo se había convertido en un ir y venir de gente desconocida, algo nunca visto hasta entonces. Y si bien suponía muchísimo trabajo para ella, había de reconocer que también la alegraba sobremanera.

Estaba en el salón cuando escuchó dos golpes metálicos, procedentes de la aldaba del portalón de la entrada. Decidida, se dirigió hacia ella y abrió.

La sonrisa de su cara se desdibujó para dar paso a una enorme sorpresa al tener ante ella otro nuevo rostro transitando por el castillo. Se trataba en este caso de una mujer preciosa de ojos profundos y verdes, de pelo rojizo, delgada y bastante alta.

Cuando el asombro la dejó hablar, preguntó a la desconocida.

—¿Qué desea?

—Me gustaría ver a Sebastian.

—¿La espera? —preguntó extrañada por la forma en que se refería a él.

—No. Pero se alegrará de verme.

—¿A quién debo anunciar?

—Dile que ha llegado Layla.

Lori, muy amablemente, la pasó al salón y la hizo esperar mientras lo avisaba.

Dada la humilde vestimenta de la chica, el poco refinamiento de sus maneras y la forma descarada en la que se dirigía a ella, Lori supuso que se trataría de una campesina, provista de poca educación. Quizá necesitaba de la intervención de su señor con algún tema referente a las tierras. Pero... ¿cuál sería la cara de sorpresa de la muchacha cuando Layla, al ver a Sebastian, se arrojó en sus brazos y lo besó con pasión en los labios?

De repente y sin saber por qué, sintió una punzada en el estómago, tuvo ganas de llorar y necesitó salir corriendo de aquella sala en la que el deshonor y la vergüenza flotaban en el aire. Aunque... ¿solo era eso? ¿O se estaba

enamorando de un hombre que cada vez estaba más lejos de ella?

—Hola preciosa, ¿qué haces aquí? —A Lori le asqueó el comportamiento de Sebastian.

—Bueno... —Quiso hacerse la interesante—. Como no has venido a verme tú, he decidido venir yo.

—Me alegro de ello. —Sonrió, mirándola a los ojos—. ¡Ven! Te mostraré mi alcoba.

La mujer consiguió que las redes de su lascivia atraparan a Sebastian mientras, mirándolo de forma sensual y pagana, deslizaba su traviesa lengua por los apetecibles y sensuales labios de él.

El joven lord, presa de esa vorágine de lujuria, decidió no perder más tiempo.

—Lori...

Esta, que en ese momento abandonaba la estancia, se detuvo a escuchar sin girarse siquiera. Solo de este modo evitaría que él adivinase, en sus dulces ojos grises, el dolor de la desilusión.

—Informa a la señora. Esta noche me ausentaré durante la cena. —Aquello fue más de lo que podía tolerar. Sin responder, abandonó la estancia con los ojos bañados por las lágrimas.

Refugiándose en su alcoba, la joven, destrozada, necesitó un buen rato para recomponerse.

Por fin consiguió apaciguarse y permitir que sus ojos claros recobrasen el blanco que disfrazaría su dolor ante los demás.

Decidió, tal y como se le había ordenado, informar a Lady Violet de la ausencia de Sebastian en la mesa pero lo haría solo hasta donde su intachable reputación le permitiera.

—Lady Violet... —Comenzó la joven.

—¿Qué ocurre, querida? —La mujer, sentada frente a la lumbre aguardó paciente mientras Lori, incómoda, se acercaba a ella.

—Lord Sebastian me ha pedido que os haga saber que esta noche no bajaré a cenar.

—¿Por qué? ¿Acaso se encuentra mal? —Se alarmó de inmediato.

—No, señora. No os preocupéis. El señor está bien —la tranquilizó.

—¿Entonces?

Lori no supo qué hacer o decir. No quería inmiscuirse en un asunto de tal magnitud pero tampoco podía ignorar la pregunta de su señora. Para su tormento, Lady Violet la conocía mejor de lo que ella podía imaginar.

Alarmada, se levantó y, con cara de circunstancias, se situó frente a ella a la espera de una respuesta.

—Está ocupado. Ha recibido visita —dijo finalmente la muchacha.

—¿Y de quién se trata para que hayas de actuar de este modo tan extraño?

—Se trata de una mujer.

—¿Una mujer? ¡Pero... no sé nada de ninguna mujer! No ha sido anunciada como es debido. ¿Y... dónde están ahora? ¿A solas... en su alcoba? —La señora creyó sufrir un desmayo ante una noticia tan sumamente irracional y vergonzosa para ella—. ¿Pero... de qué clase de mujer estamos hablando? —Hecha una furia, hizo ademán de dirigirse hacia la puerta. Lori, aun faltando gravemente al protocolo, la agarró del brazo en señal de súplica, temiendo las posibles represalias de Lord Sebastian.

—No podéis subir, milady. —Las facciones de Lori mostraban su preocupación a ser descubierta ante él.

—¡Puedo y debo! —Por primera vez desde que se convirtiera en su dama, Lady Violet hacía caso omiso a la muchacha.

—¡Vuestro hijo es un hombre! —Apeló con insistencia a su última posibilidad—. Y ambas sabemos de la necesidad de los hombres de obtener ciertos placeres.

—¿Dónde has escuchado semejante insulto, Lori? No te reconozco... —le reprochó con dureza, saliendo ya por la puerta.

La doncella quedó paralizada ante lo que podía suponer para ella lo que estaba a punto de ocurrir. Pensó en refugiarse en su alcoba, en huir hacia su casa, en esconderse bajo tierra. Pero cuando más ensimismada estaba, Lady Violet se giró y solicitó su compañía. La muchacha, como si de un objeto inanimado se tratara, la siguió en silencio hasta los aposentos de Lord Sebastian.

—¡Abre la puerta! —dijo, dando dos golpes secos. La vehemencia de Lady Violet hizo que Sebastian abriera de inmediato a pesar de no llevar puesta la camisa.

Para Lori, era la segunda vez que ocurría y de nuevo pensó estar ante el ser más hermoso de la tierra, hizo falta un gran esfuerzo por su parte para regresar a la realidad. Sebastian se encargó de ello.

—¿Qué sucede? —gruñó severamente desde el otro lado.

—He sido informada de que tienes compañía femenina en tu alcoba —le reprendió con dureza. Para él supuso un shock, pues era la primera vez que la

veía así. Inmediatamente clavó su mirada en Lori.

La muchacha bajó la mirada, avergonzada.

—¿Qué está ocurriendo, Sebastian? —La madre imploró al buen hacer de su hijo.

Layla, tan desafortunada como cabía esperar, se acercó a la puerta con la camisa caída por los hombros.

—Hola —dijo con una sonrisa burlona.

—¡Que salga de mi casa! ¡Ahora! —rugió con furia.

—No creo que tenga que dar ningún tipo de explicación. Sin embargo... — No pudo terminar la frase, ya que su madre dio media vuelta y se perdió en el corredor.

Lori intentó salir tras ella pero Sebastian se lo impidió. La agarró fuertemente por el brazo y la colocó de nuevo frente a él.

—Será mejor que me vaya —resolvió Layla, consciente de que aquello no pintaba bien.

—Sí, será lo mejor —respondió él sin dejar de mirar a Lori de forma desafiante.

Una vez se quedaron a solas, tiró de ella y, en contra de su voluntad, la introdujo en su alcoba.

—¿Pero a ti qué demonios te pasa? ¿Acaso eres una completa estúpida que no usa la cabeza para nada que no sea trabajar y nada más que trabajar? — Sebastian dejó patente la magnitud de su enfado.

—No pude evitarlo, milord. Yo solo cumplí vuestras órdenes pero Lady Violet supo adivinar más allá.

—Y dime Lori... ¿qué debo hacer cuando quiera recibir a alguien en mi propia casa? ¿Le consulto a mi madre? ¿O mejor ahorro tiempo y te pregunto a ti directamente? —Sebastian no tuvo piedad con ella.

—Señor, si se aman... su madre lo entenderá. —Esas palabras quemaron su garganta.

Sebastian rio a carcajadas.

—¿Pero de verdad eres tan estúpida? —Realmente se estaba ensañando con ella.

Inclinándose sobre su rostro, escupió toda la ira que llevaba dentro. Layla no le importaba un bledo. Lo que no podía soportar era que aquella insolente y malcriada niña manejara a su madre a su antojo. Aun así, no pudo ignorar sus sentimientos. ¡Dios! Aquella muchacha no tenía una sola imperfección es su

precioso rostro. Había de reconocerlo... su aroma a lavanda fresca lo sumía en el delirio, su cuerpo realmente perfecto lo hacía enloquecer, sus labios tan carnosos lo llamaban a gritos... Una llamada que el muchacho no pudo obviar.

—Dime... —la instó, cambiando de repente el tono de su voz—. ¿En qué piensas?

Lori ocultó sus pensamientos por temor.

—Seguro que me tomas por un ser despreciable —dijo abrazando a la joven con rudeza.

—Milord. Os agradecería que me soltaseis. —Lori intentó en vano zafarse de él.

—Dime, mi preciosa Lori. ¿Te han besado alguna vez con pasión? —Sebastian había perdido el control.

Mientras su mano izquierda la inmovilizaba por la cintura, deslizó la derecha hacia la parte alta de su espalda hasta alcanzar su cuello. La asió con fuerza y la atrajo hacia sí, tan solo un suspiro separaba sus labios. Mientras, ella luchaba consigo misma. Su cuerpo temblaba, su piel sentía escalofríos, su mirada se derretía. Su cabeza decía “no” pero indudablemente su cuerpo parecía decir lo contrario.

Embriagado como estaba, cerró los ojos cuando sus labios se rozaron levemente.

Fue entonces cuando Lori, haciendo acopio del ápice de cordura que aún le restaba, rompió ese mágico momento.

—No, milord, por favor. Dejadme, me hacéis daño.

Aquella última frase devolvió a Sebastian a la realidad que, soltando a la joven, observó cómo esta abandonaba su alcoba de inmediato. Sintió deseo de retenerla una vez más pero permaneció inmóvil.

Podría haberla poseído de haberlo deseado. Nada ni nadie podía impedirselo, teniendo en cuenta que ella le pertenecía. Sin embargo, por alguna extraña razón, no deseaba hacerla en modo alguno. Y aunque había quedado patente que aquella muchacha anulaba su razón, por esta vez había conseguido llamar a la cordura a su propio instinto.

Para Lori, aquello había supuesto una contradicción total. Él la detestaba, eso era evidente, pero entonces... ¿Por qué esa reacción?

Dada la magnitud de los hechos y aunque nunca hasta entonces había sido capaz de ocultar algo a sus padres y hermanos, se había prometido a sí misma

no mencionar nunca lo ocurrido con Lord Sebastian. Ello sin duda habría tenido gravísimas consecuencias para los hombres de su vida, al tomar cartas en el asunto.

Así pues, los días iban pasando de forma tensa y, pese a estar tan próximos, ambos mantenían las distancias por el bien de la convivencia.

Fue uno de esos días cuando recibieron la visita de su padre y su hermano Allen, acompañados de Nora.

—Owen, ¿qué puedo hacer por ti?

Lori no pudo evitar mirar con cierto desdén a Sebastian. ¿Cómo podía dirigirse a su padre con tanta hipocresía? De haber conocido Owen las circunstancias, se habría lanzado contra su cuello de inmediato.

—Hemos venido para solicitar su permiso, señor. Mi hijo Allen y su prometida Nora desean contraer matrimonio, si vos lo consideráis oportuno.

Al escuchar las buenas nuevas, Lori se abalanzó contra su hermano con efusividad. Ambos se fundieron en un cariñosísimo abrazo ante Sebastian, cuya mandíbula acababa de tensarse.

—Sí —dijo sin mostrar un ápice de sentimiento—. Tenéis mi permiso.

—Gracias, milord. —Owen fue secundado por Nora y Allen.

—Si me disculpáis, debo marcharme. —Salió de la estancia, dejando a Lori a solas con su familia.

Nora aprovechó para contarle que Allen le había propuesto matrimonio para evitar que huyera hacia las montañas. Conclusión a la que había llegado al entender que su hermano y ella supondrían un gran perjuicio para la familia Hills.

X

CONFESIÓN

Era el momento de la cena y en casa de los Hills, se disponían a sentarse a la mesa después de un duro día de trabajo. Sin embargo, aunque parecía una noche como tantas otras, aquella iba a ser decisiva para todos los miembros de la familia.

—Por cierto, ¿sabéis de la llegada de un nuevo lord a estas tierras? —En tan solo un instante, Gabriel desbarató la tranquilidad de aquel hogar para siempre.

—¿Un gran señor? —preguntó Mary.

—¡Vaya! Me ausento un par de días y pierdo el hilo de las novedades — bromeó Owen.

—A juzgar por el despliegue de medios en la guardia y, según Lori, también en el castillo —añadió Allen—, debe tratarse de alguien muy importante.

—¿De quién? —Los muchachos consiguieron despertar en él un mínimo de interés.

—De Lord Donald De Sunx, papá. No sé si habrás oído hablar de él alguna vez.

La voz de Gabriel había sonado con naturalidad, sin embargo, a Owen pareció faltarle hasta la respiración. ¿Acaso no había muerto en las cruzadas justo antes de nacer los niños? ¿Acaso no le había hecho él un gran servicio huyendo con sus hijos?

—¿Sucede algo, cariño? —Mary percibió algo extraño en el comportamiento de su esposo.

Owen, incapaz de articular palabra, negó con la cabeza. Si Lord Donald De Sunx no había muerto, tal como le dijeron entonces, no solo no los había salvado de nada, sino que más bien era él quien los había mantenido lejos de su padre durante nada menos que diecisiete años. La tierra parecía haberse abierto a sus pies para engullirlo de la manera más horrible, al pensar en las consecuencias.

—Es cierto, te has puesto pálido —añadió Allen.

—No me sucede nada —dijo casi sin voz.

—Allen y yo estaremos de guardia durante su estancia.

—Vosotros no haréis ninguna guardia con ese hombre en el castillo. —El estado de Owen empeoraba por momentos.

Estaba seguro de que si Donald De Sunx veía a sus hijos, sacaría conclusiones de inmediato. Todos ellos se parecían muchísimo a Lady Rona, sobre todo Lori, que era exacta a su madre. Además, ¿qué posibilidades había de encontrarse con trillizos de la misma edad que sus hijos? Sí, sin duda lo averiguaría de inmediato.

—¿Qué estás diciendo, padre? —Allen no daba crédito.

—Papá, es un honor que cuenten con nosotros para algo tan importante, ¿no lo comprendes? Te estás comportando de forma muy extraña —dijo Gabriel.

—No —aseveró, levantándose de un salto de la mesa—. Lo que hemos de hacer es sacar a Lori de allí cuanto antes.

—Pero, ¿qué dices? —dijo Allen confundido.

—No puede ser, no ahora, no de este modo. —Owen hablaba en voz alta consigo mismo. Su familia no comprendía nada.

—¡Dejadme sola con vuestro padre! —Mary estaba ansiosa por descubrir cuál era el problema.

Inmediatamente Nora cogió a los niños y se los llevó del comedor.

—No podéis excluirnos de ese modo —se quejó Gabriel.

—¡Obedeced chicos, por favor! —Mary sentía su corazón agitado, necesitaba conocer la gravedad del asunto cuanto antes.

—Pero... —dijo Allen que también quería información.

—¡Ahora! —No dio más opciones.

—De acuerdo —dijeron, soltando la servilleta de un golpe.

—¡Dime qué demonios te ocurre! —Mary se encaró a su esposo—. Te conozco bien, está ocurriendo algo gravísimo.

—¿Me conoces, Mary? —Sonrió sin ganas.

—Sí, te conozco. Y me pregunto qué ha ocurrido ahora para que dejes de confiar en mí, si siempre has compartido conmigo todos tus temores.

—No, Mary. No siempre —dijo, acercándose a su mujer y abrazándola. De repente tenía miedo de que se alejara de él, miedo de perder a sus hijos, miedo de morir con el estigma de un cobarde, un traidor. Debía hablar con ella y contárselo todo, el momento tan temido por él había llegado—. Te he mentado, Mary.

—¿En qué me has mentado? ¿Cuándo? —Su rostro palideció.

—En todo... Desde el principio. —Mary enmudecía por momentos.

—¿En qué me has mentado, Owen? —repitió preocupada.

—Yo...

—Dímelo. Tengo derecho a saberlo —exigió casi gritando.

—No sé si podrás perdonármelo.

—No prolongues más mi agonía, por favor.

—Cuando nos conocimos, te dije que mi mujer acababa de fallecer... —Sin saber cómo, obedeció temeroso.

—Sí.

—Te mentí en eso. Tú eres la única mujer que he tenido. La única a la que he amado, amo y amaré hasta el fin de mis días.

Mary quedó impactada ante tal revelación.

—Será mejor que te sientes —le dijo, mientras él tomaba otro asiento junto de ella—. Debí contarte esto hace muchísimo tiempo pero nunca reuní el valor suficiente.

—Vamos Owen —le animó pensando que, si lo posponía más, el corazón le estallaría de un momento a otro.

—Lori, Allen y Gabriel... no son hijos míos.

Sin emitir palabra alguna, Mary tensó todo su cuerpo mientras lo miraba con los ojos abiertos como platos, a la espera de más información.

—Hace más de diecisiete años, vivía en las tierras de Lord Donald De Sunx bajo las órdenes de su hermano Alex. Donald había partido hacía meses requerido por su rey, dejando a su esposa, Lady Rona, sola y embarazada. En su ausencia, alumbró a tres bebés antes de morir. —Hizo un alto en el relato para tomar un sorbo de agua y continuó mientras su esposa lo miraba sin parpadear—. Se dijo entonces que Donald había caído en el campo de batalla y que por tanto los niños habían quedado huérfanos y a cargo de Alex De Sunx, que tan solo los veía como un obstáculo entre el feudo de su familia y él mismo. Debido a ello, montó en cólera y ordenó que le librásemos de ellos. Yo obedecí, pero en ningún caso pensé matarlos, sencillamente los alejaría del peligro... Luego supe que me habían hecho culpable de todo a mí, así que hui salvando sus vidas y la mía. Ahora sin embargo, con él vivo y con Guiric inculpándome, mi vida tiene los días contados.

Verdaderamente el habla se había ausentado de los labios de Mary que, anonadada, permaneció un rato en silencio y con la mirada perdida.

—¿Me lo has contado todo? —dijo por fin.

—Mary... —se disculpó a su manera—. Te necesito de mi parte. Te doy mi palabra, no he omitido nada.

—¿Acaso vale algo tu palabra? —Herir a Owen fue lo único que se propuso con esa pregunta y, por supuesto, lo consiguió.

—Debes creerme, cariño. Necesito tu apoyo. No puedes fallarme ahora. Entiende mis decisiones... ¿Qué otra cosa podía hacer en aquellas circunstancias?

—No reprocho tus acciones de entonces Owen, sé que solo les estabas protegiendo, lo que te reprocho es tu falta de confianza hacia mí.

—Lo siento, mi amor —se disculpó, entendiendo su postura.

—Me voy a la cama. —Mary necesitaba dar esa conversación por concluida—. Estoy demasiado cansada para continuar con esta farsa —finalizó, dándole la espalda—. Solo espero que seas capaz de comunicárselo a los chicos. Y lo antes posible, si no quieres perderlos a ellos también.

Owen quedó perplejo al escuchar las palabras de Mary, ¿significaba eso que la había perdido ya a ella? No. No podía permitir que su mujer lo abandonara. De ser así, todo habría acabado para él. Se decía a sí mismo que solo estaba enfadada, que solo necesitaba tiempo para asumir su traición. Quizá por la mañana fuera capaz de ver las cosas de otro modo.

La cabeza iba a estallarle de un momento a otro por lo que optó por salir a dar una vuelta y despejarse.

Anduvo durante toda la noche... pensando en los nuevos acontecimientos, lamentándose por sus antiguas decisiones, llorando por las futuras consecuencias...

El alba despuntaba y Owen decidió regresar a casa. En breve estarían todos levantados y había algo que debía hacer.

En cuanto puso un pie en el salón, todos se giraron hacia la puerta. Fácilmente pudo leer la decepción en la mirada de Mary. Se acercó a la mesa y, en silencio mientras todos le observaban, tomó asiento. Armándose de valor, los miró a los ojos y se sinceró con ellos con todo lujo de detalles. Les habló de todo lo ocurrido, les habló también de su padre, de su madre, de su tío, de sus tierras, del motivo por el cual les había dado una educación tan particular.

Ambos muchachos necesitaron echar mano de toda la coherencia posible. Dada la educación que Owen les había otorgado, no cabía en sus cabezas que algo así pudiera ocurrir en el seno de una familia. Menos aún si esta

pertenecía, a juzgar por lo que contaba, a una estirpe de grandes señores.

—No puedo creerlo. —Allen no era capaz de digerir semejante historia.

Owen se levantó de la mesa, se dirigió a su alcoba e inmediatamente regresó

—Quizá esto te convenza —dijo, mostrándoles la medalla.

—¿Qué es? —preguntó aún conmocionado.

—La medalla de los De Sunx.

—Como hijo primogénito de Lord Donald De Sunx, te pertenece a ti, Gabriel —explicó Owen—. Tú fuiste el primero en nacer y tú debes ser quien lo porte.

—No, no lo llevaré —se opuso visiblemente enfadado—. Si lo que dices es verdad, estás en grave peligro —resolvió mirando a Mary, que asentía en silencio.

—Lo único que importa ahora es que no caiga mi culpa sobre ninguno de vosotros. Yo haré frente a los hechos ante quien haga falta. Así estaréis a salvo. Esto... —Señaló con énfasis el medallón—. Esto os protegerá siempre. Y si Mary y Kim están con vosotros, también estarán protegidas.

—¿Qué estás diciendo exactamente, papá? —dijo Allen.

—Ha llegado el momento de volver a casa.

—¿Acaso te has vuelto loco? —clamó al cielo.

—Si algo he aprendido en estas tierras, durante todos estos años, ha sido a hacer lo verdaderamente correcto. No importa lo que eso conlleve. ¿Mary? —Pidió su aprobación ante un acto de tal magnitud como el que estaba dispuesto a hacer.

—Sí —respondió la mujer con lágrimas en los ojos. Atrás había quedado su enfado si la vida de su esposo pendía de un hilo.

—Un momento —dijo Gabriel, que hasta entonces había permanecido en silencio—. Lori...

Teniendo sumamente claro que ninguno de ellos se acercaría al castillo por si se topaban con Lord De Sunx, decidieron que sería Nora quien, tras los festejos de bienvenida, la sacara de la boca del lobo.

—Habéis de saber que vuestras vidas van a cambiar rotundamente en muy poco tiempo y que vais a pasar a ser herederos de tierras inmensas. Eso acarreará muchos problemas. Deberéis tomar decisiones muy duras y codearos con gente noble que os rendirá pleitesía, en algunos casos impuesta. Lleva siempre esto prendido —dijo ofreciendo a Gabriel la medalla.

Fue entonces cuando el muchacho asumió su destino y, tomándola con

cuidado, la colgó sobre su cuello a regañadientes.

—Mary, Kim y yo no estaremos a vuestra altura, por tanto, no estaremos a vuestro lado. En cambio, habrá extraños a los que tendréis que aprender a querer y respetar. Dentro de unos años seréis la máxima autoridad en esas tierras. Os hemos educado convenientemente para que sepáis llevar un señorío y no dudo que será un triunfo todo lo que logréis por vosotros mismos.

—Vamos Nora, debemos darnos prisa en recoger —la apremió Mary.

La muchacha no se inmutó. De ser cierto lo que acababa de escuchar... nunca podría casarse con Allen.

—Te ayudaré Mary, sin embargo, mi hermano y yo nos quedamos —dijo cuando le fue posible articular palabra.

—¿Pero qué dices? —Allen, extrañado, no entendía cómo Nora era capaz de añadir más problemas a la ya comprometida situación.

—No podemos ir con vosotros, Allen. —Compartió su perspectiva con él—. Al parecer, vas a convertirte en heredero de un gran feudo. —Bajó la mirada como si se avergonzara de sí misma y prosiguió—. Yo... no soy más que una campesina.

—Deja de decir estupideces. Te quiero por cómo eres y punto. Si antes no me importaba tu pobreza... ¿por qué iba a hacerlo ahora?

Nora alzó la vista, permitiendo que sus miradas se encontraran. El cogió su mano y la apretó con ternura. Una vez más, la muchacha se sintió arropada por Allen.

Lord De Sunx desmontó con naturalidad y entregó las bridas de su caballo a un mozo, destinado para ello.

Graciosamente, Lori hizo una reverencia que quedó relegada cuando el hombre, sin mirarla siquiera, acudió a los brazos de Sebastian que, emocionado, sonreía feliz al tener allí al que consideraba un padre.

La muchacha se excusó ante Lady Violet y acudió a la cocina a terminar de organizar el servicio de la cena.

—¿Ya ha llegado? —preguntó Nina.

—Sí. —Lori no dio más opción de cháchara. Había mucho por hacer—. Recordad, hoy es un día realmente importante.

—Saldrá todo bien, Lori. —Nina quiso tranquilizarla.

—Ada, ¿ya lo tienes todo listo?

—Casi.

—Bueno, id a cambiaros y volved aquí perfectamente uniformadas.

Todas asintieron al mismo tiempo.

Mientras tanto en el salón, Lord Sebastian y Lord Donald hablaban en privado con Lady Violet.

—¡Cuánto tiempo hacía que no veníais! —La mujer se dirigió a él con un protocolo no equivalente al valor de sus feudos, pues el suyo era mayor que el de su visitante.

—Sí, han pasado muchísimos años —reconoció—. Pero después de lo ocurrido pasé una larga temporada centrado en mi causa. Luego... contraí matrimonio, nacieron las niñas... En realidad no he ido a ningún sitio desde entonces. Hasta que no han crecido un poco, me he dedicado a vigilarlas muy de cerca. No podría volver a pasar por algo similar.

—¿Por qué no ha venido vuestra esposa con vos? —Quiso relajar la conversación.

—Violante se ha quedado con las niñas, ellas nunca salen.

—Entiendo. ¿Y cómo se encuentran?

—Bien, la pequeña anda algo resfriada y la mayor ya es toda una mujer.

—¿Qué años tienen?

—Lisabel tiene diez e Iselda trece.

—Y dime, ¿cómo están las cosas? —preguntó Sebastian.

Durante un buen rato, mantuvieron una conversación interesante y cordial. ¡Había tanto que contar por ambas partes y tan poco tiempo por delante! Lo que iba a ser una semana de estancia se quedaría en unos días ya que el caballero temía cada vez que las dejaba en casa.

La ausencia de sus tres hijos mayores, sin duda, había convertido la suya en una vida obsesiva. Curiosamente, a Donald le encantaba hablar de ellos, era una manera de mantenerlos cerca, Sebastian lo sabía y de vez en cuando participaba de ello.

—Bueno, y tú... ¿cuándo te casas? —preguntó, consciente de la poca simpatía que sentía el muchacho hacia el matrimonio.

—¿Casarme yo?

—Yo a tu edad ya tenía tres hijos. ¿Quién sabe? En estas fechas, alguno de ellos ya podría estar casado, incluso ser padre.

—¿Qué edad tienen ahora? —Sebastian fue muy cuidadoso con este detalle, Donald no consentía que se mencionara a sus hijos en tiempo pasado.

—Diecisiete. —Sonrió al pensar en ellos como en unos alegres

muchachos—. Tú los pasaste hace unos años. —Le guiño un ojo.

—Cuando encuentres a tus hijos, yo me casaré con la mujer. Mientras tanto déjame disfrutar de mi soltería.

—Recuerda tus palabras. —Le apuntó con el índice—. Porque algún día los encontraré.

—Las recordaré, Donnal. Y me casaré. Yo siempre cumplo lo que digo.

Mientras, en la cocina, Lori seguía con lo suyo. Preparativos, preparativos y más preparativos. Hasta que, de repente...

—¡Lori! —Escuchó un susurro a su espalda.

—¡Nora! ¿Qué haces tú aquí?

—He de hablar contigo.

—¿Ahora? —La muchacha no salía de su asombro, ¿qué podría estar pasando para que la molestasen en su trabajo y en un día como ese?

—Sí, es urgente —dijo, saliendo al patio para que la siguiera—. Tu padre me envía para decirte que recojas tus cosas, nos vamos esta noche de aquí.

—¿Qué dices? —Lori alzó la voz más de lo que a Nora le hubiera gustado. Así pues, pensó zanjar la conversación cuanto antes. De este modo no habría de explicarle más de lo necesario.

—No preguntes. Vendré a por ti después de la fiesta.

—¿Pero, por qué? No entiendo nada.

—Ahora he de irme. Si no vuelvo enseguida, se preocuparán. Nos vemos esta noche.

—Espera, Nora. Debes explicármelo todo, no puedes dejarme así —dijo medio gritando pues la muchacha ya había salido corriendo.

Lori volvió dentro y subió a su alcoba con un mal presagio. No entendía nada, ¿por qué habían de marcharse? ¿Y por qué tan repentinamente? Sin duda algo estaba ocurriendo, y algo grave a juzgar por las consecuencias. Era bastante tarde así que, mientras le daba vueltas a cada una de las palabras de Nora, divagaba y se enfundaba en un precioso vestido verde de seda.

Salió de su cuarto y se dirigió hacia las escaleras sin darse cuenta pero alguien la seguía. Únicamente fue consciente cuando este la cogió por el brazo.

—¿Dónde vas? —dijo Gursac.

—Voy abajo —respondió, sorprendida por la rudeza del hombre.

—No, todavía no —ordenó, intentando llevarla a su alcoba.

—¿Pero qué...? —Lori se asustó ante tal derroche de prepotencia.

—Ven conmigo.

—¡Déjeme! —gritó.

—¿Dejarte? No, no lo creo —negó, obsequiándole con un beso que la asqueó a profundamente.

Aquel salvaje había metido su lengua en el interior de su boca. Hizo acopio de valor y, empleando de toda su fuerza, logró zafarse. Como recuerdo, este le dio un sonoro bofetón que estableció claramente su postura dominante.

—Quiero tenerte, mocosa. Si ha de ser por la fuerza... que así sea.

El hombre se abalanzó de nuevo hacia ella y volvió a besarla con la misma fuerza. De nuevo sintió arcadas y deseos de vomitar. Defendiéndose como podía, logró escaparse de nuevo. Lori estaba aterrada pues aquel ser despiadado se había propuesto poseerla a toda costa.

—¿Qué sucede aquí? —dijo Sebastian que sin duda había presenciado el final de la escena.

—Nada —se apresuró Gursac—. Esta mujer... no quiere satisfacer mis deseos.

—Por supuesto que no —dijo Lori, altivamente.

—No quiero problemas ahora —se limitó a decir Sebastian en tono muy enfadado. No habló nada más. No se decantó por ninguna parte, pero había dejado claro que podía tenerla cuando le placiese.

La muchacha no daba crédito a las palabras de la persona a la que amaba en silencio, ¿cómo podía tratarla así? Cada día lo sentía más lejos de ella. Lo detestaba. Lo amaba y lo detestaba al mismo tiempo.

De repente, sintió deseos de correr hacia su casa con su familia. Tal y como le había dicho Nora que debía hacer. Deseó que todo pasara cuanto antes, que la fiesta acabara pronto, que los suyos vinieran a buscarla.

En un intento porque esto fuera así, decidió agilizar los preparativos, bajó a la cocina y dispuso las tareas asignadas a cada uno.

—¿Lo tienes todo a punto, Ada?

—Sí

—¡Lori, ven! —dijo Lady Violet.

—Sí, señora —asintió la joven.

—Esta es Lori, la mejor de todas mis doncellas —presumió, presentándola a Lord Donald De Sunx.

—Encantada, milord.

—Es un placer —dijo estupefacto, al contemplar ese rostro que tan familiar le

resultaba—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Toda mi vida, milord. Mis padres viven aquí desde siempre.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, tres más, milord. —Lori no entendió a qué se debía semejante interrogatorio.

—¡Ah! —dijo un poco desalentado al conocer de su vida. Era tal el parecido con su difunta esposa que esa mujer bien podría haber sido su hija. Se sacudió y pensó que una vez más su obsesión convertía su mente en un espejismo.

—Te dejamos Lori, sabemos que tienes mucho trabajo. Y por favor, vigila bien a la chica nueva —impuso Lady Violet.

—Sí, señora. Milord... —dijo, haciendo una reverencia.

—Es una joven realmente hermosa —observó Lord Donald.

—Sí. No parece una simple doncella.

—Pues yo la veo totalmente vulgar —apuntó el joven lord, uniéndose a la conversación.

—¡Sebastian! —Lady Violet le reprendió.

—Se parece mucho a alguien que conocí hace tiempo. Una mujer excepcional —pensó en voz alta.

La cena avanzó según los propósitos de Lori.

A excepción de las sucias miradas que Gursac le dedicaba en todo momento, la fiesta parecía marchar de la manera esperada. Sebastian, sin que Lori fuera consciente de ello, no pasaba por alto cada movimiento de Gursac.

Los músicos amenizaban la velada. El vino era el principal compañero de todos aquellos caballeros. Las mujeres bailaban para los guerreros.

Lord Donald observó la forma en que Lori se desenvolvía. Su mirada, sus gestos, su gracioso vaivén al andar. ¡Dios santo! ¡Cómo se parecía a su mujer! Distraído por las palabras que, ante toda su plebe le dedicó Sebastian, la perdió de vista por un momento. Paseó rápidamente su mirada por aquellos hermosos jardines invadidos por un delicioso aroma a jazmín, pero no pudo hallarla. Preguntó discretamente un par de veces por ella pero nadie supo responder. Eso provocó cierta inquietud en aquel hombre.

Ya no podía verla, ella ya no estaba allí. Nora la esperaba con un caballo al final del puente. Había huido en la opacidad de la noche cual ratero inmundo pero, si bien había pensado que aquel extraño plan perpetrado por su padre era una locura, tras el ataque de aquel infame y la obviedad de Lord

Sebastian, ya no le parecía tan descabellado.

Lori, desconociendo qué ruta habían de seguir, se limitó a galopar, dando a Nora una ventaja de medio cuerpo. La muchacha, siguiendo instrucciones de Owen, no le había contado nada, así pues, la imaginación de Lori no dejó de volar cuando advirtió que sus tierras quedaban atrás.

De repente, Nora redujo la velocidad. Lori hizo lo propio.

—¡Papá! —dijo bajando del caballo y echándose en sus brazos.

—Lori. —Owen la besó cariñosamente.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué todo esto? —preguntó, viendo alrededor de ella todas las cosas esparcidas.

—Ven, te lo explicaré. —La invitó a tomar asiento en un tronco saliente y se sentó junto a ella, turbado ante su posible reacción.

El asustado padre comenzó a relatarle mientras observaba cómo la cara de Lori pasaba del enfurecimiento a la rabia, y de la rabia a la pena y al sollozo. Toda una espiral de emociones.

—¡Dios mío! —Aterrada, se cubrió la cara con las manos.

—Tranquila, no sucederá nada. —Nora intentó consolarla.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Si como decía su padre, el tal Guiric lo había acusado a él del secuestro, las posibilidades de demostrar su inocencia eran remotas.

—Lori —le explicó Allen—. Salvo por Lord Donald De Sunx, nosotros somos la máxima autoridad en esas tierras. No le ocurrirá nada, por tanto.

—Repito la pregunta, Allen. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque las cosas funcionan así, hermana —dijo Gabriel.

—Sí, Gabriel. Funcionan así. Los traidores pagan con la muerte. Por lo tanto, no podemos ir, ¡lo matarán! —El estado de nervios de Lori impedía que razonara en modo alguno.

—Ya lo hemos decidido, hija —dijo Mary—. Confiamos en que todo vaya bien. Y, en cualquier caso. —Hizo un mohín de resignación—. Acataremos las consecuencias.

—¿Acaso os habéis vuelto todos locos?

—Está decidido, hija. No nos lamentemos aún —zanjó de una vez por todas.

Ahora será mejor que descansemos, mañana será un día duro.

Todos obedecieron sin rechistar aunque realmente ninguno iba a poder ser capaz de conciliar el sueño. Pese a que todos querían creer que nada podía ir mal, la realidad era otra bien distinta.

Después de un buen rato, Lori optó por levantarse, segura de que su padre estaría devanándose los sesos junto al fuego. En silencio, se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro. Owen, orgulloso del cariño logrado, compartió su manta con ella.

—No importa qué sangre corra por mis venas, ni cuál sea mi verdadero apellido. Tú siempre serás mi padre. —Los ojos de aquel valiente guerrero brillaron de emoción al escuchar aquellas palabras.

—Gracias, cariño. —La atrajo hacia él con fuerza para impedir que pudiera ver cómo le temblaba la barbilla y evitar así que adivinara sus temores.

Permanecieron en silencio durante un buen rato, ensimismados en sus respectivos pensamientos y en sus propias preocupaciones.

—¿Cómo es? —Aunque intentaba hacer ver que no le importaba en absoluto... finalmente, la curiosidad pudo más que ella.

—Lord Donald De Sunx es un noble intachable, una excelente persona, un valeroso guerrero y un gran amo para con sus sirvientes.

—¿Y Lady Rona?

—Era una mujer hermosa, te pareces muchísimo a ella. El estado físico, al que la sometió el embarazo, la debilitó por completo. Lord Donald De Sunx estaba muy enamorado de ella. Todo el mundo la quería.

La conversación fue desarrollándose de la manera más natural posible hasta que Lori, creyéndose en dicha obligación, informó a su padre de lo que había descubierto en el castillo. Lord De Sunx se había desposado de nuevo con una tal Lady Violante.

—¡Violante! —Owen abrió los ojos como platos—. Fue una de las doncellas de tu madre. Era española, hermosa y muy culta, según tenía entendido.

—Además, al parecer tiene dos hijas con ella —añadió.

Owen miró a su hija con cierta angustia al escuchar aquello. Puede que ese dato complicara un poco los planes. Habiendo más herederos, las posibilidades de rebelión hacia Gabriel aumentaban considerablemente. Aun así, intentó disimular para no preocuparla aún más.

Sin duda alguna, el suyo era un viaje de incertidumbre.

PARTE 2:
UN NUEVO CAMINO

XI

DERECHO DE NACIMIENTO

Decididos a entrar en sus tierras como grandes hombres de honor, resolvieron comprar telas y pieles para vestir los colores de Lord Donald De Sunx. Sería, pues, el tono grisáceo de su iris lo que daría color a las ropas de Lori, Allen y Gabriel.

Además, para evitar impedimentos en cuanto a la aceptación de Nora, Allen y esta habían contraído matrimonio durante el trayecto, por lo tanto ella también vestiría el color de su esposo. Owen, Mary, Kim y Francisco, sin embargo, lucirían las ropas a las que estaban acostumbrados como campesinos. De este modo pasarían inadvertidos.

Los días fueron pasando uno tras otro hasta que el viaje prácticamente tocó a su fin.

Siendo como era el primer día de su nueva vida, decidieron levantarse temprano y que la jornada les cundiera al máximo. Las mujeres, ya peinadas y vestidas con los trajes retocados, se veían como auténticas señoras. A Lori y a sus hermanos les favorecía especialmente su nuevo color.

Nora se trenzó el pelo, olvidando deliberadamente unos pequeños rizos que coronaban su frente.

Después de recogerlo todo, montaron en el carro y en los caballos y se encaminaron hacia el castillo, estaban a menos de medio día de este y querían llegar cuanto antes.

Durante el último tramo del trayecto, Lori se aferró al broche que le había regalado Lady Violet, con la esperanza de que su nuevo porvenir y el de su familia fuera tan dichoso como había sido el pasado junto a ella.

Una vez llegaron al portalón, Gabriel alzó la voz al guardia de la torre para que les dejara pasar. Había sido un viaje agotador y ello se reflejaba en sus caras.

En los últimos días habían hablado largo y tendido acerca de todo lo que iban a hacer o decir, de la estrategia frente a la toma de poder y de cómo afrontar los posibles inconvenientes. Solo esperaban que todo se desarrollara correctamente y que al final las cosas salieran según sus planes.

—¿Quién va? —preguntó el guardia.

—Venimos de las tierras de Lord Sebastian O'Neill y queremos ver a Lord Donald De Sunx. —Puesto que este viajaba solo con sus guerreros y a galope tendido, supusieron que ya habría llegado pese a haber emprendido la marcha tres días después de ellos.

—¿Cuál es el motivo de esta visita? —preguntó el vigía.

—Debo hablarle con urgencia. —El muchacho, sin embargo, no estaba dispuesto a darle información relevante.

—¡Adelante! —Todos iban a caballo, montando con la majestuosidad propia de señores.

—Él os acompañará. —Señaló despectivamente a un hombre mayor que se encontraba a su lado.

Por primera vez en su vida, alguien se dirigió a Gabriel como era debido, a él sin embargo le pareció extraño aquel merecido protocolo.

—¿Él nos acompañará? —Se sorprendió al ver a un anciano que casi no se mantenía en pie.

—Señor, puedo hacerlo, lo he hecho toda mi vida.

—¿Cuántos años tienes, anciano?

—Setenta y nueve, señor.

—¿Setenta y nueve? —repitió él sorprendido.

Asombrada Lori, contempló cómo su hermano desmontaba y se dirigía hacia él.

—Sube a mi caballo. Me guiarás de este modo.

—Pero no debo montar, señor. No me está permitido. No estaría bien.

—Sí, si yo te lo pido. ¡Sube!

—¿Vamos? —Allen lo apremió.

El hombre guio al caballo hasta el castillo a paso humano y, una vez estuvieron ante la puerta de entrada, desmontó torpemente y se adelantó para avisar.

No había pasado mucho tiempo cuando ya fueron conducidos hasta una enorme sala en la que se encontraban dos grandes sillas junto a la lumbre, que en ese momento crepitaba repetidamente.

Un extraño hombre no dejaba de mirar a Owen con el ceño fruncido, sin duda estaba intentando reconocerlo. Gabriel y Allen se percataron de ello. Un momento más tarde, entraban en el salón Lord Donald de Sunx y Lady Violante.

—¿Quién quiere verme? —preguntó él.

—Yo mismo, señor —respondió Owen.

Lord Donald alzó la cabeza sin dejar de mirarlo, como si aquel rostro le resultara familiar.

—¿Ya no me recordáis, señor? Han pasado casi dieciocho años pero no creo haber cambiado tanto.

—¡Eres Owen! —exclamó, levantándose de la silla en la que se acababa de sentar.

—¡Apresadlo! Es el que raptó a los hijos del señor —gritó el vigía que previamente lo había estado observando.

En un intento por cumplir con sus obligaciones, dos guardias se lanzaron contra él pero inmediatamente vio cómo sus dos hijos lo escudaban de forma férrea. Lori sacó una pequeña daga de su cinto y apuntó al hombre que había dado la orden.

—Yo no rapté a nadie. Al menos no en la forma en que relataste los hechos —aclaró desde el principio.

Gabriel, Allen y Lori descubrieron en ese momento que aquel era el tal Guiric. Sintieron ganas de abalanzarse sobre él pero Owen los detuvo con la mirada.

Lord Donald De Sunx sin embargo no prestaba atención a la disputa, se hallaba obnubilado y extasiado. Su mundo se había paralizado al ver a aquellos tres muchachos de gran parecido a su amada Rona. ¡Habían vuelto! ¡Sus hijos por fin habían vuelto!

—¡Sois vosotros! —acertó a decir.

—Sí, señor —confirmó Owen, mirándolo fijamente.

—No puede ser —dijo Violante, conmocionada.

—Sí señora, puede y es. Señor... os presento a vuestros hijos. Gabriel, su primogénito, Allen y Lori.

Reparó en esos extraños nombres de inmediato pues, según el párroco, los había bautizado como Guillermo, Donald y Rona.

—¿Cómo sé que no me mientes? —Aunque en su interior estaba seguro de que aquella muchacha a la que había visto hacía unos días en tierras de Sebastian era sin duda su hija, por un instante necesitó apelar a su cordura y no lanzarse al vacío sin más—. En estos últimos años, han sido muchos los que se han presentado como hijos míos. ¿Cómo puedo estar seguro?

Levemente, Owen hizo un gesto con la cabeza a Gabriel.

El joven obedeció.

—Tal vez esto os haga entender, mi señor. —Se adelantó para evitar que dijese una sola palabra, tal y como habían acordado días antes—. Es el medallón que vuestra esposa le otorgó al nacer, como primogénito de la familia.

—¡Hijos! —Lord Donald de Sunx hizo ademán de abrazarlos pero Allen, con quien se encontró primero, no le cedió el paso. Inmediatamente reparó en el rostro de los tres jóvenes. Estaba bastante claro que ellos no pensaban ponérselo nada fácil.

—Haced que esos hombres se vayan —dijo Allen furioso ante la amenaza que representaban para Owen.

—Hemos de hablar en privado —anunció Gabriel, observando la gran masa de gente agolpada en la puerta.

—¡Salid! ¡Todos! —gritó el hombre sin dudar un momento.

—Pero señor, debemos llevarnos a este traidor de inmediato.

—¿Acaso quieres morir Guiric? No te atrevas a llamar traidor a mi padre o esta daga que ahora roza tu garganta, pronto se hallará en el interior de tu cuerpo. No creo que nadie vaya a echarte de menos si mueres —atajó Allen, volviendo a mostrar su espada.

—¡Allen! —lo amonestó Owen.

—¡Que os vayáis todos! ¡Ahora! —repitió enérgico.

Mientras todos sus sirvientes abandonaban la estancia, Violante pudo comprobar cómo Lori la miraba con altivez. Era la misma mirada con la que su madre la obsequiaba cuando quería aparentar seriedad. Si quedaba alguna duda al respecto, en ese momento para ella quedó disipada.

—Pasemos a mis estancias privadas. —Se dirigió hacia su despacho, seguido de los recién llegados, y los hombres se sentaron alrededor de una gran mesa. Todas las mujeres excepto Violante, que de este modo rompía el protocolo, permanecieron en pie en un discreto segundo plano.

—Quiero saberlo todo, Owen. ¿Por qué robaste a mis hijos? —Temeroso de alejarlos de sí mismo después de tanto tiempo, se vio obligado a posponer el apresamiento de aquel traidor—. ¿Y por qué apareces con ellos, ahora, después de tanto tiempo?

—Lord De Sunx... si robé a los niños fue porque me sentí obligado.

—¿Quién pudo obligarte? ¿Y por qué? —rugió.

Poco a poco, Owen fue explicando cómo aquel rapto había sido perpetrado

únicamente por la avaricia de su hermano y su fiel lacayo, Guiric.

El lord, astuto y coherente, pensó que aquello tan solo era una artimaña para descargar su culpabilidad en Guiric pues confiaba en este plenamente, no en vano se había convertido con los años en uno de sus más fieles guerreros. Aquello le hizo desear su muerte al instante, aún más si cabía.

—Señor, os creímos muerto. Y con Lady Rona fallecida tras el parto, se me ordenó raptarlos y matarlos. Sin embargo, los saqué de sus camitas, sí, pero solo para protegerlos de vuestro hermano. Es por ello que hemos estado escondidos hasta hace poco. Cuando Allen y Gabriel me contaron que vos estabais en el castillo de Lord Sebastian. Al saberos vivo... la sorpresa fue mayúscula.

—¿Y cómo podemos estar totalmente seguros de vuestra veracidad? — intervino Violante, que no sabía cómo abrirle los ojos a su esposo—. ¿Cuándo nacisteis?

—El 13 de abril de 1.106, mi señora —respondió Gabriel.

—¿Dónde habéis vivido desde entonces?

—En las tierras de Lord Sebastian O'Neill.

—En cuanto te vi allí, supe que eras tú —se dirigió a su hija con ternura.

El hombre le hizo comprender el interrogatorio al que fue sometida cuando la conoció. Sus facciones dibujaron entonces el color de la esperanza. Esta se moría de ganas por ser parte activa en la conversación pero, como mujer que era, sabía que no le estaba permitido.

—¿Alguna pregunta más? —Gabriel se dirigió a la mujer y, viendo que esta negaba con la cabeza, comenzó con su exposición—. Bien, pues ahora hablaré yo.

Lord Donald, de buen grado, le instó a hacerlo.

—Crecimos llenos de amor y salud bajo el amparo de este hombre al que llaman traidor y nosotros llamamos padre. Junto a Mary, nuestra madre... — La señaló para que no perdieran detalle alguno—. Nos enseñó a ser honestos, a ser libres, a no depender de nada ni de nadie. Él nos mostró el buen hacer de la justicia, nos enseñó a luchar y a defendernos y nos alistó en la guardia de Lord O'Neill por lo que pudimos aprender disciplina y táctica militar. Allen, es el mejor guerrero de la orden, sus dotes para la guerra son excepcionales: es inteligente, rápido y diestro. Y yo he estado entrenándome duro para la guerra, sé usar la espada a la perfección pero sobre todo soy experto en estrategias militares. En cuanto a Lori, ella ha vivido desde los

once años en el castillo aprendiendo junto a Lady Violet a regentarlo, haciéndose imprescindible para ella. Es una excelente dama, sabe todas las reglas de protocolo que se han de seguir en un castillo y nunca se ha atrevido a llevarle la contraria a su señor. Es delicada pero fuerte al mismo tiempo y sabe utilizar la espada mejor incluso que muchos hombres. Sin duda alguna —dijo, incorporándose hacia adelante para quedar de este modo frente a él—, este hombre al que los tres debemos la vida, enfocó nuestra educación hacia el futuro que nos aguardaba.

El lord, ávido de información, no perdía detalle. Sus ojos grises brillaban, mientras repasaba cada dato que Gabriel exponía. Había sido tanto el tiempo de búsqueda que ahora, tenerlos tan cerca, le parecía una ilusión.

—Mi padre y mi madre siempre vivieron en la pobreza, nunca quisieron aprovechar que nosotros éramos privilegiados para usarlo en su propio beneficio. A decir verdad, mi madre supo poco antes que nosotros que no éramos hijos de Owen, justo con vuestra llegada a aquellas tierras —le aclaró—. Hace cuatro días, Allen se casó con Nora, amiga y vecina de la familia desde siempre. —De nuevo hizo otra señal—. Y luego están los niños, ella es nuestra hermana Kim de solo cuatro años y él es hermano de la esposa de Allen.

Owen y Mary, agradecidos por tan loables palabras, no dejaban de valorar cómo se desenvolvía el muchacho.

—Estos somos nosotros, señor. —Se inclinó de nuevo hacia adelante para estudiar su reacción—. Acataremos cualquier decisión que toméis al respecto. Sois vos quién tenéis potestad absoluta para decidir si tomamos lo que por derecho de nacimiento nos corresponde o si, por el contrario, renunciamos a todo en vuestro favor. Pero si decidís que permanezcamos a vuestro lado habréis de reconocer a Owen no como un traidor, sino todo lo contrario, como alguien que tuvo la valentía de desobedecer a un ser avaro y cruel para salvar la vida de unos niños, arriesgando la suya propia.

—Por supuesto que permaneceréis a mi lado. ¿Dónde ibais a estar si no? — Con el gris de sus ojos brillando como el acero, Donald De Sunx comprendió que sus hijos habían regresado para quedarse. Por fin su promesa quedaba cumplida. ¡Sus hijos estaban de nuevo en casa! Ya habría tiempo de dar escarmiento a aquel traidor que tenía ante él. Primero debía traer a sus hijos a su terreno.

—¡Reclamo entonces lo que es mío por derecho de nacimiento! —Gabriel se

puso en pie, alzó la voz lo suficiente como para que sus palabras quedaran grabadas a fuego y, de este modo, asumió su papel en el futuro de aquellas tierras.

—¡Un momento! —dijo Violante, que vio peligrar el futuro de sus hijas—. Donald tiene más hijos.

—Señora mía... si estoy bien informado, se trata de dos hembras. Además, nacidas de un segundo matrimonio.

—¿Quieres decir que mis hijas serán excluidas? —replicó rabiosa.

—En absoluto, mi señora. Nosotros solo pretendemos lo que nos corresponde. Por supuesto, ellas serán tratadas como se merecen, no en vano son hijas de mi señor. Sin embargo, la autoridad dentro y fuera del castillo corresponderá a Lord Donald y a mí, en su defecto, ¿no es así, mi señor? — En silencio, observó el rostro de Donald, aguardando su beneplácito.

—Sí, así debe de ser y así será —resolvió el padre con orgullo y rotundidad.

—¡De acuerdo! —La voz de Gabriel mostraba un leve matiz de triunfo—. A cambio, nosotros acataremos que nuestros padres, Kim y Francisco, vivan fuera del castillo. Nora, sin embargo y como está mandado en las Sagradas Escrituras, vivirá en el castillo junto a su esposo.

—Es lo correcto —aprobó con coherencia.

—¿Cómo? —La resignación de Violante tocó a su fin.

—Además, ostentará el título de Lady, igual que vos, pues aun siendo una campesina, no en vano es la esposa de un noble —dijo Gabriel para callar a Violante—. Nosotros os seguiremos en cualquiera de vuestras decisiones y, por supuesto, mostraremos especial atención en el gobierno de estas tierras hasta que decidáis dejar en mis manos tan grandiosa labor. Y ella —observó, refiriéndose a Lori— se hará cargo de todo lo referente al castillo y a sus habitantes. Está plenamente capacitada para ello. Como única heredera hembra de Lady Rona, dueña y señora de este castillo, suyo es ese derecho y por tanto deberá tener plena libertad de acción.

—Todo me parece correcto —sentenció Donald, que solo tenía ganas de abrazar a sus hijos de una vez. Si para ello hubiera tenido que traerles la luna, así lo habría hecho. Aunque realmente, salvo el indulto de Owen, no pedían nada que no fuera suyo de pleno derecho.

Violante, sin embargo, destilaba ira por cada poro de su piel.

De repente, Donald se levantó, se dirigió hacia la puerta y dio una orden concreta al guardia.

—Anuncia a mi pueblo que mis herederos por fin han regresado a casa. — Con la barbilla ligeramente alzada y la sonrisa dibujando su rostro, por primera vez sintió la felicidad que tanto había anhelado todos aquellos malditos años.

—Acompañadme. —Invitó solo a sus hijos—, quiero mostraros algo. Los muchachos, precedidos por Lori, lo siguieron dejando atrás a su familia. Antes de abandonar la sala, Allen cogió con confianza la mano de Nora y esta lo acompañó en silencio.

—¿Allen, tu esposa habla? —Violante intentó ridiculizarla.

—Hablo dos idiomas a la perfección, milady. Pero solo los utilizo entre caballeros cuando se me otorga permiso para ello.

Donnald rio divertido ante la observación de su nuera.

—¿Dónde vamos, querido? —preguntó Violante, que había decidido sumarse a la expedición, aun sin ser invitada.

Sin responder siquiera, llegaron a una puerta cerrada con llave.

—No creo que debas entrar ahí, Donnald. Hace diecisiete años que nadie entra —sugirió a su esposo, viendo que se detenía ante la alcoba de Lady Rona.

—¡Cállate mujer! —le ordenó, abriendo la puerta y retirando una telaraña—. Aquí fue donde nacisteis. Violante fue testigo de la primera vez que visteis la luz. ¡Pasad!

Los muchachos obedecieron en silencio.

—En esa cama murió vuestra madre —observó, mientras un escalofrío recorrió el cuerpo de Lori al pasar la mano por las pieles que la cubrían—. Ahí fue donde se os acomodó —señaló la cuna. Tanto a mí como a vuestra madre, nos hubiese gustado veros crecer.

—Vos aún estáis a tiempo, señor —dijo Lori, conmovida por la ternura que irradiaba aquel lord, venido a menos.

—Nada me hace más feliz que teneros aquí a los tres —se sinceró con un brillo especial en los ojos.

—Hemos venido para quedarnos. Solo nos hubiéramos marchado si vos hubierais renegado de nosotros.

—Gracias, chicos. Me habéis devuelto la vida. —Guardó silencio un instante y continuó—. Venid conmigo, quiero que conozcáis a alguien.

—Pero ahora no están listas para ser presentadas. Aguarda a que pueda vestirlas con sus galas. —Violante supuso que se refería a las niñas.

—¡Tonterías! Son sus hermanos. —Llegaron a otra estancia y abrió la puerta sin llamar.

—¡Papá! —gritó una niña de unos diez años que se echó en sus brazos al momento.

—Hola cariño. ¿Dónde está tu hermana?

—Allí dentro, discute con Patty.

—¡Como siempre! —se quejó, visiblemente molesto—. Bien, Lisabel, ahora quiero presentarte a alguien muy importante. Tus hermanos: Lori, Allen y Gabriel —dijo, utilizando como deferencia los nombres que ellos usaban.

—¿Tengo más hermanos? ¿Desde cuándo?

—Desde siempre, pequeña. Solo que no han podido regresar a casa hasta ahora.

—¡Estupendo! Así podré jugar con ellos, Iselda es una aburrida. —Frunció la cara, molesta.

—Lisabel no debes hablar así de tu hermana —la reprendió.

La niña hizo un mohín, dejando patente su fastidio.

—Y ella es Nora, la esposa de tu hermano Allen. —Dándole protagonismo a la muchacha, Donald dejó establecido que acataba cada una de las imposiciones de sus hijos.

—Hola Nora. —La niña la miró extasiada.

—Es un honor conocerla Lady Lisabel. —Hizo una pequeña reverencia a la niña de pelo castaño, ojos negros, y tez clara.

—No pienso hacerlo, Patty. Déjame de una vez. —La otra niña entró en la alcoba por una puerta contigua—. ¡Oh! —Se asombró al ver allí a tanta gente—. ¿Sucede algo, papá?

—Iselda, te presento a tus hermanos, Lori, Gabriel, Allen y su esposa, Nora.

—¿Mis hermanos?

Al ver a esa jovencita, Lori se enfureció.

—¿Cuántos años tiene, mi señor?

—Cumpliré catorce en enero —respondió la propia muchacha.

—¡Oh! Entiendo.

—Lori, yo... —Intuyendo el desconsuelo de su hija mayor, Donald intentó explicarse.

—No me debéis ninguna explicación. Sois dueño de hacer cuanto os plazca —dijo esto y salió por la puerta enfurruñada. Nora corrió tras ella, no sin hacer antes una reverencia.

Allen y Gabriel se miraron en silencio. De nuevo su hermana se comportaba como una niña mal criada, lo que podría hacer peligrar todo lo conseguido hasta entonces.

—Debéis disculparla, señor. Todo esto ha cambiado mucho su vida, sin duda llegará a entender vuestras decisiones.

—Creo que debería ir a hablar con ella. —Una increíble sensación de culpabilidad asaltó a Donald al instante.

—No. —Allen fue contundente ante una posible salida de tono de su hermana, la incontrolable—. Si nos permitís... nosotros le hablaremos.

El hombre asintió otorgando permiso para ello.

Disculpados... —Ambos hermanos salieron por la puerta de inmediato.

Una vez a solas con su esposo, Violante, que veía cómo su reino quedaba reducido a la nada, lo abordó con vehemencia.

Para ella, aquellos chicos no eran más que unos desconocidos y así se lo hizo saber. Puede que fueran sus hijos, sí, pero desconocidos al fin y al cabo. Así pues, bajo ningún concepto iba a permitir que se le arrinconase, ni a ella ni a sus hijas.

Donald, llamado a la coherencia, expuso su perspectiva ante los acontecimientos. Por supuesto, otorgaría a sus tres hijos mayores aquello que les correspondía pero eso no implicaba anular a sus pequeñas. Violante no debía temer nada.

En el corredor, donde habían dado alcance a Lori, tanto Nora como sus hermanos pretendieron hacerla entrar en razón. Una ardua tarea, teniendo en cuenta cómo era ella.

En el intento porque la relación entre todos los miembros de aquella dividida familia resultase lo más comedida posible, los muchachos expusieron la delicada situación de Lady Violante ante los nuevos acontecimientos. Algo que Lori no estaba dispuesta a comprender de ninguna manera pues, según había intuido, aquella mujer no parecía dispuesta a ofrecer conformidad alguna.

Justo en ese momento, Lord Donald llegó al fondo del corredor. Habiendo escuchado parte de su conversación, el hombre no pudo menos que corroborar, de forma sutil, la difícil situación de su actual esposa. Una vez hecho esto, y temeroso de que se le pudiera malinterpretar, decidió desnudarse ante sus hijos, aquellos a los que durante tanto tiempo había amado en soledad.

El valeroso guerrero Lord Donald De Sunx, llenó sus pulmones de aire, expiró por la boca, tragó saliva... y comenzó.

—Cuando desaparecisteis... quedé muy solo. Me habían arrebatado a mis hijos poco después del fallecimiento de mi esposa, mi amada Rona. La vida se había ensañado conmigo. El mundo ya no tenía sentido para mí. Durante años, os busqué sin descanso. El cielo y la tierra se hacían pequeños para mí. Volvía a casa de tanto en tanto, tan solo para cambiar de hombres y buscar caballos de refresco. Descuidé mis tierras, falté a mi rey con mi ausencia... Violante, una de las doncellas de Rona, estuvo a mi lado en todo ese tiempo, cuidándome, ayudándome, mitigando mi dolor... Supe entonces que casarme con ella facilitaría mi vida en gran medida. Es cierto que nunca la he amado, sería imposible después de haber amado a vuestra madre. —El corazón de los muchachos pareció ablandarse en ese momento, solo entonces entendieron el dolor al que su verdadero padre había sido sometido—. Ella era consciente de ello, por supuesto, pero mi compañía, mi posición y mi título parecían ser suficientes. Iselda nació al poco tiempo. Sin embargo, tenerla a ella no pudo compensar vuestra pérdida como tampoco ayudó que no naciera un hijo varón capaz de seguir con el manejo de mis tierras en un futuro. A pesar de los momentos de felicidad que mi pequeña me regalaba, no supe conformarme sin vosotros, así que de nuevo marché en vuestra búsqueda durante años. Cuando volví, Violante quedó embarazada de Lisabel y poco a poco fui convenciéndome a mí mismo de lo inútil que resultaba mi búsqueda. Decidí por tanto, por el bien de las niñas y por el mío propio, creer que erais felices en algún lugar de nuestro reino y comencé a alargar mis estancias en casa.

Dado el matiz doloroso que presentaba cada una de sus palabras, Lori pidió perdón por su inmadurez y su falta de tacto. Aun así, le hizo ver cuán difícil resultaba también para ellos aquella situación.

—No hemos venido voluntariamente —reconoció—. Nos ha traído mi padre, perdón, Owen —se corrigió a sí misma, Donald recibió el mensaje con gratitud—. Habéis de entender que nuestra vida estaba absolutamente arraigada en tierras de Lord Sebastian. —Sintió nostalgia al pronunciar su nombre—. Allí éramos felices señor.

—Lori, tranquilízate. —Allen percibió sus emociones.

—Solo vinimos porque él insistió en que era lo mejor para todos. —Esas palabras hirieron más de lo que pudo disimular, los muchachos lo

percibieron—. No quiero que le hagan daño alguno. —Una lágrima resbaló por la mejilla de la muchacha, partiendo el alma de aquel afligido padre.

—Nadie le hará daño alguno mientras su culpabilidad no sea demostrada, eso puedo prometértelo. —Donnald deslizó el índice por la mejilla de su niña, mientras un nudo se instalaba en su garganta. El hombre estaba dispuesto a posponer que se hiciera justicia, al menos hasta que sus hijos fueran capaces de ver el alcance de la traición de Owen.

—Habéis de saber que de no ser así... nos perderíais para siempre —añadió Gabriel que confiaba plenamente en su inocencia.

—Estoy seguro de ello. Pero también yo necesito algo de vosotros. —Apeló entonces a la razón de sus hijos—. Lady Violante no puede ni debe ser desplazada de repente. Hasta ahora era la única dueña de este castillo, ya que yo he delegado siempre en ella.

—La única no —corrigió Lori—, antes de Lady Violante lo fue mi madre. Puede que Lori dijera aquello como oposición pero, para Donnald sin embargo, la palabra madre refiriéndose a su esposa, sonaba a gloria bendita. Pues esa misma condición, lo incluía a él como padre.

XII

DULCE SENSACIÓN

La miró a los ojos, dulce y cariñosamente. Nora estaba ahí por y para él. Habían pasado varios días desde que tuviera lugar su boda, sin embargo aún no les había sido posible compartir el lecho. Esto, sin duda, volvía loco a Allen que deseaba con todo su ser poseer cuanto antes a su bella esposa.

Se acercó a ella mientras el deseo y la excitación se reflejaban en su mirada gris. Ella lo percibió con cierto nerviosismo. Había soñado muchas veces con este momento y ahora... Allen iba a ser suyo. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo, al pensar en cómo se desarrollaría todo. Por un momento, temió no estar a la altura.

El joven esposo sintió los nervios de su amada, extendió la mano inconscientemente y enredó sus dedos en los hermosos rizos dorados que caían por su espalda. Ávido de placer, la atrajo hacia sí para, de este modo, sentir su cuerpo. La envolvió entre sus brazos y la besó apasionadamente.

Nora percibió la masculinidad de su hombre al instante.

Un ligero vaivén hizo que por un instante perdiera la consciencia.

Su instinto ansió recorrer cada palmo de su piel.

Allen deslizó la túnica de su mujer por sus hombros, dejando que la gravedad hiciera el resto. Se entretuvo besando a su esposa, comenzando por el cuello para después descender por su escote hasta la sutil abertura de su camisa. Un suave jadeo indicó a Allen que Nora disfrutaba de sus caricias. Con movimientos delicados, le quitó la camisa al tiempo que alzaba sus brazos y, por un instante, se detuvo a observar la belleza de aquel cuerpo que ya era suyo.

Presa de la pasión, la muchacha lo asió con fuerza por la nuca mientras él, ya despojado de toda su ropa, la tomaba suavemente en brazos y la depositaba en aquella gran cama con dosel. Sin dejar de mirarla, se colocó sobre ella, observando cómo aquel hermoso pelo rubio esparcido sobre la almohada, resplandecía como el oro debido a la luz que atravesaba una pequeña ventana. Nora recorrió con sus manos la espalda del joven, provocando que un escalofrío recorriera su piel morena. Por un breve espacio de tiempo, sintió

que a este le faltaba el aliento. Ello provocó en la joven una pícaro sonrisa, todo iba bien al parecer. Los labios de Allen descendieron por su barbilla hasta posarse sobre uno de los hermosos y redondeados senos de Nora. Un pequeño jadeo de sorpresa por parte de esta, hizo que sin dejar de besar aquella sugerente parte de su cuerpo, alzara la vista para disfrutar de su complacencia. Le concedió entonces mayor intensidad a sus caricias, besando sus senos de forma poco ortodoxa. Ante tal derroche de pasión, Nora cogió la cabeza de su amado con ambas manos, indicándole así que no cesara esa dulce aventura. Allen arqueó ligeramente su cuerpo para deslizar su mano por el vientre plano de la muchacha, lentamente rozó aquel sinuoso triangulo que establecía la antesala de su feminidad y, con la mano, indicó a la joven que entreabriera un poco sus piernas para dejar paso a sus caricias. De nuevo Allen escuchó un jadeo, esta vez más fuerte que el anterior, la intromisión de uno de sus dedos en tan íntima zona, hizo que la joven inexperta se retorciera de placer.

Aquello sin duda era una delicia para sus oídos, pues cada indicio de regodeo que observaba en su esposa le excitaba más y más. Deseó entonces mostrarle cuánto la amaba, deseó acariciar cada palmo de su cuerpo y conocer cada secreto escondido, deseó que alcanzara el éxtasis en sus manos, deseó sentirla mujer entre sus brazos y deseó que ella lo ansiara en la misma forma y medida.

Instintivamente comprobó que su mujer ya estaba húmeda para él, la miro a los ojos y le repitió una y mil veces lo mucho que la amaba. Tomó la mano de la joven y la deslizó hasta su miembro erecto haciéndola comprender, de este modo, cuánto la deseaba. Sintió entonces la locura de la pasión, necesitaba poseerla sin perder un solo instante. La joven, sin embargo, sintió cierto pudor al sentir el miembro en su mano.

—Quiero sentirte mía y que me sientas tuyo —le susurró.

La muchacha parpadeó en señal de aprobación, puede que todo resultase nuevo para ella pero tenía claro que seguiría a su esposo hasta donde él decidiese llegar.

Allen, consciente de su aprobación, se acomodó suave pero rápidamente entre las piernas de ella y la penetró con cuidado. Sintió una leve pero tangible resistencia a su paso, al tiempo que gimió de placer. Nora dejó escapar un audible quejido envuelto en placer y supo, con notable orgullo, que en ese mismo momento ella acababa de perder su virginidad. Se detuvo

un instante hasta comprobar que de nuevo estuviera preparada y, mientras la observaba en silencio, fue plenamente consciente de sus pensamientos. Sabiéndose suya, le había entregado su ser.

Aquel breve instante le pareció interminable. ¡Dios del cielo! Necesitaba moverse dentro de ella, deseaba satisfacerla, satisfacerse a sí mismo. Soñó con que Nora lo acompañara en ese hermoso y efímero instante en que el éxtasis les hiciera alcanzar la gloria.

Cuando Nora retomó la respiración, estudió el rostro de su amante, a la espera de su siguiente movimiento. Comprobó entonces cómo Allen la observaba fascinado en la quietud del momento. Comprendió entonces que su entrega había concluido con aquella presión en su interior. Había sido dulce y hermoso, pero rápido y etéreo al mismo tiempo. Justo cuando pensaba que aquel acto de amor había tocado a su fin, Allen comenzó un dulce vaivén en su interior haciendo estremecer todo su cuerpo. Los movimientos de su amado eran lentos, cautos, dulces. Retiraba su miembro de ella para volverlo a introducir inmediatamente después. Poco a poco, aquel compás se tornó más y más intenso. Nora a duras penas podía seguir el ritmo impuesto por su esposo.

Instintivamente acercó su rostro al de él y, mostrándose más osada y desinhibida que nunca, tomó su boca entre sus labios. Allen, presa del delirio, aceleró todavía más sus movimientos y con todos los nervios de su cuerpo a flor de piel, la muchacha rodeó la cintura de su marido con sus piernas, forzándolo así a profundizar todavía más la penetración. Nora, atrapada en esa vorágine de placer, percibió que aquella nueva postura le proporcionaba mucho más gozo. Gimió de nuevo por tan agradable sensación y buscó aprobación en los ojos de él.

Sabía que en breve liberaría todo su ser, derramando su simiente en el cuerpo de su mujer. Así pues, se obligó a sí mismo a reducir la intensidad y esperar así que Nora también estuviera a punto de alcanzar el clímax.

Esta, atravesando una espiral de sensaciones etéreas, levantó su torso hacia donde se encontraba su amante para sentir el roce de sus músculos contra sus pechos. Los brazos de la joven se tensaron de manera perceptible y, dejándose llevar por la pasión, apretó los antebrazos de su marido perdida en un mar de gemidos breves y acompasados. Allen percibió unos leves espasmos en el cuerpo de su mujer y escuchó cómo tímidamente gritaba su nombre. Supo entonces que también ella estaba lista para terminar con

aquella dulce y maravillosa tortura. Apresuró el ritmo de sus últimas penetraciones, sumergido en un torbellino de entusiasmo hasta que ambos, alcanzando el clímax más absoluto, ahogaron un rugido de exaltación. De repente todo cesó y descargando su peso sobre el cuerpo de Nora, ambos sintieron cómo sus corazones seguían latiendo a un ritmo excesivamente acelerado.

El muchacho envolvió a su mujer en un tierno abrazo y fue consciente en ese momento de cuán placentero iba a resultar estar casado con ella.

XIII

TOMA DE POSESIÓN

Patty, la doncella asignada al servicio de la nueva y recién llegada señora, Lady Lori, se encontraba en la alcoba de esta organizando todas sus cosas. La joven dama tuvo curiosidad por saber si aquella sirvienta, que parecía desenvolverse tan bien, estaba ya en el castillo cuando su madre aún vivía. Consciente de que así había sido...

—¿Cómo era ella?

—¿Vuestra madre? Muy hermosa —se respondió a sí misma con una sonrisa—, vos os parecéis mucho a ella. Además, era una mujer muy humana, fuerte y sabia. Habría sido una gran señora de haber tenido tiempo para ello. Vuestro padre estaba muy enamorado de ella, de hecho todavía lo está —añadió segura de lo que decía.

Lori percibió cómo la mujer idolatraba a su madre. Por ello dedujo fácilmente que había sido tratada por ella con cariño y respeto. Pocas preguntas más siguieron a esta hasta que, finalmente, formuló la que más le intrigaba.

—¿Cómo murió?

—Tras el parto. —En ese momento dejó lo que estaba haciendo para mirarla—. Aquel había sido un año terrible: las guerras, las plagas, las enfermedades, el clima... Lady Rona, que nunca había estado enferma, acusó todos estos inconvenientes, enfermado gravemente durante el embarazo. Cuando llegó el momento de vuestro nacimiento estaba muy débil y no fue capaz de superar un parto tan complicado. Gea lo intentó pero no pudo salvarla.

—¿Gea?

—La comadrona —le aclaró—. Una anciana de buen corazón que esa misma noche fue asesinada.

—¿Quién la asesinó? —preguntó sorprendida.

—Dicen que fue Owen, señora. Pero yo no lo creo.

No esperaba encontrar en ese castillo a nadie que estuviera a favor de su padre. Así pues, se interesó por los motivos que la habían llevado hasta esa conclusión.

—No sé si deba decíroslo señora.

Lori obvió la negativa y aguardó una respuesta.

—Nadie ha reparado en que un hombre que llevaba a tres criaturas en brazos no pudo sacar la daga y asestar una puñalada, además... ¿cómo pudo apuñalar a Gea por la espalda cuando esta corría hacia él? —Se sacudió ante tal falta de lógica y continuó—. Lo que Owen hizo fue salvaros la vida, llevándoos lejos de aquí, señora. De no haberlo hecho, vuestros hermanos y vos misma hubierais muerto a manos de... —se detuvo, consciente de que estaba hablando de más.

—¿Alex de Sunx? —sugirió Lori.

La doncella asintió en silencio,

—Tú me ayudarás a probar la inocencia de Owen ante todo el mundo. Sé cómo hacerlo, no nos resultará muy difícil averiguar ciertas cosas. Eso hará que Lord... mi padre permita su indulto al creerle inocente, de lo contrario, tarde o temprano le hará pagar por lo que cree que hizo.

Una vez concluida tan sibilina conversación y, habiendo terminado sus quehaceres, Patty salió de la alcoba dejando sola a su señora.

No volvió a verla hasta un buen rato después, cuando esta regresaba de la alcoba de Gabriel, de contarle lo acordado con ella. La sirvienta, aleccionada por el comentario de su señora de no vestir otro color que no fuera el gris de su padre, trajo un precioso vestido del color de los estandartes de Lord De Sunx, con el que sustituir aquel con el que había llegado a sus tierras.

—Es precioso, Patty. ¿De dónde lo has sacado?

—De un viejo arcón, señora. Era el preferido de vuestra madre. Con él se veía hermosa.

Justo en ese momento, la puerta de la alcoba se abrió precipitadamente.

—¿Qué haces aquí, Patty? —La voz de Iselda sonó enérgica.

La doncella informó a la joven dama que, por expreso deseo de su padre, había quedado bajo las órdenes de Lady Lori. Algo que no gustó a esta en absoluto ya que, ignorando tal deseo, le ordenó que retomara sus funciones como su dama de compañía.

Lori, consciente de lo que aquella contradicción podía suponer para la doncella, la relegó inmediatamente de sus quehaceres para con ella y le ordenó que obedeciera a Iselda.

Alertada por los gritos de la malcriada muchacha, Nora se presentó en la alcoba de su cuñada. Esta le explicó el comportamiento despótico e insolente

de su hermanastra y ambas llegaron a la conclusión de lo difícil que iba a resultar aquello.

Lori mostró a Nora el precioso vestido que pensaba lucir durante la cena. Le hacía especial ilusión llevar una prenda de su madre. Eso la acercaba un poco más a ella, teniendo en cuenta que hacía solo unos días que había sabido de su existencia. Del mismo modo que ocurría a Lori, Nora no tenía más vestido gris que el puesto, así pues, haciendo gala de sus dotes de costura, le arrancó las mangas al que acababa de quitarse y le añadió una pequeña toquilla azul cielo del vestido que llevaba Nora. Esta, realmente satisfecha con el cambio sonrió, dejando patente cuánto la admiraba. Ambas rompieron a reír.

—Será mejor que terminemos de arreglarnos o llegaré tarde a una comida por primera vez.

Ayudándose la una a la otra, se vistieron rápidamente. En ese preciso momento, Allen llamó a la puerta. Había llegado el momento de la reunión familiar.

—¡Estáis preciosas! Pero eso ya lo sabéis, ¿verdad? —dijo acercándose a su mujer. La rodeó con los brazos y le depositó un tierno beso en la mejilla.

—Sí, lo sabemos —presumió ella con una pícaro sonrisa que alertó a Lori de la reciente complicidad alcanzada entre el matrimonio.

—¿Llamamos a Gabriel? —preguntó, mirándolos de reojo.

—Claro —respondió Allen con una amplia sonrisa.

—¿Te acompaño, Lori? —Gabriel, que ya estaba en la puerta esperándolas, le ofreció su brazo.

—Sería un honor, mi señor Lord Gabriel. —Sonrieron todos.

—Bueno... ¡que raros os estáis volviendo! —dijo Allen.

—Deja de estropearnos el juego y sé educado. Esta noche hemos de ser estrictamente correctos en la mesa —le reprendió Lori.

—Como siempre —observó Allen.

Llegaron los primeros al comedor, poco después lo hizo Lord Donald y finalmente, rompiendo una vez más el protocolo, aparecieron Violante y sus hijas. Muestra inusual, dado que toda la familia había de esperar alrededor de la mesa de un noble cuando este hacía su aparición y permanecer en pie hasta que tomara asiento. Algo que ella tampoco respetó. Los cuatro recién llegados se percataron al instante de la falta de respeto de Violante para con su padre. Al menos vestía de gris, pensaron.

—Estás preciosa, Lori. —Lord Donald reconoció el vestido en cuanto lo

vio—. Exactamente como tu madre.

—Gracias señor.

Lady Violante, visiblemente irritada, dio orden de que se sirviera la cena. Era consciente del tono de voz que empleaba su esposo cada vez que mencionaba a Rona, sentía el amor que todavía albergaba por ella y eso le resultaba verdaderamente difícil. Sin duda, seguía amándola como nunca la había amado a ella.

Una vez hubieron dado las gracias por aquellos alimentos que se disponían a tomar, un lacayo les sirvió numerosos manjares de aspecto inmejorable. Fue entonces cuando Lori se percató, era la primera vez que comía en una mesa con los señores. Más aún, siendo ella misma una señora. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar ello. De repente pensó en Lady Violet, en que no cesaba de invitarla a su mesa un día tras otro, y en la comida de Ada, siempre exquisita. Instintivamente, rozó el broche del que no se desprendía y sus pensamientos volaron hacia el que ella siempre había considerado su hogar. ¿Cómo se las estaría arreglando sin ella? La echaba de menos en cierto modo. Menos mal que tenía a sus hermanos y a Nora, sobre todo a Nora. Pensó mucho en Sebastian, se estremeció al recordarlo. El recuerdo de aquella última noche la mortificaba.

Desvió su mirada un par de veces hacia su padre. Percibió cómo este la miraba embelesado. Lori era igual a su madre, quizá aún más bella.

Donnald se había sentido renacer al ver a sus hijos en casa, y ahora no podía creer que estuvieran en su mesa, comiendo como una familia, “su familia”.

Estudió con detenimiento los rasgos de los muchachos, también ellos guardaban un gran parecido con su madre, a pesar incluso de la semejanza de sus barbillas a la suya propia.

Su mirada irradiaba felicidad al contemplar la forma desinhibida y familiar con la que sus tres hijos se mostraban. Pensó en su querida Rona y en cuán orgullosa estaría de ellos si los viera.

Fue en ese preciso momento cuando Iselda, rompiendo otra gran regla en la mesa, reveló a su padre su enfado por haber perdido a Patty como doncella. Habiéndole ordenado que retomara sus funciones, la había ignorado deliberadamente. Eso había puesto en entredicho su autoridad, algo que no estaba dispuesta a consentir. Solicitó un castigo por ello a su padre.

—No es cierto lo que dice Iselda. —Lori no estaba dispuesta a que Patty se llevara una gran reprimenda por una simple y pueril rabieta de niña

malcriada.

—¿Pero qué estás diciendo? —Iselda alzó la voz, visiblemente enfadada.

Lori narró los hechos, tal y como habían sucedido.

—Está mintiendo.

—¡Perdona jovencita! —Se alteró, bajo ningún concepto iba a consentir semejante bochorno—. Estoy orgullosa de no haber mentido en toda mi vida. Después de una acalorada discusión en la que, por supuesto intervino Violante, los ánimos se fueron calmando por el bien de la convivencia. Sin embargo, Lori tuvo claro a partir de ese momento quiénes iban a ser un obstáculo para ella.

Cuando la comida por fin hubo acabado, las mujeres fueron a sus respectivas alcobas y los hombres pasaron al salón para hablar con mayor privacidad.

—Estoy preocupado por la forma en que puedan tratar a mi mujer —expuso Allen—, no quiero que nadie diga nada en contra de ella. Ni por haberse criado en la pobreza ni por nuestra unión. —Viendo el desafortunado incidente de la mesa, temió posibles represalias futuras.

—Te entiendo perfectamente hijo. Hace años, cuando me casé con Violante, también yo estaba preocupado por ese tema. Entonces creí oportuno pedir a nuestro rey algún título nobiliario para ella pero al final decidí no hacerlo al no darme un hijo varón que heredara mis tierras. Sin un heredero... no tenía sentido, teniéndoos a vosotros dos. Además, habría cambiado por completo. Aunque realmente lo hizo sin necesidad de ello. Ella era una mujer sencilla, trabajadora, al tanto de todo y de todos pero poco a poco se volvió avara y codiciosa. Ahora no quiere a nadie más que a sus hijas. Y ni de ello estoy seguro. —Inspiró hondo y cambió de tercio por completo—. Tu madre, por el contrario, era una mujer espléndida, divertida, graciosa, hermosa e inteligente. Muchas de mis decisiones importantes, las tomé gracias ella y a sus sabias palabras. Era una mujer maravillosa que no merecía ese final —se lamentó una vez más.

Allen quedó impresionado al ver cómo hablaba de su madre, había tanto amor en sus palabras que, en cierto modo, entendió a Violante.

—Dime una cosa, hijo —dijo, cambiando de tema. No estaba tan preparado como él pensaba para ahondar tan profundamente en sus sentimientos acerca de Rona o Violante.

—Lo que quiera, padre. —Aquella respuesta acarició su alma con ternura.

—¿Habéis sido felices todos estos años?

—Señor, hemos sido muy felices. Owen supo ser un buen padre, nos ayudó mucho. No debería ser tan duro con él, teniendo en cuenta que nos salvó de la muerte —afirmó, indicándole con un gesto que no estaban solos. El hombre supo reaccionar y se dirigió hacia el gran ventanal. Detrás de las cortinas pudo ver a Iselda, espiando su conversación.

—¡Iselda! Pero... ¿qué haces ahí?

—Yo, yo... —No supo qué decir al saberse descubierta.

—¿Estabas espiándonos?

La niña permaneció en silencio.

—Vuelve a tu cuarto, luego hablaré contigo —le ordenó con mucha seriedad.

—Sí, padre —dijo, saliendo del salón lo suficientemente avergonzada como para no levantar la vista.

Más tarde reprendería duramente tanto a su hija como a la madre de esta. ¿Pero qué clase de educación les estaba dando para que encontraran normal espiar a su propio padre?

—¿Cuánto crees que llevaba ahí? —preguntó a Allen una vez a solas, preocupado por lo que pudiera contar a su madre acerca de ella misma.

—No os preocupéis. Acababa de llegar. De no ser así, me habría dado cuenta antes —respondió Gabriel, hasta entonces en silencio.

—Si él lo dice, no debéis dudarle. No se le escapa un solo movimiento —añadió Allen.

—Así que habéis sido muy bien instruidos para la guerra.

—Ya os lo dije, señor, en cuanto a Nora... —Quiso retomar la conversación ya que muy a su pesar se había desviado de forma considerable.

—Ahora, nuestro rey está demasiado concentrado en su nueva esposa, Adela, y en tener un heredero que le siga en el trono. No haría demasiado caso a mis palabras, vivimos una época apacible y no quiero molestarlo con nuestras cosas de familia. Sin embargo, no te preocupes hijo. Haré saber a tu pueblo que Nora es una gran dama. La servirán como se merece.

Satisfecho con las palabras de Lord Donald y dando la conversación por concluida, ambos muchachos se despidieron cordialmente dejando en la estancia solo a su padre.

Donald, sabiendo que eran buenos muchachos, cumpliría su promesa. Ayudaría a Nora a crearse un lugar entre los nobles. Su hijo la amaba y ella lo respetaba, para él era suficiente.

Mientras tanto, en su cuarto, Lori hablaba con Patty y la ponía al corriente de

todo lo sucedido en la mesa. Esta le ofreció pleitesía absoluta, dado el comportamiento noble y compasivo que había tenido con ella desde su llegada.

Confiado en la nueva señora del castillo, le informó de cómo las seis doncellas estaban totalmente desprotegidas. Lori, ansiosa por tomar las riendas, dio su primera orden, al escuchar aquella atrocidad.

—Di a las muchachas que se presenten en la cocina. Quiero hablaros de unos pequeños cambios. Yo bajaré enseguida.

La doncella salió de la alcoba inmediatamente, chocando casi con Lord Donald.

—He decidido reunir al servicio, señor. Creo que sería conveniente realizar algún cambio.

—¿Qué cambio? —preguntó con cierta preocupación.

—Lo cierto es que todavía no lo sé —dijo, mordiéndose el labio inferior al no tener una respuesta más directa que darle a su padre—. Bajaré a las cocinas y las conoceré a ellas y a su trabajo. En base a eso, decidiré.

—No recuerdo haber bajado nunca —observó.

—¿Eso quiere decir que no las conocéis, señor?

—Sí, conocerlas sí. Pero nunca las he visto trabajando, no he sentido necesidad de ello.

—Oh. No creo que esté bien, padre. Deberíais conocerlas a todas y observar su rendimiento, del mismo modo que observáis el trabajo de vuestros guerreros. —De repente se detuvo, reflexionó y pidió disculpas por su despropósito—. Lo siento, mi señor. Soy consciente de que no es vuestro cometido.

—¿Sabes? Hablas como tu madre. —Observó complacido ante ese despliegue de espontaneidad sin control.

—Gracias, señor. Me alegra que así sea. Hace poco que supe de su existencia pero desde que llegué aquí, de alguna manera la siento a mi lado. Y ello me agrada en gran medida.

Donald sonrió mientras acariciaba su mejilla.

—Puedes hacer lo que quieras, el castillo es tuyo —aprobó finalmente.

—Gracias. Os mantendré al corriente —dijo Lori mientras su padre solo asentía con la cabeza y abandonaba su alcoba.

Aunque ya había percibido algo desde su llegada, de camino a la cocina Lori se esforzó por comprobar el estado de las cosas para saber cómo tomar las

riendas frente al servicio.

Totalmente sobrecogida, pudo comprobar cómo el polvo se había instalado desde hacía tiempo sobre los escasos muebles del salón, cómo las estancias no habían sido barridas con demasiado esmero y cómo las alcobas no se habían ventilado adecuadamente. Además, el olor a humo de la lumbre del salón, que a pesar del frío estaba apagada, mezclado con los olores provenientes de la cocina... hacía estragos en el ambiente.

Si iban a recibir muchos personajes importantes con ella a cargo del manejo de aquel castillo, había de hacer cambios importantes.

Cuando Lori entró en la cocina, las vio a todas formadas ante ella y en efecto eran seis, contando con una niña pequeña que no tendría más de siete años. Pero la sorpresa fue mayúscula al observarlas. Si le había parecido mal cómo estaba todo, la presencia de las doncellas le resultó realmente penosa. La mayoría de ellas iba mal peinada y con ropa muy vieja y rota. Reparó en que Patty sobresalía del resto, quizá porque era la única que tenía acceso a las alcobas de las señoras. De repente le entraron ganas de salir corriendo de aquella cocina, ¿cómo iba a educar a todas esas muchachas en tan poco tiempo...? Se dijo a sí misma que mostraría a todos su valía. Su castillo no habría de envidiar nada al de su querida Lady Violet.

Patty percibió una sensación de bochorno en la cara de su señora por lo que intentó distender el ambiente presentándolas, empezando por su derecha.

—Milady. Estas son Hanna, Liri, Key, Emma, y la pequeña, Beth.

—¿Cuántos años tenéis? ¿Y qué tareas tenéis en el castillo? —Lori quiso conocerlas un poco.

—Hanna tiene veintitrés años, Liri dieciséis, Key y Emma diecinueve, la pequeña acaba de cumplir siete y yo tengo veintinueve. Hana cocina y Liri, Emma y Key limpian.

—¿Y tú Beth? —se dirigió a la niña.

—Traigo leña y ayudo en lo que puedo, señora —respondió la pequeña cuya ropa, quemada por la lumbre, le estaba muy grande.

—Ah, muy bien. Decidme... ¿tenéis más ropa?

—No señora, solo la que llevamos. La lavamos de noche y la secamos al calor de la lumbre.

Eso no gustó a Lori en absoluto.

Luego os daré nuevos vestidos que poneros y atendedme bien porque no me gusta repetir las cosas. Quiero que os lavéis todos los días y vengáis a las

cocinas bien vestidas.

—Va a haber muchos cambios en este lugar. Quiero que a partir de mañana esté todo reluciente. ¿Vivís todas en el castillo?

—No señora, yo vivo con mi familia —le aclaró Hanna.

—¿Las demás sí?

—Sí, señora. En una alcoba aquí al lado, todas juntas.

—Eso también habrá que arreglarlo —murmuró—. ¿Sabéis leer y escribir?

—No, señora. —La respuesta fue unánime.

—Yo misma puedo enseñar a quien quiera aprender. Y ahora, seguidme.

A pesar del temor de las muchachas, siguieron a su nueva señora, tal y como esta les había ordenado, hasta sus aposentos.

—Quitaos la ropa y dejadla en el suelo —estableció una vez dentro.

—¿Cómo? —Key no pudo disimular su sorpresa.

En ese momento llamaron a la puerta. Era Nora. Lori le dio paso, gustosa. De ese modo podría ayudarla con labor tan ingrata.

—¿Sucede algo? —preguntó al ver a tanta gente congregada.

—Has de ayudarme —casi imploró—. Son las doncellas.

—¿Ellas? —apuntó con el dedo, casi despectivamente—. ¿Pero qué les ha pasado?

—Que nadie se ha hecho cargo de ellas, eso es lo que les ha pasado —refunfuñó—. Por favor tráeme todos tus vestidos, excepto los negros.

Nora obedeció sin rechistar y mientras iba hacia su alcoba y volvía cargada con su ropa, Lori comenzó a vaciar su armario.

Todas las chicas se desvistieron y fueron lavadas con esmero, incluso por detrás de las orejas. Se les dijo cómo hacerlo cada día, cómo vestirse formalmente y cómo comportarse de forma adecuada. Difícilmente iban a mantener en buenas condiciones el castillo cuando no sabían asearse ni ellas mismas.

Con las ropas desechadas de las nuevas damas, las vistieron a todas de colores similares. No distinguiría a una más que a otra hasta que no supiera cómo iba a distribuir sus quehaceres.

—¿Sabéis si hay más chicas que quieran trabajar en el castillo? —Con la llegada de cuatro personas más, el personal parecía escaso, máxime teniendo en cuenta su falta de experiencia.

—Sí, claro que sí —dijo Patty.

—Lady Violante no lo aprobaría —aclaró Key.

—Pero yo no soy Lady Violante. —Lori negó con vehemencia.

—Gracias al cielo, milady. —Key no pudo reprimirse.

—Key... cállate. —Hanna temió represalias.

—Decidme quién. —Lori obvió el comentario.

—¿No pensaréis echarnos, verdad? —Emma temió por sus puestos.

—No, claro que no. Es solo que necesitáis ayuda.

Lori, habiendo estudiado un poco la situación, les informó de cómo había pensado distribuirlos por el momento. Hanna, ayudada por dos nuevas muchachas, cocinaría para todos. De ese modo podría pasar mucho más tiempo con su familia sin ver reducido su salario. Patty se encargaría de Lady Violante y de sus hijas como hasta entonces, así evitarían posibles problemas. Emma se ocuparía exclusivamente de Nora y su esposo, Allen. Liri se ocuparía de Gabriel y tanto Beth como Key quedarían a su servicio. Las demás, nuevas en el castillo, se encargarían de la limpieza y el servicio de mesa.

Dicho esto, cada doncella se dirigió a su nuevo puesto. Hanna se fue a la cocina, Patty a presentar sus respetos a Lady Violante, Emma se marchó con Nora y, mientras Beth y Key se ponían al corriente en las estancias de Lori, esta acompañó a Liri a las estancias de Gabriel con intención de presentarle a su nueva doncella.

Una vez se quedaron a solas, ni uno ni otro supieron qué hacer, pues ella nunca había servido a un gran señor y él era la primera vez que disponía de alguien para su servicio.

—Bueno, te llamas... —Gabriel rompió el hielo.

—Mi nombre es Liri. ¿Qué debo hacer, señor?

—No tengo la menor idea, pero podrías empezar por aclararme alguna duda.

—Lo que necesitéis, señor. —La muchacha respondía visiblemente azorada.

—¿Cómo es la gente por aquí?

—Buena, señor.

—¿Y en el castillo?

—Bueno... —titubeó—. Lord Donald es un hombre muy compasivo pero Lady Violante es un tanto especial, mi señor. Hace cuatro años que trabajo a su servicio y aún no he conseguido llegar hasta ella, hubo un momento en que desistí.

—¿Por qué trabajar aquí si no estás cómoda?

—Porque mis padres necesitan ayuda económica, señor. Somos seis en casa.

Mientras relataba esto, iba tomando contacto con sus obligaciones, primero ordenando toda su ropa en el armario y después arreglando su cama y mullendo sus cojines.

Gabriel reparó en aquella muchacha que se movía con gracia por su alcoba. Sus ojos eran grandes y de color castaño claro, su pelo era largo y del mismo tono, sus labios redondeados incitaban al beso y sus mejillas estaban rosadas, ¿sería acaso por estar en la alcoba con un hombre? Percibió una muchacha muy interesante y dispuesta. Le gustaba como doncella. Pero... ¿solo como tal?

Pasados dos meses, las muchachas ya no necesitaban de una vigilancia tan estricta como al principio. Así pues, con sus hijos ya adaptados a la familia y con el castillo resplandeciente y en pleno funcionamiento, había llegado el momento tan esperado por Lord Donald. Recibir a todas las casas nobles de Inglaterra para dar a conocer a sus hijos.

Así las cosas, el trabajo era interminable. Siempre había cosas que hacer. Las muchachas terminaban una labor e inmediatamente seguían con otra. Algo que para el frágil estado de salud de Liri no era nada bueno.

Fue una de esas tardes cuando la doncella tuvo un vahído en presencia de Gabriel. El muchacho la cogió en brazos, la condujo a su alcoba y la depositó en su cama.

—Tranquila, Liri, estoy aquí, no estás sola. —Le sonrió sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Me voy a morir, verdad? —La joven, que se sabía débil, se puso en lo peor.

—No digas tonterías, en unos días estarás bien. ¿Quién sería mi doncella particular entonces? —Acostumbrado a esos episodios febriles que ya habían descartado como peligrosos, no hizo más que dejarla descansar.

—No puedo morir sin confiaros mi gran secreto... Os amo, mi señor.

—¿Me amas Liri? —Gabriel supuso que deliraba por la fiebre.

—Solo os lo puedo decir a vos. Solo a vos —dijo antes de perder la consciencia.

—Duerme, mi amor. Duerme —sugirió, dejándola en su alcoba.

Puede que Liri solo delirase por la fiebre, sin embargo, Gabriel era plenamente consciente de las palabras que acababa de pronunciar.

XIV

FRUTO PROHIBIDO

Para el cumpleaños de Lisabel, Lori había organizado una entrañable cena familiar en la que no faltarían detalles como la tarta o los regalos.

Estando todos ya sentados a la mesa, Allen bromeó con la homenajead, había tomado mucho cariño a esa pequeña llena de bondad. Con una gran sonrisa, la obsequió con un bonito presente, un escalpelo que encantó a la niña. Esta se acercó a su hermano con naturalidad y en señal de agradecimiento le besó en la mejilla. Allen sonrió mirando a su padre, que no perdía detalle de tan entrañable escena.

Lady Violante, prácticamente obligada por la inocente niña, agradeció el detalle con tanta simpatía como le fue posible, dadas las circunstancias.

—Mi regalo lo tienes en el cuarto de juegos. —Fue el turno de Lori.

—Y el mío también —añadió Gabriel.

—¿Puedo ir ahora señor? —preguntó al padre, ansiosa.

—Después de la cena —respondió este con contundencia.

—Por favor... —insistió.

—Después, y se te ha olvidado dar las gracias.

—Gracias señor, gracias señora —obedeció de inmediato.

—De nada, preciosa. —Sonrió Lori, secundada por Gabriel.

—El regalo de tu madre y mío lo tendrás mañana, es demasiado grande para meterlo en casa.

—¿Qué regalo? —preguntó Lady Violante en voz baja a su marido.

—Supuse que te habrías olvidado como siempre y le he hecho un regalo por los dos —respondió en un murmullo.

Violante hizo un mohín en señal de desagrado.

—Creo que ya sé lo que es —dijo la pequeña eufórica.

—¿Qué es hija mía?

—Un caballo, señor. —Sus ojos se abrieron como platos, aguardado una confirmación.

—¡Vaya! ¿Cómo lo has sabido?

—Ha sido muy fácil. Si no cabe aquí dentro, solo puede ser un caballo.

—Pues sí —confirmó con una sonrisa, al ver la cara de felicidad de la niña—. Es un precioso caballo blanco.

—¡Blanco! ¡Oh, gracias señor! Son mis favoritos.

—¿Por qué le llamas señor, Lisabel? Es tu padre —la reprendió Iselda, enfurecida por la envidia.

—Porque así es como debo tratar a nuestro padre.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Se lo oí decir a Lori y a Gabriel. Y yo he decidido seguir su ejemplo. No me gustaría que cuando viniesen los amigos del señor, me trataran de manera despectiva por no hacerlo.

—Nadie te va a tratar así. Será mejor que no hagas mucho caso a lo que Lori dice, no siempre tiene razón.

—En este caso sí, Iselda —intervino Lord Donald, malhumorado con su hija—. Tutearme en público es ofenderme. Tu hermana con solo once años ya lo ha entendido, ¿cuándo lo harás tú?

—Probablemente nunca —respondió, levantándose de la mesa. Su padre la sujetó por el brazo y la obligó a sentarse de nuevo.

Lady Violante permaneció en silencio pero su mirada hablaba a gritos, ¿cómo podía humillar a su niña ante todos aquellos extraños?

—Ya me estoy cansando de tus estupideces. —Donald había decidido dejar claro de una vez por todas que, pese a que hasta entonces había sido transigente y había permitido ciertos comportamientos insolentes, a partir de entonces todos sus hijos lo tratarían con el mismo respeto—. Ya no eres una niña, vas a empezar a tratarme como se debe. ¡Ahora siéntate! Es el cumpleaños de tu hermana y le debemos al menos una cena cordial. —Iselda, sin habla por la sorpresa, agachó la cabeza y permaneció en silencio todo el tiempo.

Una vez todos se hubieron acostado, Lori y Allen, reunidos con su hermano en las estancias de este, comentaban lo sucedido en la cena. Ninguno de ellos alcanzaba a comprender cómo en ese castillo se había llegado a tal extremo de insubordinación.

Liri, mientras tanto, intentaba hacer su trabajo sin molestar, avivó la lumbre de la alcoba, preparó el kamese de Gabriel sobre el sillón orejero y usó el calentador de mango en su cama para que le fuera confortable. Pensando que aún tardaría en acostarse al estar reunido, decidió ir a la cocina en busca de una jarra de agua que colocar en su mesilla. Una vez en ella, decidió hacer un

poco de tiempo y obsequiarle con un exquisito zumo de naranjas recién exprimidas, así pues, salió al patio de cultivo y escogió las mejores para él.

Cuando la joven entró en la alcoba, Gabriel ya se encontraba acostado y dormido. ¡Tanto había tardado! Con cierta decepción, se acercó a la mesilla, dejó la bandeja y sigilosamente se dio media vuelta.

—¿Ya te vas? —Escuchó tras ella.

—Creí que estabais durmiendo, milord. —Se giró y lo vio incorporado, con los ojos clavados en ella.

—Quédate un poco, Liri. Quiero que repitas lo que me dijiste la otra noche cuando desvariabas. Y esta vez, totalmente consciente.

—No sé de qué me habláis, señor. —Se giró sutilmente.

Un poco decepcionado, se levantó y se colocó justo a su lado. Deseaba volvérselo a escuchar, anhelaba que no fuera fruto de sus delirios.

—Me confesaste tus sentimientos.

En silencio, la muchacha agachó un poco la cabeza, podía sentir el torso de Gabriel rozando su espalda y no quiso que él percibiera su nerviosismo.

—Me dijiste que solo podrías decírmelo a mí.

Liri enrojeció de inmediato. Se separó un poco y se volvió, quedando de este modo frente a él.

—No debí hacerlo, señor. No estuvo bien. Lo siento.

—Dime, Liri. ¿Es cierto? —Puso sus labios tan cerca de los de ella que casi se rozaron.

—Os amo —reconoció, embargada por la proximidad de su aliento.

Sin nada más que añadir a aquella dulce sentencia, los labios de Gabriel cubrieron los suyos con un dulce y posesivo beso.

—Señor, por favor. —Se apartó, intentando recuperar la cordura.

—Llámame Gabriel por favor, solo por esta noche.

Miró fijamente a la muchacha. ¿Realmente se estaría comportando mal? ¿Sería capaz de arrebatarle la virginidad a una mujer solo porque la deseaba, cuando había insultado tantas veces a aquellos que lo hacían sin comprometerse a nada? Aun así, no fue capaz de reprimirse.

—Quédate conmigo esta noche —dijo embargado por el deseo.

—No puedo. —Ella intentó poner un mínimo de cordura en un momento tan dulce.

—Por favor, amor mío... quédate a mi lado. —¡Amor mío! ¿Había escuchado bien? ¿Era amor y no deseo lo que sentía hacia ella?

—Tengo miedo.

—Miedo... ¿de qué?

—De lo que pueda pasar entre nosotros esta noche, de lo que siento por vos, de lo que supondría luego no poder tocaros.

—Sientes lo mismo que yo, Liri. Te amo. Nunca antes había amado como te amo a ti. Y te deseo. Te deseo con todo mi ser.

—¿Significa eso que vais a convertirme en vuestra amante a partir de ahora, señor? Porque os aclaro que no podría negarme a vuestros deseos aun sabiendo que vuestra esposa no puedo ser. —Gabriel no tuvo más remedio que reconocer aquellas palabras como una realidad.

—Tú no te mereces eso, Liri.

—No merezco nada, señor. Si no sois vos mi compañero, nadie lo será —sentenció con rotundidad.

—¿Qué intentas decirme? —Su mirada gris se depositaba sobre el rostro de la muchacha con ternura. Acataría su decisión cualquiera que esta fuera.

—Tomadme, mi señor. —Su voz sonó entrecortada—. Si me tenéis una sola vez, me convertiré en vuestra para siempre.

—Te conformas con muy poco, Liri.

Tal y como lo veía ella, era más bien todo lo contrario. Podía estar con el único capaz de hacerla feliz, aunque ello conllevara de antemano una clara fecha de caducidad.

Habiéndose percatado de cómo miraba a aquella chica del servicio, cierto día Gabriel fue abordado con vehemencia por su padre. Como heredero de aquellas tierras, tenía responsabilidades. Debía casarse con una joven de su condición, una noble cuyo padre vendría pronto a cerrar el acuerdo. Una joven bella y bondadosa.

Al escuchar tal imposición, el muchacho no pudo menos que mostrar su descontento. A duras penas vislumbró el temor de su padre respecto a la doncella, así pues, conociendo el motivo que le había llevado a tomar aquella injusta decisión, decidió mostrar sus cartas sin ningún tipo de engaño.

—No quiero casarme por el momento, padre. —Dada la impasividad de este ante su confesión, supo que estaba en lo cierto.

—El trato está hecho, hijo. Habrás de renunciar a tu sirvienta —dijo, utilizando un tono de desprecio.

—No renunciaré a ella. La amo.

—A tu esposa es a la única que debes amar —gritó visiblemente enfadado.

—¿Cómo puedes decirme eso precisamente tú? Deberías dejarme ser feliz.

—Lo siento pero no puede ser —volvió a gritar.

—No voy a renunciar a ella. —Gabriel no iba a ceder.

—¡Está bien! —Le concedió una tregua—. Puedo entender que te sientas atraído por esa preciosa cara y ese bonito cuerpo. Y hasta entendería que quisieras continuar con vuestra relación, cualquiera que esta sea. Pero has de tener claro que solo podrá ser tu amante. A eso se limitarán vuestros encuentros. Si estás dispuesto a eso, por mí perfecto, pero bajo ningún concepto permitiré que echéis tu futuro a perder por una simple y vulgar criada —estableció con rotundidad.

Siendo consecuente con esto, Gabriel estaba dispuesto a eso y a cualquier cosa que no le hiciera perderla. Si había de casarse con otra mujer a la fuerza, la tendría como amante aunque deseara mucho más de ella. Mejor encuentros furtivos y esporádicos que nada. Eso, sin duda, acabaría matándolo.

Destrozado por las circunstancias, sintió algo romperse en su interior. Solo tres meses después de su llegada y ya lo habían utilizado como a una simple moneda de cambio. En unas semanas vendría su prometida, una mujer a la que ni siquiera conocía.

Subió inmediatamente a su alcoba, necesitaba encontrarse con ella. Contarle aquello que lo atormentaba. Saber que ella estaría dispuesta a compartirlo.

Liri supo que algo había ocurrido en cuanto entró en la alcoba. Su rostro reflejaba preocupación. Cuando ya casi se había situado frente a ella, no supo qué decirle y la abrazó fuertemente. Como pudo, Gabriel le contó la conversación mantenida con su padre. Ella, consciente de la situación, se hizo cargo de inmediato pues sabía que tarde o temprano él debería ceder a sus obligaciones.

—Tú serás mi esposa. Llegado el momento se lo haré saber a mi padre —le informó de sus intenciones.

—¿Acaso te has vuelto loco, Gabriel?

—Sí, totalmente loco de amor. —Sonrió, intentando contagiarla.

—Gabriel, hace más de dos meses, cuando comenzamos, ya sabíamos que esto llegaría.

—Sí, pero no tan pronto —apostilló él.

—¿Y eso qué más da? —dijo, llorando.

A ojos de Liri, ella era la que salía perdiendo. Había de pensar con frialdad. Le nacía haberle pedido que se la llevara lejos de allí en ese mismo momento

y comenzaran una nueva vida juntos, sin embargo no lo hizo, no era una situación racional. Y la lógica siempre vencía.

Esa noche, Gabriel la poseyó con fuerza, con ardor, casi brutalmente. Liri había respondido de la misma manera, ambos estaban fuera de sí, ambos sentían miedo, un miedo frío que recorría sus cuerpos. Liri no había dejado de llorar durante todo el tiempo y Gabriel no quiso ni imaginarse qué podía estar pasando por su mente.

No quedó completamente satisfecho hasta que no hubo hecho suya a Liri no dos veces, sino tres. Sentía la furia de un animal, temeroso de perder a su hembra. Y así lo había compartido. Ambos habían respondido a cada beso, a cada roce... las palabras estaban de más entre ellos.

La primera vez que habían hecho el amor esa misma tarde había sido muy suave, muy dulce, simplemente se habían limitado a responderse a las caricias que cada uno daba al otro.

Después Liri yacía junto a él, inquieta, solo se habían tomado un breve periodo de descanso, lo justo para que sus cuerpos recuperasen las fuerzas.

En ese momento, Gabriel había deseado poseerla de nuevo, besó los labios de la joven, una y otra vez, ahondando cada vez más en la profundidad de los mismos, rozando su lengua, sus dientes blancos y alineados, su paladar... acariciando sus senos, succionándolos. Había conseguido excitar tanto a la muchacha que, habiendo llegado hasta el suave triángulo de sus piernas, había notado que la joven alcanzaba el éxtasis sin necesidad de penetrarla. Gabriel sintió que el corazón le bombeaba con fuerza. El clímax de ella se convertía en su delirio. Liri tembló ligeramente de frío y se arrimó a Gabriel, buscando su calor. Fuego era lo que consumía al muchacho en su interior. Súbitamente, sintió cómo la mano de la muchacha acariciaba cálidamente su miembro todavía erecto. Gabriel gimió de placer al sentirla. Jamás habría pensado que Liri tomara la iniciativa, por lo general se mostraba tímida y taimada entre sus brazos. Sin duda, ella también necesitaba más. Rodeó la mano de la joven con la suya, indicándole el movimiento a seguir para darle placer y, de inmediato, ella comenzó a deslizar su mano hacia arriba y de nuevo hacia abajo. Había de reconocerlo, le encantaba, aún más, lo estaba volviendo loco. La muchacha se inclinó hacia su estómago, acariciándolo con los labios, descendió muy lentamente sin levantar los labios de su piel. Tan absorto se encontraba en responder a esos estímulos, hasta ahora desconocidos por él, que no se dio cuenta de que la joven se había acurrucado

alrededor de su miembro viril. Esta quiso darle placer, recordando cómo una vez se lo había dado él a ella, eliminando cualquier resistencia a sus sentidos. Gabriel tendió una mano hacia el costado donde se suponía se encontraba Liri, quería acariciarla y decirle cuánto la deseaba pero no era capaz de articular palabra. Acurrucada, su amante introducía, una y otra vez, aquel miembro erecto en su boca. A ella le gustaba su sabor, le complacía su rigidez y quiso que él se derritiera con sus caricias del mismo modo que ella acababa de hacer. Gabriel apretó con las manos los bordes de la cama. Tenía todo su cuerpo en tensión, nunca nadie le había provocado tales espasmos, nunca nadie había realizado para él acción tan sublime. Consiente del inminente final, quiso avisar a la joven pero solo atinó a decir suavemente su nombre, instantes antes de que derramara su simiente en el interior de su boca. Discretamente, la muchacha se limpió lo mejor que pudo y se apresuró a apoyar su cabeza sobre el hombro de Gabriel que se hallaba en tal estado de conmoción que lo único que acertó a hacer fue tapar sus cuerpos desnudos con las pieles.

Permanecieron así durante un rato. Abrazada a él, Liri le confesó lo mucho que lo amaba. Gabriel se apresuró a cubrir el cuerpo de la muchacha con el suyo propio y bajo unas maravillosas palabras de amor la hizo suya una vez más. En esta ocasión no hubo lágrimas, no hubo dolor, tan solo una espiral de lujuria y pasión.

Preocupados por el estado de ansiedad al que Gabriel parecía estar sometido, Allen y Lori decidieron reunirse con él en privado y no cejar en su empeño hasta saber qué ocurría.

La mirada de su hermano era triste, sin brillo, melancólica... ¿Qué podía estar ocurriéndole? Le habían preguntado en repetidas ocasiones y no habían obtenido respuesta alguna.

Gabriel miró a Allen a los ojos. Su vida, hasta hace poco perfecta, se precipitaba al vacío sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Su mirada gris gritó en silencio. Allen se temió lo peor.

—Padre me ha prometido a una joven noble. En unas semanas estará aquí para ultimar los detalles.

Ambos hermanos quedaron perplejos, Allen no pensaba que fuera a ocurrir tan pronto y Lori ni siquiera había pensado en que su hermano, futuro dueño y señor de aquellas tierras, pudiera ser obligado a nada. Respiró hondo ante lo que eso podía suponer para ella.

—¿Y Liri? —preguntó Lori, temiéndose lo peor.

—¡Lo sabes!

—Desde el principio.

Allen, que se había perdido por completo, quiso saber a qué demonios se referían.

—Está enamorado de su doncella —le aclaró rápidamente.

Allen, con cara de circunstancias, abrió los ojos como platos. ¿Cómo era posible que no se hubiera percatado de nada?

Gabriel explicó a sus hermanos su decisión de no dejarla ni aun teniéndose que casar con su prometida, algo que claramente escandalizó a ambos.

—Tu esposa no querrá tener a la amante de su marido por el castillo, Gabriel. Al menos... yo no querría.

—¿Y qué puedo hacer? No puedo vivir sin ella. La amo con toda mi alma. — Se derrumbó.

Al verlo en ese lamentable estado, sus hermanos intentaron tratar el asunto con el máximo tacto posible. Lori se lamentó junto a él, no en vano ella sería la siguiente. De repente, se vino arriba y mostró su entereza femenina ante su hermano.

—Nuestra vida está planificada desde que nacemos. El amor en esto no tiene nada que ver.

—Lori tiene razón, debes cumplir con tu deber.

—¿Me pides que renuncie a Liri? Precisamente tú, que te has casado con la mujer a la que siempre has amado.

Allen guardó silencio tras el golpe asestado.

—Que difícil es todo esto —se lamentó Gabriel.

—Si quieres yo hablaré con Liri y le explicaré lo sucedido.

—Ya lo sabe. Y me ha dicho lo mismo que acabas de decirme tú. — Desalentado, hundió la cabeza entre las manos—. Ha de haber una manera, seguro que ha de haberla.

Allen intervino una vez más, no podía permitir que su hermano se equivocase de aquella manera. Las segundas opciones nunca serían buenas.

XV

CONVENIOS

Las visitas se sucedían una tras otra. Casi todas las semanas tenían un invitado especial, un nuevo amigo de su padre al que debían conocer.

Lori, haciendo gala de sus buenos modales y su belleza, fue pretendida en numerosas ocasiones... Lord Donald hubo de rehusar muchas ofertas, argumentando que ya había negociado un compromiso para ella. En su lugar ofrecía a Iselda, una adolescente malcriada y consentida que tarde o temprano acababa ahuyentándolos a todos.

Una noche, llegó desde el otro lado del hermoso lago que había al bajar la enorme colina, uno de los mejores amigos de Lord Donald, acompañado de sus dos hijos.

—Querido amigo. —Complacido, agradeció la visita.

—Hola Donald, ¿cómo estás?

—Muy bien, Gregor, muy bien. Supongo que no conoces a mi mujer.

—No, no he tenido el gusto. Sin duda la recordaría.

—Violante, este es mi amigo Gregor. Dueño y señor de las tierras del sur, que lindan con las mías.

—Es un honor conocerlos al fin —dijo ella.

—El honor es mío.

—¿Os acompaña vuestra esposa?

—Mi mujer falleció hace años. Y no he sido capaz de volver a casarme. Pero me alegré mucho al saber que Donald lo había hecho, se había quedado muy solo. Yo al menos tengo a mis dos hijos, Robert de veinticinco años y Troy de veinte.

—Encantada. —Violante se dirigió a los muchachos.

—Estos son mis hijos, Gregor. Guillermo, el primogénito, Rona y Donald. Nora es su esposa. —Aunque Lord Donald permitía a sus hijos llamarse Gabriel, Lori y Allen respectivamente, tal y como habían hecho durante todos estos años de ausencia, en presencia de los nobles utilizaba sus verdaderos nombres de pila, aquellos con los que algún día heredarían sus tierras.

—Vaya, parece que tu hijo ha hecho una buena boda —dijo, valorando la

belleza y los modales de la joven.

—Sí. No tengo queja alguna de ella, pero pronto habrá una boda más en la familia.

El noble arqueó las cejas a la espera de más información.

—Será Guillermo quien contraiga matrimonio en breve —se refirió a Gabriel—. Estáis invitados a los festejos.

—Lástima que no tenga ninguna hija, podría haber sido beneficioso para nosotros una unión.

—Puede que tú no, querido amigo. Pero yo tengo tres.

—Señor, señor —dijo la pequeña Lisabel, haciendo una reverencia, al entrar en la sala.

Lord Donald, gustoso, presentó a su pequeña.

La niña, con un comportamiento exquisito, se hizo adular.

—¿Puedo ir a montar mi caballo? —solicitó educadamente.

—Claro, siempre que Patty te acompañe.

—Sí, señor. Gracias. —Hizo una pequeña reverencia y abandonó la estancia, ante la complacida mirada de los allí presentes.

Violante también se excusó y siguió a su hija.

—Es un encanto de niña —dijo Gregor.

—Sí, está muy preocupada por sus modales. —Sonrió.

—Aprende muy rápido, señor —explicó Lori, encargada de las clases protocolarias de la pequeña—. Ya pronto podrá conducirse sola.

En ese momento, Iselda entró en aquella sala llena de gente como un huracán, un torbellino de insumisión que lamentablemente no pasó desapercibido. Sin embargo, en cuanto vio a Robert, un joven alto y de cabello rubio, llamó su atención al momento.

Durante todas aquellas semanas, había visto desfilar a muchos nobles en busca de esposa, pero a ninguno como Robert. Ninguno con esos profundos ojos, color esmeralda.

Fue entonces cuando, por primera vez, sintió vergüenza de sí misma, de su educación, de su comportamiento... ¿Y si ese muchacho no se fijaba en ella, como no lo había hecho ninguno de los anteriores? ¿Y si la educación recibida no había sido la adecuada? ¿Si tan buen partido era su matrimonio... por qué no recibía ofertas? Deseó al instante saber conducirse ante él, poseer las dotes de la refinada Lori, exhibir sus cualidades.

Sabiendo que su mala educación era la clave, decidió esa misma tarde tomar

medidas al respecto. Se mostraría un poco más tranquila en las comidas, no gritaría a sus nuevos hermanos, miraría a su hermana pequeña con cariño y vestiría con esmero.

Lord Donald se disponía a hacer las presentaciones cuando la muchacha, ante la sorpresa de toda su familia, se dirigió a él como señor. Algo que haría por primera vez en su vida.

—Encantada. Confío en que estén bien atendidos. —Hizo ver que ese era su comportamiento habitual. No le resultó difícil pues había visto a Lori hacerlo en numerosas ocasiones.

Consciente de lo que ocurría, esta sonrió. Sin embargo, Donald no supo llevar a cabo el ardid de la muchacha y, con una falta de tacto mayúscula, la descubrió al interesarse por su nuevo trato hacia él. Lori, en un intento porque la situación quedara sobreseída, intervino dejando ver que solo en privado haría uso de sus formas espontáneas y, por supuesto, bajo su consentimiento.

Así pues, con la excusa de arreglarse para la cena, se llevó a su hermana del salón. No sin antes informar a los invitados de las alcobas que había dispuesto para ellos, algo que su padre agradeció profundamente. Desde que su querida hija gobernaba el castillo, siempre estaba todo perfecto.

Cuando llegaron a la alcoba de Lori, Iselda la detuvo y con la mirada baja se disculpó.

—Lori, yo... yo quería... quería pedirte disculpas... por el comportamiento que he tenido contigo en estos meses. También quería darte las gracias por ayudarme hace un momento en el salón. —En ese momento alzó la mirada avergonzada y continuó—. ¿Qué haré esta noche, hermana? No sé comportarme en la mesa como una dama.

No hizo falta más para que Lori tomara las riendas. La cogió del brazo y tiró de ella hacia el interior de su alcoba. Patty les ayudaría.

Mientras tanto... los hombres, acompañados por Nora, intercambiaban impresiones.

Gregor alabó las notorias cualidades de Lori, algo que agradó profundamente a Donald, que pasó su mano por su recién abultado vientre. Las comidas habían mejorado desde su llegada, era evidente. Entraron entonces en terreno peligroso, no en vano Gregor había participado de forma activa en la búsqueda de los muchachos. Convino años atrás con su gran amigo Donald matar al captor de los pequeños en cuanto este diera señales de vida, por tanto no entendía cómo Owen todavía seguía con vida. Fue entonces cuando, para

sorpresa de los muchachos, Donald reconoció sus dudas respecto al rapto. No tenía tan claro, como otros querían hacerle ver, que él fuera el culpable. Por el contrario, sospechaba de otros cuyo castigo no se haría efectivo hasta obtener pruebas fehacientes de ello.

Alabando pues el trabajo de Owen respecto a la educación de los chicos, Gregor se interesó por Lori. Su unión con Robert les proporcionaría un gran negocio a ambos.

—Bueno, a Rona le espera un futuro venturoso del que todavía no puedo hablar —dijo esto mirando a sus hijos, que sorprendidos ante tal declaración no parpadearon en absoluto.

Ante la imposibilidad de emparentar a Lori, y tal como había hecho ya en otras ocasiones, ofreció a Iselda en su lugar. Ella aún no estaba comprometida y el negocio sería igualmente ventajoso.

Al escuchar aquello... Allen, tremendamente indignado, clamó a los cielos.

—No estáis hablando de ganado, habláis de mi hermana, ¡maldita sea!

—Es una mujer. Para el caso, es lo mismo —Donald sobrepasó los límites.

—Es una persona y como mínimo se deben tomar en cuenta sus sentimientos.

—Mi hijo es muy buen partido —intervino el noble, viendo peligrar su plan.

—También lo es Iselda. —Nora habló por vez primera en toda la conversación.

Donald y Gregor acordaron que las cosas debían ir poco a poco si querían obtener el favor de los muchachos, así pues, permanecerían dos semanas como invitados dejando que las cosas surgieran de forma natural. Ya tendrían tiempo de imponerse en caso de que no fuera de ese modo.

Ajenas a que la maquinaria ya se había puesto en marcha, en el cuarto de Lori, Iselda intentaba seguir sus pasos y aprender lo máximo posible antes de la cena.

Había de conseguir los favores de Robert a toda costa. Pronto llegó Patty con los cubiertos para enseñarle cómo y en qué orden usarlos. Después de una tarde agotadora en la que le explicaron el funcionamiento de los servicios de mesa, la distribución de los comensales, el lenguaje a usar, la forma de masticar y, sobre todo, a hablar con propiedad... las muchachas decidieron mantener esa conversación entre ambas que, a pesar del paso del tiempo, aún no había tenido lugar.

Iselda justificó su falta de tacto con la ausencia de cariño, pues su madre no conocía el significado de aquella palabra y su padre solo había tenido ojos

para Lizabel hasta la llegada de Lori. Esta, sabiendo que eso no era del todo cierto, le hizo ver que, si su padre sentía debilidad por la pequeña, era precisamente porque se comportaba como una hija bondadosa.

Viendo que las intenciones de su hermana eran sinceras, Lori intentó avisarla de la suspicacia de su madre. Desconfiaba de ellos, odiaba sus exquisitos modales, envidiaba el cariño que su padre les profesaba. Toda ella era un cúmulo de malos sentimientos hacia los tres hermanos que, bajo su punto de vista, solo habían llegado con el propósito de hacerse con las tierras. Y además, bajo la tutela de Owen y Mary, esos mismos a los que consideraban sus verdaderos padres.

Pensando que quizá pudiera haberse extralimitado, se sacudió e invitó a su hermana para que bajara en breve al comedor. Casi había llegado el momento de poner en práctica todo lo aprendido.

Tras una familiar y entrañable cena en la que los recién adquiridos modales de Iselda no habían pasado desapercibidos, Lori, acompañada de Iselda, llevó a los invitados a sus respectivas alcobas. Para su comodidad, dispusieron que estas fueran contiguas. La recién estrenada dama compartió con su hermana la función de anfitriona y, si bien era la primera vez que hacía tal cosa, los invitados quedaron satisfechos por tan cortés trato hacia ellos. En especial hacia Robert.

Una vez estuvieron acomodados y tras haber indicado Lori dónde localizarlas en caso de necesidad, ambas muchachas se marcharon a sus respectivas alcobas. Justo en ese momento, el joven detuvo a Iselda. Para asombro de esta, la invitó a dar un paseo por los jardines durante la mañana siguiente y poder así disfrutar de su compañía.

A pesar de lo avanzada de la noche, la muchacha entró en las estancias de Lori. ¡Estaba tan contenta! ¡Todo había salido a la perfección! Seguir a su hermana mayor había sido la mejor decisión que había podido tomar, a pesar de lo que su madre pudiera pensar.

Nunca antes había disfrutado de compañía masculina, así pues, que Robert hubiera pensado en ella... la complacía visiblemente.

Lori, ante la tremenda curiosidad de Iselda, le contó cómo había sido cortejada en numerosas ocasiones, aunque en ninguna de ellas su respuesta fuera afirmativa. Fue entonces cuando la hermana menor, sin saberlo, rozó su punto débil.

—¿Tú estás enamorada? —Inmediatamente, el recuerdo de Sebastian llegó a

su mente.

—Me temo que sí. —El tono serio de su voz no pasó desapercibido para la jovencita que, inmediatamente, quiso saber más—. Él no merece mi amor.

—¿Cómo sabes si lo merece o no? —Cada respuesta de Lori, conducía a Iselda a otra pregunta más interesante aún.

—Creo que no es fácil decidir qué es lo más conveniente cuando se está enamorada. Los pensamientos no fluyen de la misma manera.

—Creo que ha sucedido. —La muchacha se veía reflejada en cada una de las palabras de su hermana.

—¿Te gusta mucho ese hombre, verdad?

—Sí, creo que sí.

—Ve con cuidado, querida. No te dejes embaucar. Los hombres saben cómo lograr lo que quieren. Conviértete en su esposa y solo después entrégale tu amor.

—¿A ti te han besado alguna vez?

—Por amor, no.

—¿Se puede besar de otra manera?

—Créeme. En ocasiones, ellos tienen cierto poder para tomar por la fuerza cuanto desean.

—Suena muy mal, eso que cuentas.

—Es tan malo como suena, Iselda. ¿Y a ti? ¿Te han besado alguna vez?

—No, nunca. A decir verdad, este es el primer hombre que me gusta.

—Y mucho —supuso—, si estás dispuesta a cambiar por él.

—Sí. Me gusta mucho —reconoció con una sonrisa.

—Me alegro por ti. Tú al menos sientes algo por él. Auguro que vuestra boda será un hecho. —Pensó en Gabriel al pronunciar aquellas palabras.

—¿De verdad lo crees?

—Ellos están aquí por algo y la unión entre nuestro padre y el de Robert sería beneficiosa para ambos.

—¿Solo por eso? ¿No crees que me ame?

—¿Acaso crees que la muchacha que viene de camino para casarse con Gabriel lo ama, si ni siquiera lo conoce? Por desgracia hermana... las mujeres hemos nacido para ser usadas como moneda de cambio entre los hombres. Solo cabe desear que seamos capaces de amar a aquel que nos imponen.

Con estas últimas palabras, las muchachas se despidieron e Iselda abandonó

la estancia de su hermana. Mientras se marchaba, su cabeza ya maquinaba. Su boda tendría lugar bajo el mandato de su padre, pero el suyo sería un matrimonio por amor. La mirada de Robert así se lo había hecho saber.

Organizando, como estaba, un nuevo día en el castillo... Lori lo dejó todo al ver el rostro desfigurado de Gabriel. Su hermano había irrumpido en aquella estancia repleta de servidumbre con la mirada brillante y la cara desencajada. Iselda, que acompañaba a Lori en su afán de aprender, miró a esta de forma pesarosa.

—Llevo desde el alba buscando a Liri y no hay manera de encontrarla. — Gabriel miró a su hermana a los ojos.

—No te preocupes, Gab. Seguro que estará bien. —Quiso tranquilizarlo.

—¿Alguna de vosotras la ha visto? —Ignorando sus palabras, preguntó a las chicas que no perdían detalle.

—No señor —respondieron casi todas.

—Señor, yo la vi —dijo una chica joven desde fondo.

—¿Dónde está? —le imploró.

—Anoche se marchó a casa de unos parientes.

—¿Cómo? —En ese momento, su mundo se vino abajo.

Aquella había sido la primera noche que Gabriel no había disfrutado de la compañía de Liri. Solo faltaban unos días para la llegada de su prometida y ella así lo había decidido. Algo que, muy a su pesar, él quiso respetar. Lo que no podía haber imaginado nunca era su intención de abandonarlo.

—¿Dónde viven esos parientes? —preguntó compungido.

—Lo desconozco, señor. Solo sé que se encuentran fuera de estas tierras.

—Gabriel. Sube a tu cuarto, en un momento estaremos allí Allen y yo. —Lori se preocupó al ver es estado de su hermano. Sin duda, aquello requería de una reunión entre los tres.

—Se ha ido —insistió él.

—Iselda, hazte cargo de todo esto. —La jovencita asintió, mientras Lori cogía a Gabriel por el brazo y lo sacaba de allí.

—Ves entrando a tu alcoba, voy en un momento.

Se dirigió hacia la alcoba de Allen, llamó a la puerta y esperó a que le dieran paso.

—Liri se ha ido. Gabriel, nos necesita. ¡Ahora! —Fue parca en palabras.

Allen se levantó de la cama de un salto, se puso la primera camisa que vio sobre la silla y siguió a su hermana.

Cuando entraron, vieron a Gabriel llorando como un niño.

—Se ha ido. Liri se ha marchado. Al final me ha abandonado.

—Tranquilízate, Gabriel. —Al ver su estado, Allen se preocupó de verdad. Tomó asiento a su lado y pasó el brazo por su espalda, intentando arroparlo.

—Has de entender que para ella esta situación es muy difícil. Yo, quizá, hubiese hecho lo mismo —dijo Lori.

—No, no lo hubieras hecho, tú te habrías quedado a luchar...

—¿Por qué? ¿Por una causa que sabes perdida? Solo se habría engañado a sí misma. Lo sabes.

—Sí, Gabriel —intervino Allen —, no podías pedirle que se quedara. No es justo para ella. Si de verdad la quieres, cosa que no dudo la más mínimo, debes dejarla marchar.

—¿Y es justo que yo me quede sin ella?

—No, no lo es —dijo Lori—. Pero pronto tendrás a alguien a quien amar de nuevo.

—Tendrás esposa —aclaró Allen, sabiendo que no se ama tan fácilmente—. Y en un futuro, quizá puedas amarla.

—No, Allen. Eso no ocurrirá. No volveré a amar de nuevo. Duele demasiado.

—Dentro de unos días, cuando tu futura mujer esté con nosotros, todo será diferente —resolvió Lori, quitándole importancia.

—¿Acaso tú te casarías con un hombre sin amarlo?

—Voy a hacerlo Gabriel, lo sabes. Nunca podremos elegir.

—Entonces ve haciéndote a la idea. Tu destino tampoco está muy lejos. Padre ya tiene un marido pensado para ti —se le escapó sin pensar.

—Lo sé —se lamentó para su sorpresa—. Supongo que no os dije nada porque me aferro a la idea de ignorarlo. —Sus mejillas quedaron bañadas por las lágrimas. Entended que yo, además, partiré hacia tierras extrañas. Eso no ayuda demasiado.

Gabriel sintió cierto alivio, al menos él no habría de alejarse de los suyos.

Ambos hermanos se levantaron y, simultáneamente, la abrazaron cada uno por un lado. En aquel momento, los tres hubieran deseado detener el tiempo y aferrarse a su, hasta entonces, indestructible vínculo. Muy a su pesar, el lazo que siempre los había mantenido unidos, ahora parecía resquebrajarse por momentos.

XVI

SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

Elisse, precedida por sus padres, llegó vestida de gala con un hermoso traje de color claro, adornado con ribetes en tonos más oscuros. Doncella hermosa donde la hubiera, recogía su largo cabello rubio a media espalda mientras su felina mirada de ojos verdes brillaba a la luz del sol. No era excesivamente alta, pero sí poseía una figura estilizada.

De igual modo, todo el mundo en el castillo vestía sus mejores galas para recibirla, no en vano se convertiría en la futura señora De Sunx. La máxima autoridad femenina de aquellas tierras.

Elisse resultó ser una bonita joven de quince años, inteligente y de buena conversación que enseguida agradó a todos los allí presentes incluido Gabriel que, siguiendo los consejos de sus hermanos, trataría de ser complaciente.

La boda se celebraría en mes y medio escaso, mientras tanto, toda la familia de la joven se alojaría en el castillo.

Durante ese tiempo, Gabriel dispuso varios momentos a solas con su prometida. En ellos descubrió a una joven bien educada y con un gran amor por la naturaleza. Tan comprensiva y humana que le recordaba, en cierto modo, a su hermana y con un fuerte carácter muy marcado que no la dejaba amilanarse ante nadie.

En el intento por conocer si su hermano podría llegar a ser feliz junto a aquella jovencita, Lori le preguntó cuáles eran sus impresiones acerca de Gabriel. Algo que la muchacha entendió como un acercamiento por parte de su futura cuñada hacia ella, tanto así, que no dudó un instante en hacerle partícipe de sus emociones.

—Hace poco que lo conozco, no puedo decirlo por tanto que lo amo pero, del mismo modo, tampoco puedo negar que es un hombre joven, guapo e inteligente que me agrada.

—Habláis como si ya lo conocierais. —Lori se sorprendió.

—Sencillamente me he esforzado en conocer al que será mi esposo. Creo que es mi responsabilidad.

—Entonces amadlo como hombre y como persona.

Al parecer, las cosas marchaban como debían. La muchacha había quedado prendada de Gabriel como él también parecía sentirse atraído por ella. Donald había sido testigo de cómo su hijo tomaba a su prometida de la mano en ocasiones, de cómo le había robado algún furtivo beso, de cómo ambos se dirigían miradas de complicidad. Si en algún momento temió que se malograrán sus planes, debido a aquella sirvienta, al ver su nuevo comportamiento... las dudas parecían disiparse y, aunque no sabía bien qué le había hecho cambiar de opinión, se conformó con que sencillamente esto fuera así.

Donald, pletórico y feliz, no tardaría en cerrar con Gregor el acuerdo. De este modo, sus tierras se convertirían en infranqueables, ya que las uniría al norte con las de Ossian gracias a la boda de Gabriel y al sur con las de Gregor por los esponsales de Iselda.

Sí, había hecho un buen plan de bodas para sus hijos.

Ahora era el turno de su hija mayor, con ella era mucho más difícil, la amaba con todo su corazón y entregarla de ese modo le partía el alma pero aquellos eran tiempos de sacrificio. Tanto para sus hijos como para él. Armándose de valor para embestir tan dificultosa empresa, convocó en la biblioteca a Lori, su queridísima hija Rona como él la llamaba.

—Quería hablar contigo de algo importante, hija mía. He decidido que en unas semanas tú también conocerás al que será tu esposo. No quisiera perderte tan pronto pero es necesario que así sea.

—¿Cómo? —Ante las palabras de su padre, Lori perdió el habla. De súbito, un escalofrío recorrió todo su cuerpo a velocidad vertiginosa. Pensó en su hermano, en cómo había intentado que no le diera importancia a algo que realmente la tenía; pensó en Sebastian, en cómo lo suyo había concluido mucho antes de empezar; y pensó en todo cuánto echaría de menos una vez desposada.

—¿Creías acaso que me olvidaría de ti? ¿O quizá que no te encontraría un buen esposo? —Donald obvió la sorpresa de su hija.

—No señor, no es eso. —Parpadeó y tragó saliva al mismo tiempo—. Es que no creí que quisierais deshaceros de mí tan pronto.

—¿Deshacerme de ti? ¿Por qué querría yo hacer eso, querida niña?

—Me habéis buscado marido, señor. Y yo todavía no lo deseo.

—¿Por qué motivo? —preguntó sorprendido.

—Acabo de recuperaros. Además, no quiero separarme de mis hermanos. Y

lo más importante, no estoy preparada para marcharme de aquí con ningún desconocido.

—Ahí te equivocas. Conoces a tu futuro esposo casi tanto como yo.

La mirada interrogante de Lori se clavó en aquellos ojos del mismo color que los suyos.

—¿Acaso os referís a alguno de vuestros anteriores invitados? —Dado que ninguno de ellos le había resultado lo suficientemente interesante como para que lo recordara en modo alguno, se temió lo peor. Llegados a ese punto, comenzó a hacer tanta memoria como pudo, repasando sus rostros mentalmente.

—No, en absoluto. A decir verdad, cuando venga a visitarnos, será la primera vez que lo haga.

—¿Entonces, cómo iba yo a conocerlo? Lori no entendía nada en absoluto.

—El hombre al que te prometí, aun sin saber que te encontraría no es otro que Sebastian, de la casa O'Neill. El dueño y señor de las tierras donde habéis vivido durante tanto tiempo.

A Lori se le abrieron las carnes al escuchar su nombre.

—¿¡Habéis pensado casarme con Lord Sebastian!?

Aunque había de reconocer que para ella la noticia era sumamente gratificante, temía que él no la aceptara de buen grado cuando supiera que se trataba de ella misma.

—¿Él sabe que soy yo? —preguntó finalmente.

—Por supuesto. Fue él quien lo propuso.

—¿Cuándo vendrá? —Los ojos de la muchacha brillaban mientras se debatían entre el pánico y la emoción.

—Puede que dentro de tres o cuatro días.

—¿Tan pronto?

—Pareces nerviosa. —Al ver la reacción de su hija, Donald intuyó que entre ellos podría haber ocurrido algo. Eso le preocupó en cierto modo.

—Es que lo estoy, mi señor. —¡Y tanto que lo estaba! Los nervios se habían instalado en su estómago, causando verdaderos estragos.

—Lady Violet estará encantada. Me informó de su debilidad por ti, cuando estuve en sus tierras. —Intentó llegar hasta ella.

—Será un placer volver a verla. Me ayudó mucho cuando estuve bajo sus órdenes. Si no hubiera sido por ella y por Owen, no sé qué habría sido de mí.

—Entonces dime... ¿por qué pones impedimentos?

—No los he puesto, solo expresaba mi opinión.

—¡Bien! —Sin impedimentos todo irá mejor—. Entonces, debes ir preparándote hija mía, tu boda se celebrará en poco más de una semana.

—Eso quiere decir que en menos de dos semanas estaré de vuelta en el castillo de Lord Sebastian.

—Así es —asintió satisfecho.

—Vendrá Lady Violet, supongo.

—Supones bien. Aunque está muy decaída por la muerte de su marido, ha decidido acompañar a su hijo. Supongo que no quiere perderse nada más de la vida de ese muchacho al que tanto tiempo ha añorado.

—¿Lord Bryan ha muerto? —Las sorpresas se sucedían una tras otra.

—Hace escasamente un mes. Sin embargo, estoy plenamente seguro de algo, vuestra boda le devolverá un poco de ilusión.

Poco más duró esa conversación ya que a Lori parecía faltarle hasta el aire. Abandonó el salón, visiblemente emocionada, y se dirigió al patio. Al parecer, se casaría con Sebastian finalmente, ella que tanto lo había amado en silencio y que tanto lo había odiado en el recuerdo. ¿Y él? Si sabía que se trataba de ella y seguía adelante con el compromiso... quizá también la quería de algún modo.

El siguiente paso sería informar a sus hermanos. Ellos que tantas dudas tuvieron sobre él al principio respecto a su comportamiento para con ella.

Seguida de Iselda, entró en la alcoba de Allen. Allí, sus dos hermanos charlaban de forma distendida.

Sin perder un solo instante, les informó de su inminente matrimonio. Los muchachos, no menos indignados que sorprendidos, clamaron a los cielos. ¿Pero qué es lo que estaba ocurriendo con su padre?

—¿Quién es el afortunado? —Gabriel, que por desgracia conocía tal sensación, solo pensaba en el dolor de su hermana.

—Es Lord Sebastian O'Neill —respondió súbitamente.

—¿Cómo? —Nora, que hasta entonces se había mantenido en un discreto segundo plano, se levantó y se acercó a ellos sobresaltada.

—¿Lori, estás segura de eso?

—Sí, padre acaba de comunicármelo. —El tono de su voz delataba la tristeza que sentía en su interior.

—¿Y vas a casarte con él? —La muchacha no podía dar crédito a sus oídos.

Allen la reprendió duramente. ¿Cómo intentaba alojar en Lori la semilla de la

insubordinación?

—Déjame, Allen.

Aquella era la primera vez que replicaba a su esposo, pero ella conocía bien sus motivos. Lo hacía por su amiga, por su hermana... porque la quería y porque conocía lo ocurrido entre Sebastian y ella.

—Responde —se dirigió a Lori de nuevo—. ¿Vas a casarte con él?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Al parecer, la boda fue concertada antes incluso de que volviéramos.

Los muchachos no daban crédito ante tal despropósito, prometerla sin saber si estaba viva siquiera.

—¿Él está enterado de quién eres? —quiso saber al respecto.

—Padre dijo que sí. Y que fue él mismo quien lo propuso.

—¿Dijo eso?

—Nora, basta ya —le ordenó Allen—. ¿Por qué tantas preguntas? ¿Qué sentido tiene?

—Porque... —Iba a decirlo pero al ver el rostro desencajado de Lori, pensó que debía callar.

¿Qué ocurriría si les dijera a todos que ella lo amaba desde hacía tiempo y que él había obviado los incidentes ocurridos en el castillo en contra de su honor?

—Acaba, Nora. —Allen estaba frenético. No entendía aquello que su mujer parecía haberle ocultado.

—Nada, no me hagas caso —dijo, volviendo a sentarse en la cama.

Aunque los muchachos quedaron turbados, ninguno dijo nada al respecto. Los pensamientos de todos ellos divagaban sin remedio, convergiendo en un punto común: la tanda de bodas a las que se verían sometidos en breve. Primero Lori con Sebastian, después Gabriel con Elisse y por último Iselda con Robert. Sin duda, iban a estar ocupados por un tiempo.

Una vez acabaron tan tremenda conversación, los chicos salieron de la alcoba realmente enfurecidos.

Lori e Iselda se quedaron en ella junto a Nora y esta inmediatamente la abordó sin contemplaciones. Temía que Sebastian todavía viera a Lori como una simple doncella a la que manejar a su antojo, a la que utilizar para satisfacer sus necesidades y a la que esgrimir para cubrir su sed de poder. Iselda, atónita ante lo que escuchaba, permanecía en silencio mientras estudiaba el rostro de su hermana e intentaba adivinar el motivo que la había

llevado a mantener ocultos sus sentimientos.

Los muchachos, sin embargo, se dirigieron al salón. Por desgracia para Robert, se lo encontraron en él, en un momento en el que los ánimos estaban demasiado crispados.

Ambos le recriminaron por su precedida fama en cuanto a su comportamiento con las mujeres. Las tomaba cuando quería, las usaba a su antojo y las despreciaba cuando se cansaba de ellas.

Lo habían sabido desde el principio y habían decidido permanecer en silencio hasta entonces. Lo seguirían haciendo, le informaron, siempre y cuando les jurara que la única mujer para él a partir de entonces sería su hermana.

Allen dejó clara su postura. Si Iselda fuese desgraciada, él moriría; si no era la dueña y señora de sus tierras, él moriría; si no era tratada con el honor y respeto que una dama de alta cuna merecía, él moriría. De cualquier modo, el moriría si llegaba a sus oídos algo que no fuera de su agrado en lo referente a su hermana.

Sin duda lo había hecho sudar. El joven se había limitado a asentir con la cabeza por miedo a que los dos hermanos pudieran llevar aquella condenada justicia, de la que tanto hacían gala, a cabo antes incluso de que la mereciera.

XVII

TRÍO DE PAREJAS

Los días se iban sucediendo uno tras otro en el castillo De Sunx y, mientras la familia esperaba que llegaran los últimos integrantes de esa sucesión de pactos infames, las parejas ya formadas en él se iban conociendo poco a poco.

Por un lado estaban Gabriel y Elisse, que mantenían grandes charlas durante sus continuos paseos por el jardín. Él no la amaba, ello le resultaba imposible mientras Liri ocupara su corazón, sin embargo, había aprendido a valorar sus notorias cualidades. ¿Y por qué no decirlo? A dejarse llevar por la seducción que su belleza causaba en él. Puede que lo suyo no fuera amor, pero quizá había alguna posibilidad para ellos en un futuro.

A ella le encantaba escuchar su voz, admiraba la forma en que hablaba del amor. Quizá no había mayor entendido que aquel que había sido atrapado en sus redes. —Cuando no deseáis estar con nadie más que con esa persona, cuando aguardáis impaciente su llegada, cuando buscáis su rostro entre la multitud, cuando por cada palabra que escucháis de sus labios moriríais, cuando deseáis que llegue hasta vos y os bese con pasión, cuando se os corta la respiración al escuchar que os ama con toda su alma... es entonces cuando sabéis que estáis enamorada—. Aquellas habían sido palabras utilizadas por Gabriel en alguna ocasión y para Elisse, poseedora de cierto grado de inteligencia, había resultado fácil adivinar que él estaba o había estado enamorado, sin embargo, lejos de ofenderse o amilanarse... había dejado clara su postura al concederle el tiempo necesario para que la olvidase. No en vano había sido plenamente sincero con ella al reconocerlo y no en vano, también, le había hecho saber que para nada quería comenzar una relación basada en la mentira y la desconfianza. Que necesitaba de su ayuda era un hecho, pero que deseaba ser un buen esposo para ella... también. Ambos estaban seguros, el tiempo curaría sus heridas y después...

Elisse, sintiendo palpar su corazón, solo deseaba estar con él. Así pues, si necesitaba un poco de tiempo, estaba dispuesta a concedérselo. No iba a perder cuanto se le había otorgado con anterioridad por una mera rabieta de

celos, por el contrario, supo ver más allá de su dura confesión y a la suma de sus numerosas cualidades añadió el don de la sinceridad. Algo muy loable a su modo de ver.

Por otro lado estaban Iselda y Robert, que llevaban un noviazgo más lánguido y parsimonioso, debido a la prematura edad de la novia. Entre ellos surgían menos complicaciones ya que ambos habían quedado prendados el uno del otro, prácticamente al instante. Además, la ausencia de problemas entre ellos ayudaba notablemente, aunque esto fuera así sencillamente porque él no se había mostrado tan sincero como debía.

Y por último estaban Lori y Sebastian, cuyo protagonista masculino haría su aparición en escena en breve. Su inminente llegada había desatado los nervios de la muchacha que, esa misma mañana, se levantó temprano, se bañó a conciencia, pidió a Key que la ayudara con su mejor vestido y exigió que la peinara con esmero. Quería estar encantadora para cuando llegase Sebastian, su Sebastian. Aquel que, ignorando su zafio y desproporcionado comportamiento, la había aceptado como esposa para amarla y respetarla durante el resto de su vida. Lo había añorado tanto durante los últimos meses que, próximo su reencuentro, no podía evitar que su corazón palpitará cual caballo desbocado.

En un intento por complacer a la madre de su futuro esposo, Lori no olvidó ponerse el broche que esta le había regalado con tanto cariño. Deseaba que la señora lo reconociera y supiera que siempre la había llevado con ella.

Con el sol en su zénit, Lori bajó a la sala de estar. En ella aguardaría ansiosa hasta escuchar el trotar de los caballos y el ruido del carruaje. Violante, ajena, leía un libro al calor de la lumbre.

—Al final lo has conseguido, ¿verdad? —le reprochó aun no habiendo cerrado la puerta siquiera.

—No sé a qué os referís.

—¿No lo sabes? —El rencor que sentía hacia la muchacha quedó reflejado en su rostro—. Mi hija te tiene en tal alta estima que no quiere ni hablarme. Me la has arrebatado y le has arrebatado el hombre que yo había elegido para ella. Mi marido solo escucha tus consejos y yo he quedado relegada a un segundo plano en su vida. Para él no existe nadie más que sus hijos. Has transformado a mis hijas en una infame copia de ti misma. Dime... ¿qué clase de embrujo utilizas para que todos hagan tu voluntad? ¡Maldigo el momento en que llegaste a esta casa! ¡Ojalá hubieses muerto entonces!

¡Habría sido tan sencillo, de no ser por un par de incompetentes! —Lori olvidó todas las ofensas pronunciadas hacia su persona con solo escuchar el hecho de su rapto. Había algo en esa mujer que la desconcertaba, algo que la hacía sospechar de ella.

—Sé que escondéis algo, estoy segura de ello. Y no pararé hasta descubrirlos, me cueste lo que me cueste —Lori mostró su carácter con vehemencia.

—No consiento... —La mujer temió haber hablado de más.

—¿Qué no le vas a consentir? —quiso saber Donald que en ese momento entraba por la puerta.

—Donald —disimuló Violante, sorprendida.

—¿De qué hablabais? Supongo que no habré de recordarte quién dirige este hogar, verdad. Creo que Lori está mucho más capacitada que tú para hacerlo. Además... está ayudando mucho a Lisabel, e Iselda ha cambiado considerablemente desde que ella está apoyándola con sus obligaciones. Así pues, no creo que tengas derecho a consentir o dejar de hacerlo. En todo caso sería ella la que habría de censurarte a ti —dijo cogiendo a su hija por los hombros.

Lady Violante, visiblemente humillada, salió del salón casi corriendo.

Padre e hija, una vez a solas, compartieron sus sospechas acerca de ella. Ambos daban por sentado que sabía más de lo que contaba en lo referente al secuestro. Aun así acordaron no descubrirla, de este modo intentarían sonsacar de ella pruebas que incriminaran a los captores. Culpables entre los que excluían a Owen con convencimiento, Donald estaba cada día más seguro de ello.

—Señor —dijo un oficial desde la puerta.

—¿Sí?

—Lord Sebastian acaba de llegar, en este momento están cruzando el puente.

—¡Fantástico! —A Donald le cambió la cara al instante.

—¡Oh, Dios! —Lori, que con lo ocurrido se había relajado un poco, quedó presa del pánico al instante.

—¡Avisa a todos! Los quiero aquí de inmediato.

Lori, hecha un manojo de nervios, miró a su padre a modo de súplica. ¿Qué era lo que necesitaba? Ni ella misma lo sabía.

—¿Qué sucede? —preguntó Gabriel que llegaba, seguido de Elisse, Allen y Nora.

—Lord Sebastian acaba de llegar —anunció Donald.

—¡Dios! —Nora se aproximó a Lori para tranquilizarla, Elisse hizo lo propio.

—¿Ya está aquí, verdad? —Iselda llegó acompañada por su futuro esposo.

—Sí —dijo Allen, viendo cómo el resto de la familia se sumaba a ellos.

Un gran recibimiento para Sebastian.

—Lord Sebastian O'Neill y Lady Violet O'Neill. —Aquel anuncio, por parte del oficial, formó un nudo en el estómago de Lori.

Al verlo entrar en la sala, casi se desmaya. Ambos fueron directamente a saludar a Lord Donald sin advertir, entre tantos asistentes, la presencia de los tres jóvenes.

—Sebastian, muchacho —dijo, abrazándolo con fuerza. La ternura que el joven despertaba en el Lord era perceptible a la vista.

—¿Cómo estáis, señor? —Aunque el rango de Sebastian era considerablemente mayor que el de Donald, este se dirigía a él con tanto protocolo y respeto como conocía, pues a él debía cuanto era.

—Muy bien, hijo. Lady Violet... —se dirigió a ella—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Bastante mejor, gracias. Ha sido un duro golpe, pero poco a poco me repondré.

—Entiendo... Os presento a mi esposa, Lady Violante, y a mis hijas, Iselda y Lisabel.

—Milady —dijeron las tres a la vez.

—El gusto es mío —respondieron madre e hijo.

—Y ahora... ahora os presento a mis hijos perdidos hace tanto tiempo y encontrados recientemente —dijo con brillo en los ojos—. Aunque presiento que vos los conocéis mejor que yo. Mis hijos, Guillermo y Donald, y mi hija Rona.

—¡Lori, hija mía! —exclamó Lady Violet cuando la vio acercándose a ella.

—Señora... —La muchacha la abrazó con ternura, saltándose el protocolo.

Iselda estaba impresionada con todo aquello, era la primera vez que veía a Lori comportarse de aquella manera en público. No le pareció correcto el dulce y familiar abrazo con el que ambas se fundieron, pero tampoco pudo evitar reparar en cómo Lori podía querer tanto a la que había sido su dueña y señora hasta hacía unos meses. No pudo menos que lamentarse entonces por su mala conducta respecto a su servidumbre. Sin duda alguna, jamás habría mostrado ninguno de ellos tan gran afecto hacia ella.

—¿Cómo estás hija mía?

—Muy bien, milady ¿y vos? —La muchacha intentaba mantener la compostura ante la atenta mirada de Sebastian.

—Después de...

—No os disgustéis ahora. Ya tendremos tiempo de hablar más tarde. Sentaos, parecéis alterada. Key, por favor —se dirigió a la sirvienta—. Tráele un vaso de agua a la señora.

—Enseguida, milady.

—¿Por qué te marchaste así? —Lady Violet le pidió explicaciones por no haber confiado en ella.

—No tuve más remedio, os lo explicaré todo con más calma.

—Hija... —Donnald llamó su atención.

—¿Sí, padre?

—Este es tu futuro marido.

—Señor... —La muchacha, hecha un manojo de nervios, mostró sus respetos a Sebastian.

—¿Ella es la hija que me ofrecéis por esposa, señor?

—Sí, Sebastian, ella es.

Ahora, cuando por fin había podido estudiar el rostro de su prometido, se daba cuenta de que no iba a resultar tan fácil como su padre le había hecho creer.

—¿Tenía entendido que ya sabía quién era yo, señor?

—Lo siento pero debería haber sido informado. —Sebastian se mostró inflexible.

Lori sintió cómo le fallaban las piernas, jamás habría esperado tal desenlace. Ella que tantas ilusiones había puesto en esa impuesta boda que parecía ofrecerle al único hombre que había amado en su vida.

—¿Entonces me mintió, señor? —Lori pidió explicaciones a su padre, a pesar de haber perdido casi la voz.

—Yo jamás dije que él supiera tu identidad. —Donnald no quiso violentar a Sebastian por miedo a que rompiera el compromiso y se limitó a apostillar las conclusiones de Lori.

—Pero... —se calló antes de reconocer que había sido ella quien había tenido el error.

—¿Acaso no os agrada mi hija, Sebastian? —Donnald quiso tantear al muchacho.

—No es eso, señor, es solo que ha supuesto para mí una gran sorpresa —dijo,

haciendo que una nube ensombreciera el rostro de Lori.

—Quizá debí haber sido más explícito.

Al escuchar aquello, Lady Violet intervino de inmediato. Su hijo cumpliría con la promesa de desposarse con Lori. No veía mejor esposa para Sebastian que aquella a la que estaba prometido, esa misma a la que ella adoraba.

—Me casaré con ella —dijo este finalmente, reconociendo como ciertos los argumentos de su madre.

La voz de Sebastian había sonado demasiado fría. Para Lori, el comportamiento descortés de su futuro esposo denotaba claramente el fastidio que sentía al verse obligado a aceptar esa boda. Así pues, no pudo resistir por más tiempo y sintió ganas de desmayarse en ese mismo instante. Para evitar tal bochorno, pidió disculpas con voz temblorosa y abandonó la sala ante la atenta mirada de todos los allí presentes.

Derrotada y con paso lento subió a su alcoba. En cuanto entró, se sentó en la cama y rompió a llorar. Necesitaba desahogarse por lo ocurrido. Y había decidido echarlo todo en ese momento porque, una vez casada con él, nunca más lo volvería a hacer. Ni por ella misma ni por un futuro al lado de un hombre que la detestaba en el mismo grado en que ella lo amaba.

—Si me permiten... —Nora sintió la necesidad de consolarla.

—Déjala muchacha, ahora querrá estar sola. —Donnald le impidió acompañarla.

—Yo iré con ella. —Al menos Lady Violet se apiadaba de ella, pensó Nora—. Tenemos mucho de qué hablar —dijo mirando a su hijo con cierto aire de reproche.

Acompañada de Key, llegó a la alcoba de Lori. Seguidamente, abrió la puerta sin llamar y entró en la estancia, buscándola con la mirada. Se acercó a ella en cuanto la vio sobre la cama y se sentó a su lado.

—Los hombres son unos inconscientes, hija. No debes llorar por ninguno. Ni siquiera por mi hijo.

—Lady Violet... —La muchacha levantó la cabeza y abrazó a la mujer.

—No te preocupes por nada pequeña.

—Mi padre me hizo creer que Lord Sebastian sabía que era yo quien se iba a casar con él y que me había aceptado de buen grado. Sin embargo, me he dado cuenta de que Nora tenía razón y que la boda se efectúa tan solo por una promesa de vuestro hijo.

La muchacha secó sus mejillas con un pañuelo bordado por ella misma y

miró a los ojos a aquella mujer a la que adoraba.

—Preferiría casarme con un desconocido que pudiera aprender a amarme, a casarme con alguien que me desprecia de antemano.

—Mi hijo no te desprecia, querida niña. —Lady Violet desconocía los motivos que llevaban a la muchacha a esa conclusión—. Solo ha actuado así porque no sabía qué hacer o decir.

—Cualquier cosa hubiera sido mejor que lo que ha dicho y hecho.

—Ya lo sé. Pero has de entender que todos sentimos mucho que te marcharas de aquella manera, Lori. Sencillamente está dolido contigo. Tú nos abandonaste sin más —supuso la mujer.

—¿De verdad creéis eso que decís? Todo fue muy precipitado, señora — intentó explicarse para que entendiera lo ocurrido—. Owen supo que mi padre estaba en su castillo y, en consecuencia, les contó a mis hermanos la verdad acerca de nuestro nacimiento. Dada la gravedad de las circunstancias, tomaron la decisión de volver aquí y aclararlo todo. La misma noche de la fiesta, Nora vino a avisarme y, aunque sabía que aquella no era una manera digna de marcharme, no deseaba ver a vuestro hijo.

—¿Por qué no deseabas verlo? —Eso llamó su atención.

—Acababa de tener un pequeño percance con Gursac y él lo había defendido cuando en realidad la agraviada fui yo. Vuestro hijo vio cómo me besaba e intentaba tomarme por la fuerza y en lugar de ayudarme, le incitó a tomarme en otro momento más adecuado.

—Ya hemos tenido otros problemas con ese muchacho, pero Sebastian se niega a verlo. No sé qué le pasa a este hijo mío.

—¿Sigue en el castillo? —quiso saber preocupada.

—Sí, pero no tengas miedo, no intentará nada. Vuelves como la esposa de Sebastian. No se atreverá a tocarte.

—Eso espero.

—¡Oh, querida! —La mujer no pudo reprimirse por más tiempo—. ¡Estoy tan contenta! —Cogió su mano y la besó como lo haría una madre—. ¡Te he echado tanto de menos!

—¿Quién se quedó a cargo de todo? —Lori sintió verdadera curiosidad.

—Yo misma, hija. No creía que Nina estuviera preparada.

—Pero ha debido ser muy duro para vos —dijo, sintiéndose culpable en cierto modo.

—Sí, lo fue —reconoció la mujer—. Y aún más, teniendo en cuenta que mi

marido estaba muy enfermo y necesitaba de mis cuidados. Lo cierto es que, aunque me duela mucho reconocerlo, cuando murió... descansó él y descansé yo.

Al escuchar esto, Lori le dio su más sentido pésame, se interesó por los últimos momentos del que durante años fue su señor y le comunicó cuánto hubiera deseado acompañarla en esos momentos.

—No sabes cómo te necesitaba, Lori. Desde que te fuiste, todo ha ido de mal en peor. Hasta Sebastian pensaba en buscarte para que volvieras con nosotros.

La muchacha no pudo creer lo que acababa de escuchar. ¿Podría ser eso posible?

—Sí, nunca ha sabido cómo tratarme. En esos momentos, me vio tan desesperada que te hubiera buscado dondequiera que estuvieses.

¡Lástima! Se dio pena a sí misma. Por un momento había pensado que quizá pudiera haberla echado de menos aquel al que amaba.

—Pero hay algo que Sebastian desconoce aún, él te echaba de menos tanto como yo, puede que más incluso.

—¿Creéis vos eso posible, señora? —De nuevo la joven se ilusionó.

—Puedes llamarme Violet, querida.

—Para mí, vos siempre seréis mi señora.

—Llámame al menos Lady Violet.

—De acuerdo, Lady Violet. —Ambas sonrieron.

En ese preciso momento, Key anunció a Lord Sebastian.

Lady Violet sonrió a Lori, se levantó y abandonó la sala.

Al cruzarse con su hijo, se detuvo un instante y con la mirada le hizo partícipe de su malestar. Sabía que no era estúpido y que estaba allí para recomponer su inexplicable travesura. ¿Pero había sido necesario?

Inmediatamente la muchacha se levantó y sacudió su vestido. Cuando estuvo frente a ella, permaneció en silencio y lo observó a la espera de que él hablara en primer lugar.

—Quería disculparme por mi conducta. —No necesitó esperar mucho para obtener su disculpa—. Me he comportado como un estúpido.

—Solo ha sido sincero, señor. Dijo lo que sentía en ese momento. —La altivez de la muchacha dejaba claro que se había molestado.

—¡No! Sé que te he ofendido.

—Cierto —dijo Lori, sentándose en una silla e invitando a Sebastian a hacer

lo mismo.

—Es solo que me ha sorprendido mucho verte. Más aún que fueras mi prometida.

—Me hago cargo, señor. No todos los días se conoce a una doncella que resulta ser de sangre noble.

—De cualquier modo, me gustaría que aceptaras mis disculpas.

—Las acepto si eso le hace sentir mejor. ¿Hay algo más que pueda hacer por vos, señor?

—¿Por qué te marchaste así? —Dio un paso hacia ella.

Ella percibió cierto titubeo en su voz. En silencio, estudió su mirada y escuchó palpar su propio corazón. ¿Acaso serían ciertas las palabras de Lady Violet? ¿Realmente se había preocupado por ella en esos meses? Escogió con sumo cuidado sus palabras por miedo a estropear ese momento y se excusó una vez más.

—No deseaba despedirme de vos. El trato que me ofrecisteis no fue de mi agrado en absoluto. Desaparecer me pareció entonces lo más adecuado.

—No te entiendo.

—Gursac, señor. No me gustó la forma en que me trató él, ni la forma en que me tratasteis vos.

—Acepta mis disculpas —solicitó otra vez Sebastian, que no dejaba de saltarse el protocolo una y otra vez.

—¿De verdad queréis casaros conmigo, señor? —preguntó, ansiando una respuesta positiva.

—Por supuesto. Hice una promesa y no faltaré a ella. —Sin duda la obtuvo, pero no del modo en que le hubiera gustado.

—¿Cuál fue esa promesa exactamente?

—Tu padre vivió destrozado durante muchos años y que vuestros nombres surgieran en nuestras conversaciones era lo único que le reconfortaba, así pues, intentando otorgarle la confianza perdida en vuestro hallazgo, le ofrecí nuestro compromiso. Me casaría contigo cuando te encontrara, solo de ese modo contraería matrimonio. —Hizo un mohín—. Como puedes ver, nuestros destinos estaban unidos desde hacía tiempo sin que ninguno de nosotros fuéramos conscientes.

—Y bien, señor.

—¿Sí?

—Ahora que sabéis que se trata de mí, ¿seguís favoreciendo esa oferta?

—Pues claro, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Entiendo que vos me detestáis, señor. Así me lo habéis hecho saber en numerosas ocasiones.

—Eso no es cierto, en absoluto. —Solo entonces Sebastian entendió cuán duro había sido con ella.

—Creéis que soy de poco valor, ¿no es cierto? —Lori se lanzó en picado y, de una vez por todas, compartió con él sus inquietudes—. Sin embargo, yo creo que soy demasiado para vos. No merecéis una esposa como yo. No, si no habéis sabido ver lo que vuestra madre vio en mí hace tanto tiempo. Para vos, aún soy esa doncella con la que podéis hacer cuanto os plazca. Ni siquiera habéis sido capaz de tratarme como a la dama de alta cuna que soy, en cambio, me tuteáis como la sirvienta que un día fui —dijo esto, alzando la barbilla pero sin dejar de mirarlo en momento alguno.

—Y decidme, Lady Rona De Sunx. —Fue entonces cuando él tomó consciencia de la situación y reaccionó—. ¿Qué es lo que vos deseáis en realidad?

—Ahora, cuando sabéis que me es imposible negarme a mis obligaciones, ¿me preguntáis qué es lo que deseo?

Llegados a ese punto Sebastian había perdido el hilo. Se había portado mal con ella, sí, pero ahora le daba la oportunidad de escoger. ¡Y por Dios que habría respetado su decisión, cualquiera que fuera esta!

Cada vez más cerca de ella, Lori casi podía sentir el aliento de Sebastian en su rostro. Eso la puso aún más nerviosa de lo que ya estaba. Ajeno a esta sensación, acarició con el anverso de su mano el rostro de ella. La muchacha se estremeció. Él sintió un escalofrío al saberla en sus manos. Unas manos que la hubieran tomado en aquel mismo momento.

—Yo...

—¿Deseáis ser mi esposa, señora?

—Sí —dijo, mirándole fijamente a los ojos. Cualquier otra respuesta hubiera sido falsa.

—¿Solo porque vuestro padre lo ha decidido?

Realmente Sebastian tenía interés en conocer la respuesta a la pregunta formulada, pues quería que lo deseara tanto como él, aunque ninguno de los dos fuera capaz de reconocerlo.

—Sí, mi señor —respondió con una mentira, en un intento de escapada.

—¡Mientes! —quiso creerse a sí mismo.

Sebastian la acercó hacia sí y, tomándola en sus brazos, la besó primero con ternura y seguidamente con pasión; notando cómo el pequeño cuerpo de la joven temblaba ante esas caricias que nunca antes había recibido.

El muchacho, presa de su propio instinto, continuó en ese círculo que lo atrapaba sin remedio ni compasión. La negaba... la negaba ante todos y ante sí mismo, pero lo cierto era que con ella entre sus brazos nada más parecía tener importancia para él.

A Lori, sin embargo, le pareció que con ese beso purificaba el recibido con anterioridad por el desgraciado de Gursac. Si aquel había sido duro, brusco y sin sentimiento alguno, este le había parecido una delicia que provenía directamente desde el corazón de Sebastian.

XVIII

TRAICIÓN

Verdaderamente interesadas, Nora e Iselda interrogaron a su hermana acerca de su futuro marido.

Entusiasmada, Lori les había relatado su conversación punto por punto, hasta llegar al maravilloso beso. Eso la hacía feliz, sin duda, pero ese estado de ánimo duraba poco si tenía en cuenta que también había reconocido que la tomaba por esposa solo por cumplir el trato. En contraposición a esto, Nora le abrió los ojos de inmediato pues ella también le había hecho creer que solo lo hacía por complacerlo. Al fin y al cabo, estaban en la misma situación.

En cierto modo, había de reconocerles que ante Sebastian perdía el norte, quedando desubicada por completo. Esto, ayudado por sus sentimientos, no la llevaba más que a decir estupideces. Nora, que sabía un poco de eso, aclaró su confusión. Lo suyo no era estupidez, sino amor. Sin duda Lori estaba enamorada de Sebastian con todo su ser.

Un rato antes de la cena, totalmente restablecida y dispuesta a afrontar la situación con la cara más optimista posible, se reunió con su padre en la biblioteca. De algún modo le estaba agradecida, no en vano le había entregado al hombre que amaba, aunque aún fuera un secreto.

—¡Vaya! Veo que ya estás mucho mejor, hija. —Donnald sonrió satisfecho.

—Sí, padre, estoy bien. Muchas gracias. —Lori asintió de forma educada y agradeció como si nada hubiera pasado anteriormente.

Donnald la cogió por los hombros y la condujo al salón, donde se encontraba parte de la familia.

—¡Lo celebro, hija! —le iba diciendo—. Esta noche habrá baile. Hemos de celebrar tu compromiso y el de Gabriel cuanto antes.

—Nunca hemos tenido una fiesta en el castillo, padre —se sorprendió Iselda, emocionada.

—Aprovecharemos que estamos todos juntos —dijo mientras Lori se acercaba a Lady Violet y tomaba asiento junto a ella.

—¿Estás mejor? —le murmuró.

—Sí, señora. Me han animado mucho —respondió, señalando a Nora y a su

hermana.

—Bien, ¿cuál es el menú de esta noche? —Lady Violante cambió de tema justo en el momento en que Sebastian, escoltado por Gabriel y Allen, entraba en el salón.

Su prometido la miró con confianza. Ella era con diferencia la mejor gobernanta de un castillo que había visto jamás. Le sonrió y le infundió confianza en sí misma.

—Lo siento. Es una sorpresa.

—Bueno, entonces será mejor que entremos al comedor.

Cada caballero cedió el brazo a una dama, así pues, todos entraron con su pareja a excepción de Lisabel, que entró sola. Se sentaron todos alrededor de la mesa con forma ovalada y elegantemente vestida y, cuando ya estuvieron todos acomodados, dio orden al servicio.

En menos de un suspiro, tal como había ordenado Lori, los platos ya estaban sobre la mesa. En el centro había un gran cerdo asado con salsa de romero: delante de cada uno, una exquisita crema de verduras recién cogidas; y como postre, se servirían unas frutas silvestres y tarta de manzana.

En cuanto Sebastian vio el menú, supo que aquellos manjares se habían servido por y para él. Eran sus platos favoritos los que Lori había ordenado cocinar ese día, eso hizo que se sintiera enormemente halagado. Ella, como cabía esperar, no le dirigió la mirada en todo el tiempo. Se dedicó a hablar con Lady Violet y con Nora cuando, llegado el postre, tenían concedido permiso para hacerlo en la mesa. Ese gesto molestó un poco a Sebastian que, después de aquel beso, creyó haberse convertido en el centro de atención de la joven.

Una vez concluido el almuerzo, todos excepto Lori se retiraron a descansar. Con el estómago alborotado por los nervios le iba a ser imposible quedarse dormida, así pues, prefirió hacer tiempo en el salón, tranquilamente. Ensimismada en sus pensamientos, estuvo mirando por la ventana durante mucho tiempo, aún no había tenido tiempo de salir a cabalgar por sus tierras y conocer a su gente. Sintió deseos de hacerlo en ese mismo instante. Tan absorta estaba en su mundo que no percibió la presencia de Lord Donald.

—¿Qué haces aquí, hija? ¿Ocurre algo?

—No, padre. Solo miraba vuestras tierras. Deben de ser muy bellas.

—Sí, lo son. Cuando quieras podemos salir.

—Eso me agradaría mucho.

—Pequeña, hay algo que quiero preguntarte.

—Decidme.

—¿Has hablado con tus hermanos acerca de lo que hablamos esta mañana?

—Algo les he contado. Pero no atañe solo a mis hermanos. Mañana mismo le expondré nuestras sospechas a Owen.

—Irás a su casa de nuevo.

—Si, padre. Como cada día desde que llegamos. —Aunque sabían que sus constantes visitas a Owen y Mary le molestaban, no lo mantenían oculto en absoluto.

—Para vosotros... aún sigue siendo vuestro padre, ¿verdad? — Inmediatamente después de haber formulado la pregunta, ya se había arrepentido.

—De alguna manera siempre lo será, señor. Es una figura de confianza y apoyo para nosotros, a él no puedo ocultarle nada. Sin embargo, somos conscientes de quiénes somos.

Esas palabras provocaron un nudo en la garganta del lord, que a duras penas consiguió balbucear su respuesta.

—Has de saber que puedes contar con mi confianza para lo que desees.

—Lo sé, padre. Pero como vos habéis dicho, él ha estado a nuestro lado muchos años, y con vos... —se lamentó— con vos solo voy a estar hasta que me case, y os recuerdo que eso será en breve. Es muy poco tiempo. Aun así, sabed que os quiero mucho. Cada vez que os beso, hay algo en mi interior que se agita. Me siento a gusto a vuestro lado. —El semblante del hombre parecía cambiar por momentos, Lori se percató—. No portéis ese gesto, puede que yo no esté aquí con vos, pero tenéis más hijos que necesitan de vuestro cariño.

—¿Quién me necesita más que tú, Lori?

—Iselda. —Su respuesta fue clara y contundente—. Ella os necesita mucho más de lo que imagináis, señor. Cree que solo cuenta con el favor de su madre para mediar con vos. Se siente muy mal consigo misma por todos estos años que ha pasado en vuestra contra y además piensa que, debido a ello, no la queréis como al resto de vuestros hijos.

—Claro que la quiero. ¡Por todos los santos! Es mi hija.

—Yo lo sé. Pero ella necesita saberlo de vos mismo. La forma que tenéis de tratar a Lisabel y a Iselda es muy diferente y ella lo percibe claramente. Con Lisabel sois cariñoso, la obsequiáis con besos y caricias, en cambio con

Iselda... Sé que su comportamiento ha sido improcedente pero estoy convencida de que ha sido vuestra esposa quien la ha mantenido alejada de vos. No hay más que ver cómo ha cambiado al no estar tan unida a ella. Ahora es más feliz, amable...

—Bueno, puede que tener un prometido la ayude en eso, ¿no crees? —
Donnald esbozó una sonrisa.

—Sí, puede que sí. —Dibujó un forzado gesto a modo de respuesta—. Deberíais hablar con ella.

Con la promesa de hacerlo, Lori se sintió mucho más relajada. Ella iba a marcharse en breve, pero antes quería dejar solucionados todos los problemas de su familia. Para facilitar el acercamiento entre su padre y su hermana, le hizo saber de un regalo que haría las delicias de esta. Se trataba nada menos que de un viejo baúl, guardado en el sótano, del que habían sido informadas por Patty que contenía todo lo referente a la historia de su apellido.

Lord Donnald, que supo inmediatamente de qué baúl se trataba, recordó que tan solo se abría para aumentar su contenido con el nacimiento de un varón en la familia. Hecho por el cual, él jamás lo había abierto. Dadas las circunstancias, el reconfortado padre no pondría objeción alguna. Dejaría por tanto que las chicas curiosearan entre sus documentos.

Lori subía las escaleras muy despacio, pensaba en muchas cosas a la vez. En varios días sería una mujer casada, abandonaría el castillo y dejaría atrás a sus hermanos y demás familia para comenzar una nueva vida junto a su inminente esposo. Pero antes había de hacer muchas cosas, además de provocar el acercamiento entre Iselda y su padre, había de propiciar una conversación entre este y Owen, instruir a la primera en el manejo de aquel hogar que la vería partir, embalar todas sus cosas y, por si todo eso fuera poco, organizar además su propia boda.

Con tantas cosas por hacer en tan poco tiempo, debía recurrir a Nora o a Key para que la ayudaran. Un poco abrumada por todo ello, entró en su alcoba y al levantar la vista pudo ver a Lord Sebastian.

La sorpresa fue mayúscula para ella, sin embargo, bajo el modo de ver de su futuro esposo, él tenía pleno derecho para hacer todo aquello que se le antojara en lo referente a ella.

Con el convencimiento de que esto era así, Lori ignoró su capacidad para sacarla de quicio y actuó con total normalidad.

Dado que el tiempo le apremiaba, comenzaría a guardar todas sus cosas en

uno de los baúles de su alcoba.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó al verla trabajar.

—Hago mi equipaje, señor. Quizá no seáis consciente de ello pero el sábado parto con mi esposo hacia sus tierras.

—Por el tono de vuestra voz, asumo que tal empresa os desagrada.

—Sin duda, estáis en lo cierto, mi señor.

—¿Qué es lo que os martiriza? ¿Casaros conmigo o dejar a vuestra familia?

—Sobre todo dejar a mi familia, señor.

Ligeramente satisfecho con su respuesta, agachó la cabeza con una imperceptible sonrisa. Cuando alzó la mirada, volvió a comportarse de manera brusca.

—No me gustó en absoluto el trato que me disteis esta mañana en la mesa.

—¿Qué trato, señor? —preguntó, sentándose a su lado. Ciertamente le interesaba el tema.

—Precisamente de eso se trata. No obtuve trato alguno por vuestra parte.

—De momento aún no os debo pleitesía. Tan solo se la debo a mi padre. Ya no soy una de vuestras doncellas y aún no me he convertido en vuestra esposa.

—Pero lo serás en breve —volvió a tutearle.

—Soy consciente de ello, señor —dijo, bajando de nuevo la cabeza.

—Parece que esa idea no te gusta mucho.

—Creo haber hablado ya con vos acerca de ese tema.

—Sí, pero no me quedó claro del todo. —Sus ojos no perdían de vista los de la muchacha—. Os casáis conmigo porque me queréis como marido o porque vuestro padre os lo impone.

—¿Acaso me queréis vos a mí?

Él permaneció en un doloroso silencio. Lori asumió su respuesta como negativa.

—¿Entonces no entiendo por qué habría de quererlos yo a vos?

Sebastian, en un último intento por lastimarla, compartió con ella el hecho de que para él no iba a resultar fácil mostrar sentimiento alguno, menos aún de amor. Máxime si ella no era capaz de intentar conquistar su corazón. Un corazón que a Lori le parecía duro como una roca.

A partir de ese instante, ambos contemplaron en silencio la posibilidad de enamorar al otro en un futuro, a pesar de no sentir nada en correspondencia. Sin embargo, tanto para Lori como para Sebastian, aquellas discusiones

estúpidas no eran más que el componente necesario para llevar a cabo aquella espiral lastimosa en la que ambos habían quedado atrapados. Aun así, a pesar de esa vorágine de improperios y reproches, sus cuerpos gritaban a pleno pulmón lo que sus labios no eran capaces de pronunciar en un susurro. La cercanía los arrastraba hacia el otro sin remedio, haciéndoles perder esa distancia que ambos se habían impuesto, para sellar en un cálido beso la cordura que ninguno de ellos parecía poseer.

Atormentada por sus propios sentimientos, Lori no podía sino lamentarse por caer una y otra vez en las redes de Sebastian en cuanto él se lo proponía. Lo detestaba de tal manera... lo amaba de igual modo... ¿cómo podía gestionar todo aquello si no se entendía ni ella misma?

Dos golpes secos, la devolvieron a la realidad. Pensó en que de nuevo pudiera tratarse de su prometido, sin embargo desechó esa idea al instante. No, no podía ser él. Él sencillamente entraba o salía según le venía en gana.

Lori dio paso sin saber quién estaba al otro lado de la puerta e Iselda entró en la alcoba. Tenía mucho que contarle. Su padre la había felicitado por su excelente comportamiento. Al parecer había percibido su gran cambio, ese mismo en el que había estado trabajando con tanto esmero. Los modales, el aseo y la perfección de las cosas que Lori le había enseñado habían dado sus frutos en un tiempo realmente escaso. Iselda estaba entusiasmada por ello. El resultado de todo aquello fue gratificante para Lori que veía resuelta una de sus muchas preocupaciones.

En el intento por premiarla de alguna manera por sus logros, su padre la había felicitado y obsequiado con una extraña llave hueca, un llavín que curiosamente abría el baúl que días antes habían encontrado. Obviamente, Lori mostró su asombro y mantuvo en secreto la conversación previa mantenida con su padre, aquel era un dato que Iselda no necesitaba conocer. Por el contrario, la dejó pensar que todo aquello había sido una bonita casualidad.

Ambas muchachas, salieron al corredor y, en una carrera contra la curiosidad, se dirigieron dos pisos más abajo.

Según su padre, en ese cofre no se guardaban más que escrituras e historias de sus antepasados pero para las dos muchachas, presas de la emoción del momento, suponía el descubrimiento de su estirpe, la extensión de su sangre y la revelación de secretos antiguos.

Iselda, como protagonista de aquel obsequio, hizo los honores. Introdujo la

llave en la cerradura del baúl y, empleando más fuerza de la normal, la giro dejando así al descubierto cuanto había en su interior.

—¡Mira, Lori! —exclamó, emocionada.

—¿Que será esto? —preguntó esta, cogiendo unos papeles.

—Léelos y lo sabremos —respondió Iselda mientras revolvía todo lo demás.

—Son papeles de nuestro abuelo —intuyó Lori, por el contenido.

—¡Mira! La partida de nacimiento de nuestro padre.

—Sí, y aquí tengo la de nuestro bisabuelo.

—¡Dios mío! ¿Sabes que tenemos sangre real? Lo dice este documento. Por lo visto, una de las mujeres de la familia se casó con un príncipe. Divertido, ¿no crees? —preguntó a su hermana, mientras esta cogía unos papeles adjuntos, con especial atención.

—¡Oh, no!

—¿Qué ocurre? —Iselda percibió cierta preocupación en los grises ojos de su hermana.

Súbitamente cerró el baúl de un golpe. Sin duda, aquel hallazgo no era cualquier cosa. Iselda solicitó en varias ocasiones que se los mostrara pero esta, en un intento por protegerla, hizo caso omiso. De repente, salió el instinto de superioridad que durante tantos años había hecho mella en la joven, haciendo que le arrancara el papel de las manos.

—¿Qué es? —preguntó sin entender lo que leía.

—Es un tratado... —Percibió el desconocimiento en su mirada—. Es una especie de contrato entre dos personas.

—¿Qué hace aquí el nombre de mi madre?

—No lo sé —mintió Lori para protegerla.

—Pues alguien debe de saberlo. ¿Y quién es Alex de Sunx? Lleva el apellido de nuestro padre.

—Sí. Es... —se interrumpió a sí misma por un instante—. Es nuestro tío —acabó diciendo.

—¿Tenemos un tío? —preguntó la joven, que nunca había oído hablar de él.

—Hay algo en todo esto que no me gusta nada.

—¿Qué quieres decir? —Iselda comenzaba a preocuparse por momentos.

—Todo esto es muy extraño. ¿Qué relación puede tener tu madre con ese hombre?

—Ninguna que yo sepa.

—Iselda, estos documentos no dicen lo mismo.

—¿Está metida en algún lío, verdad? —Bastaba con mirar a su hermana para adivinarlo.

—Mucho me temo que sí, cariño. —Lori se temía lo peor. Según Owen, Alex fue quien organizó su secuestro y el de sus hermanos pero, por el momento, omitiría ese dato.

—¡Oh, Dios!

—No te preocupes por nada, Iselda. —Intentó calmarla aunque sabía que la postura de su hermana no iba a ser fácil, de resultar ciertas sus sospechas—. Lo mejor será que te mantengas al margen hasta que no sepamos qué ocurre realmente.

—¿Crees que es grave todo esto?

—Yo... —No quería lastimarla.

—Dime la verdad, Lori. Necesito saberlo.

—Sí, creo que es muy grave.

—¿Qué dicen exactamente esos papeles?

—No los he leído todavía. —Ganas no le faltaban en absoluto. Si no lo había hecho ya solo era por protegerla.

—Vamos arriba y los leemos con tranquilidad —propuso Iselda.

—No —Lori se mostró inflexible—. Será mejor que averigües si tu madre reconoce que sabe algo de ese hombre. Si lo niega, sabremos que está mintiendo.

—¿Y tú que harás mientras?

—Voy a hablar con nuestro padre, con nuestros hermanos y con mi... con Owen. Cuando acabes, reúnete con nosotros.

—¿Qué debo hacer exactamente? —preguntó nerviosa.

—Ante todo, no le digas que tenemos estos documentos. Solo intenta sonsacarle cualquier cosa acerca de nuestro tío.

La muchacha, asustada por aquello que pudiera haber hecho, se dirigió hacia los aposentos de su madre.

Lady Violante, echada como estaba en la cama debido a otra de sus muchas jaquecas, hizo sitio a su hija y esta se sentó junto a ella.

Para que no sospechara de sus preguntas, la suspicaz jovencita adoptó un papel poco ortodoxo, decidió recuperar la postura de envidia, celos y podredumbre de siempre.

—Mi padre tiene muchas tierras, ¿verdad?

—Sí. Es muy poderoso.

—¿Se las dejó todas su padre o fue conquistándolas?

—Pues... la mayor parte se las dejó su padre pero con el tiempo él también ha ido conquistando muchos territorios nuevos. ¿Pero por qué lo preguntas querida niña? —quiso saber.

—Bueno —disimuló—, si parte de esta tierra es mía... no me gustaría compartirla.

—Iselda, hija... Por fin vuelves a ser tú.

—Sí, madre. Y he estado pensando que compartir mis tierras con mis hermanastros es más que suficiente. No me gustaría compartirla también con primos o parientes lejanos.

—No temas por eso.

—¿Mi padre es hijo único verdad? —La miró muy fijamente.

—Claro que sí. —Percibió una sensación de alerta en sus ojos.

—Entonces... ¿no hay ningún pariente cercano que pueda reclamar nada?

—Nadie en absoluto.

Iselda, asombrada por la frialdad con la que su madre le mentía, tuvo ganas de gritarle a la cara su descubrimiento. Pero lejos de eso, le dedicó una pícaro sonrisa a modo de aprobación y continuó con su representación.

—¿Por qué te interesa todo esto de pronto, querida?

—No me interesa de pronto, madre. Ya he representado mi obra frente a mis hermanos. Ellos ahora confían en mí, así pues, será mi voluntad la que se cumpla finalmente.

Al escuchar aquello, la madre se incorporó en señal de felicidad. ¿Era posible que hubiera enseñado tan bien a su hija que la engañara incluso a ella misma?

—Eso mismo pensé yo hace años cuando... —De repente se detuvo. No debía hacer partícipe a su hija de aquello.

—¿Sí, madre? —preguntó Iselda, haciendo ver que no la había escuchado.

—Que eso mismo estaba yo pensando, hija. Hemos de ir con cautela, no conviene que nadie sepa nada. Alguien podría estropearnos el plan, como hace tiempo pasó —explicó, sabiendo que se había ido de la lengua y dando por zanjada la conversación.

Una vez en el pasillo, la muchacha cerró la puerta de la alcoba tras de sí y, superada por las emociones, comenzó a llorar. Puede que fuera una arpía sin sentimientos ni emociones pero al fin y al cabo era su madre. ¡Tan malvada podía ser una persona a la que se le había regalado tanto!

Al entrar en la biblioteca, observó las caras de su padre y de todos sus

hermanos. Su hermana derramaba una discreta lágrima mientras la miraba. ¿Qué podía haber en esos papeles?

La muchacha se aproximó a ellos y Lori, una vez la tuvo a su lado, le tendió la mano para que tomase asiento junto a ella.

Gabriel, consciente de la enajenación temporal sufrida por su padre ante los acontecimientos, como futuro señor de todos ellos, tomó las riendas de la situación. Avisó a Iselda de la gravedad del tema a tratar y la invitó a que compartiera con todos ellos los resultados de sus pesquisas.

Poco a poco, la muchacha fue relatando todo lo averiguado, sintiéndose culpable por ser ella misma quien delatara a su madre. Lori, intuyendo sus pensamientos, estableció de antemano la base de aquella conversación, nada que pudiera hacer o decir implicaba a su madre más de lo que ya estaba.

—¿Qué dicen esos papeles? —preguntó una vez concluida su exposición—. ¿Qué es lo que ha hecho?

Ninguno de ellos parecía querer responder a su pregunta. Eso provocó que se violentara aún más.

—Decídmelo de una vez, tengo derecho a saber qué es lo que ha hecho para que se la juzgue tan duramente.

—Se la juzga como es debido y, puesto que quieres saberlo, te lo diremos —sentenció Allen.

—Deja que sea nuestro padre quien se lo diga —propuso Lori, en un intento porque él reaccionara.

El hombre se acercó a la niña y le mostró los dichosos documentos.

—Hija, este tratado dice que tu madre está directamente implicada en la muerte de mi primera esposa, así como en el rapto de tus tres hermanos.

—¿Cómo? Pero eso es imposible. —Su voz fue un grito ahogado de dolor y desesperación. ¿Su madre una asesina? Había imaginado muchas cosas terribles, pero esa...

—Este documento deja muy claro que tanto ella como mi hermano Alex son los culpables de aquel acto infame y cruel que acabó con mi vida para siempre. —La voz de Donald sonó amarga.

—¿Vuestro hermano...? —preguntó medio llorando sin poder acabar la frase.

—Sí, mi hermano. Desapareció el mismo día del rapto y no ha vuelto por estas tierras. —La voz de su padre se tornaba ahora dura y sin contemplaciones—. Al parecer, habían urdido un plan vil en mi contra. Envenenarían a Rona durante la gestación para que esta no llegara a término

y ella muriera, después me seduciría a mí para que me casara con ella, me daría herederos y finalmente me matarían para quedarse ellos dos con todo. Todas mis tierras para ellos.

—¡No puede ser!

Iselda hubiera querido morir al instante. La sangre quemaba sus venas a su paso, sus ojos derramaban lágrimas sin control y su garganta ahogaba palabras de aliento dirigidas a su madre.

—Cariño, escúchame —dijo Lori, intentando enfrentarla a la realidad—. Has vivido durante todo este tiempo con una mujer a la que no conoces. ¿Nunca te has preguntado por qué no respeta a su esposo...? ¿Nunca has querido saber por qué no se hace cargo del castillo...? Todo eso le importa un bledo... —Lori lloraba con su hermana—. Ella mató a mi madre y luego me separó de mi padre.

—No, me niego a creerlo. —Iselda se aferró a esa quimera.

—Puedes negarte cuanto quieras pero aquí está la verdad —clamó Donald, alzando los papeles que tenía en su mano.

—¿Cómo sabéis que no fue Owen quien entró aquí a hurtadillas y lo escondió en el baúl para implicar a mi madre y exculparse él? —Al lanzar la pregunta, Owen se puso a la defensiva.

—No, Iselda. No sigas por ahí. —Lori podía entender la necesidad de su hermana de hallar una explicación que redimiera a su madre, pero bajo ningún concepto lo haría pasando por encima de Owen.

—Él está exento de culpa. Ese baúl no se debía haber abierto desde que mi hermano nació. Y nadie... salvo Lady Rona, tu madre por ser su doncella personal y yo, tenía acceso a esa llave.

—Si verdaderamente es como decís, ¿cuándo creéis que lo guardó allí?

—Cuando desaparecieron los bebés. Ella sabía que no sería abierto hasta que naciese otro hijo varón en esta familia. Al no darme varones, se creía a salvo de todo y de todos.

—¡Maldito sea el día que se me ocurrió bajar a ese sótano!

—No, no digas eso —dijo Lori con cariño—, no debes culparte. Tarde o temprano todo habría salido a la luz. Y en ese momento habrías sabido quién es ella en realidad.

¿Saber quién era? Ella ya sabía quién y cómo era su madre. Había vivido bajo su tutela toda su vida. Lo negaba, era su deber como hija, pero en el fondo... en el fondo la conocía. Sabía cómo era y contemplaba aquella perfidia como

posible parte de ella.

—¿Qué va a ser de ella? —Temió escuchar la respuesta.

—En primer lugar daré orden de que apresen a Guiric, pues según Owen él también está implicado. Después, será acusada por traición y recibirá la pena máxima. De hacerlo al contrario, ese infame huiría en cuanto supiera del apresamiento y muerte de tu madre. —Esas palabras sonaron como un mazazo para la muchacha. Se abrazó a Lori y la apretó con todas sus fuerzas, necesitaba que de alguna manera la protegiera de esa dura realidad.

Asumiendo que todos daban por hecho que debían esperarle en la estancia hasta que él regresara, Donald salió de allí hecho un basilisco, con intención de dar orden de apresamiento a aquel que se hacía llamar caballero de su orden.

Una vez sin el padre presente y en un arrebato de furia, la joven agarró los documentos que este había dejado sobre la mesa y salió de estampida en dirección a la alcoba de su madre.

Allen, Gabriel y Lori la siguieron en aquella dañina carrera. No abandonarían a su hermana, no en ese momento en que la desdicha se había cebado con ella.

En esa forzosa estampida, Lori, dio un traspies y se detuvo un instante agarrada a la barandilla. Sus hermanos, que la precedían, se giraron al escuchar su quejido pero esta les hizo una seña. Debían seguir a Iselda.

En un breve espacio de tiempo ya pudo retomar el ascenso a la primera planta. Fue entonces cuando se cruzó con Sebastian que, al ver los ojos de Lori enrojecidos, cambió su semblante. Nunca hasta entonces la había visto en situación desventajosa, ella que siempre parecía comerse el mundo y regañar a todo aquel que se pusiera en su camino. Algo grave había pasado, de eso no tenía la menor duda.

—Lori, ¿qué sucede?

Sin articular palabra, ella negó con la cabeza. No era momento de pararse a dar explicaciones.

—¿Por qué estás así? —preguntó, cogiéndola del brazo y dándole la vuelta para poder verla bien, por un momento se temió lo peor—. ¿Qué ha pasado?

—Oh, Sebastian —dijo aferrándose a su cintura—. ¿Por qué ha de sucederme todo a mí?

—¿De qué demonios estás hablando, mujer? —El joven seguía sin comprender nada. Sencillamente se limitó a protegerla, rodeándola con sus

musculosos brazos.

—¡Oh! Con lo feliz que yo era en vuestras tierras con los que creía mis padres y bajo la tutela de una señora que me adoraba... y desde que he llegado aquí, solo obtengo disgustos.

—¿Qué disgustos? —Volvió a interesarse por el motivo de su estado.

—Este castillo no me da más que problemas. Como ya sabéis, el que creía mi padre solo es un guerrero que me salvó de una muerte segura, luego, un hombre que aseguran es mi padre me presenta a una mujer odiosa como su nueva esposa que ahora resulta ser quien mató a mi verdadera madre. — Tragó saliva y continuó—. Solo me queda añadir que mi nuevo padre quiere casarme con un hombre que me detesta y al que yo por el contrario... — Percibiendo que iba embalada, se detuvo en seco.

—¿Qué? —Él, frenético, la animó a continuar.

—¡Oh, Dios mío!

Presa del pánico, sintió cómo a sus pulmones parecía faltarles el aire. Bajó las escaleras corriendo y salió a una de las balconadas que daba al patio de armas, ignorando los gritos de Sebastian. Este la siguió de inmediato, no había acabado esa última frase. Para él, la más importante.

Cuando estuvo frente a ella, la vio tan sensible y desprotegida que la abrazó con fuerza. Necesitaba escuchar aquellas palabras que parecían no querer ver la luz, sin embargo, aquel no parecía ser el momento.

—¡Oh! Sebastian, mi Sebastian —susurró la joven lo suficientemente alto como para que pudiese escucharlo con claridad, ya nada más que él importaba—. Gracias.

Permaneció junto a ella durante largo tiempo, arropándola, regalándole palabras de aliento. De pronto supo que la abrazaba porque así lo sentía, no por lástima ni por obligación. Lo suyo era amor, amor verdadero. Sintió deseos de besarla, de tenerla. Mientras, Lori cada vez se acurrucaba más en el abrigo de sus brazos. Se sentía protegida y, en cierto modo, querida. Sebastian levantó su cabeza con la mano y la besó tiernamente. Sintió a flor de piel el vacío que su marcha había dejado en él, pronto se había dado cuenta de que la necesitaba, necesitaba que ella lo amase, que dependiera de él. La deseaba con todo su ser y, besándola con pasión, sintió una vez más cómo la joven se estremecía entre sus brazos. En ese momento, tuvo la certeza de que Lori estaba enamorada de él.

Cuando aquel beso acabó, por vez primera ambos mantuvieron una

conversación más calmada. Siendo esto así, compartió con él sus inquietudes y sus desvelos. Sobre todo este último que implicaba a todos los miembros de su familia. Así pues, lo invitó a que la acompañara a la alcoba de Iselda, justo donde ella debía estar en ese momento. Contrariamente a sus principios, se había apeado de la escena en pleno desarrollo, por tanto, debía reincorporarse cuanto antes. Al fin y al cabo, había sido ella quien lo había descubierto todo. Cuando llegaron al corredor, pudieron ver a Gabriel y Allen escoltando la puerta de Lady Violante. Al parecer, Iselda acababa de entrar en ese instante ya que habían tenido entre ellos una confrontación de opiniones. Ella quería pedir explicaciones a su madre en privado mientras sus hermanos se oponían a que se entrevistara a solas con ella.

Dado que la joven parecía decidida a cumplir su objetivo, los muchachos decidieron esperar fuera con la promesa de no entrar a no ser que fuera necesario. Algo que a ellos no agradaba en demasía pues, aunque fuera su madre, no sabían cuál sería su reacción al sentirse acorralada.

Iselda entró con los papeles escondidos entre su túnica, de modo que Lady Violante no pudiese verlos. Esta, que aún seguía tumbada como si nada ocurriese, se incorporó al ver el blanquecino rostro de su hija.

Como pudo, la muchacha le dijo que había descubierto la existencia de un hermano de su padre, llamado Alex.

—Tonterías, no creo haber conocido a ningún pariente de tu padre nunca —respondió, siguiendo su propio y enmarañado juego.

—¡Mentís! —Fue tal el grito que sus hermanos pudieron escucharla desde el corredor.

—Iselda, ¿cómo te atreves a llamarme mentirosa? —La mujer se levantó de inmediato.

—Porque lo sois, madre. Padre me ha confirmado que lo sabíais. ¡No os reconozco! —dijo con asco.

—¿De qué hablas ahora, hija?

—Siempre me habéis mentido, ¿verdad?

—¿Qué? —Sin saber a qué se refería exactamente, pretendía vislumbrar aquello que intentaba decirle su hija.

—Dejad ya de hablar como si no supierais nada.

—Hija, desconozco qué es lo que crees saber pero te aseguro...

—Madre... —finalizó con los ojos bañados en lágrimas—. No os esforcéis. Sé que fuisteis precisamente vos quien mató a Lady Rona.

—¿Pero estás loca? ¿De qué estás hablando? —dijo, comenzando a sentir un poco de miedo.

—Conozco la forma en que acabasteis con su vida. Sé que fuisteis vos quien urdió el plan para matar a mis hermanos. Y he averiguado vuestra alianza con el que hoy es vuestro cuñado.

—¿Pero cómo sabes todo eso, niña del demonio? —gritó con todas sus fuerzas.

—¿Y qué importa eso, madre? —respondió con otra pregunta—. Lo sé, es suficiente.

—Te lo estás inventando todo, ¿verdad? —dijo volviéndose para que la joven no notara el miedo en su rostro—. Quieres ponerme nerviosa.

Iselda permaneció en silencio. Ello le indicó que estaba segura de lo que hablaba.

—¿Qué pruebas tienes? —El siguiente paso sería intentar llevarla a su terreno.

—Las que vos ocultasteis. —La trató de estúpida, mientras sacaba los papeles de debajo de su túnica.

—¿Has abierto el baúl del sótano? —se lamentó por no haberse deshecho de ellos—. ¡Dame eso!

Iselda, enérgica y enfurecida, seguía con su exposición.

—Se interponían en mi camino.

—Lo que más me duele madre es que nunca os importó en absoluto utilizarme para atacar a mi padre. Sabíais cuánto sufría al no poder estar a su lado y, aun así, me dejasteis crecer creyendo que vos erais la buena.

—Tú solo eras una niña a la que había de soportar para poder ganarme el cariño de tu padre. Luego, por desventura, nació tu hermana. Eso significaba compartir aún más mi fortuna —se culpó.

—Verdaderamente sois un ser despreciable, madre.

—¡Dame esos papeles! —rugió hecha una furia.

—Sois una estúpida si creéis que vais a poder seguir ocultándolo.

—¿Quién más lo sabe? —Violante tomó con fuerza a su hija por el brazo.

—Yo lo sé, madre. Eso debería ser suficiente.

—¿Y quién más? —Temió que se lo hubiera podido contar a esa asquerosa hermana a la que tan unida estaba.

—Nadie más, de momento. —Mintió para ver hasta dónde era capaz de llegar—. ¿Cómo la matasteis? La envenenasteis, ¿es eso? ¿O preferisteis

adelantarle el parto para ver si de una vez morían todos?

—¡Iselda! Dame esos papeles o te juro que...

—¿Qué? ¿Me mataréis también a mí? —La muchacha había pasado del dolor a la lástima y de la lástima a la ira—. Quiero que sepáis que desde este preciso momento dejáis de ser mi madre. No quiero veros nunca más. A partir de ahora, será padre quien tome cartas en el asunto. —Dicho esto, se dirigió hacia la salida.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Hecha un basilisco, salió corriendo en dirección a la puerta y se atrincheró ante ella.

—¡Dejadme salir!

—No, por nada del mundo te dejaré salir de aquí si antes no me das esos papeles.

La joven forcejeó con aquella mujer rabiosa, mientras esta la empujaba hacia el interior de la alcoba.

—¡Maldita hija! No serás capaz de decírselo a tu padre.

—No vais a dejarlo al margen, madre.

—No saldrás de aquí —dijo Violante, sujetándola con todas sus fuerzas—. Después de todo lo que he hecho por ti...

—¿Qué habéis hecho vos por mí? —gritó Iselda.

—Te traje al mundo.

—Eso no os da derecho a utilizarme.

—Ni te imaginas lo que hubiera sido de ti, de no haberme controlado. ¡Mala hija!

—¿Qué estáis diciendo? ¿Acaso pensasteis en acabar conmigo alguna vez?

—¡Evidentemente! —se jactó, mientras luchaba por detenerla—. Y créeme, lo hubiese hecho de no ser porque tu padre no te quitaba la vista de encima.

—Eso que decís es espantoso. —Destrozada al escuchar aquello, dejó de luchar por un momento para mirar a los ojos a aquella que decía ser su madre.

De un tirón se zafó de ella y se dirigió hacia la puerta. La madre la agarró por la falda y tiró hacia sí misma. Alzó la mano con todas sus fuerzas y le propinó un sonoro bofetón.

—¡Dame esos papeles!

—He dicho que no —dijo llorando ahora de rabia—. Lamento todo el tiempo que desperdicié a vuestro lado, pudiendo haber estado con mi padre. En cierta manera me convertisteis en vuestra cómplice.

—¿Por qué lloras ahora?

—Por nada —dijo levantándose del suelo, donde había ido a parar tras la bofetada.

—Si pudiera, ahora mismo te mataría —amenazó con odio.

—¡Hacedlo, madre! Así no habréis de preocuparos más.

—Desgraciada —dijo, golpeándola con ambas manos.

Los gritos de Iselda alertaron a sus hermanos que inmediatamente irrumpieron en la alcoba, abriendo las puertas de par en par de una sola patada.

Violante, que seguía lanzando improperios y manotazos contra su hija, no advirtió que ya no estaban solas. Gabriel y Allen se dirigieron hacia ella para sujetarla por la fuerza. Lori corrió junto su hermana que lloraba en el suelo y Sebastian quedó perplejo ante escena tan grotesca.

—Dejadme, ¿qué creéis que estáis haciendo?

Iselda, con la respiración agitada y la cara enrojecida por los golpes, buscó consuelo en su hermana.

Lori, enfurecida y sin previo aviso, se levantó de su lado y se dirigió a la mujer, en ese momento inmovilizada por sus hermanos. Se colocó frente a ella y con toda su fuerza le asestó tres considerables puñetazos. —Por su madre, por su padre y por su hermana—, se dijo a sí misma. La mujer encajó aquellos golpes, perdiendo prácticamente el conocimiento.

Sebastian y Nora, que se acababa de sumar a ellos al escuchar aquel alboroto, presenciaron la escena desde la puerta, boquiabiertos. Abrieron un hueco entre ellos y los muchachos se llevaron de allí a la mujer a rastras.

Nora inmediatamente se dirigió hacia Iselda, aún en el suelo. A la joven, terriblemente dolorida, le costaba incluso respirar. Así pues, la ayudó a levantarse y con cuidado la acompañó a su alcoba. Allí, a solas, estudiarían el alcance de sus lesiones.

Sebastian se acercó a Lori, al ver lo alterada que estaba. En ese momento necesitaba la calma y la estabilidad que él podía infundirle. Estaba claro que sabía defenderse solita de otros, pero... ¿y de ella misma? ¿Cómo volvía a la normalidad después de semejante escena? Consciente de ello, la envolvió entre sus brazos y ella, sintiéndose arropada, lo miró a los ojos.

—Déjame decirte que has estado espléndida. Ahora sé que no debo provocarte si no quiero acabar como ella.

—Gracias, señor. —Sonrió.

—Por favor, llámame Sebastian —le imploró con la mirada. Necesitaba sentirla cerca, con ello no se refería solo a su cuerpo.

—Sebastian... —susurró sin perder de vista sus labios.

Tomando ella la iniciativa, acercó los suyos a los de su amado. Sintió un leve pero placentero mareo al notar su aliento.

Él se aproximó aún más a ella hasta rozarlos, provocando que ambos se perdieran en ese momento la cordura. Sin poder resistir un solo instante más, se abalanzó sobre ellos. Buscó la lengua de su amada con la suya propia y ambas se perdieron en una frenética vorágine de pasión. Posó con desenfreno las manos sobre sus redondeadas nalgas y las apretó con fuerza, levantando un poco sus faldas.

Lori instintivamente se apartó pero, lejos de utilizar el reproche como vía de escape, lo miró a los ojos haciéndole saber cuán enamorada estaba de él. Sebastian supo en ese momento que aquella no era una mujer como las demás. Atrás habían quedado ya esos intentos por convencerla a ella y a sí mismo de que lo suyo solo era resultado de las circunstancias. Llegados a ese punto no había razón alguna para seguir negándolo, había de reconocerlo, estaba enamorado de ella.

Acababa de besarla y ya sentía deseos de volver a hacerlo pero Lori entendió que había tenido suficiente de ella por el momento. Ambos se miraron en silencio, perdidos en sus respectivos pensamientos.

Iselda acababa de llegar cuando Lady Violante despertaba de su inconsciencia. Lori y Sebastian se sumaron a aquella temible reunión familiar justo en el momento en que lo hacía Lord Donald que, al ver allí a quien tan vilmente le había ultrajado, montó en cólera.

La mujer, totalmente ajena a su conocimiento de los hechos, acusó a su hija ante su esposo por haberse atrevido a agredirle.

Sabiendo que aquello no era un comportamiento apropiado para una jovencita, a pesar de las circunstancias, instó a Iselda para que asomase de su escondrijo, tras sus hermanos. Esa era la última vez que semejante sabandija arrastraba a su hija con sus nauseabundos modales.

—¿Pero quién te ha hecho eso? —Se sobresaltó el hombre, al ver en semejante estado a su hija.

Dado el tiempo que había transcurrido desde que había recibido aquella tremenda paliza, ya se le estaba empezando a amoratar el labio inferior y tenía en el rostro unos fuertes arañazos a punto de sangrar.

Antes incluso de que le respondiera, él supo quién había sido la culpable de aquello.

—¿Cómo os atrevéis a levantarle la mano a mi hija?

—Señor, yo... —se detuvo al ver que dos guardias custodiaban a Guiric—. ¿Qué está haciendo él aquí?

—Yo lo mandé llamar —dijo Donald—. Quiero que me confirme lo que ya sé.

El guerrero, casco en mano y sin acertar a comprender, puso cara de circunstancias.

—Explícame qué sucedió con mis hijos hace casi dieciocho años.

—Mi señor, no entiendo qué...

—No me lo has contado todo. ¡Traidor! —Inmediatamente se giró y más calmado se dirigió a Owen—. ¿Puedes venir?

El gran hombre venido a menos se adelantó unos pasos, quedando de este modo en el centro de la escena.

—¿Pero qué sucede aquí? —preguntó Violante ofendida.

—¿Todavía no lo habéis imaginado, madre? —dijo Iselda, lanzándole los papeles.

—¡Dios mío! —Fue lo único que pudo decir.

—Creo, Guiric, que vuestra infamia ha tocado a su fin después de tanto tiempo —le reprochó Donald con tono excesivamente duro.

—Señor, yo... —Como alma que lleva al diablo, soltó el casco y echó a correr hacia la puerta pero Sebastian y Robert, manteniéndose hasta el momento en un discreto segundo plano, de inmediato le bloquearon la salida.

—¡Llévao! —ordenó Gabriel enfadado.

—¿De qué se me acusa? —gritó el hombre en un último intento por hacer ver su falsa inocencia.

—De traición, secuestro y asesinato —sentenció Allen.

—¿Acaso me van a sentenciar sin escucharme? —gritaba a pleno pulmón mientras los dos guardias, que lo habían acompañado previamente, ahora se lo llevaban a rastras ante la cara de terror de Lady Violante.

—¡Llévalo a las mazmorras! —ordenó Donald, lanzándole el casco con fuerza.

Miró entonces a su esposa como si no la conociera y, maldiciéndola, la abofeteó con fiereza. Esta, sin inmutarse en modo alguno, alzó la barbilla mostrando su altivez.

—A vos... —dijo, escupiendo al suelo—. A vos, mi fiel y amante esposa. — El tono irónico del hombre le dolía más a él mismo que a ella—. Se os hará pagar por los pecados cometidos.

Donnald la acusó sin apartar la vista de Iselda mientras esta, con ojos trémulos, aguantaba las lágrimas.

Sigilosamente, la muchacha solicitó con la mirada triste y lacónica un poco de apoyo a Robert y, a pesar de no saber si era correcto o no, cogió la mano de su prometido en un intento por no desfallecer allí mismo. Él la apretó con fuerza para infundirle ánimos y solo así pudo soportar las duras palabras de su padre, sentenciando a su madre.

—¡Lleváosla de aquí!

Donnald, con el corazón roto, más por su hija que por su esposa, se acercó a Iselda y, sujetando su cabeza, la atrajo hacia sí y la acurrucó entre su pecho mientras le dedicaba unas palabras de consuelo.

La muchacha sintió entonces que había recuperado el apoyo y el cariño de un padre al que nunca había mostrado respeto alguno.

XIX

SENTENCIA DE MUERTE

Aquel que amanecía iba a ser un día especialmente complicado para la familia De Sunx. Si bien era cierto que todos sus miembros habían acatado la sentencia de muerte para una de ellos, para algunos resultaba menos dolorosa que para otros.

Justo al alba ya comenzaban a escucharse todo tipo protestas y siseos hacia los traidores que, resignados, aguardaban su ejecución.

Sebastian se levantó lo suficientemente pronto como para visitar a su prometida en su alcoba. De este modo la acompañaría. Deseaba mirar esos ojos grises e infundirles confianza y fuerza en unos momentos tan delicados como aquellos.

Ahora que estaban juntos, nada ni nadie podría separarlos. ¡Tenían tanto en común! Resultaba hasta irónico que ambos hubieran perdido el amor de sus padres desde pequeños. Y aunque ella sí podía decir que había tenido una infancia feliz, él se había convertido en un hombre desprovisto de amor al que el cariño de su madre ausente o su tía enferma le fue negado prematuramente. Había tenido que perderla para reconocer el amor que sentía por ella.

Ella, complacida al sentirse observada por él, se colocó enfrente, levantó la cara y de puntillas logró darle un beso. Uno pequeño y dulce al que Sebastian no supo reaccionar.

Lori sabía que aquello no estaba bien pero no parecía importarle demasiado, tampoco a él que deseaba besarla a toda costa.

Cogidos del brazo, se presentaron en el salón grande donde toda la familia esperaba nerviosa a que su señor diera permiso para salir al patio. En él tendrían lugar en breve, ambos juicios.

Lord Donald, ataviado con una enorme túnica de color gris que le llegaba a los pies, por fin dio la orden.

En estricta comitiva, todos se dirigieron hacia el exterior en el orden correspondiente, primero los hijos varones, luego Lori, detrás de ella Iselda y, por último, los demás invitados.

Al llegar a la gran tarima, preparada para la ocasión, se colocaron cada uno en su sitio. Lord Donald y sus cuatro hijos mayores en la primera fila y el resto tras ellos.

Todo el mundo entró de prisa para poder coger un buen lugar en el que no perdiera detalle: juicio, sentencia y ejecución.

Lord Donald elevó la voz para que se diera paso a los presos.

Lady Violante, presa del pánico, imploraba en silencio desde la arena mientras todo el mundo gritaba su traición. Guiric, sin embargo, parecía no temer a nada ni a nadie.

A excepción de Iselda, todos los hermanos allí presentes, llevaban ese día, en señal de afrenta, la espada envainada en su cinto. Lori, en su lugar, portaba una discreta pero letal daga, obsequio de Owen hacía ya algunos años.

Los dos permanecieron en pie mientras el señor relataba ante la muchedumbre todo lo ocurrido con detalle. Quería que todo su pueblo conociera el motivo de aquel justo castigo, pues no era él muy amigo de juicios y sentencias.

Lord Donald acabó su discurso y absolutamente todos estallaron en una gran algarabía al grito de traidores y asesinos. Venerando como veneraban a Lady Rona De Sunx, todo el mundo ya odiaba a los dos presos para cuando el dolido lord tomó asiento de nuevo.

—¿Qué habéis de decir ahora que todos conocen los hechos?

—¡Piedad, mi señor! —Violante imploró a su esposo un último acto de bondad.

—¿Piedad de vos? —La miró con repulsión—. ¿Qué piedad podría yo tener con quien destruyó mi familia?

—Señor —suplicó la mujer—. He sido fiel a vos durante todo este tiempo...

—Pero no lo fuisteis a vuestra señora —bramó enfurecido.

—Os he dado dos hijas —apeló a su última oportunidad.

—Dos hijas que a partir de hoy no volverán a tener madre alguna —zanjó—.

Y ahora decidme, ¿cómo os declararéis? ¿Culpable o inocente?

—¡Culpable! —comenzó a gritar todo el pueblo, allí reunido.

—Culpable, señor —acabó diciendo Violante, sin poder hacer nada más.

—¡Quedas desterrada para siempre! No volverás a poner un pie en mis tierras. A partir de ahora vivirás por ti misma, eso será para ti peor que la misma muerte —sentenció, mirando a Iselda, que agradeció enormemente el sacrificio de su padre.

Lori, angustiada al ver las lágrimas de su hermana, disculpó a su padre por perdonarle la vida a la asesina de su madre.

Violante, por su parte, agachó la cabeza y permaneció visiblemente sumisa mientras su esposo se encargaba del otro traidor.

—Guiric. Ha llegado tu turno. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

—No, señor. Nada —dijo, provocándolo con una sonrisa irónica.

—¿Por qué sonríes, desgraciado? ¿Acaso no sabes que te aguarda la muerte?

—No señor, no es ese mi destino. —¿Tan desleal podía ser aquel que por tanto tiempo había considerado uno de sus mejores hombres!

—¿Qué quieres decir?

—¡Ahora! —gritó sin más.

Al grito de Guiric, sus guerreros se levantaron en armas y comenzaron una encarnizada lucha a muerte. Uno de ellos, presto, se acercó al preso y desató las cuerdas que lo retenían.

Veinte guerreros de Lord Sebastian, que flanqueaban el exterior de la fortaleza, entraron de inmediato como apoyo a su noble anfitrión, al advertir el levantamiento.

Guiric saltó de las gradas justo en el momento en que cinco de sus hombres se aproximaban a él y le proveían de su espada. Gabriel y Allen no tardaron un solo instante en desenfundar las suyas, al igual que hicieran todos los fieles a su señor.

El traidor comenzó a dar uso a su espadín, aguijoneando a todo aquel que se interponía en su camino.

Lord Donald corrió hacia la garita más alta de los vigías, donde poder divisar todo el asalto y poder así dar respuesta. A su paso, varios traidores perecieron bajo su espada al intentar detenerlo.

Pese a haber tenido un buen entrenamiento militar, el asombro hizo que los hombres de Lord Donald quedaran perplejos. Para sorpresa de este, pudo contemplar cómo perecían ante cualquier embestida.

Ya había matado a cinco de sus compañeros de armas cuando Lady Violante pidió a su compañero traidor que la soltara y ayudara a escapar. Este hizo caso a la mujer aunque su intención real no fuese cargar con ella.

La lucha proseguía y, desde el altílo, Lori contemplaba cómo muchos de los hombres de su padre caían sin remedio mientras Sebastian impedía que el número aumentara.

Todas las mujeres corrieron hacia el interior del castillo mientras Iselda se

consumía por la desesperación. Fue una doncella quien, cogiéndola por la cintura, la condujo dentro.

Sebastian, temiendo que su amada pudiera resultar herida, le gritaba que se pusiera a salvo mientras hacía cuanto podía por ayudar a sus hermanos. Lori sin embargo no era persona que huyera, por el contrario, permaneció allí contemplando en estado impávido cada movimiento de la prisionera.

En tan solo un instante y, viendo cómo empuñaba la espada de un caído, decidió ir en su búsqueda y evitar más sangre derramada por sus manos. Dio un salto desde el gran podio en el que se hallaba y rápidamente corrió hacia ella.

Lady Violante, al ver sorprendido su intento de ataque, no dudó en tomar la iniciativa y asestar a Lori un golpe con el mango, que esta encajó en su mandíbula. La traidora se puso en estado de alerta y la joven empuñó la espada con fuerza en dirección hacia ella. Así pues, el arma de la que Lori se había provisto, se dirigía hacia ella con gran destreza. Vio en esa mujer a la asesina de su madre y supo que había de pasar a mayores. Tan absorta como estaba en la lucha, no percibió un socavón ante ella que le hizo perder el equilibrio. Hecho que su rival aprovechó para hacerle un profundo corte en el brazo izquierdo. Un grito de la joven estremeció a la mayor parte de los que estaban a su alrededor. Como pudo, se levantó. Violante vio la ira en sus ojos y fue entonces cuando sintió verdadero pánico. Su mirada la alertó, su muerte era inmediata. Lori, cuyo vestido estaba hecho trizas, se alzó rápidamente y se dirigió hacia ella. Como fuera, había de vengar a su madre.

Gabriel, habiendo blandido su espada en tres fieles al traidor, uno tras otro, se encaró rápidamente con el mismísimo Guiric cuando, en el fragor de la batalla, pudo divisarlo en el último tramo antes del portalón. Enfurecido ante su inminente escapada, corrió hacia él tan rápido como sus pies le permitieron y, escuchando una blasfemia por parte del acosado, obtuvo inesperado rival. Para cuando este vio que su oponente no era otro que el primogénito, se empleó a fondo en un intento por vengarse. Si no podía acabar con el que había sido su señor, al menos mataría a su heredero. Gabriel, sin embargo, se presentó ante él sonriendo, lo tenía a su merced, sabía que podía acabar con la vida de esa insignificante sabandija en cuanto se lo propusiera. Lo había visto luchar muchas veces y sabía que su más sencillo entrenamiento valía más que la lucha más sangrienta de aquel ser inmundo. Sin embargo, ajeno a este dato, el infame empuñó su espada lo más

fuertemente que pudo y asestó un gran golpe que los grandes reflejos de Gabriel hubieron de contener. La lucha entonces duró poco pues el joven noble atravesó con su espada el cuerpo de aquel ser nauseabundo que un día decidió su destino.

Una vez libre de oponente alguno, hizo presión en el tronco de aquel ser inerte y extrajo de él su arma, testigo de muerte. Seguidamente, se reunió con su hermano y este le indicó que observara la destreza de su hermana con la espada, pese a que como mucho había practicado con la daga que todavía llevaba en el cinto de su vestido roto.

Los movimientos de Lori eran precisos, su cuerpo parecía estar en perfecta sintonía con su espada.

En uno de los giros necesarios para la lucha, los dos hermanos advirtieron el profundo corte de su brazo y del que manaba abundante sangre. No dudaron entonces en tomar el relevo de la lucha al intuir que se estaría debilitando a un ritmo bastante rápido. Ambos corrieron hacia ella pero esta, alzando la mano levemente, estableció una distancia entre ellos. Asíó la espada con fuerza y dio dos golpes certeros en la hoja de la otra mujer.

Violante se percató de que Lori se debilitaba y atacó con mucha más ferocidad que al principio. Puede que no fuera diestra pero sí astuta, a eso no la ganaba nadie. Tomando la iniciativa, embistió en ese momento la traidora. Algo que pilló a la muchacha desprevenida, provocando que su espada saliera disparada hacia el suelo y lejos de ambas. La mujer pensó de inmediato que la victoria ya era suya, el rostro empañado en sudor y la respiración forzada de su oponente así se lo indicaban. Se engrandeció ante los hechos y con una gran sonrisa en los labios, al saberse ganadora, pensó que había llegado el momento de su venganza. La muerte de la hija de Lady Rona saldaría su deuda. Levantó la espada y la puso justo ante su oponente ahora desarmada. Lentamente la acercó a su cuello y, mientras los hermanos de esta se encaminaban hacia ella en una carrera a muerte, apoyó su filo en el cuello de Lori y susurró su sentencia. —Morirás a manos de la mujer que mató a tu madre. ¡Muere! Muere y paga mi deuda con el mundo que yo pagaré la tuya lejos de este lugar—. Lori sintió todo el resentimiento que albergaba en su interior y, aprovechando una distracción suya previa a que acuchillara su cuello, sacó la daga de su cinto, la lanzó y la clavó en el pecho de la mujer con rápidos movimientos. Ello le causó una muerte inmediata. Sus hermanos, ya a muy escasa distancia de ella, se detuvieron en seco aliviados.

Inmediatamente después, cuando el peligro ya había desaparecido, cayó desplomada.

—Dios mío —dijo Gabriel.

Allen rasgó el vestido de su hermana y comprobó la herida.

—¿Es muy profunda? —preguntó Gabriel, preocupado.

—Está perdiendo mucha sangre.

En ese momento Sebastian, que llegaba desde el exterior de la torre donde había detenido a cuántos pretendían huir, la vio tendida en el suelo, sangrando y sin consciencia. Su mundo se vino entonces abajo.

—¡Oh, Dios mío! Lori... ¿Qué ha ocurrido? —acertó a preguntar, aterrado.

—Tenemos que llevarla dentro —dijo Allen.

—¿Cómo se os ocurre dejarla sola, maldita sea? Podrían haberla matado —rugió.

—Pero no ha sido así —dijo Gabriel.

—Hay que cortar la hemorragia cuanto antes. —Las palabras de Allen no apoyaron en absoluto las de su hermano—. Se está desangrando. ¡Vamos dentro! ¡Ahora! —rugió, rasgando su propia camisa y usándola a modo de compresión.

Sebastian, sin perder un solo instante, se agachó, la tomó en brazos y salió disparado en una carrera a la desesperada contra la muerte.

Seguido por los hermanos de la muchacha, corría escaleras arriba. Abrió la puerta de la alcoba de una patada y la dejó sobre la cama muy despacio. Su rostro, pálido y ojeroso, indicaba la gravedad de la situación. Sebastian se temió lo peor.

Iselda y Nora, alertadas por los alarmantes gritos de los muchachos, se presentaron de inmediato en la alcoba.

—Apartaos, vamos a desvestirla. —Nora tomó la iniciativa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Iselda preocupada a su hermano.

—Tu madre y ella han luchado a muerte.

—¡Dios! ¿Eso se lo ha hecho ella? —Iselda supo leer entre líneas y, aunque le dolía profundamente la muerte de su madre, se consoló a sí misma pensando que al fin dejaría de hacer daño a su alrededor. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde para su hermana.

—Pues claro. ¿Qué esperabas? Cuando uno lucha se arriesga a algo así. —Allen pagó con Iselda su nerviosismo.

—No, yo creí...

—Si vais a ayudar, hacedlo. Si no... fuera los dos. No tenemos todo el día —zanjó Gabriel que veía aquella discusión fuera de tono. Ni había necesidad de ella, ni aquel era el momento.

—Será mejor que salgáis de aquí —le secundó Nora.

—No, nos quedamos con ella —coincidieron ambos.

—Salid al menos hasta que la hayamos desvestido. Una vez la cubramos con las pieles, podréis entrar a curarla.

Aún no había terminado de decir esto y Sebastian, ignorándola, ya estaba rasgando el vestido. Bajo ningún concepto iba a perder tiempo en tonterías. Lo único que quería era salvarle la vida a toda costa.

—Respira con dificultad. —Las palabras de Gabriel fueron un mazazo para todos.

—Por favor, ayudadla —imploró Nora con lágrimas en los ojos—. No dejéis que se vaya.

—Gabriel. —Allen, un poco más experimentado que el resto en cuanto a primeras curas, tomó el mando—. Tráeme toallas limpias y un caldero con agua caliente, de prisa.

Mientras, Sebastian retiraba el improvisado apósito que medianamente contenía la hemorragia.

—¡Es muy profunda! —Aterrado miro a Gabriel.

Ambos muchachos vieron el pánico en el rostro del otro.

Allen se entretuvo lo suficiente como para limpiar bien la herida, de nada serviría cortar aquella profusa hemorragia si una vez cerrada se infectaba.

Cuando creyó oportuno, Sebastian proporcionó a Allen aguja e hilo con los que suturar. La experiencia adquirida entre sus camaradas le sirvió para coser las diferentes capas de aquella herida, desde el hueso hasta la piel.

Una vez pasado el peligro inminente de hemorragia masiva, unos a otros se miraron en silencio y respiraron hondo, sin embargo y aunque era pronto para decirlo, el sudor frío que Lori padecía no indicaba nada bueno.

Para su comodidad, las mujeres le pusieron su camisón. Después, todos mantuvieron silencio para dejarla descansar.

La tarde iba avanzando y tanto Sebastian como Allen y Gabriel no abandonaron ni un solo instante la cabecera de la muchacha. Tampoco Iselda y Nora que no dejaban de ponerle compresas en la frente.

A Lord Donald, sin embargo, no le fue posible visitar a su hija debido a la rebelión sufrida con anterioridad. Sus obligaciones al mando de la guardia le

requerían con prioridad. Aunque, enormemente preocupado por el estado de su hija, un guardia le informaba de tanto en tanto de los cambios sufridos por ella.

Temiendo que aquella herida, tan próxima al hueso pudiera estar infectándose, los tres muchachos no eran capaces de articular palabra alguna. La observaban con meticulosidad, cada movimiento, cada gesto, cada gemido. Su cuerpo blanquecino por la falta de riego brillaba como el nácar, su rostro bañado por diminutas gotitas de sudor centelleaba sin descanso y su alta temperatura alertaba de un riesgo inminente.

—Su estado se está agravando. —Los hermanos comprobaron cómo a Sebastian le brillaban los ojos al decir esto—. Necesita ayuda Allen. He visto cómo la curabas. Tú has de saber cómo detener la infección.

—Pero yo no conozco nada de hierbas ni de ungüentos —se lamentó—. Solo sé un poco de heridas de guerra. Mis conocimientos en enfermedades son limitados por no decir nulos —terminó mirando a su hermano.

—¡Patty! —exclamó Iselda—. Ella sabe mucho de eso. Aprendió hace tiempo de una comadrona a la que ayudaba.

Dicho esto, la muchacha salió corriendo en su busca.

En un breve espacio de tiempo, ya estaba de regreso en la alcoba, acompañada de su doncella personal.

Los muchachos le explicaron rápidamente el estado en que Lori se encontraba y esta, dadas las necesidades inmediatas de la enferma, indicó a los hermanos y a Sebastian qué plantas necesitaba para ayudarla.

Con la convicción absoluta de que solo de ese modo podrían salvarla, acompañado cada uno de un guardia que le guiara en aquella comarca aún desconocida para ellos, los tres muchachos abandonaron rápidamente la alcoba en una súbita estampida.

Allen había sido encargado de buscar tomillo con el que evitar un posible enrojecimiento de la cicatriz que diera paso a una dermatitis primero y una posible infección después. Gabriel de conseguir caléndula para evitar la inflamación y ayudar a la cicatrización. Y Sebastian... Sebastian removería cielo y tierra en busca de corteza de sauce con lo que le bajarían la fiebre y ayudarían a la coagulación de la sangre.

Afortunadamente Patty sabía dónde crecía cada una de ellas y eso minimizaría mucho el tiempo de búsqueda. Solo esperaba fervientemente que los tres muchachos no tardaran demasiado en regresar.

Mientras tanto, preparó agua caliente y cuencos donde trabajar las raíces y plantas.

Iselda, en su afán de sentirse útil, la acompañó para ayudar en lo que fuera menester.

Fue justo en ese momento cuando Lori abrió los ojos. Nora, como cabía esperar de ella, la velaba junto a su cama.

—¡Al fin despiertas! —Las lágrimas no tardaron en acudir a sus hermosos ojos azules.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz débil. —No recuerdo nada. ¡Ah! — Se quejó debido a un gran dolor, al intentar girarse hacia ella.

—¡Para! No debes moverte —dijo, mullendo su almohada.

—¿Qué me ocurre? —susurró.

—Hubo una lucha y te hirieron. —Nora no creyó conveniente darle más detalles.

—¡Oh, Dios! ¡Los chicos! ¿Están todos bien? —Preocupada, intentó en vano incorporarse en la cama.

—No te muevas te he dicho —la reprendió—. Los chicos están bien, no debes preocuparte.

—¿Me lo prometes? —Quiso asegurarse.

—Te lo prometo. Y ahora descansa. Has perdido mucha sangre.

—¡Dios mío! Violante... —recordó lo ocurrido y pensó en su hermana. ¿Cómo iba a poder mirarla a la cara?—. Iselda jamás me perdonará —susurró con la mirada perdida.

—Sí, Lori. Lo hará. O mejor dicho, lo ha hecho ya. Es ella quien ha propiciado que ellos salgan en busca de tu cura.

—¿Dónde está? He hablar con ella. —Su voz, casi imperceptible, denotaba su preocupación.

—Volverá en breve. Ha ido con Patty a preparar lo necesario para cuando ellos regresen —respondió mientras su cuñada cerraba los ojos, vencida por el agotamiento.

En ese momento entró Lady Violet, visiblemente preocupada. Se situó a la cabecera de la niña a la que tanto quería y, acercándose a su oído, le susurró algo que la hizo sonreír y abrir los ojos al mismo tiempo. Nora supo inmediatamente que el nombre de Sebastian había sido pronunciado por la mujer.

De nuevo se abrió la puerta y entraron Patty e Iselda, cargadas con

numerosos potingues, agua, paños y cuencos.

—Iselda, hermana. —De forma casi inaudible, Lori la requirió junto a su cama. Necesitaba obtener su perdón.

La muchacha se acercó, se sentó al borde y, con los ojos llenos de lágrimas, la excusó y liberó de cualquier sentimiento de culpa. ¿Cómo podía culpar a su hermana de matar a su madre porque esta a su vez había matado a la madre de la primera? Puede que pareciera algo enrevesado, pero aquello no era más que la dura realidad.

El primero de los tres en aparecer fue Gabriel que, al ver a su hermana despierta, respiró hondo. Había subido las escaleras corriendo, su respiración agitada así lo indicaba. Sin perder un solo instante, Patty tomó la caléndula de sus manos y se dispuso a trabajarla.

—Arriesgaste demasiado, esta vez —dijo una vez a su lado y habiendo tomado aire.

—No más que vosotros —aclaró ella tan despacio que hubo de aproximarse a sus labios.

—¡Oh, Lori! No deberías haberlo hecho. —Su voz sonó a reproche. Sabía que pronto la perdería para siempre pero allá donde estuviera iba a ser feliz, las miradas que intercambiaba con su prometido así lo indicaban. ¿Pero verla morir? Eso no podía soportarlo, no de ese modo, no bajo esas circunstancias. Fue Allen quien entró en ese momento. Del mismo modo que Gabriel, entregó el tomillo a Patty y se acercó a su hermana.

—Hola preciosa. —Pasó su mano por aquella cabeza enredada—. ¿Te duele?

—A rabiarse —susurró una vez más.

—¿Dónde está padre?

—Aquí —respondió él, entrando de forma agitada.

—¡Padre!

—¡Oh, Dios! ¡Qué miedo he pasado, querida! Creí que te perdía como a tu madre. —La besó en la frente con ternura—. ¿Cómo te encuentras, hija mía?

—Como si hubiese luchado con un león. —La muchacha respondió después de tomar aire, pues era tremendo trabajo para ella.

—Bueno, es lo que has hecho, poco más o menos —le reconoció su padre.

Iselda tragó saliva mientras contenía las emociones.

—Hay alguien que quiere verte. —Sonrió a su pequeña, estaba a punto de hacer algo que no habría creído nunca posible.

La puerta de la alcoba se abrió y Owen y Mary entraron ante la sorpresa de

todos. ¡Cuánto habían cambiado las cosas para que su padre permitiera esa relación tan dolorosa para sí mismo!

Ambos corrieron a su lado y, haciendo una leve reverencia a Lord Donald como cortesía, besaron a Lori con cariño.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mary.

—Un poco cansada —respondió mientras la que consideraba su madre negaba con la cabeza a modo de castigo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Lori —dijo Owen en contraposición—. Aprendiste muy bien. Lástima lo de la caída.

—Sí, una lástima. Pero no todos opinan como tú. Mis hermanos están muy molestos conmigo.

—Bueno, tienen razones de peso para ello. —Mary señaló su brazo.

En ese momento Patty, que ya había preparado las infusiones y ungüentos necesarios, pidió paso. Rápidamente todos le cedieron el sitio.

Dado que ya habían comprobado que estaba en buenas manos, los supuestos padres se marcharon por no molestar.

—¡Tomad, señora! Esto os aliviará —dijo la doncella ante la atenta mirada de los que habían quedado en la alcoba.

En el preciso momento en que entre ambos hermanos la ayudaban a incorporarse para que tomara sus hierbas, Sebastian irrumpió en la estancia. Sudoroso, magullado y sin aliento por la carrera, pero eso sí, con un saco lleno de cortezas de sauce en su mano derecha. Sin duda la suya había sido la tarea más complicada.

Al estar incorporada, ella pudo verlo con facilidad.

—¡Sebastian! —Aunque no pudo escucharla, dado el hilo de voz tenue que ella era capaz de emitir, sí leyó en sus labios y sobre todo en sus ojos, cuánto se alegraba de verlo. Aunque quizá no tanto como él, al verla despierta.

Buscó a Gabriel con la mirada, este le indicó en silencio que aún no sabían la respuesta de su hermana a los remedios de Patty.

Sebastian hubiera deseado tomarla en sus brazos y arroparla con su calor, decirle cuánto la amaba, cuán importante era para él su recuperación. Había de ser consecuente y reconocer que, a esas alturas, ya no concebía la vida sin ella.

Dada la solemnidad con que Patty atendía a Lori, todos mantuvieron silencio a la espera de alguna mejoría por leve que esta fuera.

Después de un prolongado espacio de tiempo en el que ninguno de ellos

perdió detalle, la temperatura de la muchacha pareció descender ligeramente. Fue solo tras esas ansiadas palabras, pronunciadas por la doncella, cuando toda la familia fue capaz de respirar con un mínimo de sosiego. Puede que aquella mejoría fuera leve y puede que aún quedaran varios días para su recuperación total, pero sin duda todo marchaba como debía.

Poco a poco, todos fueron abandonando la alcoba para dejar descansar a Lori hasta que solo quedaron sus dos hermanos, Nora y Sebastian. Esta propuso quedarse junto a su cuñada durante la noche, algo que Gabriel y Allen aprobaron de inmediato. Sebastian sin embargo no estaba dispuesto a ello.

—Yo la vigilaré —dijo con rotundidad.

Nora, como cabía esperar, no estuvo de acuerdo. Miró a su esposo para que la secundara pero Allen estaba lejos de ella en aquel aspecto.

—Si fueras tú, yo no me iría —aseveró.

Sebastian miró a su futuro cuñado con complicidad y asintió agradecido. Seguidamente, hizo lo propio con el primogénito y, complacido, comprobó que opinaba de igual modo. Ambos hermanos sabían que aquello no era lo correcto pero, a aquellas alturas de las circunstancias y habiendo visto a su hermana tan cerca de la muerte, a ninguno de ellos parecía importarle ese detalle lo más mínimo.

Así pues, todos se marcharon dejando a Sebastian a solas con su amada. Él inmediatamente se sentó junto a ella y le tomó la mano sin dejar de mirarla, así pasó gran parte de la noche. El muchacho pudo ir comprobando cómo, con el paso de tiempo, el sudor parecía haber ido desapareciendo y el excesivo color blanquecino ya no parecía serlo tanto.

Lori, que hasta ese momento descansaba tras la relajante tisana con la que Patty había culminado su extensa sesión curativa, abrió los ojos de repente y lo vio allí junto a ella. Lentamente paseó la mirada por la alcoba y pudo comprobar que estaban a solas.

—Deseaba verte —susurró de forma cercana—. Al despertar y no verte junto a mí, sentí miedo. Pensé que podría haberte ocurrido algo, después vino tu madre y supe que todo iba bien.

—No, mi amor. Nada iba bien. Tú vida estaba en peligro, y mi vida sin ti no tiene sentido.

—Sebastian, hay algo que quiero decirte. Lo supe al despertar.

—Dime —la animó con una sonrisa, deseando y esperando que fuera aquello que tanto anhelaba escuchar de sus labios.

—Te amo. Te amo con toda el alma. Te amo desde el momento justo en que te vi en tu alcoba con el torso desnudo. Todo este tiempo ha supuesto una constante lucha para mí, pero me rindo... me rindo complacida. —Sonrió ante su propia desnudez—. Desconocer tus sentimientos hacia mí no ayudaba mucho pero ya no quiero callar por más tiempo. Necesito que lo sepas, sea cual fuere tu respuesta.

—¿Mi respuesta, Lori? —preguntó, acercando su cara a la de la joven—. Mi respuesta es que esta mañana me sentí morir al tomar tu cuerpo inerte de la arena. Entonces hubiera dado mi vida porque despertaras al instante y poder decirte cuánto te amo.

—Sebastian —pronunció su nombre mientras intentaba incorporarse.

—No, no te muevas —ordenó con dulzura—. Patty ha dicho que debe cicatrizar bien la herida antes de que te levantes de la cama. Recuerda que solo dispones de unos días para recuperarte —dijo, acercándose y besando a la joven dulce y cariñosamente.

La muchacha supo de inmediato a qué se refería. Solo unos días para que sus vidas cambiaran, solo unos días para que el matrimonio los uniera, solo unos días para que fuera suyo para siempre.

XX

HONOR MANCILLADO

Los días habían ido pasando y cada uno de ellos contaba positivamente para la mejoría de Lori. Patty y sus buenas artes le habían devuelto no solo la vida sino también las fuerzas y el apetito. Dos días después del juicio, ya había podido levantarse de la cama y la herida comenzaba a cicatrizar de forma correcta. Atrás quedaba ya el temor de una posible infección que agravara todavía más la situación. Si bien sentía molestias en alguna ocasión, nadie escuchó de sus labios una sola queja.

Estaba muy animada con la idea de convertirse en la esposa de Sebastian, sobre todo ahora que sabía cuánto la amaba. Así pues, ese mismo sábado, tanto ella como Gabriel se preparaban para casarse.

Lori se presentó ante su inminente esposo en el altar, feliz y contenta. Llevaba puesto un vestido en tono grisáceo con un escote llamativo y una gran capa que le caía desde los hombros, donde se hallaban flores bordadas de tonos claros. Además, un suave velo, que Lord Donald De Sunx levantó orgulloso, cubría su cara antes de ser entregada.

Elisse, del mismo modo que Lori y tal como mandaba la tradición, vestía los colores de su padre. Portaba orgullosa un hermoso vestido amarillo pálido que contrastaba con sus cabellos rubios y acentuaba todavía más el verde intenso de sus ojos.

Aquel se auguraba sin duda alguna como un día de verdadera felicidad, al menos hasta el momento en que llegaran las despedidas, ya que Sebastian había decidido que justo después de las amonestaciones partirían hacia su hogar. Un hogar que Lori realmente consideraba como propio y del que nunca hasta su reciente marcha se había separado.

Gabriel, por expreso deseo de su padre, pronto se convertiría en el señor de aquellas tierras. Pues tan preparado como estaba, decidió que tal sería su regalo de bodas.

Y Allen y Nora vivirían en las tierras situadas más al sur. Terrenos que su padre le había otorgado, también como regalo de bodas; y en las que él mismo sería a partir de entonces la máxima autoridad.

Sin embargo, la alegría no anidó en el corazón de todos aquel día. Liri, el gran amor de Gabriel no había podido evitar la tentación de verlo en el altar de la mano de otra mujer que no fuera ella. Solo eso la llevaría al convencimiento de que nunca debería volver. Resistió cuanto pudo e, incapaz de aguantar aquello por más tiempo, decidió abandonar la capilla con el corazón roto y lágrimas en los ojos.

Justo cuando ella cruzaba el gran portalón, Gabriel la vio de espaldas, reconociéndola al instante. Expectante, alzó la barbilla con el deseo de que ella se girara una vez más. La muchacha sintió una corazonada y así lo hizo. El brillo de sus miradas se cruzó en ese momento. Gabriel se sintió morir, tomaba de la mano a una mujer a la que no amaba y dejaba escapar aquella a la que adoraba, ¿tenía sentido aquello? En silencio y con la mirada, imploró que se detuviese. Ella entendió sus pensamientos al instante, sin embargo, no estaba dispuesta a ello; no había vuelto para eso. El muchacho temió perderla de nuevo y, atrapado como estaba en esa espiral de promesas y alianzas, cerró los ojos lentamente para que ella entendiera que aquella no era su boda sino la de su padre. Intentó transmitirle sus emociones con toda su energía pero, a pesar de ello, para cuando volvió a abrirlos ella ya no estaba. Gabriel sintió entonces ganas de abandonarlo todo y salir corriendo tras ella pero Allen, que situado tras él como testigo de las amonestaciones se había percatado de todo, puso la mano sobre su hombro llamándolo a la cordura. Lamentablemente, sentía que protagonizaba el papel de verdugo en aquella dolorosa historia, pero... ¿qué otra opción tenía? No podía dejar que su hermano se equivocara. Para cuando Liri estuvo en el exterior, a salvo de miradas indiscretas, rompió a llorar desconsolada. Lo había perdido, lo había perdido para siempre.

Destrozada, se marchó de allí cuanto antes.

Dado que no iban a ser grandes festejos los que se celebraran por respeto a Iselda, Gabriel se deshizo como pudo de las felicitaciones y se perdió entre los asistentes, aprovechando que tanto la guardia de su padre como la de su nuevo cuñado se habían congregado alrededor de la capilla para presentar sus máximos respetos.

Rápidamente y con el alma encogida, ensilló su caballo y montando de un salto salió de allí a galope tendido sin perder el camino. No hubo de esperar mucho cuando, por fin, pudo verla a lo lejos.

—Liri... —gritó poco antes de que esta abandonara sus dominios—. ¡Detente! —Su corazón palpitaba a gran velocidad. Si la alcanzaba y la

rodeaba entre sus brazos, ella ya no sería capaz de marcharse, solo esa idea ocupaba su cabeza en aquel momento.

La joven, sin embargo, echó a correr al escucharlo. Para dificultar su encuentro, salió del camino y se perdió en la espesura del bosque.

—Liri, por favor... —suplicó, bajando del caballo y siguiéndola.

Él la siguió entre los árboles y la fuerza de su amor hizo posible que la alcanzara en breve.

—¡Oh, Liri! —dijo, abrazándola—. Creí morir al no verte.

La muchacha no era capaz de articular palabra alguna en sus brazos.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste?

—¿Y qué podía hacer, Gabriel? ¿Pretendías que me quedara allí y te viera cada día con tu esposa? Poder ser solo tu amante no me importa, te amo y es suficiente para mí. Pero compartir tu lecho con otra, me partiría el alma.

—Mejor eso que nada, mi amor.

—No, Gabriel. No lo soportaríamos por mucho tiempo. Créeme, esto es lo correcto.

—Liri, vuelve conmigo. Quiero estar contigo, te necesito.

El brillo en los ojos de la muchacha la delataba, sin embargo, ella negó con la cabeza.

—¿Acaso ya has olvidado nuestro amor? Porque a mí me ha resultado imposible.

—Nunca podré olvidarlo. —Pasó su mano por el hombro de su amado y se detuvo en la nuca de este—. Me llevo un gran recuerdo de él.

—¿Solo con eso te conformas, con un recuerdo? —Gabriel despertaba en ese momento a la realidad, quizá no lo tenía con Liri tan fácil como pensaba.

—Sí, si no puedo tener más que eso.

—Pero Liri... —La apretó contra su pecho con fuerza, en un intento por retenerla—. Me puedes tener a mí.

—Ahora eres un hombre casado —le recordó, viendo que casi lo había olvidado—. Solo me resta desaparecer de tu vida.

El muchacho, destrozado, sintió la tierra abrirse a sus pies tras escuchar aquella sentencia de muerte a su amor.

—Dime dónde puedo encontrarte, al menos. —Viendo que la perdía por momentos, utilizó la última vía posible.

—Será mejor que ya cada uno siga su camino. —Le acarició la mejilla mientras sus ojos, embelesados, se despedían de él—. No puedo darte más de

lo que ya te di, así pues, monta tu caballo y vuelve con ella. —El joven permaneció inmóvil, sin perder de vista su mirada, esperando que recapacitara.

—¡He dicho que te marches! —gritó, desconcertándolo.

Sin dejar de clavar esa mirada gris sobre ella, a modo de reproche, salió de su vida para siempre.

Mientras lo veía partir, supo que esta acababa en aquel preciso momento. Instintivamente, pasó la mano por su barriga.

—Guardaré un hermoso recuerdo tuyo, mi amor —dijo encaminándose en dirección contraria.

Con ella, se marchaba su gran secreto, el amado hijo que portaba en su vientre. Se juró a sí misma que él nunca lo sabría y huyó de aquellas tierras para siempre.

Solo se había detenido un instante durante su vuelta, lo justo para desahogarse y echar fuera todo el dolor contenido hasta entonces. Marcharse había sido su decisión y, aunque como sirvienta suya él podría haberla retenido en su contra, la amaba demasiado para hacerle eso. Aquella era su decisión, solo restaba aceptarla. Se había ido y con ella sus ilusiones de compartir una vida juntos.

Elisse, en cambio, era su futuro, su nueva vida. Se prometió a sí mismo regresar de inmediato e intentar hacerla feliz con todas las armas que tenía para ello. Si así había de ser su vida, intentaría ser feliz en la medida en que le fuera posible.

—¿Dónde está Elisse? —preguntó, temeroso de que ella lo hubiera echado en falta en ese breve intervalo de tiempo en el que se había ausentado de forma furtiva.

—Ha subido a vuestra alcoba —respondió Lori, sentada junto a su esposo—. ¿Ha sucedido algo? —preguntó mientras su hermano desaparecía a toda prisa.

Gabriel entró sin llamar a la puerta pero Elisse no estaba allí, se sentó sobre la cama y pasó las manos por su pelo. Pensativo, se quitó la chaqueta y permaneció de este modo hasta que apareció ella.

—Creo que merezco una explicación después de ver cómo salías corriendo tras otra mujer, justo cuando acababas de jurarme lealtad ante Dios —le reprochó.

La mujer ya se había cambiado de ropa y vestía, por primera vez, los colores

de su marido.

—Liri fue alguien muy importante para mí. De hecho aún lo era hasta hace un instante. —Elisse no habría podido imaginar el alcance de la situación, sabía que había alguien en su corazón pero no hasta tal extremo, no para que corriera tras ella el día de su boda—. Le estaba confesando su amor por otra mujer tan abiertamente que casi le dieron ganas de salir corriendo y refugiarse en brazos de su madre. Aun así, hizo frente a su dolor y decidió enfrentarse a ello, no en vano era su esposa.

—¿Cuándo la conociste? —preguntó casi al borde del llanto.

—Unos meses antes de que llegaras.

—¿Está ella aquí?

—No —respondió tajante—. Se marchó cuando supo que nos habían prometido.

—Denoto rencor en tus palabras —expuso mientras una lágrima recorría su mejilla. Él se apresuró a retirarla delicadamente.

—No llores. Eso ya ha pasado.

—Eso pensé cuando te conocí pero no, Gabriel. No lo ha hecho, acabas de salir corriendo tras ella.

Sintiendo cómo cada una de sus palabras se clavaba en el corazón de su esposa, no quiso continuar.

—Solo quería saber por qué me dejó así. —Aquello no fue una mentira, quizá solo media verdad.

—Gabriel, ¿quién demonios crees que soy?

—Elisse, yo...

—Dime la verdad de una vez, no quiero que nuestro matrimonio se base en mentiras. Si todavía la amas, házmelo saber ahora mismo.

—Tú eres mi esposa. La única que tendré jamás. Recuerda... de no haber querido, no me hubiera casado contigo. Me habría ido tras ella sin pensarlo dos veces.

Aquello era cierto, amaba a Liri, eso no podía negarlo; pero estar allí junto a Elisse decía mucho de él. Por el motivo que fuese, había decidido permanecer junto a su recién estrenada esposa.

—¡Gabriel! —dijo, abrazándolo por primera vez—. Dime que todo ha acabado con ella.

—Todo ha terminado —quiso tranquilizarla—. Para siempre —añadió.

—Te amo, Gabriel —se atrevió a decir.

—Ten por seguro que tú serás la única mujer de mi vida, nunca habrá nadie más. —En eso no mentía en absoluto. Con Liri fuera de su vida, no tendría ojos para nadie más que para su esposa.

—¡Oh, Gabriel! —dijo, acercando sus labios a los de él.

Con sus grandes manos, recorrió el cuerpo de su esposa por encima del vestido. Ello produjo en ella escalofríos que no supo disimular. Supuso que tocar su piel, sería como tocar el cielo y no se entretuvo demasiado. La despojó del vestido y de la sedosa ropa interior y observó su bello cuerpo, todo para él. Deseó sentirlo al instante. Necesitó poseerla y olvidar así el penoso recuerdo de Liri. Necesitaba hacerla sentir mujer entre sus brazos, deseaba saber si era capaz de hacerle el amor a otra persona que no fuera su amada. Necesitaba, desesperadamente, creer que su vida iba a poder transcurrir sin ella.

Elisse dejó escapar una silenciosa lágrima, sabía de sobra que pensaba en otra mientras la acariciaba. Eso le producía dolor sin duda, pero cómo escapar de aquella vorágine de sensaciones. Gabriel intuyó sus temores y deseó hacerle saber que era suyo, que sus palabras eran ciertas y que nunca pertenecería a nadie más. Rápidamente se quitó la camisa, tomó a Elisse entre sus brazos y la depositó suavemente sobre el lecho. Después la observó atentamente y le susurró con ternura.

—Te prometo que nunca te haré infeliz, Elisse —dijo, retirando una lagrima de su mejilla—. No quiero verte llorar. Por favor, perdóname —suplicó, tomando el rostro de ella entre sus manos.

Él la besó tiernamente. La joven cubrió las manos de su marido con las suyas propias para indicarle que no deseaba que terminara ese maravilloso beso. Gabriel recorrió la silueta de su esposa, aferró firmemente uno de sus senos y acarició su sonrosado pezón hasta lograr que alcanzara cierta dureza, sintió entonces cómo ella se estremeció para él.

Instintivamente, Elisse arqueó su torso para facilitarle a su marido aquella dulce labor.

Intuyendo su pureza, se tomó tiempo para tomar el cuerpo de su esposa. Por nada del mundo quería que aquel hermoso momento fuera doloroso para ella. Primero habría de prepararla para recibirlo en su interior. Con dulzura, regaló los oídos a Elisse. Observó su piel semejante al terciopelo, la igualó a un hermoso ángel... su ángel. Elisse sonrió, complacida, ante aquellos cumplidos. Todo marchaba a la perfección. Gabriel parecía entregado a ella y

eso la había hecho relajarse en cuanto a sus temores, sin embargo, su rostro cambió completamente cuando él se aventuró a rozar la parte baja de su abdomen. Elisse, nerviosa, tomó su mano e intentó apartarlo de aquella zona con todas sus fuerzas.

—Gabriel, por favor, para —suplicó, asustada.

—¿Qué sucede, Elisse? Todo está bien. —Sabiedo que sus nervios se debían al desconocimiento, intentó tranquilizarla.

—No, no lo está. Necesito que pares de inmediato —imploró.

—Mi ángel, por favor, yo necesito...

—Y yo necesito que pares —dijo la joven, alzando la voz considerablemente, incorporándose de golpe y acurrucándose en su lado de la cama.

—Elisse... pero qué te pasa. —Aquella reacción le pareció exagerada.

—No pasa nada. ¿Crees que podrías dejarme tranquila un poco? —dijo, realmente atemorizada.

—No hasta que me digas qué ocurre. ¿Por qué me has detenido de ese modo? Creía que lo deseabas tanto como yo. ¿Acaso tienes miedo?

—Por favor —suplicó con la cabeza entre las rodillas—. Ten un poco de paciencia conmigo.

—Está bien, como tú quieras —resolvió Gabriel.

Ciertamente las cosas no se habían desarrollado como él esperaba. ¿Qué le sucedía a su mujer? Estaba claro que algo importante ocurría y estaba claro también que ella no era capaz de confiar en él.

—No te vayas —dijo Elisse alzando la vista, al sentir cómo él se levantaba de la cama. —No me dejes —repitió la joven llorando y aferrándose a su esposo.

—No iré a ningún lado, mi querida Elisse —la tranquilizó de inmediato—, pero te deseo. Eres una mujer realmente hermosa, me gusta el sabor de tu cuerpo, y tengo necesidad de sentirme dentro de ti.

—¡Oh, Gabriel! —dijo, volviéndose rápidamente hacia él.

—No entiendo qué está pasando, no puedo ayudarte si no compartes tus temores conmigo. —Quiso hacerle ver.

—Besame, por favor —suplicó entre sollozos.

Dicho esto, Gabriel besó el dorso de su mano y accedió a sus deseos. La besó de forma pausada hasta que sintió sus labios ligeramente inflamados. Se detuvo un instante y levantó la mirada. Él, esta vez muy dulce, intentó deslizar su mano hacia el fuego interior de la joven. Ella tensó todo su cuerpo pero Gabriel, sutilmente, le susurró hermosas palabras al oído. No opuso

resistencia en aquella ocasión, pero sí seguía manteniendo el gesto afligido. Él percibió cierta humedad en ella y suavemente separó sus piernas, se acomodó entre ellas y, tras un leve vaivén en el que ambos se sintieron presa del deseo, la penetró suave y delicadamente.

Aguardando encontrarse con la barrera que le dificultase el paso, percibió que esta no se había mostrado ante su miembro cuando este ya se había alojado en su interior. Echó de menos la presión ejercida por una doncella cándida y pura, echó de menos el fluir de la sangre a su paso y comprendió entonces los inexplicables miedos de la muchacha. Elisse no era pura, alguien la había tomado antes que él. Súbitamente, alzó la cabeza en busca de una respuesta. Sin embargo, todo lo que alcanzó a ver fue a su mujer deshecha por el llanto. Al verla en ese estado, no supo qué hacer o decir. Acercó su rostro al de ella, enmarcó su dulce cara bañada en lágrimas con ambas manos y la miró duramente a los ojos sin salir de su interior.

—¿Te hicieron daño alguna vez?

La muchacha respondió claramente sin articular palabra.

—Yo no te haré daño, mi ángel. Te lo prometo —dijo Gabriel, tomando una repentina decisión.

Era evidente que habían abusado de ella con anterioridad. Así pues, había de darle todo el placer que le fuera posible para compensar semejante atrocidad. Comenzó entonces a moverse lentamente, obligándose a reducir la marcha de tanto en tanto, según las necesidades de su esposa.

Puede que Gabriel aún no estuviera enamorado de ella, pero sin duda aquel había sido un hermoso acto de amor. La delicadeza y el cariño con los que aquel joven muchacho trató a su ultrajada esposa, la condujeron lenta y pausadamente al clímax más inesperado. Ello hizo que él alcanzara la plenitud como amante y, finalmente, no pudo sino derramar su semilla en su interior.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, una vez estuvo tumbado a su lado, mientras enlazaba su mano con la de ella.

—No podía, Gabriel. Nadie conocía mi secreto —se culpó con pesar.

—Pero podrían haberte ayudado. Tu padre sin duda hubiera hecho algo al respecto.

—Mi padre es muy mayor y no lo hubiera entendido. Él hubiera preferido morir a saber esto.

—Pero ¿y esta noche? —quiso entenderla—. Tú sabías que estarías en mi

lecho hoy mismo.

—Lo intenté pero estaba tan enfadada contigo por lo que había sucedido. Y luego me abrazaste... y no recuerdo nada más hasta que... Lo siento mucho, de verdad.

—Alguien abuso de ti ¿no es cierto? —Realmente necesitaba saber lo ocurrido.

En silencio, la joven se levantó y, tomando la camisa de su marido, se la puso por los brazos. Rápidamente se acercó a la lumbre que había en el cuarto y sintió ganas de quemarse incluso, para evitar aquel frío mortecino que la invadía. Gabriel se había levantado y, desnudo como estaba, se dirigió hacia ella para tomarla de nuevo entre sus brazos.

—¿Cómo has podido soportar esto en silencio? —Elisse se tapó el rostro con sus manos y sollozó de nuevo. Gabriel, de forma protectora, la rodeó con sus brazos y la apretó fuertemente contra su pecho—. Dame su nombre, mi amor, y yo mismo acabaré con su vida.

Aunque ya era bastante tarde, para Elisse aquellas palabras habían calado muy hondo. No solo habría estado dispuesto a defender su honor, inconscientemente también se había dirigido a ella como su amor. Ello envolvió a la muchacha en un gran halo de esperanza. Quizá había un futuro para ellos.

—No debes preocuparte por él, Gabriel —dijo, sonriendo ahora—. Falleció durante una cacería a la que asistimos con mi padre. Afortunadamente... una flecha atravesó su corazón. Iba dirigida a un ave que volaba raso, sin embargo, se clavó por accidente en el pecho de ese desgraciado. —Taciturna, miró fijamente a los ojos de su joven esposo.

Gabriel de inmediato supo que había sido ella misma quien había disparado aquella certera saeta, vengando así su honor mancillado. Sintió pena por la soledad con la que durante todo ese tiempo su esposa había lidiado y se prometió entonces a sí mismo que cuidaría de ella hasta su muerte.

XXI

RETORNO AL HOGAR

Era el segundo descanso del primer día de trayecto. Lori y Sebastian viajaban con la guardia y la madre de este. Precisamente por ello no les había quedado más remedio que posponer su ansiada noche de bodas.

Sebastian había asegurado que en un par de días estarían en casa y Lori esperó que así fuera. Anhelaba yacer con su esposo y sentir el calor de su piel. ¡Había pensado en tantas ocasiones cómo se acurrucaría entre sus brazos después ser suya!

Estaba segura de que él lo deseaba tanto como ella. La forma en que la miraba, la manera en que la acariciaba, el deseo con que la besaba... todo ello le hablaba de sus sentimientos.

Sebastian se acercó a Lori, que silenciosa miraba la luna. Sintió unos pasos tras ella y supo de inmediato que se trataba de su amado esposo.

—¿Tampoco tú puedes dormir? —preguntó él, pasando su mano por la cintura de ella.

—Debería estar acostumbrada al frío suelo por la cacerías a las que asistí con mi padre pero...

—Lo cierto es que yo también debería estar acostumbrado —reconoció él—, he luchado fuera en demasiadas ocasiones.

—Quizá algo nos impide conciliar el sueño —expuso Lori con una pícaro sonrisa.

—Estoy deseando llegar a casa. Te haré mía en ese preciso momento.

—¡Sebastian! Tu madre podría oírnos —dijo, mientras el rubor avanzaba por sus mejillas.

—Está dormida —la tranquilizó, acariciándole la espalda. Pudo sentir entonces el calor que el cuerpo de Lori emanaba a través del vestido—. ¡Tengo tantas ganas de sentirte desnuda entre mis brazos! —No pudo menos que expresar sus deseos más íntimos.

Sujetó la barbilla de su esposa y la mantuvo frente a él. Lori supo de inmediato que se disponía a besarla. Entreabrió levemente sus labios para que el beso fuera más placentero y, cuando la lengua de Sebastian se encontró

con la suya, comenzó a respirar con dificultad. El peso que él ejercía sobre ella, la hizo caer un poco hacia atrás y aprovechó el momento para regalarle alguna caricia más íntima. Los dedos del hombre recorrieron las piernas de ella hasta llegar a la pantorrilla y Lori, en un movimiento involuntario, las cerró al saber la mano de su marido sobre su muslo. En esa travesura viciosa en la que se desenvolvían sus lenguas, Sebastian le mostró cómo sería el juego amoroso entre ellos. Ello hizo que todo en su interior explotase de manera incontrolada. Todo apuntaba a que esa misma noche iban a convertirse en un solo ser... hasta que Lady Violet acabó con la magia.

—Sebastian hijo... ¿dónde estás? No quiero que me dejes sola.

—¡Oh, Dios! —se quejó, molesto.

—¿Crees que nos habrá visto? —preguntó Lori un poco preocupada, mientras trataba de arreglarse las faldas del vestido.

—No, no creo —la tranquilizó.

—¡Sebastian! —gritó de nuevo.

—Estoy aquí —dijo, visiblemente enfadado—. ¡Dios santo!

—Es una mujer mayor. Si yo estuviera sola también tendría miedo —dijo Lori, sonriendo un poco para que él también lo hiciera.

—Sí, claro —respondió este sin ninguna gracia.

—Sebastian. —Lori tomó la cara de su esposo entre sus manos y lo besó—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Ah, ¿estabais juntos? —entendió la mujer—. Lo siento pero es que me sentí sola y me entró miedo.

—No os preocupéis —dijo la muchacha entrando con la mujer en una especie de tienda que Sebastian había hecho montar para ellos—. ¿No vienes? —se dirigió a él.

—Sí, en un momento. —Decidió aguardar durante un espacio de tiempo medianamente prolongado pues, teniendo en cuenta las circunstancias, no creía posible estar cerca de su mujer sin poder abrazarla y besarla.

Ocultos bajo la penumbra de una noche sin luna, y tras haber hecho dos breves paradas en ese último día de viaje, los recién desposados por fin llegaron a casa. El joven guardia, habiendo reconocido a su señor a duras penas entre la bruma, les abrió las puertas de la gran muralla y les dio acceso al interior.

Al llegar al castillo, dado que nadie sabía de su llegada, todo estaba en silencio, así pues, cada uno se dirigió a sus respectivas alcobas. Para Lady

Violet el viaje había resultado agotador así que los dejó solos de inmediato. Circunstancia que ellos aprovecharon para dirigirse a su alcoba sin perder tiempo.

Él la cogió por la cintura y la lanzó sobre la cama.

—¡Sebastian! No hace falta ser tan brusco —dijo mientras se levantaba de nuevo.

—No soy brusco —la corrigió—. Solo te deseo con todo mi ser.

Acercándose a ella, la besó en los labios muy tiernamente primero y aumentando su pasión poco a poco.

—¿Sabes, mi amor? Tus labios, suaves y carnosos me enloquecen. —La joven no supo qué responder—. ¿Todo tu cuerpo es igual?

Ella permaneció en silencio.

Sin más pregunta que pudiera desviar el momento, Sebastian, ávido de ella, se dispuso a averiguarlo.

Lori percibió el ímpetu en los rápidos e impacientes movimientos de su esposo y, por un instante, sintió cierto miedo. Él apreció esas inquietudes con cierta facilidad.

—No debes temerme. No voy a hacerte daño, amor mío.

Tras el beneplácito de la joven, Sebastian la tomó de nuevo en los brazos y la besó, esta vez muy suavemente. Recorrió la boca de su amada con la lengua, provocando un placer hasta entonces desconocido para ella. Nunca antes la había besado así. Ese beso contenía un matiz diferente a los anteriores, ese beso pedía mucho más de ella. La lengua de Sebastian entraba y salía de su boca como si fuera la suya propia. Lori rodeó con mucha más fuerza el cuello de su marido, incitándole a no acabar con aquel beso hasta que él lentamente se separó y trazó una mínima distancia entre ambos. Vio el rostro de Lori un poco irritado, imaginó que provocado por la escasa barba de no haberse afeitado desde hacía unos días. Sonrió, en cierto modo le gustó ver su marca en ella. La tomó de la mano y la condujo mucho más cerca de su lecho. Allí volvió a mirarla detenidamente y percibió cómo sus miedos se habían disipado. Su respiración, en cambio, había aumentado notablemente y su cuerpo temblaba de forma sutil. Sin duda, llevado por el deseo que aquel maravilloso beso había despertado en ella.

La tomó de la mano y la acercó a él un poco más. Se sentó en la cama y recorrió el cuerpo de su mujer, todavía enfundado en aquel precioso vestido. Involuntariamente, Lori cerró los ojos cuando él pasó la mano por sus

redondeados y tersos pechos y se preguntó en silencio qué sería de ella cuando sus ropas no obstaculizaran el contacto con su piel. Un escalofrío recorrió en ese momento su cuerpo de arriba a abajo. Sebastian notó el pequeño temblor en el cuerpo de su mujer y eso hizo que aumentara el deseo en su propio cuerpo. Desató el nudo con el que la gran túnica de Lori estaba anudada y dejó que esta cayera a sus pies. Siguiendo el mismo patrón, desanudó el lazo que sujetaba su vestido y que llegaba hasta la cintura y también lo echó hacia atrás. Por segunda vez, vio a su mujer en ropa interior, sin embargo esta vez era bien distinta, en esta ocasión Lori no se cubría para ocultarse de su mirada; ahora ella disfrutaba tanto como podía, eso pudo percibirlo.

Se levantó y dejó caer su túnica. Creyó conveniente no apresurarse en quitarse los pantalones, de hacerlo iría muy rápido y no quería que Lori tuviera un recuerdo fugaz de su primera vez. Con mucha delicadeza, hizo que se sentara a su lado y tiró de la cinta que sujetaba su pelo en una trenza. Le gustaba mucho más con el cabello suelto y así se lo hizo saber. Lori sonrió ante la idea de que ello lo excitara en modo alguno. Sebastian pasó su mano por él y cuando llegó a la nuca, la acercó de nuevo a él para tomar de nuevo sus labios.

Lori, incitada por el propio Sebastian, se recostó en la cama, facilitando que este acariciara sus piernas. De nuevo llegó a ese muslo que había podido tocar hacía tan solo alguna noche y lo sintió mucho más suave y terso que entonces. Llevó su mano hacia el triángulo que estaba esperando por él pero Lori, instintivamente, cerró las piernas. Sebastian con un dulce susurro explicó la naturalidad de cada respuesta experimentada por su propio cuerpo y, comprendiéndose a sí misma, aceptó que él continuara. Así pues, prosiguió hasta provocar en ella la reacción esperada. De nuevo la besó, esta vez con más furia, excitándola con la lengua y haciendo que el cuerpo de ella clamara que la poseyera por completo. Él la terminó de desvestir y contempló extasiado su cuerpo desnudo. Sebastian la agasajó con un sin fin de palabras románticas, que la muchacha aceptó entusiasmada. Deseaba con locura escuchar de sus labios que la amaba, que la deseaba y que nunca se apartaría de su lado. Sebastian, como si pudiera leer su pensamiento, pronunció aquellas mágicas palabras.

El amante esposo se desnudó por completo y Lori quedó, por momentos, aterrada al ver el tamaño que su marido había tomado. Apartó la vista e

intentó volver a concentrarse en aquellos dulces besos. Él volvió a sentir con sus manos el dulce calor que su esposa emanaba desde su interior, solo para él. Cuando sintió que ya estaba lo suficientemente preparada para acogerlo en su interior, se ubicó entre sus muslos y le indicó cómo colocar las piernas. Lori, obediente, las puso alrededor de su cintura y se preparó, tal y como él le había explicado, para su inminente entrada. Sebastian la embistió rápidamente para que el dolor fuera intenso pero fugaz, la joven sintió un ardor en su interior y se aferró a los hombros de él.

—¿Estás bien? —preguntó, sintiendo sus temores.

—Sí. —Sus labios mintieron pero sus ojos la delataron al mismo tiempo.

—El dolor pasará enseguida mi amor —le hizo saber mientras permanecía quieto un instante sobre ella.

—Sebastian —dijo, suspirando profundamente.

Desaparecido el dolor inicial, pudo sentir un placer desconocido. Se movió un poco para cerciorarse de que el malestar no lo provocaban aquellos movimientos previos y escuchó entonces gemir a su esposo. Por temor a que fuera él entonces quien pudiera estar sintiendo dolor, preguntó lastimosa.

—¿Estás bien?

—No ha sido un gemido de malestar, amor mío. —Sebastian adivinó fácilmente sus temores—. Más bien se trata de todo lo contrario. De placer, de deleite, de lo maravilloso que es para mí estar dentro de ti.

Incapaz de permanecer inmóvil por más tiempo, Sebastian comenzó poco a poco con aquel dulce vaivén que a Lori trasportaba a los cielos.

Cada vez el ritmo iba aumentado más y más hasta que, sin darse cuenta, levantó las piernas por expreso deseo de su propio cuerpo. Sebastian gimió, agradeciendo esta nueva postura que sumaba placer a sus sentidos.

Presa del frenesí, Lori acarició la parte baja de la espalda de su esposo, enloqueciendo a este con cada uno de sus gemidos. Aquel suave movimiento había adquirido ahora una velocidad vertiginosa, llevando a ambos a descubrir la plenitud de la pasión y la lascivia. El delirio era absoluto para el joven matrimonio y el clímax no tardó en llegar en el momento en que la última sacudida hizo derramar la simiente de su esposo en su interior. Acompañando a su amado en viaje tan placentero y delicioso, arañó con fuerza la espalda del muchacho en una pérdida absoluta de la consciencia.

—Lori, estás preciosa.

Mirando a su bella esposa, observó complacido cómo esta todavía lucía en su

rostro las secuelas de lo que acababa de suceder. Sus ojos denotaban una excitación extrema, sus labios habían tomado un tono oscuro por el intenso roce con los suyos y su corazón jadeante parecía intentar retomar el ritmo habitual poco a poco.

—Hagámoslo de nuevo.

Lori sorprendió a Sebastian con su increíble demanda. Había pensado que, al ser su primera vez, habría sido suficiente para ella. Sin embargo, ahora que sabía cómo era sentir a su marido en su interior, quería tenerlo de nuevo. Sin dudarle un instante, se tumbó sobre él con naturalidad.

Habiendo dejado pasar un tiempo prudencial para que el cuerpo de Sebastian se recompusiera tan solo lo justo y necesario, volvieron a comenzar de nuevo. Desde el principio hasta el final, una y otra vez. Sus cuerpos parecían no querer separarse el uno del otro. Sebastian temió que, a ese ritmo, Lori acabara matándolo antes de los treinta. Así pues, tras esa inmensa espiral de frenesí absoluto y profundo desgaste físico, al amanecer, ambos quedaron dormidos uno en brazos del otro.

Lori, feliz como estaba, observó desde la cama cómo el sol se hallaba en su zénit. Al parecer habían dormido durante bastante rato a pesar de haber pasado la noche despiertos. Le llamó la atención que nadie los hubiera molestado a pesar de lo avanzado del día, aun así supo agradecerlo. Miró a su ardiente esposo mientras este dormía plácidamente junto a ella y pensó en cuán dichosa se sentía. A priori, tener el amor de la persona a la que amaba había sido algo inalcanzable para ella, teniendo en cuenta que se había enamorado del que por entonces era su señor. Sin embargo, las cosas habían cambiado tanto... Ahora ella era una dama de alta cuna, desposada con un noble y, con aquel que un día creyó inalcanzable, tumbado sobre su lecho.

Se levantó haciendo el menor ruido posible y se dirigió al baúl que la noche anterior habían subido a la alcoba. Cogió uno de los vestidos y, una vez se hubo aseado, se dispuso a vestirse para bajar a la cocina. Tenía un poco de hambre y, dado que iba a ser un día muy duro, pensó en ponerse a ello lo antes posible.

Justo cuando estaba terminando de peinarse, Sebastian despertó. Este advirtió su ausencia y alzó la vista.

—¿Qué estás haciendo?

—Buenos días, señor —dijo Lori, abandonando su tarea y volviéndose para mirarlo—. ¿Habéis dormido bien? —Utilizó un tono gracioso.

—No demasiado.

—¿No? —negó seriamente.

—Puede que mi esposa no me haya dejado descansar en toda la noche.

—¡Vaya! —Se levantó y se acercó a él—. ¡Qué esposa más desconsiderada tenéis!

—Sí, extremadamente desconsiderada —observó, rodeándole la cintura y acercándola para darle un beso de buenos días.

—¿No piensas levantarte?

—Todavía no. Es demasiado temprano —ironizó.

—¿Temprano? —Sonrió—. Hemos perdido más de medio día. Y he de recordarte que hoy nos espera un día de mucho trabajo. Debemos poner al corriente a todo el mundo.

—Deja que lo adivinen ellos solos —la instó Sebastian, volviéndola a atrapar de nuevo.

—No, tú eres el amo y señor de este castillo. Levántate de una vez.

Muy a su pesar, sabía que Lori tenía razón. Por eso dejó escapar una maldición y se volvió de espaldas sobre el colchón. Ello dejó sus cicatrices al descubierto. Lori recordó la primera vez que las vio. Entonces deseó acariciarlas y sentir el dolor que él había sentido, deseó besar cada una de ellas y hacer que su sufrimiento se tornara placer, deseó que desaparecieran. Fue entonces cuando dio rienda suelta a sus instintos e hizo aquello que un día hubo de reprimir. Se acercó a esa espalda tan invadida por la osadía y pasó la mano por ella, haciendo que Sebastian respirase profundo. Seguidamente, apoyó su cabeza y lo compartió con él.

Sebastian rodeo a su mujer con los brazos. ¿Podía alguien ser más maravilloso? Él recordaba ese día y no podía sino asquearse de sí mismo por cómo la había tratado y ella, sin embargo, guardaba un recuerdo bien distinto. La besó de nuevo. La mujer cayó sobre él y supo que había de detenerlo en ese mismo momento o sería tarde para ambos.

—Levántate y vístete. ¡Vamos! —Se dirigió al tocador y con gran destreza, se hizo un trenzado que sujetó con una cinta color verde que hacía juego con su vestido. Sebastian, a regañadientes, se había levantado—. Me adelantaré mientras te vistes, quiero hablar con tu madre. No tardes, mi amor.

—No lo haré. Quizá llegue hasta ella antes que tú —dijo, mirando a su esposa realmente divertido.

—Eso lo veremos.

Abrió la puerta, salió de la estancia y atravesó el corredor.

Al pasar por su antigua alcoba, se detuvo un instante. Abrió la puerta y miró en su interior. Vio que todo estaba exactamente igual que lo había dejado. Eso llamó su atención, alzó las cejas, hizo un mohín y, seguidamente, cerró la puerta y se dirigió hacia la escalera.

—¡Vaya! —escuchó frente a ella—. Veo que has vuelto.

—Sí, he vuelto —respondió secamente y con altivez al reconocerla como la de Gursac.

—¿Por qué te marchaste así? —dijo, acercándose a la joven.

Lori no respondió a su pregunta. Pudo comprobar que aquel ser despreciable aún se creía con derechos. Supuso que salía de su alcoba por primera vez desde su llegada y la de su esposo y que nadie le habría informado.

—Sebastian debe estar a punto de llegar. Mientras tanto, podríamos pasar un buen rato —dijo, acercándose a ella y sujetándola por la nuca.

Lori sintió náuseas al sentir el contacto de ese desgraciado.

—No te da miedo que te sorprendan, ¿verdad? —se dirigió a él sin protocolo alguno.

—¿Y quién me iba a sorprender? —preguntó con una carcajada socarrona—. Aquí ya no hay nadie más que la cocinera y yo. Eché a todo el servicio. ¿Por qué gastar dinero en ellas, si puedo tenerlo para mí?

—A Lord Sebastian no le gustará eso —dijo, profundamente molesta.

El hombre sonrió con ganas.

—Él no habrá de enterarse. Estará todo preparado y cada uno en su puesto de nuevo cuando la avanzadilla avise de su regreso.

—¿Le estás robando?

—Bueno... teniendo en cuenta que yo trabajo mucho más que él y que casi todo lo que hago es en su propio beneficio, no considero que sea un robo propiamente dicho.

—Espérate a que lo sepa y...

—No lo sabrá. Ya me encargaré yo de que ninguno se vaya de la lengua. Como tampoco lo harás tú, ¿verdad?

—¿Por qué no? —Lori no entendía la desconsideración de aquel hombre para con las personas, ¿acaso se creía con derecho a tomar todo aquello que se le antojara, sin pensar en el daño que ocasionaba?

—Perderías el tiempo, si todo el servicio secunda mis palabras. Además... —susurró demasiado cerca—. ¿A quién piensas que creará, a ti o a mí?

—A ella, sin lugar a dudas —dijo Sebastian desde el fondo. Había permanecido callado durante todo este tiempo, escuchando perfectamente cada cosa que decía.

—¡Sebastian! ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Esta es mi casa. Creo que tengo derecho a estar aquí

—Sí, claro —afirmó, nervioso—. ¿Cuándo has llegado?

—Anoche.

Se acercó a ellos con presunción y rodeó a Lori por los hombros, estableciendo con ello que era de su propiedad.

—Junto a mi madre y mi esposa.

—¿Tu esposa? —Gursac no daba crédito—. ¿Lori es tu esposa?

—Lady Lori para ti —le rectificó con dureza—. ¿Puedes explicarme qué es todo eso de que has despedido a todo el servicio? —Aguardó un instante sin obtener respuesta—. Sabes una cosa, Gursac... Creo que a partir de ahora voy a prestar más atención a mis asuntos y por tanto voy a poder prescindir de tus asquerosos servicios. Así pues... ¡sal de mis tierras para siempre! —dijo, gritando con todas sus fuerzas.

—Sebastian, tú y yo siempre hemos sido buenos amigos. No hay necesidad de ponerse así.

—¡Márchate! ¡Ya! —insistió.

Sin decir una sola palabra, aquel vil y despiadado guerrero hizo ademán de obedecer.

—¡Ah, Gursac! —añadió Sebastian—. Antes de que te marches... —Se acercó a él y le dio un puñetazo en la nariz que inmediatamente fracturó su tabique—. Llévate lo que te corresponde.

—¡Me has roto la nariz! —dijo, intentado contener la hemorragia.

—Eso es por tocar a mi esposa. ¡Sal de mi casa! —ordenó, mientras el desterrado ya bajaba las escaleras.

—¿Estás bien? —preguntó Lori, pensando en su mano.

—Sí, estoy bien. De maravilla, para ser exacto. No te preocupes —la tranquilizó acariciándole la mejilla—. Será mejor que bajemos y veamos qué es lo que ha hecho ese maldito estúpido.

—Voy a ver si tu madre ya está levantada y en un momento nos reunimos contigo en el salón.

—¡Está bien! Mientras yo me cercioraré de su marcha e iré a ver a mis hombres.

—Podrías enviar a alguno de ellos a buscar a las muchachas. O también podría ir yo —pensó mejor.

—No, tú no cruzarás las puertas del castillo. Ahora eres la dueña de todo esto. Has de mantenerte a salvo.

—¿Pero qué me iba a pasar? ¡Por todos los santos! Recuerda que esta es mi gente.

—Puede que tengas razón pero, en cualquier caso, me obedecerás —dijo, dándole un beso fraternal en la mejilla para evitar de ese modo que su férrea e inamovible decisión pudiera molestarle.

Bajaron al piso inferior y, mientras Lori tomaba de nuevo contacto con su casa, Sebastian se dirigió hacia las caballerizas donde seguro encontraría a los hombres. Ellos serían quienes trajeran de vuelta al servicio.

—¡Dereck! —Al ver al muchacho, le dio un abrazo. Era el primero desde su vuelta hacía meses, ese hecho le sorprendió mucho.

—¿Cómo ha ido todo, señor?

—Bueno... Llegamos anoche y me he encontrado hoy con algunos entuertos que enmendar —se quejó—. Acabo de decirle a Gursac que abandone mis tierras, ¿has visto si ha salido ya?

—Salió muy enfadado no hará mucho, señor —observó—. Por cierto... gracias por no permitirle permanecer aquí por más tiempo. Hemos tenido muchísimos problemas con él desde que llegó, tanto fue así, que una de las chicas de Angus hubo de ser enviada con sus tías por el acoso que sufría por su parte.

—¿Cómo no se me informó de algo tan grave? —clamó a los cielos.

—Intenté hacerlo, señor. Dios sabe que lo hice... pero se interceptaban todas mis cartas.

Sebastian comprendió entonces cuál había sido el grado de opresión al que había sometido a los suyos, dejando a cargo de todo a semejante sabandija desprovista de honor y vergüenza. Ahora, con él fuera de sus tierras, Dereck ocuparía su lugar como segundo al mando. Su primer objetivo sería reunir a todos en el patio de armas. Había algo importante que comunicar.

XXII

NUESTRA TIERRA

Lori y Sebastian, radiantes e impacientes, aguardaron en el en el salón a que Dereck indicara que toda su gente esperaba en el patio.

El día acompañaba para la gran ocasión ya que lucía un sol espléndido. Así pues, sin perder un instante, Lori tomó gustosa el brazo de su esposo y ambos salieron al gran balcón, seguidos de Lady Violet y Dereck cuya aparición en público sería ya como mano derecha de su señor.

En cuanto abrieron la puerta, observaron con orgullo aquella gran mancha verde que formaba la agrupación de sus súbditos.

La muchedumbre, allí reunida, comenzó a lanzar vítores a su señor de inmediato, sin embargo y para consternación de este, el silencio más absoluto se adueñó de ellos cuando sorprendidos comprobaron que llevaba a Lori del brazo.

Los nuevos esposos esperaban alguna reacción de sorpresa, puesto que todos la conocían como su doncella, pero nunca habrían imaginado que callarían por completo al verla. Lori sintió una gran opresión en el pecho. ¿Significaba eso que no la aceptaban de buen grado? Dirigió a Sebastian una lacónica mirada en el intento de hallar alguna explicación posible pero se encontró con el hecho de que él estaba tan asombrado como ella.

—Querido pueblo... —comenzó Sebastian sin más—. Os he congregado a todos para presentaros con orgullo a mi nueva esposa. Sé que todos la conocéis desde siempre y que habéis compartido vivencias con ella, bien sea como amiga de la infancia o como doncella del castillo. Lo que nadie os ha dicho es su considerada procedencia. Pues bien, vuestra señora no es una sirvienta, tal y como todos teníais entendido hasta ahora. Por el contrario, ella llega recientemente de lejanas tierras donde ha sido acogida de buen grado por su verdadero padre, que no es otro que uno de los más venerados nobles de nuestro país, Lord Donald De Sunx.

La gran masa, boquiabierta, seguía en silencio.

—Así pues, os presento a la antigua señora de las tierras De Sunx y hoy dueña de las mías propias. Mi señora... ¡Lady Lori O'Neill! —Alzó la voz al

tiempo que levantaba su brazo, arrastrando el de ella—. A quién todos querréis y respetareis como habéis hecho hasta ahora. —Dicho esto, Sebastian guardó silencio, seguro de que una gran algarabía brotaría en breve. Los vecinos, sin embargo, se limitaron a mirarse los unos a los otros sin saber qué hacer o decir, mientras murmullos inaudibles de preguntas sin sentido corrían por la muchedumbre.

A su espalda, Dereck, tan mudo como el resto, no supo si felicitar a su señor o echarse a reír al ver juntos a sus dos grandes amigos de la infancia.

Las doncellas sonreían, Nina lloraba de emoción y Dean, aun sabiendo que su osadía sería castigada, decidió entrar en el castillo al no ser capaz de soportar otro triunfo de Lori. Esta vez inalcanzable.

De repente...

—¡Viva nuestra señora, Lady Lori!

—¡Viva! —gritaron todos entonces, una vez roto el hielo.

Tommy, amigo de la infancia de esta, fue quien tomó la iniciativa. Ella lo miró y asintió agradecida desde arriba, él sonrió a su nueva señora y, complacido por el detalle, le presentó sus respetos con una leve pero leal reverencia.

La improvisada fiesta dio comienzo cuando la banda de la guardia de Sebastian les obsequió con una animada marcha. Todo parecía que iba a ir bien a partir de entonces para Lori. Estaba casada con el hombre que amaba y su pueblo la quería, sin embargo, su expresión no reflejaba una completa felicidad al sentir algo extraño en la parte alta.

Los guardias de las torres, así como los de la muralla, estaban demasiado quietos. Mientras, los vítores de alegría seguían resonando en las voces del pueblo, al compás de la música. Lori sin embargo no podía evitar estar en otra parte. Algo la perturbaba. Sebastian, que no había advertido nada, la miró un tanto perplejo.

—¿Se puede saber qué es lo que estás mirando?

—Sigue sonriendo —le advirtió—, pero mira a tus hombres allá en las torres. Están demasiado quietos. Envía a alguien, Sebastian. Tengo un mal presagio. Siguiendo el consejo de su esposa, Sebastian hizo un brusco movimiento de cabeza y Dereck, saliendo de allí a toda prisa, tomó cartas en el asunto.

Tommy, conociendo a Lori desde niña, también se había percatado de su estado de desasosiego. Con solo una mirada supo qué era lo que le estaba preocupando, por tanto, esperó a que esta le hiciera alguna señal. Lori asintió

con la cabeza y Tommy supo qué debía de hacer de inmediato.

A pesar de ese trasiego de miradas indiscretas, nadie se percató de lo ocurrido ya que Lori y Sebastian siguieron actuando con naturalidad. Aun cuando este reprochó a su esposa que le restaba autoridad cada vez que en público manejaba ella las directrices.

Lori quedó un tanto extrañada por la brusquedad utilizada por Sebastian. Había de reconocer que probablemente no debía haber dado ninguna orden ante él debido a su condición de mujer pero, aun así, pensó que entre ellos la relación pudiera ser especial.

Dado el cariz que la conversación entre su hijo y la esposa de este estaba adquiriendo, Lady Violet decidió abandonar el balcón y dejarlos a solas.

—Mi señor... ¿Qué creéis que pueda ser? —preguntó la joven esposa para devolverle un protagonismo, previamente robado. Pasado un breve espacio de tiempo sin obtener respuesta, fue incapaz de mantener su presentimiento en silencio—. Creo que alguien está preparando una ofensiva.

—¿Y por qué crees eso? —inquirió Sebastian, estupefacto.

—Los dos hombres de las torres están muertos —afirmó la muchacha con contundencia—. Nadie forzaría de este modo la entrada a un castillo a no ser que quisiera atacarlo directamente.

Sebastian miraba impresionado a su mujer, dejando que hablara libremente acerca del tema. ¿Quién le habría explicado todo aquello y por qué? Al fin y al cabo, las mujeres no sabían nada acerca de estrategias. ¿O sí?

—¡Bien! —Siguió con sus conjeturas—. Quizá aprovecharon el cambio de guardia para asaltar a nuestros hombres.

Sebastian asintió con la cabeza, levemente, un gesto casi imperceptible. Miró hacia delante y vio a Dereck aproximarse rápidamente hacia ellos.

—¡Ahí viene! Ahora sabremos qué sucede.

—Escúchame Lori, si es cierto que sucede algo, quiero que mi madre y tú abandonéis el castillo de inmediato.

—No, mi señor. No haré tal cosa —dijo con total seguridad.

—Te irás ahora mismo. No admito discusión. Soy ante todo tu señor y te he dado una orden directa, que cumplirás de inmediato. ¿Me has entendido? —Alzó la voz, molesto.

—Sebastian, yo no...

—Señor, los hombres de las torres tres y cinco están muertos —confirmó el recién estrenado segundo.

—¿Hay indicios de lucha allí arriba? —preguntó Sebastian.

—Ninguno, señor. Es todo muy extraño.

—¿Crees que los vigías de las otras torres podrían haber visto algo?

—No creo. De ser así ya habríamos sido avisados.

—¡Maldita sea! —Sebastian hizo un mohín a modo de fastidio.

—Señor, si me permitís... Es difícil ver qué es lo que pasa en una torre desde otra —dijo en favor de sus nuevos compañeros.

Pensando que alguien se estaba tomando muchas molestias para entrar, ordenó rápidamente a sus hombres que se preparasen, manteniendo al pueblo al margen de lo acontecido. No los alarmaría hasta estar seguro de sus sospechas. Sencillamente, darían por concluida la celebración para que poco a poco todos se fueran dispersando.

Instó a su esposa para que estuviera preparada para la marcha y se separó de ella para ir en busca de su madre e informarle. Lori lo atrajo hacia sí con el semblante serio.

—Creí que eso ya había quedado claro, Sebastian.

Sin hacer caso a su esposa, entró en el salón y avisó a Lady Violet. Con todo lujo de detalles, le indicó las pautas a seguir para que tanto ellas como las muchachas del servicio y los niños del pueblo salieran de las inmediaciones. El viejo castillo sería el lugar perfecto para acogerlos, nadie excepto los lugareños sabía de su existencia. Lady Violet, esposa y madre obediente, estuvo completamente de acuerdo con sus planes.

Ante el derroche de sumisión absoluta del que esta había hecho gala, Lori intentó vislumbrar qué era lo correcto. Deseaba quedarse con Sebastian al que había jurado amor y compañía en los buenos y en los malos momentos pero... indiscutiblemente entraba en conflicto propio si permanecía allí, teniendo en cuenta que también le había jurado lealtad y obediencia.

Habiendo tomado él una decisión inamovible, no tuvo más opción que acatar semejante despropósito muy a su pesar. Salió a la parte trasera con ropa de abrigo y comprobó cómo las mujeres se habían coordinado de forma ordenada, pasándose las órdenes las unas a las otras.

Mientras tanto, Sebastian se había reunido con Dereck y otros oficiales para fijar una estrategia militar.

—Debemos evitar el acceso a nuestro recinto a toda costa —expuso su segundo al mando, preocupado—. Ocuparemos las puertas de paso para prevenir un ataque frontal.

—De haber querido atacar, ya lo habrían hecho —dijo Sebastian pensando en qué podría ser aquello que tramaban esos desgraciados.

—Tal vez pretendan ponernos nerviosos —sugirió.

—No sé. Todo esto es muy raro. Hay algo que se nos escapa.

Aunque solo había sido un pensamiento en voz alta, lo cierto era que no le faltaba razón, pues Lori y las mujeres solo habían recorrido un pequeño trecho del trayecto cuando esta creyó ver algo moverse tras un árbol. Ordenó detener la caravana de inmediato y, obviando las advertencias de todas ellas, se adentró sola en el bosque.

Sigilosamente, anduvo entre la hojarasca intentando por todos los medios no hacer ruido alguno que pudiera delatarla. Mientras, su corazón agitado indicaba el estado de pánico al que se enfrentaba. Echó mucho de menos a sus hermanos en ese temible momento. Se dijo a sí misma que ellos la habrían ayudado con gusto y la habrían apoyado en su afán de permanecer en el castillo junto a su esposo, aunque realmente sabía que aquello no era más que una burda quimera inventada por ella misma, lo cierto era que ellos habrían sido los primeros en obligarla a abandonar cuanto amaba.

De repente se detuvo en seco, creyó escuchar voces a su derecha. Se adelantó al lugar de donde estas provenían y llegó a un claro en el que pudo distinguir la figura de dos hombres, dos guerreros que al parecer estaban de guardia. Los escuchó reír a carcajadas y solo adquirieron un semblante serio cuando entró en escena otro ante el que ambos se cuadraron de inmediato.

Este era mucho más alto y fuerte que los otros, tenía los cabellos rubios y los ojos de color negro. Por sus gestos parecía muy enfadado aunque, desde su posición, Lori no pudo escuchar lo que decía.

Decidió por tanto adentrarse un poco más y se situó detrás de unos grandes arbustos, estaba acostumbrada a hacerlo desde pequeña y sabía qué debía hacer para evitar que la viesan.

El corazón le latía con fuerza, le costaba respirar... Intentó calmarse y pensar en qué hacer. Fue en ese preciso momento cuando una voz muy fuerte gritó un extraño nombre que ella no llegó a descifrar.

—Decidme, mi señor —dijo el hombre.

Lori agudizó el oído y permaneció en silencio total para averiguar de qué se trataba.

—Di a los hombres que solo me interesan dos cosas. La primera, que cojan a mi sobrina con vida y la traigan hacia aquí a toda prisa. Y la otra, que no

maten al estúpido de Sebastian, quiero hacerlo yo personalmente. Todavía tengo algo pendiente con ese arrogante. —Lori no entendía nada de lo que decían, ¿quién podía ser esa sobrina de la que hablaba y por qué ese hombre quería matar a su querido Sebastian a toda costa?—. ¿Entendido? —gritó.

—Tranquilizaos, milord. Los hombres podrían escucharle y no hacer bien su trabajo, en consecuencia.

—Son unos estúpidos. —El despiadado caballero siguió en sus trece—. Solo espero que hagan todo tal como lo hemos planeado.

—Sí, señor. Por eso no os preocupéis. Al anochecer, su sobrina estará en sus manos y ese joven, Sebastian, estará muerto y enterrado, Lord Alex De Sunx.

—Lo encumbró al pronunciar su nombre completo.

¿Alex De Sunx? Entonces el que intentaba atacar su fortaleza no era otro que su tío, el hermano de su padre.

—Los hombres están dispuestos... —continuó el fiel guerrero—. Dentro ya están preparados. Nos facilitarán el acceso y entraremos fácilmente por la puerta principal.

Lori se sintió morir al escuchar aquellas últimas palabras. Al parecer, había un traidor en su hogar. Inmediatamente se tomó aquello como algo personal. Había de volver a casa y cuanto antes. Sebastian debía conocer aquel importante giro de los acontecimientos.

Lori sintió la sangre hervir en sus venas. Desde su llegada al castillo había sido como si cayera una maldición sobre ellos, todo se complicaba por momentos. Ahora, si lo que decían era cierto, Sebastian corría mucho más peligro del que imaginaba. Rápida y sigilosamente, dio media vuelta y salió de allí.

En cuanto llegó al carro donde estaban las mujeres y los niños esperándola, dio órdenes explícitas de que fueran conducidas hacia el castillo inhabitado desde hacía tantísimos años. Ella, mientras tanto, regresaría a casa desoyendo las súplicas de estas al temer por su vida.

Dado que aquel hombre había dicho que en breve comenzaría el calvario, corrió a toda prisa hacia allí. En aquella carrera a dos bandas, hubo de agacharse mucho para no ser vista cuando los caballos de ese ser despiadado pasaron por su lado en dirección a su hogar. Corrió entonces tan rápido como pudo y sin mirar atrás, había de ganar tiempo aun poniendo su situación al descubierto. Se lanzó sobre el camino y, conteniendo la respiración, permaneció tumbada sobre el musgo hasta que entendió que había pasado el

peligro. Esperó a que ningún caballo pasara por allí y corrió el último tramo que le separaba de su esposo.

De repente, recordó aquella puerta secreta por la que de niña se colaba de tanto en tanto para ver a su padre y, sin pensarlo dos veces, decidió dirigirse hasta ella. Empujó con todas sus fuerzas hacia dentro y logró que cediera a duras penas. Se introdujo en la fortaleza por el escaso hueco que había conseguido abrir y, una vez dentro, se apoyó sobre ella para tomar aire. Se detuvo un momento a recomponerse y contempló cómo su hermoso vestido verde, ahora lucía rasgado y con restos de arbustos enganchados. Se sacudió fuertemente la falda y atusó su hermoso pelo negro para adecentar un poco su imagen.

En vista de que aquella entrada podía ser una posibilidad también para sus oponentes, a pesar de tener claro que pensaban entrar por la puerta principal, decidió tomar precauciones por si acaso y la atrancó de manera que quedara inutilizada.

Siguió el pasillo hacia los calabozos y notó que todo estaba húmedo y oscuro a su alrededor... Sintió un frío extremo y acarició sus brazos con brío, mientras se dirigía hacia la posición de Sebastian a toda prisa.

Una vez ante la puerta del castillo, subió las escaleras de acceso y marchó hacia la sala de reuniones. Cuando vio el fino hilo de luz a través de la rendija, supo que lo había encontrado. Seguidamente, empujó ambas puertas, abriéndolas de par en par y haciendo que todos volvieran la vista hacia ella.

Su esposo, al verla, clamó a los cielos.

—¡Lori! ¿Pero qué te ha pasado?

Parecía recién salida de una lucha cuerpo a cuerpo. Estaba pálida, despeinada y con la ropa rota y sucia.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó enfadado.

—He de hablar con vos, mi señor. Es urgente y de suma gravedad. Reprendedme después si lo estimáis oportuno, pero escuchadme ahora. ¡En privado! —dijo, encaminándose ya hacia la sala contigua.

Sebastian la siguió en silencio y, una vez se hallaron a solas y tras haberla amonestado, escuchó con todo lujo de detalles todo cuanto había descubierto: la emboscada a la que estaban expuestos, las intenciones de su tío de secuestrarla y el anhelo de este de matarlo. Todo ello sin olvidar que entre sus muros albergaban un traidor.

El joven lord, sabiendo el peligro al que estaban expuestos, pues no en vano

conocía las fechorías de Alex De Sunx, impuso a su esposa que permaneciera a salvo en el interior del castillo. Y se lo impuso enérgicamente, no quería ni debía permitirle una insubordinación tras otra. Menos aun cuando se trataba de proteger su vida, en primer lugar de ella misma.

—¡Mírate! —le reprochó—. Parece que hayas salido de una persecución de villanos.

—Es que así ha sido —dijo sin darle mayor importancia—. ¡Vamos! Estarán aquí en breve.

—Cuando hayamos acabado con todo esto, habremos de hablar largamente —se dijo Sebastian a sí mismo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Preocúpate primero de que sobrevivamos a esto. Luego podrás regañarme por mis actos.

Sebastian volvía a la reunión con su guardia cuando, en ese preciso momento...

—¡Señor! Intentan entrar por el puente —gritó uno de sus hombres.

—¿Quién está al tanto de la puerta? —quiso averiguar Sebastian, al saber que había un traidor entre ellos.

—Gursac, señor.

A pesar de que el joven guerrero había respondido con toda la naturalidad posible, teniendo en cuenta los hechos, Sebastian en su interior maldijo a los infiernos al escuchar el nombre de aquella sabandija inmunda. Supuso sin temor a equivocarse que, tras su marcha, se había encontrado con Alex De Sunx que, presto, lo había enviado de vuelta.

Lori, que ya había abandonado la estancia y dejado solos a los hombres, escuchó desde el otro lado el rugir de Sebastian.

—¡Cogedlo antes de que sea demasiado tarde!

En realidad ya lo era. Para disgusto de los allí presentes, los asaltantes estaban entrando y, en esos momentos, ya se disponían a luchar contra la guardia de Sebastian.

Al escuchar esto, Lori se abasteció de una de las espadas del fortín y se sumó a aquellos honorables guerreros que lucharían a muerte por su esposo. Así pues, empuñando una, tan grande y pesada como la de ellos, se situó en el extremo derecho de aquel valeroso destacamento.

Por un momento sintió cierto temor pues su osadía y su vulnerabilidad eran perfectamente equiparables la una con la otra. Era evidente que pretendía ayudar en lo necesario pero, a decir verdad, nunca salvo cuando entrenaba de

pequeña con su padre se había enfrentado a ningún hombre. Eso sin duda, podría pasarle factura.

De inmediato, una jauría de guerreros desenfrenados se dirigió hacia ellos, espadas en alto y al grito de guerra. Inmediatamente, la hilera verde se vio dispersa y cada uno tuvo a bien enfrentarse con aquel oponente que, raudo y sin previo, aviso se disponía a atacarle.

Lori supo que no era rival para todos aquellos viles guerreros en cuanto empuñó su arma. Uno de los hombres se echó sobre la joven y con su espada golpeó la de ella. Así pues, la tomó con ambas manos y, resintiéndose de su herida en el brazo, lo embistió con toda la fuerza de su cuerpo. El hombre, sorprendido por la valentía de la joven, obvió su condición de joven dama y luchó con ella como si fuera un guerrero más.

Viendo esto, Nina y Ada, que habían decidido no huir de sus tierras de nuevo, participaron de forma activa desde lejos, lanzando cacharros de barro y objetos de cocina afilados como cuchillos, pinchos y hachas pequeñas. Fue precisamente así, aprovechando la conmoción de su oponente debido al golpe recibido por uno de aquellos enseres, cómo Lori blandió la espada en el centro exacto de aquel torso.

Sebastian, uniéndose a la lucha de inmediato, buscó a Gursac entre todos los combatientes. Fue este el que primero perdió la vida en sus manos. Tras él, hubo otros muchos que corrieron su misma suerte.

En un momento de la lucha, Lori vio cómo uno de los malhechores se acercaba a ella. Era el mismo que hablaba con su tío en el bosque y, por tanto, sabía que su pretensión no era otra que capturarla. Cogió su pequeña daga, la lanzó con movimientos rápidos e imperceptibles y sorprendió al caballero, incrustándola en su pecho. Alex De Sunx, que había sido testigo de aquella escena tan sumamente surrealista, supo que había infravalorado a su sobrina y decidió encargarse en persona. Sin dudarlo, se dirigió hacia ella con la espada paralela al suelo y a la altura del cuello de la joven. Realmente no parecía dispuesto a perdonarle la vida.

Como si de la nada salieran, Nina y Ada flanquearon a su señora. Ahora, Alex De Sunx debería matar a dos mujeres para poder conseguir a la tercera. Otros dos caballeros de su orden llegaron para ayudarlo pero cualquier resultado fue inútil, pues guerreros adyacentes cortaron su paso a algunos de ellos de forma exitosa. El resto quedaba a manos de aquellas mujeres, condenadamente valientes e inteligentes.

Las espadas seguían encontrándose en las alturas, la lucha se hacía más fuerte, la sangre teñía el patio, los caídos eran cada vez más numerosos... Ahora solo quedaban los más valientes, los más experimentados.

Tío y sobrina se enfrentaban de igual manera, Alex no se esperaba combatir con una muchacha tan fuerte cuya máxima era no cometer el mismo error que con Violante.

Las bajas en las tropas de Alex De Sunx se sucedían una tras otra. Temiendo que, de un momento a otro, pudieran convertirse en blanco fácil... este echó mano de argucias deshonorosas en el campo de batalla. Comenzó a hablar a su sobrina con la esperanza de distraerla.

—Veo destreza en tu forma de luchar, sobrina.

—Sí, señor. Tuve un buen maestro. Mi padre.

—Hasta donde yo sé... tu padre, mi hermano, no te crio.

—Veo que estáis muy bien informado, pero no creo que este sea el momento de hablar de la familia.

—Tal vez más tarde, cuando haya acabado contigo —dijo, enviando un golpe a la espada de la muchacha.

—¡Uh, mal golpe! Ya me lo conocía —indicó la sobrina, esquivándolo y provocándole.

—¡Maldita niña!

—No soy una niña, deberíais llevar la cuenta de mis años, vos mejor que nadie —respondió con fatiga, al coincidir con otra nueva embestida—. Si de verdad queréis seguir con esta cháchara, creo que os convendría saber que vuestra cómplice y amante ha muerto. —Intentó distraerlo ella entonces.

—¿Pero... de quién demonios hablas? —quiso saber, ahora enfadado.

—¡Oh disculpadme! Sin duda alguna habréis tenido muchas con los años. Os hablo de Lady Violante, por supuesto. Se ha sabido todo lo referente a la muerte de mi madre. En consecuencia... ha muerto. Yo misma la maté en una lucha bastante igualada. Del mismo modo te voy a matar a ti ahora mismo —zanjó para intimidarlo.

—¡Cállate! —rugió el temido guerrero.

—Vos habéis querido conversar, yo solo secundé vuestra intención, me enseñaron a complacer a un señor. Sin embargo, también fui altamente adiestrada para la lucha...

Dicho esto, Lori asió la espada con toda su fuerza y se abalanzó sobre su tío para matarlo. Con una estocada, logró hacerle un rasguño sin importancia.

Este se llevó la mano al hombro para intentar comprobar la gravedad de su herida y Lori aprovechó eso para repetir la hazaña, esta vez por el otro lado. El hombre, visiblemente enfadado, mostraba en sus ojos la oscuridad de su alma. Lori no pudo evitar sentir un pequeño escalofrío que recorrió su cuerpo a gran velocidad, al ver la forma en que la miraba. Paseó su vista alrededor, en busca de algún guerrero vestido de verde, quizá debía admitir que necesitaba un poco de ayuda para acabar de una vez con su oponente.

Él se abalanzó sobre ella sin ningún tipo de miramiento ya que ella tampoco lo había tenido con él, y comenzó a luchar tanto con la espada como con los puños. Ahora parecía querer acabar con ella directamente en vez de capturarla, algo de lo que ella se había servido para sobrevivir frente a él por tanto tiempo. Golpeó con los puños el bello rostro de la muchacha en repetidas ocasiones, lanzándola contra la arena. Justo en el momento en que ella lo creía todo perdido, Sebastian se situó frente a él para protegerla.

Lori, con la cara magullada y llena de moretones, lo miró consternada. De mala gana, se retiró cediéndole a él los honores. No hubiese querido hacerlo pero había de reconocer que no podía más, los puños de su tío habían hecho mella en ella. Vio a su esposo luchar con todas sus fuerzas, pese a estar herido, y percibió en el rostro de su tío que las fuerzas comenzaban a fallarle frente a un oponente de fortaleza y edad propias para la lucha incesante.

Intentó en repetidas ocasiones entrar a muerte pero no lo consiguió, dada la verdadera maestría de la que Sebastian hacía gala.

Inesperadamente, otro intruso se acercó rápidamente a Lori con la espada en dirección a su corazón. Ella lo vio venir y, rápida, rodó por la arena para esquivarla al tiempo que se le escapaba un grito. Aprovechó ese giro sobre sí misma para tomar de nuevo la daga de su cinto y la lanzó al costado de su verdugo.

Al escuchar el grito de Lori, Alex perdió de vista un instante a Sebastian y este, sin dudarlo, alzó la espada y la desplazó de derecha a izquierda a gran velocidad. Sin nada en su camino, el acero afilado se limitó a cortar el viento hasta el momento justo en que se encontró con la base del cuello de su oponente. Con fuerza y precisión, atravesó por completo el pescuezo de aquel traidor, haciendo que su cabeza rodara de una maldita vez por la arena.

Sebastian sonrió en silencio. Por fin había cumplido su promesa. Hombre de honor donde lo hubiera, acababa de vengar la muerte de su querido tío Kev.

Con la lucha llegada a su fin, la joven esposa se levantó y corrió a los brazos

de su esposo.

Sebastian la atrajo hacia sí y la apretó contra su musculado pecho. Ambos habían puesto en peligro sus vidas pero ahora ya estaban a salvo, uno junto al otro.

Como queriendo arropar a sus dueños y señores, todos los supervivientes de aquella inesperada ofensiva, rodearon a los jóvenes esposos para presentarles respetos. Estaban allí por y para ellos.

Sebastian sujetó la cabeza de su amada esposa y la acomodó sobre su pecho. Mientras, una hermosa luz anaranjada iluminaba las siluetas de sus cuerpos, unidos bajo el crepúsculo de un día que tocaba a su fin.

No cabía la menor duda, se trataba de un nuevo comienzo. Después de aquella noche, nacería un nuevo día y con él un nuevo sol. Una nueva oportunidad para ser felices.

Al final, todo había quedado resuelto. Atrás quedaban los momentos duros, los malos entendidos y las fechorías de los traidores. Ya habría tiempo de organizar de nuevo el castillo, sus tierras y sus hombres. Por el momento solo importaban ellos. Ellos y sus nuevas vidas. No en vano, habían evitado la toma de su territorio. Ahora nadie podría apartarlos de su nueva tierra.

“La tierra... a la que ambos llamaban hogar”.

EPÍLOGO

Benditos aquellos que sirvieron a su señor con honor y lealtad inquebrantable. Benditas las mujeres que trajeron nueva vida de prosperidad a estas tierras.

En dos años, el legado O'Neill se había convertido en uno de los más prósperos de la zona. Gracias a la buena mano de Sebastian con sus vecinos, a los hombres de las Highlands y a la multitud de tratados firmados entre ellos, el libre comercio entre sus tierras era más fructífero y eficaz.

Las buenas nuevas llegaban a raudales, sobre todo cuando a los tres años de feliz matrimonio, nació un heredero. Un precioso, sano y fuerte niño de pelo rubio y ojos grises, al que dieron por nombre Kendrick, "el gobernante real". Felicidad que culminarían con las gemelas, Annabella y Meribeth, dos hermosas niñas de ojos azules y pelo castaño.

Pero para desgracia de la familia, no todo lo bueno dura eternamente. Las nuevas contiendas emergieron en la corte real londinense y todos los guerreros fueron llamados a la orden. Ello tuvo como consecuencia largas partidas de Sebastian, nuevas amenazas de otros clanes creados cerca de su frontera y la llamada de sus hermanos y su padre a la guerra.

Lori sabía que el periodo de paz había concluido y que debía volver a ser la mujer guerrera de antaño. Lo principal para ella era la seguridad de su familia, tanto dentro como fuera del castillo.

Una vez más, no estaba dispuesta a dejarse amedrentar por nada ni por nadie. Tanto si Sebastian estaba de acuerdo como si no, sus tres hijos serían adiestrados para la lucha. La defensa era un deber y un honor y así lo transmitió a su familia.

Cuando las jóvenes muchachas tenían la edad de dieciocho años, la familia hubo de trasladarse a tierras escocesas. Algo grave requería la presencia de Sebastian de inmediato.

Pocos días antes de su partida, Lori había recibido una preocupante carta de su hermano Gabriel. Había ocurrido algo tan grave en sus tierras que iba a cambiar todo lo que a su heredad concernía. La pena de no poder estar junto a él en esos momentos, la sumía en la desesperación.

Sin duda, corrían tiempos amargos para la familia y las preocupaciones eran

parte fundamental de ella.

¿Qué podía ser aquello tan grave en las tierras De Sunx, como para que Gabriel no evitara preocuparla? ¿Sería capaz Sebastian de lidiar con los nuevos problemas, surgidos en las tierras heredadas de su tío Kev? ¿Acaso su familia estaba destinada a vivir, de ahora en adelante, en una permanente preocupación?

La nueva vida, solo estaba a punto de comenzar. Y con ella... una nueva historia.

AGRADECIMIENTOS

Por supuesto un grandioso y maravilloso agradecimiento a mi hermana Laura Pons Ruiz porque, de no ser por ella, este sueño nunca se habría hecho realidad.

Fuiste tú quien tomaste las riendas de todo y quien, haciendo caso a tu instinto, decidió que ya era hora de compartir mis libros con el mundo.

Gracias por quererme y por confiar tanto en mí.

¡Eres la mejor hermana del mundo!

Y no puedo olvidarme de ti, Amparo Bermejo.

Gracias por echarme una mano con todo y por creer que este proyecto podía llevarse a cabo.

Y gracias también por ser tú quien me oriente en el proceso de realización de mi libro.

Te estaré siempre agradecida.

-Títulos de la saga “La Tierra...”-

